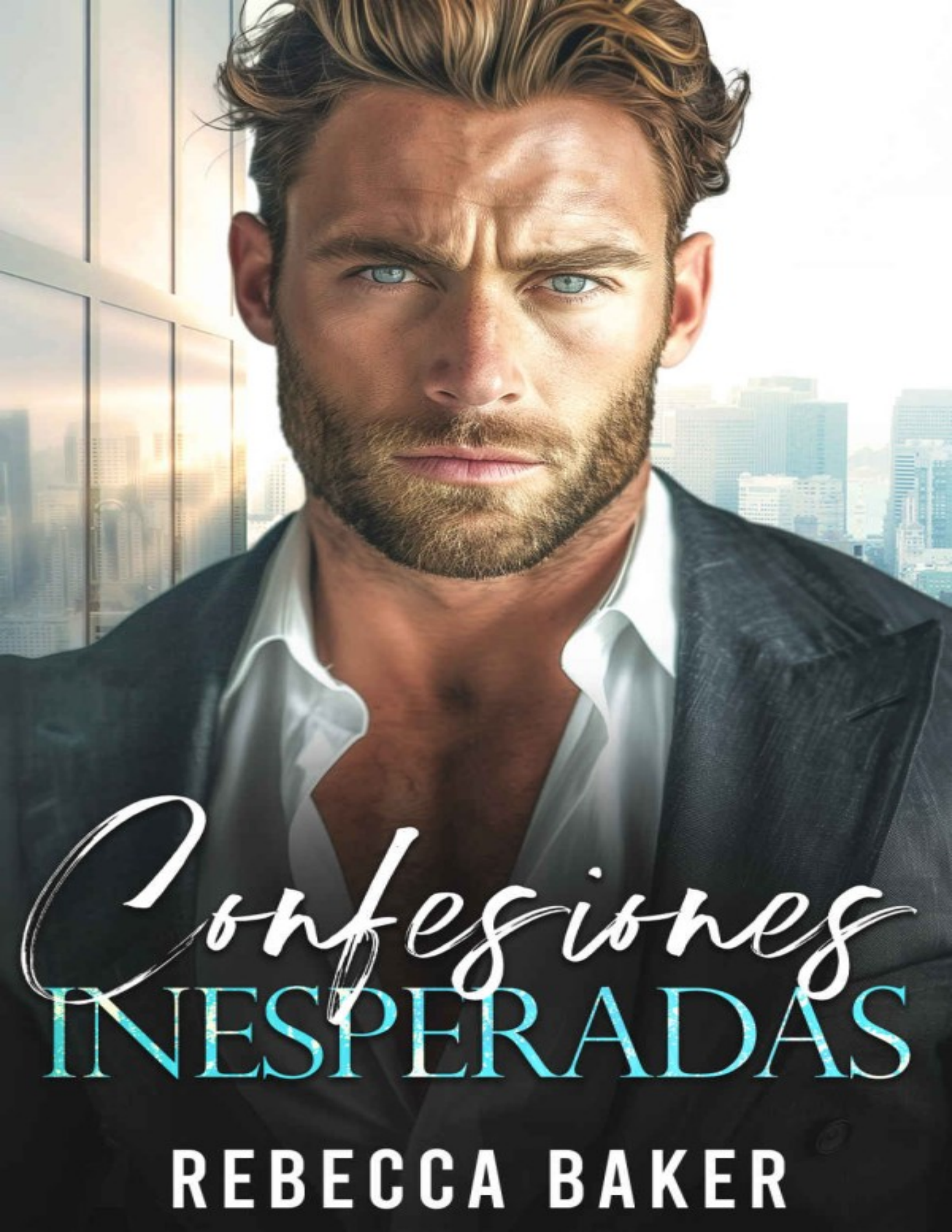

Confesiones
INESPERADAS
REBECCA BAKER

Confesiones Inesperadas

El Bebé Accidental del CEO

Rebecca Baker

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Epílogo

Capítulo 1

SADIE

¿Y bien? ¿Ha llegado ya? —preguntó mi mejor amiga, Gabriella. Prácticamente podía ver la sonrisa socarrona que inevitablemente asomaba a sus labios al otro lado del teléfono.

—Todavía no —dije mientras dejaba caer mi bolso de cuero sobre la pequeña mesa de la entrada y me quitaba los tacones negros, con la puerta principal cerrándose tras de mí. Mis pies casi gritaron de alivio al entrar en contacto con la madera fría y dura.

—Ponía que se entregaría hoy —dijo ella, con un deje de molestia en la voz.

—Te tiene muy alterada este tema, ¿verdad? —pregunté mientras echaba un vistazo al salón. Todavía no sentía que fuera mi hogar, pero claro, solo llevaba aquí unos días y, técnicamente, no era mi apartamento. Era de Martin, un anfitrión de Airbnb al que prácticamente le supliqué que me acogiera. Estaba desesperada.

—Es que me preocupas... —dijo Gabriella.

—Te portas como si no acostarse con nadie fuera mortal. —Puse los ojos en blanco, como si ella pudiera verme desde Boston.

—Se han hecho estudios...

—¡Mentira! —me reí, caminando descalza hacia la cocina americana y abriendo uno de los armarios superiores blancos. Me puse de puntillas y alcancé una copa de vino, la bajé y la coloqué con cuidado sobre la encimera de mármol blanco. Cogí la botella de vino tinto que estaba en la encimera tras mi visita al mercado de ayer, la descorché y me serví una generosa ración. El sonido del *glug glug*

glug del líquido carmesí me relajó después de una larga jornada laboral. Era cruel verse obligada a trabajar un sábado, pero estábamos en temporada alta y yo nunca decía que no.

Aparte de la muy merecida copa de vino, si el regalo de Gabriella *llegaba* esta noche, necesitaba algo que me diera el valor necesario para usar lo que fuera que ella hubiera elegido, y un poco de chispa me ayudaría. Gabriella se había pasado la mayor parte de la semana pasada rastreando la red en busca de los juguetes sexuales con mejores críticas para romper mi racha de sequía.

—Bueno, quizá no sea mortal, pero me consta que hay un estudio que dice que tener orgasmos te hace vivir más tiempo.

Vale. Estaba bastante segura de haber leído ese artículo en una de mis suscripciones a revistas de moda. Si una no podía confiar en *Cosmopolitan,* ¿en qué podía confiar?

—¿Qué es lo que me has acabado enviando? —pregunté con curiosidad, entrando en el dormitorio.

—Tendrás que esperar para verlo, pero tenían una valoración muy alta.

—¿*Tenían*? —pregunté.

—Nunca se tienen demasiados. Por cierto, acabo de enviarte el enlace de seguimiento.

—Eres ridícula —dije negando con la cabeza, aunque sentía que me impacientaba por que llegaran sus regalos. Lo cierto era que necesitaba un desahogo. Tras mi ruptura de hace dos semanas, había empezado a inquietarme. Aun así, hacía años que no usaba un juguete sexual, por eso necesitaba el vino para calmar los nervios en

caso de que tuviera la oportunidad de usar uno —o varios— esta noche.

—Sabes que me quieres —dijo Gabriella con una confianza burlona.

—Sí, sí —murmuré.

—¿Qué tal el nuevo sitio? —preguntó Gabriella, cambiando de tema.

—Todavía me estoy acostumbrando —dije, mirando alrededor de la habitación con muebles que no eran míos. El gran ventanal daba a la concurrida calle de abajo y permitía ver un poco de Central Park, con los tonos sorbete del sol poniente inundando la estancia. Era una vista a la que podría acostumbrarme, pero sabía que no debía hacerlo porque no era para siempre. Solo era algo temporal hasta que pusiera orden en mi vida, lo que ahora mismo parecía una tarea imposible.

—Iré a visitarte pronto, ¿vale? —exigió Gabriella, como si supiera lo que me pasaba por la cabeza. Las mejores amigas tienen ese don, sin importar cuántos kilómetros de distancia os separen.

—Vale. Me gustaría mucho.

—Mientras tanto, mantente ocupada con el trabajo y... tus nuevos juguetes. —Contuvo una risita.

—Te avisaré cuando lleguen.

—¡Adiós! —dijo con voz cantarina.

Pulsé el botón rojo de *finalizar* en mi pantalla y apreté el botón lateral para que la pantalla se oscureciera. Tiré el teléfono sobre la cama antes de hurgar en la cómoda negra apoyada contra la pared. Encontré mi atuendo habitual de fin de semana, unos leggings desgastados y un jersey de punto suave, y me quité la ropa de trabajo.

Volví al salón y me dejé caer en el sofá. De un largo trago, tomé otro sorbo de vino, dejando que el sabor amaderado reposara en mi lengua antes de que bajara por mi garganta, calentándome por dentro. Con un suspiro, me hundí más en el sofá de terciopelo verde intenso. Era un buen sofá. Mis ojos recorrieron las láminas en blanco y negro enmarcadas en las paredes. Martin decoraba bien. Mi mente viajó a qué aspecto tendría él. Me pregunté si estaría soltero. Fue entonces cuando me di cuenta de lo desesperada que estaba por algún tipo de alivio. Estaba fantaseando con un anfitrión de Airbnb al que nunca había visto ni con el que siquiera había hablado por teléfono.

—Contrólate —me dije en voz baja.

Como si alguien hubiera escuchado mi súplica silenciosa, el interfono de la puerta principal zumbó con fuerza, dándome un susto que casi me hace derramar el vino. El paquete. Tenía que ser el paquete. Prácticamente salté del sofá. Dejé la copa de vino sobre la mesa y caminé rápidamente hacia el interfono.

—¿Diga? —pregunté con impaciencia, pulsando el botón.

—Tengo una entrega para una tal Sadie Lane —dijo una voz masculina a través del altavoz.

—Soy yo. Le abro.

Pulsé el botón para dejar entrar al repartidor al edificio por la puerta del vestíbulo de abajo y caminé por el suelo de madera, esperando cualquier señal de vida tras la puerta. Pasados varios minutos sin oír pasos fuera ni el golpe seco de un paquete al caer, miré por la mirilla. No había rastro de nadie. Abrí la puerta y miré hacia el suelo de moqueta gris marengo del pasillo para no encontrar nada a mis

pies. Fruncí el ceño y miré a ambos lados del pasillo, pero no había rastro del repartidor. No debería haber tardado tanto. Solo estoy en el tercer piso.

Volví a entrar en mi apartamento y regresé al sofá donde mi teléfono estaba anidado entre los cojines. Lo saqué y abrí el enlace de seguimiento que me había enviado Gabriella. Ponía que el paquete se había entregado. Deslicé hacia abajo hasta la foto que servía como prueba de entrega y vi la caja posada sobre la familiar moqueta gris oscuro. Miré más de cerca el número del apartamento y me di cuenta de que se había entregado en la unidad 001. La mía es la 100. No solo se había entregado en el apartamento equivocado, sino que lo habían dejado en el ático.

—Mierda —suspiré, mientras el estómago me daba un vuelco.

Había visto al dueño del ático el día que me mudé, cuando entró conmigo en el ascensor. No me hizo falta verlo pulsar el botón de *PH* para saber que era alguien poderoso: prácticamente irradiaba poder. Era una de esas personas junto a las que te sientes inferior automáticamente, como si ni siquiera debieras respirar el mismo aire. Ya de por sí me sacaba una cabeza, pero yo me sentí significativamente más pequeña incluso sin esa notable diferencia de estatura.

No solo rebosaba riqueza y poder, sino que era ridículamente guapo. Apenas me atreví a mirarlo mientras me encogía prácticamente en una esquina del ascensor, pero eché los suficientes vistazos furtivos como para ver que era unos años mayor que yo. Era uno de esos hombres que seguramente mejoran con la edad, con el pelo oscuro salpicado de algunas canas y unos ojos azules penetrantes que ni

una sola vez miraron en mi dirección. El traje que llevaba tenía que haber sido confeccionado a medida para su cuerpo, porque se le marcaban los músculos a través de la tela, como si fuera una segunda piel estructurada. Lo único que me llamó la atención fue la expresión de disgusto que lucía. Si así se le veía con el ceño fruncido, no podía imaginarme cómo sería con una sonrisa.

Pensar que una caja con varios juguetes sexuales con mi nombre estaba en el umbral de su puerta era absolutamente mortificante. Tragué saliva con dificultad, pensando en cómo iba a recuperar mi paquete sin que él se enterara. No podía simplemente coger el ascensor y subir a por él: necesitaba una tarjeta de acceso para que el ascensor me llevara siquiera a su planta. Con el corazón empezando a latir frenéticamente, caminé de un lado a otro del salón intentando dar con una idea.

Podría bajar a recepción y explicar la situación, pero probablemente intentarían llamarlo y yo no podía dejar que me viera, sabiendo que mi cara sonrojada delataría de algún modo lo que había en la caja, si es que el embalaje no me había delatado ya. Podría intentar buscar a un portero para darle unos pocos dólares y que fuera a recuperarlo por mí, pero aquí nadie me conocía. Técnicamente, no era una residente. Dudaba que confiaran en mí.

Empezaba a sentirme desesperada a cada minuto que pasaba, sabiendo que él podía entrar o salir en cualquier momento y encontrar el paquete en su puerta. Tenía que intentar al menos ahorrarme la humillación. Tenía que subir allí. Miré alrededor del apartamento, que ahora pasaba de tonos naranjas a púrpuras —otro recordatorio de que estaba perdiendo el tiempo—, hacia el gran

ventanal que daba a la escalera de incendios. Me acerqué y apoyé el hombro contra él, empujándolo hacia arriba para abrirlo. Saqué la cabeza; las luces de la ciudad cobraban vida mientras mi mirada seguía el curso ascendente de los escalones de metal que parecían no tener fin.

Tragando saliva lentamente, asentí para darme ánimos antes de salir con cuidado a la escalera de incendios. La brisa fresca de la tarde me dio la bienvenida mientras comenzaba mi ascenso. Como la mayoría de los áticos, el suyo estaba en la última planta del edificio. Mantuve mis manos temblorosas en las barandillas de la escalera, obligándome a mirar hacia arriba y no hacia abajo mientras avanzaba. Pasé sigilosamente por delante de las ventanas de otros inquilinos que probablemente se estaban acomodando para la velada tras la jornada laboral, rezando para que nadie me viera mientras me escabullía. Esta era, con diferencia, una de las cosas más estúpidas que había hecho nunca, y últimamente ya había hecho unas cuantas.

Finalmente, llegué a la cima de la escalera de incendios. Había alcanzado el ático. La brisa era más fría aquí arriba, en el piso veinte y algo. Había perdido la cuenta hacía rato. No porque se me den mal las matemáticas, sino porque estaba temiendo por mi vida todo el tiempo y no quería recordarme cuántos pisos me harían falta para caer al vacío.

Apoyé la espalda contra la pared de ladrillo, con la brisa arreciando mientras soltaba mechones de mi cabello caoba, azotándome la cara. Respiré hondo mientras mis dedos se presionaban contra la piedra roja y rugosa. Me mantuve lo más lejos posible de la

barandilla exterior de las escaleras y me pregunté qué hacer a continuación. ¿De verdad iba a entrar en el apartamento de este hombre? Abajo, en mi apartamento, me había parecido una idea lógica, pero ahora que estaba aquí arriba, empecé a intentar disuadirme. Esto era una locura. Eché un rápido vistazo a la ciudad a mis pies y me estremecí. Ni de broma volvía a bajar por esa escalera desvencijada.

Avancé poco a poco por la pared hasta llegar a una ventana. Me giré y puse las manos sobre el marco de metal negro. Contuve la respiración mientras empujaba hacia arriba. Para mi sorpresa, estaba abierta. Apenas podía creer mi suerte, o que alguien lo bastante rico como para permitirse un ático dejara su ventana abierta. Por otra parte, no mucha gente escalaría una escalera de incendios para llegar hasta ella. Deslicé la ventana con cuidado para abrirla y contuve el aliento, esperando que sonara una alarma.

Capítulo 2

JEREMIAH

La gran puerta de cristal se abrió con suavidad y entré en el amplio vestíbulo, pasando por delante del portero de siempre. Estaba rígido, como si acabara de llegar un general del ejército y él estuviera en formación. Casi esperaba que me saludara militarmente. Pensaba que, después de todos mis años viviendo aquí, se relajaría, pero no.

—Señor Mason —asintió, cruzando su mirada con la mía brevemente antes de bajarla con nerviosismo hacia los brillantes suelos de mármol.

Le devolví el gesto con la cabeza mientras seguía de largo; el clic-clac de mis zapatos de piel resonaba en el silencioso vestíbulo. Era como si cualquier conversación previa a mi llegada se hubiera reducido a un murmullo. Algo a lo que estaba acostumbrado cuando entraba en una habitación. Ignoré el silencio. Ignoré las miradas que me dirigían. A esas también estaba acostumbrado. Algunas eran más discretas que otras, y algunas descaradamente obvias. Tanto de hombres como de mujeres.

Pasé junto a dos hombres de negocios que murmuraban entre sí mientras me miraban de reojo por encima del resplandor de sus portátiles. Fruncían el ceño mientras mantenían una conversación tranquila y seria. Por lo general, los hombres discutían sobre cómo había llegado a donde estoy hoy. Las mujeres, bueno, sus miradas eran las obvias. Esas que miran a través de pestañas largas mientras sus bocas se curvan en muecas sugerentes. Su monólogo interno no

trataba sobre cómo llegué a mi posición, sino sobre cómo podrían estar *conmigo*, uno de los multimillonarios más ricos de Nueva York.

Las puertas doradas del ascensor se abrieron apenas unos segundos después de que pulsara el botón. Entré, ansioso por alejarme del vestíbulo y de todos los que estaban en él. Su espectáculo de la tarde ya había terminado. Acerqué mi tarjeta al panel y pulsé el botón del último piso. Pero justo cuando las puertas empezaban a cerrarse, una mano se interpuso y los dos hombres del vestíbulo entraron. Por dentro, solté un gruñido. *Genial. Más miraditas.* Por suerte, uno pulsó el botón de la cuarta planta, así que nuestro tiempo juntos sería breve.

En todo el tiempo que llevaba viviendo en este edificio, no había hecho conocidos, y mucho menos amigos. Era difícil confiar en la gente. Cuando eres así de rico, las intenciones se distorsionan. A excepción de Kevin, mi único buen amigo. Vivía unos pisos más abajo. Nos habíamos mudado la misma semana y a él le importaba un bledo quién era yo, por eso me caía bien. No se parecía en nada a estos dos tipos del ascensor, que lanzaban miradas por encima del hombro como si yo, de alguna manera, no fuera consciente de su presencia en la caja de dos por dos metros que compartíamos.

El trayecto transcurrió en silencio hasta que salieron en su planta; entonces, el susurro de mi nombre se filtró por las puertas correderas antes de que se cerraran, dejándome contemplando mi propio reflejo. Esbocé una sonrisa burlona, preguntándome qué sería lo último que habrían oído sobre mí, si una nueva inversión o un nuevo ligue de la semana elegido entre las modelos de la Semana de la Moda de Nueva York. La mayoría de las veces, las

conversaciones en voz baja que oía ni siquiera eran ciertas, pero no me importaba lo más mínimo corregir a nadie. Habría significado que me importaba, y no era así.

Finalmente, sonó el timbre del ascensor y me encontré con la entrada familiar de mi ático. Salí del ascensor, pero me detuve al ver que una caja de cartón marrón estaba depositada ante mi puerta. Ladeé la cabeza con curiosidad. No esperaba nada. Me agaché para recogerla y descubrí que pesaba sorprendentemente, y su contenido se deslizaba ruidosamente por el interior. La etiqueta blanca de la parte superior no iba dirigida a mí.

—Sadie Lane —leí en voz alta antes de soltar una risita.

Sonaba a nombre de stripper. Me la imaginé por un momento. Con un nombre así, probablemente tendría una estética de colegiala. Miré a mi alrededor, como si se tratara de algún tipo de broma. Tal vez fuera Kevin. Pero no había nadie allí para reírse y señalarme. Solo estaba yo en esta planta, y en este pequeño recibidor frente a mi apartamento.

Curioso, metí la mano en el bolsillo; el metal de mis llaves tintineó antes de sacarlas. Cogí una del llavero y la clavé en la cinta de embalaje de la caja, rasgando la larga tira. Abrí las solapas de cartón y, cuando mis ojos se toparon con el contenido, supe que tenía que ser una broma. Mirándome desde envoltorios de colores brillantes, había varias cajas de plástico que contenían una variedad de juguetes sexuales. Era como una explosión de rosas y morados con purpurina, y formas variadas como conejitos y rosas. Muchos los había visto antes. Saqué un juguete de forma curiosa de su caja y

pulsé el botón. Empezó a vibrar en mi mano. Sacudí la cabeza divertido.

Estaba a punto de apagarlo y llamar a Kevin para decirle que lo había pillado, pero antes de que pudiera, la puerta principal de mi apartamento se abrió de golpe. Allí había una mujer joven que me miraba con grandes ojos verdes, con las mejillas poniéndose casi tan rojas como su cabello, que luchaba por escaparse del moño sobre su cabeza. Como si se diera cuenta de que la habían pillado, su boca aspiró una exhalación silenciosa y sus labios formaron una «O» perfecta. Mis ojos se demoraron en ellos un momento; mi mente divagó rápidamente hacia las diversas cosas que podría hacer con esa boca. Pero entonces recordé que había una extraña en mi apartamento.

—¿Qué demonios? —pregunté.

—Lo... lo siento mucho. Mi paquete..., bueno, el paquete de mi amiga..., se entregó aquí —balbuceó.

No tenía ni idea de quién era esta mujer. Pero en lugar de enfadarme, me resultó divertido verla intentar explicar cómo era posible que estuviera en mi apartamento. Parecía bastante inocente, como un adorable juguetito. Arqueé una ceja y ladeé un poco la cabeza, escuchando su verborrea. Estaba disfrutando de este giro de los acontecimientos. La mayoría de la gente probablemente llamaría a la policía al encontrar a alguien que se ha colado en su casa, pero ella parecía inofensiva.

—No... no quería molestar en recepción, y no podía subir en el ascensor. Así que usé la escalera de incendios. Y luego miré hacia abajo y me quedé atrapada ahí arriba. Estaba tan alto...

Se me abrió la boca mientras procesaba lo que acababa de decir. La miré con preocupación. —Espera, espera, espera. ¿Has *trepado* por la escalera de incendios? ¿Estás loca?

Ella soltó un largo suspiro y sacudió la cabeza, derrotada. —Es que necesitaba mi paquete de verdad. —Sus ojos se dirigieron a la caja que yo tenía bajo el brazo.

—¿Te refieres a *este* paquete? —pregunté, señalándolo, y de repente me di cuenta de que el consolador morado todavía vibraba en mi otra mano. Presioné rápidamente el botón de silicona con el pulgar, pero en lugar de apagarse, empezó a moverse más rápido. El zumbido llenó el silencio entre nosotros.

—¿Pero qué...? —murmuré para mis adentros antes de pulsar el botón otra vez.

Finalmente se apagó y lo volví a meter en la caja con alivio, antes de volver a mirarla. Sus ojos verdes no mostraban rastro de diversión mientras me observaba. Parecía muerta de miedo, y ahora que sabía que acababa de subir los destartalados peldaños metálicos hasta el último piso, se explicaba también lo despeinado de su pelo.

—Lo siento mucho —dijo, con la voz apenas en un susurro.

—Debías de querer esto con muchas ganas para entrar en mi casa...

Se mordió el labio inferior, y eso, combinado con esta caja de juguetes sexuales precarios, me hizo pensar que esta noche estaba a punto de mejorar mucho.

—¿Por qué no pasas? —pregunté, dedicándole una sonrisa cálida.

Me miró como si no acabara de creerse lo que le estaba pidiendo.

—No lo sé... —empezó—. Probablemente debería coger mis cosas e irme.

Miró de mí a la caja que aún sostenía en mis manos, con inseguridad en sus ojos. Me reí para mis adentros. No parecía tener ni idea de qué hacer con ninguna de esas cosas. Pero yo, en cambio, podría enseñarle exactamente qué hacer con ellas.

—Quédate a tomar una copa —dije, más como una orden que como una pregunta—. Te ayudará a calmar los nervios después de tu escalada.

—Es... está bien —respondió ella, cediendo en su vacilación.

Apreté los labios en una sonrisa tranquilizadora y asentí antes de pasar por su lado para entrar en mi apartamento. Encendí las luces y la habitación cobró vida. Aún con la caja de cartón, la deposité sobre la gran mesa de centro de piedra en medio del salón, antes de caminar hacia el mueble bar situado en un rincón de la estancia. La vi seguirme, con los ojos deteniéndose en la caja antes de fijarse en las vistas de la ciudad a través del ventanal.

Las vistas fueron lo que me convencieron de comprar este lugar. Ventanales de suelo a techo que ofrecían vistas sin obstáculos de la ciudad circundante y de Central Park. Durante el día era el sueño de cualquier neoyorquino, pero es la noche lo que me cautiva. El cielo ahora era de un color púrpura intenso, y mi invitada lo contemplaba todo. Me di cuenta de que no nos habíamos presentado formalmente.

—Eres Sadie, ¿verdad? —pregunté mientras sacaba dos vasos cortos del estante.

—Mjum —respondió ella, y su voz parecía distante, como si se hubiera perdido en las luces de la ciudad.

Saqué una botella de bourbon del estante sin molestarme en decir mi nombre. No parecía saber quién era yo, y no quería ponérselo tan fácil. Esto resultaba refrescante.

Serví el líquido ámbar en cada vaso y caminé sobre la mullida alfombra color crema hacia donde estaba Sadie, observando la curva de su trasero en sus mallas negras. Ella se giró ante mi presencia y yo levanté la mirada rápidamente antes de entregarle un vaso. No dudó antes de dar un sorbo. Yo hice lo mismo; la bebida especiada bajó por mi garganta. Ya podía ver cómo sus hombros bajaban ligeramente al liberar la tensión que contenían. No estaba seguro de si la tensión era por haberse colado en mi casa o por otra cosa.

—Y bien —comencé con intención.

Me miró y ladeó un poco la cabeza; mechones enredados de su pelo cobrizo caían sobre su rostro pálido.

—¿De verdad has subido veintisiete pisos por un *paquete*? —pregunté, todavía incrédulo. Miré los calcetines que llevaba en los pies—. Sin zapatos...

—Técnicamente, veinticuatro. Vivo en el tercero. —Sus dedos se movieron dentro de los calcetines blancos de deporte.

—Impresionante —dije, tomando otro sorbo de bourbon—. No te había visto antes por aquí.

—Acabo de mudarme —dijo, volviendo a mirar hacia la ciudad—. Pero es temporal, hasta que encuentre un lugar más asequible donde vivir.

Parecía estar ordenando los pensamientos en su cabeza, y por un momento deseé poder entrar en ella para ver qué hacía que

frunciera el ceño y apretara los labios en esa silenciosa contemplación.

—¿Y sueles entrar a menudo por la cara en los apartamentos de la gente? —pregunté con una sonrisa burlona, tratando de aligerar el ambiente.

Apartó la mirada de la ventana y me miró con timidez, con el color subiéndole a sus mejillas ligeramente pecosas. —Ha sido la primera vez.

Como si se diera cuenta de lo ridículo de la situación, soltó una pequeña risa y sacudió la cabeza. Tenía que reconocérselo, era ingeniosa. Y valiente de pelotas por hacer lo que hizo. Mentiría si dijera que no estaba impresionado. Sí, era ilegal, pero yo había hecho mi parte de cosas ilegales. No era quién para juzgar. Aquel era un acto inofensivo para conseguir lo que necesitaba desesperadamente, que era esa caja sobre mi mesa de centro. Para mí estaba claro que necesitaba un orgasmo. Y antes de que terminara la noche, tenía la intención de darle exactamente lo que había venido a buscar.

Capítulo 3

SADIE

No estaba segura de si mi corazón se había detenido o si latía demasiado rápido como para percibirlo mientras apartaba la mirada de los ojos penetrantes de aquel hombre. Había una intensidad en ellos, un torbellino en aquellas pozas de azul gélido, y podía sentirlos sobre mí mientras daba otro sorbo de bourbon. Normalmente no bebía bourbon, pero ahora mismo lo necesitaba. Lo necesitaba para no desmoronarme por completo bajo su mirada.

Debería estar siendo arrestada en este preciso instante, pero en lugar de eso, estoy disfrutando de una copa con uno de los hombres más increíblemente atractivos que he visto en mi vida y contemplando una vista de casi 360 grados de la ciudad, que seguía quedando en segundo lugar en comparación con él. Llevaba un traje azul marino y una camisa blanca de botones que revelaba un retazo de su pecho bronceado. Me pregunté si habría tenido un día largo; de ahí que los dos botones superiores estuvieran desabrochados. Me costó todo mi autocontrol no dejar que mis ojos se demoraran en esa provocación de piel desnuda. Bueno, casi todo.

El rastro de barba de un par de días que recorría su mandíbula cincelada también resultaba una distracción. Se tensaba de vez en cuando cuando me pillaba mirándolo; sus labios estaban apretados en un gesto que no llegaba a ser una sonrisa, pero que aun así era una mueca burlona. Mi mente divagaba pensando a qué sabrían sus labios, o cómo se sentiría el vello negro y gris de su rostro de dios contra mi piel. Se me encogieron los dedos de los pies dentro de los

calcetines, que antes eran blancos pero que ahora estaban negros de la escalera de incendios.

Di otro trago largo de bourbon, casi atragantándome con el fuerte licor mientras bajaba por mi pecho y se derretía en una balsa en mi estómago. Mi estómago vacío. Me di cuenta de que aún no había cenado, lo que significaba que todo aquello se me subiría a la cabeza rápidamente. Quizá fuera mejor así, porque ahora mismo no quería pensar. Mi sangre hervía, suplicando por la liberación para la que había subido aquí, pero ahora esa sensación se veía amplificada por su presencia.

Abrir su puerta y encontrarlo allí de pie sosteniendo una caja de juguetes sexuales, con uno incluso en la mano, fue una visión que no esperaba. Y en lugar de estar aterrorizada por haber sido sorprendida en su apartamento, me había trabado con las palabras porque él me tenía distraída. La mirada de sus ojos parecía querer devorarme entera.

Aún me miraba de esa forma, y yo quería que lo hiciera. De manera temeraria, quería que saciara el hambre que veía en sus ojos y el hambre que sentía en lo más profundo de mi ser. Nunca había sentido esta necesidad de ser tocada por un casi desconocido. Demonios, nunca había sentido esta necesidad de ser tocada por mi exnovio. Jamás sentí ese deseo irracional de mandar la precaución al mismísimo infierno y dejarme llevar por completo. Hasta ahora. Y eso resultaba aterrador.

Hasta hace veinte minutos, cuando salía por mi ventana a la escalera de incendios con la intención de allanar la morada de alguien, siempre había sido una persona bastante recta. Los riesgos

no eran algo que yo asumiera. Apenas pensaba en ellos porque nunca me parecía que valieran la pena. Era lo que mis padres adoraban de mí. Lo que mis profesores adoraban de mí. Lo que mi jefe adoraba de mí. La fiable Sadie.

Siempre llegaba a tiempo. Era callada y complaciente. Cumplía con mis plazos. Nunca causaba problemas. No fue hasta hace poco que me di cuenta de que estas cualidades eran las que me habían llevado al desastre que era mi vida. Cualidades que a mi exnovio le gustaban y de las que se aprovechaba. Seguí la corriente a todo lo que decía y a todo lo que quería porque estaba desesperada por hacerlo feliz. Tan desesperada que, incluso cuando descubrí que me engañaba, no se lo eché en cara.

Pasaron los meses y nunca le pregunté dónde estaba cuando volvía a casa mucho después de haberme quedado dormida. Nunca pregunté con quién hablaba en susurros apagados. Nunca pregunté quién era la chica rubia en lencería de encaje de la foto que le habían enviado por mensaje y que él creía que yo no había visto. Dejé estúpidamente que siguiera mintiéndome. Que se aprovechara de mí. Que me hiciera daño.

Al final, fue él quien acabó dejándome, y no al revés. Yo nunca tuve el valor porque sabía que solo llevaría a una pelea desagradable, y no tenía fuerzas para defenderme. Era débil. Odiaba eso de mí.

Pero ahora mismo, tenía la oportunidad de tomar el control. De hacer algo que nunca había hecho antes. De demostrar que no era solo la pequeña y fiable Sadie. Era salvaje. Apasionada. Temeraria. O al menos podía fingir que lo era. Ayudaba el hecho de que él tuviera

ese aspecto, con ese atractivo sexual que emanaba de él sin esfuerzo. Podía hacerlo.

Me llevé el vaso a los labios y di un largo trago, agotando el resto del contenido. Me contuve de toser, pero aun así sentí su mirada divertida sobre mí. *Él*. Ni siquiera sabía su nombre. Sacudí la cabeza mientras me agachaba y dejaba el vaso sobre la mullida alfombra color crema a mis pies.

—Debo de haber perdido la puta cabeza —murmuré mientras empezaba a quitarme los calcetines antes de ponerme erguida frente a él.

Me miró con curiosidad. No fue hasta que empecé a contonearme para quitarme los leggings que la mirada curiosa de sus ojos se volvió animal. Deslicé el dobladillo de mis leggings lentamente por mis caderas, a lo largo de mis piernas, hasta que se pelaron por completo quedando amontonados a mis pies descalzos. Mis nervios luchaban contra la valentía líquida que había bebido, pero los reprimí mientras deslizaba mis dedos por mis muslos desnudos hasta el dobladillo de mi jersey de punto. Sus ojos parecían seguir cada uno de mis toques, como un león observando a su presa. Me quité la prenda rosa por la cabeza, lanzándola a un lado.

Me pregunté qué hacer a continuación mientras me quedaba allí de pie, insegura, en mi tanga negro y sujetador a juego. Él ladeó ligeramente la cabeza mientras sus ojos me recorrían, centímetro a centímetro. Lentamente. De forma tortuosa. Con nerviosismo, levanté la mano y me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja mientras observaba sus ojos, ahora convertidos en una tormenta de azul oceánico. Me mordí el labio inferior, sin saber qué hacer

después. Quizá esto fuera una mala idea. Estaba a punto de echar mano a mi ropa cuando él acortó la distancia entre nosotros con dos pasos lentos.

Contuve un suspiro tembloroso mientras él se alzaba sobre mí, con su cuerpo a escasos centímetros del mío. Sus manos buscaron las mías, solo brevemente, antes de que las yemas de sus dedos rozaran mis brazos hacia arriba. Sus ojos nunca abandonaron los míos.

—Te vuelves más interesante por segundos —susurró con voz ronca.

Mis ojos se cerraron ante el sonido de sus palabras ásperas. Cada vello de mi cuerpo pareció erizarse, profundamente consciente de cada uno de sus alientos y caricias. Sus labios se apretaron contra mi cuello y eché la cabeza hacia atrás para concederle un mejor acceso. La barba que tanto deseaba sentir rozó la piel sensible de mi nuca y dejé escapar un suave gemido de liberación.

El sonido pareció despertar algo en él, ya que sus manos se movieron rápidamente hacia mi trasero, apretando mi carne mientras me alzaba para que me enroscara alrededor de su cintura. Jadeé ante el repentino movimiento. Ante el creciente bulto que sentí presionando contra sus pantalones. Me llevó hasta el gran sofá de color crema en el centro de la sala y me depositó allí mientras se arrodillaba ante mí. Sus manos recorrieron la totalidad de mis piernas hasta que sus dedos se cerraron sobre la cinturilla de mi tanga. Sus ojos observaban los míos con atención. Le di un único asentimiento, como otorgándole permiso.

Deslizó el material de malla negra fuera de mí lentamente. Sus ojos dejaron los míos para contemplarme, abierta ante él. Era una visión

hermosa y podía sentir mi centro pulsar bajo su mirada. Sin apartar los ojos de mí, estiró la mano hacia atrás para coger la caja de cartón, arrastrándola al suelo. Sus labios se curvaron en una sonrisa pícara cuando mis ojos aterrizaron en los juguetes sexuales del interior. Rebuscó en la caja hasta que sacó una cajita de plástico transparente que contenía una pequeña vara de silicona de color púrpura. Lo observé abrir con cuidado las solapas mientras lo sacaba del embalaje. Encontró el botón con facilidad, dándole vida con un sonido vibrante lento y constante. Tragué saliva con dificultad cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, antes de incorporarse para cernirse sobre mí.

Inhalé su colonia, almizclada y amaderada, sumiéndome aún más en el deseo. Su mano se deslizó por mi ombligo hacia mis pechos, cuyos pezones estaban erguidos contra la malla que los rodeaba. Apartó la tela negra y bajó la boca; su calor húmedo rodeó mi pezón. Solté un gemido entrecortado mientras su lengua se movía contra mí.

El zumbido sordo de la vara vibratoria aún llenaba mis oídos mientras apoyaba la cabeza contra el respaldo del sofá. Sentí la punta de la vara presionando contra mí, entre mis piernas. Me retorcí ante la sensación, pero su mano firme mantuvo mi hombro quieto mientras su lengua pasaba de un pecho al otro. Clavé los dedos de los pies en el sofá mientras mi cuerpo absorbía el murmullo sordo contra mi clítoris. La curva del vibrador parecía estar hecha para mí y empecé a rendirme a ella, levantando las caderas para presionar con más firmeza. Mis manos estaban frenéticas y ansiosas mientras agarraban al hombre que se cernía sobre mí,

tirando de su chaqueta, intentando estar más cerca de él. De la sensación de éxtasis que sentía.

Separó la boca de mis pechos y levantó el rostro, presionando su frente contra la mía. Mis ojos se abrieron de golpe y encontraron los suyos. Su mirada azul permaneció inalterable mientras sentía sus dedos rozar mi entrada. Mientras el vibrador seguía presionando firmemente contra mí, hundió un dedo en mi hendidura ya húmeda, profundizando lentamente en mí. Solté un gemido gutural y, pronto, su boca estuvo sobre la mía, tragándose mis sonidos de placer. Su lengua exploró mi boca con avidez, saboreando cada parte de mí, y yo saboreándolo todo de él.

La sensación de su lengua contra la mía, el vibrador palpitante y la facilidad resbaladiza de su dedo dentro de mí me llevaron al borde del abismo. Sentí que todo mi cuerpo se tensaba ante la promesa de una liberación a escasos segundos. Mis dedos buscaron su espalda, clavándose en la tela de lino de su traje mientras mis caderas se elevaban. Deslizó otro dedo dentro de mí, explorando con un toque experto que se movía lentamente, contrastando con los rápidos movimientos del vibrador que aún presionaba contra mí. Sus dedos empezaron a moverse más rápido, entrando y saliendo de mí. No pude contenerme más y estallé en mil pedazos. Solté un fuerte gemido en su boca, liberándome alrededor de sus dedos. Con cada pulso de placer que estallaba en mi interior, mi cuerpo se sacudía mientras dejaba escapar otro gemido.

Me desplomé bajo él en el sofá, liberándome de su beso mientras sus dedos se deslizaban lentamente fuera de mí. Observé cómo se los llevaba a la boca y los saboreaba. Gimoteé ante la imagen,

sabiendo que esto estaba lejos de terminar. Después de perderme por completo, necesitaba egoístamente más, y sabía que él me lo iba a dar por la mirada de sus ojos.

Capítulo 4

JEREMIAH

Su dulce sabor bailaba en mi lengua mientras la miraba tumbada, derretida bajo mi cuerpo, con las manos aferradas a mis antebrazos, que estaban apoyados a ambos lados de ella. Las yemas de sus dedos rozaban suavemente el vello de mis brazos mientras recuperaba el aliento. Tras unos instantes de silencio, su pecho empezó a subir y bajar lentamente.

Mis ojos se desviaron hacia sus pechos desnudos, suaves y sonrosados. Me incliné y presioné los labios contra sus pezones antes de dejar que mi lengua explorara. Cerró los ojos con fuerza, arqueando la espalda para ofrecerle más a mi boca. Acepté hambriento, tomando cada pecho en mi boca. Sus gemidos silenciosos llegaron a mis oídos, haciendo que me pusiera aún más duro, tensando la tela de mis pantalones.

Los ojos de Sadie se abrieron despacio, y el deseo volvió a brotar en sus destellos verdes. Aparté a regañadientes la boca de sus pechos turgentes mientras sus manos subían por mis brazos y por mi pecho, hasta que sus dedos encontraron los botones de mi camisa. Los desabrochó uno a uno con lentitud. Me incorporé del sofá y me quité la chaqueta, seguida de la camisa que ella acababa de desabrochar. Me observó con atención mientras yo me alzaba sobre ella.

Se incorporó hasta quedar sentada, con sus largas extremidades a ambos lados de mí, dándome una vista completa de su cuerpo. Sus manos buscaron entonces la cintura de mi pantalón, desabrochando el cierre y bajando lentamente la cremallera. Tiró de mis pantalones

y calzoncillos, bajándolos hasta que cayeron con facilidad sobre la mullida alfombra. Sus ojos bajaron hacia mi erección, dura y suplicando por ella. Tragó saliva con dificultad, parpadeando lentamente.

—Pruébalo —dije con voz ronca.

Me miró sorprendida, como si nunca antes le hubieran dado una orden así. Se acercó un poco más en el sofá, sin apartar la vista de la mía. Sus labios se presionaron suavemente contra mi punta, entreabriéndose para permitir que su lengua me saboreara. Se arremolinó a mi alrededor como si rodeara un sumidero. Un gemido escapó de mi garganta mientras cerraba los ojos de placer a mi pesar, sin querer romper la mirada hambrienta que ella había fijado en mí.

Sus manos recorrieron la parte posterior de mis muslos hasta que rodearon y agarraron mis caderas, atrayéndome más cerca. Mi mano sujetó ligeramente la parte posterior de su cabeza para estabilizarme. Su lengua se retiró hacia esa boca perfecta suya mientras sus labios volvían a presionarse contra mí, pero esta vez se abrieron en una amplia forma de O mientras se deslizaban por toda mi longitud. Pulgada a pulgada, me introdujo lentamente en el calor de su boca.

Mi mano apretó su cabeza con más firmeza, con los dedos enredados en su pelo, desesperado por más. Con cada ligero tirón de su cabello, ella bajaba más por mi polla. Un gemido gutural escapó de sus labios, haciéndome latir contra su lengua, que ahora lamía la parte inferior de mi miembro. Empezó a mover la cabeza con un ritmo constante. Abrí los ojos para mirar y me encontré con

que ella ya me estaba observando. *Joder*. La mirada de sus ojos fue suficiente para hacerme correr en ese mismo instante. Apreté el agarre sobre su pelo, y los mechones pelirrojos se envolvieron en mis dedos como si tuvieran vida propia.

—Más rápido —gruñí con voz ronca.

Obedeció, moviendo la boca con mayor rapidez. Mi otra mano subió a su cabeza mientras empezaba a empujar dentro de su boca abierta. Eché la cabeza hacia atrás, con su saliva cubriéndome mientras me bombeaba dentro de ella.

—Joder —gemí entre dientes mientras me corría en su boca. Me estremecí al detener el movimiento de mi cuerpo, y sus labios se deslizaron lentamente fuera de mi polla. Miré su rostro encendido justo a tiempo para verla lamerse los labios. Me desplomé a su lado en el sofá, tirando de ella para que se pusiera encima de mí, de modo que su cabeza quedó apoyada en mi pecho y nuestros cuerpos yacían desnudos y apretados el uno contra el otro.

Nos quedamos allí tumbados en silencio durante no supe cuánto tiempo, con nuestras respiraciones subiendo y bajando al unísono. En un momento dado pensé que se había dormido, pero al mirar hacia abajo pude ver sus largas pestañas parpadeando despacio. Mis ojos recorrieron el resto de su cuerpo. Dios mío, su culo desnudo era perfecto, hasta sus delicados pies que estaban cruzados uno sobre otro. Pasé los dedos por su pelo y por toda su columna vertebral. Seguí explorando hasta que mis dedos recorrieron la curva de su culo.

Lentamente, se apoyó en el codo y me miró con una ceja levantada.

——¿Qué? —susurré—. No puedo evitarlo.

Sacudió la cabeza, y una pequeña sonrisa se extendió por sus labios. Con una mano en su culo, mi otra mano subió y acarició sus pechos que colgaban sobre mí. Cerró los ojos con placer silencioso. Con las yemas de los dedos, tiré de su pezón izquierdo, haciéndola jadear. Abrió los ojos de golpe y su mirada bajó a mi erección, que volvía a crecer. Moví la mano hacia su otro pecho y, de nuevo, tiré de su pezón derecho. Se mordió el labio mientras contenía un gemido.

Me acerqué y liberé su labio de entre sus dientes, hasta que su puchero quedó entre los míos. Lo solté antes de besarla. Suavemente al principio, en contraste con el pellizco de mis dedos contra sus partes más sensibles, hasta que mi lengua separó sus labios. Encontré la suya esperando hambrienta, masajeándola con una fuerza pausada. Mis manos bajaron por sus costados hasta que se cerraron alrededor de sus caderas.

Presionó sus manos contra mi pecho y se elevó, con sus pechos balanceándose sobre mí mientras abría las piernas, dejando una a cada lado de mi cuerpo. Mi polla se mantenía erguida, a escasos centímetros de ella. Era una vista hermosa.

Con las manos todavía en sus caderas, las agarré con fuerza y empecé a moverla contra mí, con sus labios abiertos y deslizándose contra mi miembro. Una mano se agarró al reposacabezas del sofá mientras la otra presionaba los músculos de mi estómago. Sus ojos bajaron a donde se movía rítmicamente contra mí. Era suficiente para hacerme perder el control, y eso que aún no había entrado en ella.

Alargué la mano hacia la caja de juguetes de la mesa de centro, saqué otra caja transparente y, con una mano, abrí el embalaje.

Saqué una pequeña rosa roja y presioné el botoncito hasta que empezó a vibrar en mi mano. Los ojos de Sadie se abrieron de par en par, pero nunca rompió el ritmo de fricción que mantenía contra mí. Presioné el pequeño vibrador contra su firme capullo y lo mantuve allí mientras levantaba las caderas al ritmo de sus movimientos.

Soltó un gemido fuerte que ahogó el zumbido del vibrador presionado contra ella. Su mano agarró el sofá con fuerza mientras empezaba a moverse más rápido contra mí. Mantuve el vibrador firmemente contra ella, sintiendo cómo se humedecía cada vez más contra mi polla firme. Echó la cabeza hacia atrás, con su pelo pelirrojo alborotado mientras luchaba por soltarse del moño que lo sujetaba.

Observé cómo su cuerpo se retorcía contra mí, con los nudillos blancos de tanto apretar el sofá. Como si no pudiera aguantar más, levantó las caderas y se posicionó justo encima de mi polla, apoyando las manos en mi pecho. Entornó los ojos mientras me miraba, como pidiendo algún tipo de permiso. Mi respiración se volvió superficial. Le di un solo asentimiento con la cabeza. Las yemas de mis dedos se hundieron en la carne justo debajo de sus caderas mientras se deslizaba lentamente sobre mi polla palpitante y expectante.

—Joder —gemí cuando me rodeó por completo. Había pensado que su boca era perfecta, pero esto estaba a otro nivel. Empezó a moverse rítmicamente, una danza tortuosa que hacía que su cuerpo se doblara y curvara como una hermosa serpiente. Tiré la rosa roja vibrante al suelo para que mis manos pudieran explorar. Subieron

por su abdomen, encontrando sus pechos firmes, mientras ella continuaba cabalgándome.

Me hundí más en ella, hambriento de más. Empezó a moverse más rápido, elevando su cuerpo antes de dejar caer todo su peso de nuevo sobre mí. Mis manos estaban maníacas, queriendo tocar cada centímetro de ella. En un momento dado se separó por completo de mi polla, dejándola palpitante y a la espera de más. Codicioso, le di un azote en el culo para castigarla. Soltó un jadeo, y otro más cuando empujé las caderas hacia arriba y encontré su abertura de nuevo. Gritó de placer mientras yo me restregaba contra ella, con las caderas altas, sosteniendo su peso contra mí, hasta que volvimos a caer sobre el sofá.

El sonido de sus gemidos roncos que siguieron hizo que mi polla diera sacudidas, lista para explotar. Atraje su rostro hacia el mío, introduciendo mi lengua en su boca, devorando su sabor. Sus movimientos se volvieron más lentos, una danza pausada de placer. Sus manos buscaron mi pelo, agarrándolo mientras se deslizaba arriba y abajo por mi polla, con sus hermosas tetas rozando mi pecho. Sentí que su cuerpo se tensaba mientras se liberaba a mi alrededor, con un gemido silencioso escapando hacia mi boca. La llené de semen mientras la mantenía presionada contra mi polla. Se retorció contra mi cuerpo mientras el mío se estremecía debajo de ella.

Lo siguiente que supe fue que los primeros rayos de sol de la mañana se filtraban por los grandes ventanales. Abrí los ojos parpadeando lentamente. El pelo pelirrojo y húmedo estaba esparcido por mi pecho. Sadie yacía desnuda encima de mí, con la

respiración pausada y constante, sumida en un sueño profundo. Debíamos de habernos quedado dormidos. Cerca de allí, oí un zumbido sordo. Recordando el vibrador, bajé la mano y busqué la pequeña rosa de silicona, apagando el botón antes de que mi mano encontrara su piel suave y desnuda. Las yemas de mis dedos recorrieron su espalda de arriba abajo, saboreándola aún más.

Se agitó un poco, estirándose contra mí. Sus ojos se abrieron poco a poco, ajustándose a la luz que entraba. Entonces se posaron en mí. Con los ojos como platos, Sadie se despegó de mí lentamente. Mi polla ya se estaba poniendo dura al verla bajo esta luz matinal, pero antes de que pudiera intentar nada, se levantó rápidamente del sofá. Buscó su ropa y la encontró junto al ventanal donde se la había quitado anoche. La recogió rápidamente y empezó a vestirse.

—¿Y a dónde vas tan deprisa? —La miré desde el sofá.

—Tengo que irme. —Se pasó el jersey por la cabeza.

Caminó hacia la mesa de centro, manteniendo la distancia conmigo, y alargó la mano con cautela hacia la caja de juguetes sexuales. Chasqueé la lengua y sus ojos se clavaron en mí.

—Eso se queda aquí —dije.

—Pe-pero... —tartamudeó.

—Si quieres volver a usarlos, ya sabes dónde encontrarlos —le dediqué una sonrisa burlona mientras me recostaba en el sofá con las manos detrás de la cabeza. Tragó saliva con fuerza, manteniendo la mirada alta y sin desviarla hacia mi erección, ahora evidente. Era imposible no verla. Su rostro se puso de un tono rosa intenso mientras retrocedía lentamente. Sin decir una palabra, caminó hacia la puerta principal.

Le grité mientras se iba: —La próxima vez usa la puerta principal.

Cuando la puerta se cerró tras ella, solté una carcajada para mis adentros. La noche anterior había sido una sorpresa inesperada, pero justo el desahogo que necesitaba. La semana de trabajo había sido dura y no iba a mejorar a partir de ahora, ya que asumo un nuevo cargo de director ejecutivo. Ya sabía que no sería bien recibido después de, prácticamente, haber derrocado al antiguo jefe. Pero ese no era mi problema. Si no le caía bien a la gente, podía deshacerme de ellos fácilmente. Tenían la opción de subirse al carro o largarse. Tenía la intención de conquistar esta nueva empresa, tal como había conquistado a mi nuevo juguete. Sonreí a la caja que ahora mantenía como rehén, preguntándome si volvería.

Capítulo 5

SADIE

Me puse los cierres de mis pendientes de perlas, haciendo malabarismos mientras mantenía el equilibrio con cuidado para calzarme los salones negros. Tropecé hacia un lado, pero logré apoyarme en el marco del espejo dorado de cuerpo entero.

—Uf —dije sin aliento al ver mi reflejo.

Tenía el pelo todavía húmedo por la ducha de esta mañana y recogido en un moño bajo a la altura de la nuca. La falda gris y la blusa blanca que había elegido necesitaban un planchado, pero eran lo mejor que tenía. Esperaba que los pendientes de perlas que me había regalado mi madre me aportaran un toque de sofisticación, y así era. Un destello blanco que resaltaba contra mi pelo pelirrojo, pero necesitaba algo más.

Pintalabios. Necesitaba pintalabios. Rebusqué entre el maquillaje esparcido sobre la cómoda y pesqué mi color rosa nude favorito. Con mano temblorosa, lo deslicé por mis labios antes de volver a colocar con cuidado la tapa dorada. Me encogí de hombros ante la mujer que me devolvía la mirada. No iba a quedar mejor que esto, y hoy, de todos los días… Hoy tenía que ser perfecto. Esto es lo que me pasaba por haberme quedado dormida, algo que no hacía nunca.

Había que añadirlo a la lista de consecuencias tras mi noche con el señor del ático de arriba. Habían pasado dos días y no lo había visto por el edificio. Cierto era que estaba demasiado mortificada para salir de mi apartamento después de nuestra noche juntos, y opté por calentar sobras y atrincherarme en el rincón del sofá con

películas malas el resto del fin de semana. Pero aun así no lograba sacármelo de la cabeza, y me daba demasiado miedo hacer algo al respecto. Aunque quisiera volver a verlo, no tenía su número. Maldita sea, ni siquiera sabía su nombre. No pensaba pedirle al botones que me subiera allí. La osadía que tuve esa noche se había esfumado, y volvía a ser la predecible Sadie.

Aparté los recuerdos que me teñían las mejillas de rosa y salí a toda prisa de mi dormitorio hacia el salón, donde cogí el bolso de la mesita de madera que había junto a la puerta. Antes de marcharme, comprobé dos veces la ventana para asegurarme de que estuviera cerrada. Después de ver de primera mano lo fácil que era entrar en el apartamento de alguien, ahora me esmeraba en comprobar que todo estuviera seguro. Una vez convencida de que la ventana no cedía, salí por la puerta y eché la llave.

La cafetería estaba a solo unas manzanas. Habría cogido un taxi, pero como no tenía casi nada de dinero, mi única opción era ir andando, lo que no haría más que retrasarme. Juraría que la temeridad de acostarme con un extraño se estaba contagiando a otras áreas de mi vida. Abrí la puerta de cristal del Charlotte Café y miré a mi alrededor sofocada. Divisé a Erica en una mesa de la esquina con su ordenador portátil abierto; el resplandor de la pantalla iluminaba su rostro mientras escribía. En ese momento levantó la vista y me saludó con la mano.

Suspiré aliviada al ver que no estaba molesta por mis diez minutos de retraso y me abrí paso entre las pequeñas mesas de madera hasta llegar a ella.

—Lo siento muchísimo —dije mientras me dejaba caer en la silla frente a ella.
—No te preocupes —le restó importancia con un gesto—. Aunque ya me he pedido un capuchino —dijo, levantando una taza blanca de borde ancho que ya estaba a medias.
—No pasa nada. De todas formas ya he tomado café —mentí. No había tenido tiempo, y tampoco podía permitirme comprar uno aquí.
Cuando consulté mi cuenta bancaria esta mañana, esperaba con desgana que hubiera algún aumento mágico de fondos en mi cuenta corriente. Por supuesto, no lo hubo. Estaba al borde de los números rojos y no podía permitirme un cargo automático de mi tarjeta de crédito, que ya estaba acumulando una barbaridad de intereses. Maldita la hora en que le dejé dinero a mi ex, Oliver. Además de no pedirle explicaciones por sus engaños, también dejé que usara mi tarjeta de crédito para acumular una deuda enorme. Ropa de trabajo. Las cuotas del coche. Su parte del alquiler del apartamento del que me había echado.
Solo tenía suficiente en mi cuenta para pagar el Airbnb en el que estaba. Era caro, pero era lo único que pude encontrar con tan poco margen de tiempo. Aunque sabía que Erica me ayudaría, no me veía capaz de contárselo. Me daba demasiada vergüenza.
Afortunadamente, no me recriminó que no pidiera café y, en su lugar, sus ojos verdes se mostraron pícaros mientras me miraba desde el otro lado de la mesa.
—¿Qué? —pregunté, arqueando una ceja.
—¿Te llegó el paquete este fin de semana? —preguntó ella, con la voz casi en un susurro.

—Oh, Dios mío. —Me reí—. Gabriella y tú estáis obsesionadas con mi… —bajé el tono hasta susurrar—, vida sexual.

—¡Pero bueno! Te mereces un poco de diversión. Ese tal Oliver era un imbécil integral.

No tenías *ni idea* de hasta qué punto llegaba su imbecilidad, que ahora me tenía endeudada. Quince mil dólares, nada menos.

—Lo sé —suspiré.

—¿Y bien? ¿Llegaron? —Agitó sus cejas oscuras.

Miré a mi alrededor por si alguien tenía idea de qué estábamos hablando, o si siquiera le importaba. Sentí que me ardían las mejillas mientras le pedía que bajara la voz.

—Oh, llegó perfectamente… —murmuré—. Y tuve mucho más de lo que esperaba.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó Erica inclinándose hacia delante, con los ojos chispeantes de deleite.

Negué con la cabeza, sabiendo que ya había hablado demasiado. Era imposible que le contara lo que pasó con el señor del ático. Era algo tan impropio de mí… Probablemente ni siquiera me creería, de todos modos. Mi mente voló de vuelta al sofá color crema, del que habíamos recorrido cada centímetro para cuando amaneció. Me mordí el labio ante el recuerdo.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó Erica, recostándose en su silla y cruzando los brazos con suspicacia.

—Nada. —Le resté importancia con la mano.

—Sadie, eres una de mis mejores amigas. Sé cuándo me estás ocultando algo.

Tenía razón. Nos conocíamos desde hacía lo que parecía una eternidad y habíamos pasado por mucho juntas. Pero esto…

Respiré hondo y se lo conté todo, desde que entré en el ático por la escalera de incendios hasta el bourbon, el desnudarme frente a él y el increíble sexo hasta el amanecer. Se le desencajaba la mandíbula con cada detalle. Bueno, no con cada detalle. Hubo cosas que me guardé para mí. Cosas que no había podido sacarme de la cabeza en todo el día de ayer.

Cuando terminé de contarle lo sucedido, negó con la cabeza con incredulidad.

—Esto parece una película o alguna novela romántica —dijo—. En serio, no puede ser.

—Tengo la marca de una mano en el culo para demostrarlo —solté una risita.

—¡Oh, Dios mío! —chilló, dando una palmada sobre la mesa. Ahora la gente nos miraba. Volví a mandarla callar.

Se rió a carcajadas, como si no le importara lo más mínimo lo que pensaran los demás. —En parte me encanta que te haya pasado esto —dijo con una sonrisa pícara—. Es como una *nueva* Sadie. Me encantaba la antigua, por supuesto, pero te mereces esto.

—No lo sé. —Gimí, recordando lo bien que me hizo sentir—. No puedo dejar de pensar en él.

—Pues más vale que lo hagas. —Comprobó la hora en su reloj—. Porque vas a conocer a tu nuevo jefe en unos diez minutos.

—¿De verdad ya es esa hora? —pregunté, buscando rápidamente mi bolso.

—Ajá. Tú puedes con esto, Sadie. Entra con buen pie —dijo con optimismo.

Pero aquello no calmó mis nervios. Me levanté y le di un rápido abrazo antes de salir corriendo por la puerta; el olor a granos de café recién molidos me hizo la boca agua. Debería haberme preparado una taza, pero era cuestión de lucir presentable o estar cafeinada. Elegí lo primero, e incluso entonces me preguntaba si este era el atuendo adecuado para conocer a mi nuevo jefe.

Salí del ascensor justo cuando los números de mi teléfono cambiaban a las 9:00 de la mañana. Llegaba puntual, aunque normalmente me habría gustado estar aquí al menos diez minutos antes para instalarme bien para el día, especialmente en un día como hoy. Llevaban meses circulando rumores de que alguien nuevo se haría cargo de la firma de contabilidad. Algún pez gordo. No se habían dado nombres, ni siquiera un susurro de uno. Nuestro anterior jefe no estaba muy contento con que lo reemplazaran, pero en cuanto vio su paquete de indemnización, se compró una casa en Florida y dijo: *Adiós, Nueva York*.

Si tan solo pudiera ser así de fácil para mí. Quizás entonces todos mis problemas de dinero desaparecerían. No es que no me lo mereciera. No estaba enamorada del trabajo, pero me quedé porque me hacía sentir segura. Era una trabajadora incansable. Siempre llegaba temprano, aparte de hoy. Rara vez me tomaba días libres. Rendía bien de acuerdo con mis evaluaciones. Sin embargo, nunca recibí un aumento. Mis compañeros sí. Los aumentos estaban en nuestros contratos, pero al parecer había que pedirlos, y yo nunca tuve el valor.

Caminé apresuradamente por el moderno espacio de oficinas; el taconeo de mis zapatos contra el suelo de hormigón pulido amplificaba mi casi tardanza. Me deslicé en mi silla de oficina y me acomodé en mi escritorio, encendiendo rápidamente el ordenador para fichar. El sordo zumbido del equipo volviendo a la vida quedaba anulado por unas voces amortiguadas que venían del despacho de mi antiguo jefe. El pánico se apoderó de mí al darme cuenta de que mi nuevo jefe me había ganado la mano.

Ya sentía los nervios a flor de piel. Esta no era la primera impresión que quería dar. Miré por la oficina buscando a alguien dispuesto a darme alguna pista sobre cómo era él, pero todos parecían tensos. Sus ojos estaban clavados en las pantallas, pero solo fingían estar ocupados mientras escuchaban el drama que se desarrollaba tras la puerta de roble oscuro. Tragué saliva mientras la tensión se filtraba bajo el marco de la puerta e infiltraba la oficina.

Por lo poco que alcanzaba a oír, mi nuevo jefe parecía un tipo de mucho cuidado. De repente, empecé a temer por mi puesto. Quienquiera que estuviera allí dentro con él parecía estar a punto de perder el suyo. Miré por la oficina intentando averiguar quién faltaba. ¿Y si me gritaba así a mí? ¿Y si me odiaba? Me hundí en la silla, dejando que los miedos me abrumaran mientras esperaba ansiosa a que la pantalla de mi ordenador superara los controles del software. Al fin pude iniciar sesión y fichar a las 9:04 a.m. Justo cuando pulsé *intro* en el teclado, la puerta que todos recelaban se abrió de par en par.

De ella salió disparado uno de los asociados sénior, murmurando improperios por lo bajo. Observé con cautela cómo se dirigía a su

escritorio, no lejos del mío, y empezaba a meter sus pertenencias personales en una caja de cartón. No podía creérmelo. Llevaba años en la firma, labrándose su camino hasta su puesto actual, que ostentaba desde hacía tiempo antes de perderlo ahora. Otros a mi alrededor negaban con la cabeza con la misma incredulidad que yo sentía mientras él agarraba su caja y se dirigía a los ascensores sin siquiera decir adiós.

Me giré lentamente y miré hacia la puerta de la que acababa de salir. Mi nuevo jefe apareció a la vista, llenando el umbral. Mis ojos recorrieron lentamente el traje gris marengo que vestía, pasaron por sus anchos hombros hasta llegar a sus labios, que estaban apretados en una línea rígida. Yo conocía esos labios. Sacudí la cabeza rápidamente como si no diera crédito a lo que estaba viendo. A quién estaba viendo.

—Oh, no —susurré cuando sus penetrantes ojos azules se encontraron con los míos.

Capítulo 6

JEREMIAH

Oh, sí, pensé para mis adentros mientras la miraba. Reconocería ese cabello pelirrojo en cualquier parte, especialmente cuando iba acompañado de esos grandes ojos verdes que ahora me miraban con sorpresa. ¿O era miedo? Era Sadie, mi juguetito de la noche del sábado. Lo que creí que era un lío sin compromiso, ahora me daba cuenta de que podría traer cola ahora que yo era su nuevo jefe. Ella también acababa de darse cuenta, pues vi cómo entreabría la boca ligeramente por la impresión.

Dios, esa boca. Me permití pensar brevemente en cómo se sentía contra la mía. En cómo se sentía rodeando mi polla, húmeda y cálida. Sentí una ligera punzada en los pantalones antes de recordar a qué había venido. No podía dejar que su boca —ni ella— me distrajera de lo que tenía que hacer.

Tenía que dejar clara mi posición aquí. No solo era el nuevo jefe de esta gente, sino su CEO. Las primeras impresiones lo eran todo, y aunque yo ya podía haber dejado una impresión en forma de la marca de mi mano en el culo de esta pelirroja, los demás necesitaban saber con quién se estaban jugando los cuartos en lo que a negocios se refería.

Justo cuando un leve sonido escapaba de la boca de Sadie, me aclaré la garganta y di un paso autoritario hacia el interior de la sala, haciendo que su perfecta boca se cerrara de golpe.

—Buenos días a todos. Ahora que parece que ya estáis todos aquí... —Le lancé una mirada, haciéndole saber que me había fijado en que

su mesa estaba vacía cuando llegué esta mañana. Ella puso cara de timidez antes de bajar la vista hacia la superficie de madera brillante de su escritorio, evitando mi mirada.

—Me gustaría presentarme —seguí, mirando al resto de los presentes—. Soy Jeremiah Mason. Vuestro nuevo jefe. Y CEO.

Oí cómo una oleada de susurros contenidos llenaba la sala por parte de gente que, sin duda, reconocía mi nombre. Oculté mi sonrisa, sabiendo que mi reputación me precedía. Alisándome el traje, volví a aclararme la garganta para captar su atención. En cuestión de segundos, todos los ojos volvieron a posarse en mí. Todos excepto los de Sadie, que seguían pegados a su mesa.

—Bien, probablemente todos acabáis de presenciar el pequeño espectáculo que vuestro *antiguo* compañero ha dado al salir. Supongo que hay gente que no soporta la honestidad. —Me encogí de hombros con frialdad—. Pero recortar gastos superfluos es necesario para que una empresa prospere. Y eso era él. Grasa. Inútil. Un estorbo.

Miré a mi alrededor mientras todos me observaban con cautela; mis palabras les caían como pequeños golpes. Estaban muertos de miedo. Pero ese era el plan. Así es como uno se convierte en la persona más poderosa de la sala. Así es como yo había llegado a donde estaba.

—Y aún no he terminado de hacer limpieza —dije—. Si la gente no rinde, se irá a la calle. Prefiero pagar indemnizaciones que sueldos a quienes no se los ganan. Creedme, puedo permitírmelo. Si no os gustan los cambios que se están haciendo aquí, podéis marcharos.

Miré a mi alrededor una vez más, pero solo hubo más silencio y miradas esquivas.

—¿Ha quedado claro? —pregunté en voz alta.

Todos asintieron con entusiasmo, como si estuvieran sincronizados. Incluso hubo un par de «sí, señor». Parecían marionetas. *Mis* marionetas.

Satisfecho de que mi presentación hubiera salido como yo quería, mis ojos volvieron a Sadie. Estaba sentada tras su escritorio, jugueteando nerviosa con los pulgares mientras miraba discretamente alrededor de la oficina, como si evaluara en silencio los pensamientos de todos. Sus propios pensamientos estaban escritos en su bonita cara.

—Usted —dije, entrecerrando la mirada hacia ella.

Levantó la cabeza de golpe al darse cuenta de que le hablaba a ella.

—¿Y-yo? —tartamudeó nerviosa, llevándose la mano al pecho. Sus ojos verdes estaban aún más abiertos ahora, como un ciervo ante los faros de un coche. Casi sentí lástima por ella. *Casi*.

—A mi despacho. *Ahora*. Me gustaría hablar en privado —dije, girando sobre mis talones y volviendo a mi nuevo despacho antes de que ella pudiera siquiera responder.

Me senté en mi silla de oficina de cuero negro, de espaldas a las vistas de la ciudad, preguntándome cómo iba a manejar esta situación. Sadie entró en la habitación, mirando al suelo con preocupación. Estaba más guapa la otra noche, cuando llevaba aquellos leggings ajustados y el jersey rosa que dejaba ver sus curvas incluso a través del grueso tejido de punto. Este look de oficina le resultaba aburrido. Una blusa blanca y una falda gris que

no hacían justicia al culo que yo sabía que poseía bajo todo ese soso tuit. Al menos yo sabía lo que había debajo de esa ropa. Un cuerpo increíble y firme hecho para follar. Me di cuenta en ese momento de que no estaba dispuesto a facilitarme la vida simplemente despidiéndola. Al menos todavía no. Aún podíamos divertirnos un poco.

Dejé que mis ojos vagaran por ella un instante antes de señalar la puerta.

—Cierre la puerta —dije con firmeza.

Vi cómo su garganta se movía al tragar saliva con nerviosismo. Se dio la vuelta y puso la palma de la mano en la puerta, cerrándola suavemente con un clic antes de volverse para mirarme.

—Siéntese. —Hice un gesto hacia el sofá de cuero acolchado de color topo que había contra la pared.

Hizo lo que le dije, sentándose con cuidado antes de cruzar las piernas. Mi mirada se detuvo un momento en sus piernas tersas; el dobladillo de su falda subió ligeramente. Ella jugueteó con la tela, sin saber qué hacer con las manos.

—Relájese —le pedí.

Me miró con ojos recelosos.

—No voy a despedirla. —Me eché hacia atrás en mi silla, haciendo crujir el cuero, mientras entrelazaba los dedos sobre el abdomen.

—¿N-no? —tartamudeó.

—Bueno, todavía no —maticé.

Se mordió el labio, frunciendo el ceño.

—Quiero saber qué tiene.

—¿Qué tengo yo? —preguntó, confundida.

—Para ofrecerme.

Ya sabía de sobra lo que podía ofrecerme en el dormitorio, pero quería saber qué hacía aquí. Qué podía hacer por mí en mi nueva aventura empresarial. No podía tratarla de forma diferente a los demás empleados de aquí, aunque fuera la única con la que me había acostado. Después de todo, esto eran negocios.

—Y-yo era la asistente personal de mi jefe. Bueno, de mi antiguo jefe —se corrigió—. Simplemente supuse que ese seguiría siendo mi puesto. Ahora. Con usted, señor Mason.

Oír «señor Mason» salir de su boca sonaba raro viniendo de ella, cuando ya nos conocíamos de forma tan íntima.

—Por favor, llámeme Jeremiah —dije, con un tono casi amable.

Ella asintió, comprendiendo.

—¿Y qué hacía exactamente para su antiguo jefe? —pregunté con una lenta sonrisa formándose en mis labios, recordando todas las cosas que ya había hecho por mí. Habría jurado que se puso roja, como si ella también lo recordara.

—Bueno, veamos... Gestionaba su agenda, tomaba notas en las reuniones, hacía recados, respondía correos electrónicos. En realidad, cualquier cosa que necesitara de mí, señor Mason.

Le lancé una mirada, un recordatorio silencioso de cómo prefería que me llamara.

—Lo siento. Jeremiah, quiero decir. —Me miró a través de sus pestañas oscuras, con voz cautelosa, como si estuviera aprendiendo una palabra nueva.

Su timidez empezaba a ponerme de los nervios. Normalmente, no me importaba ese toque de intimidación. Estaba acostumbrado. Me

gustaba tener el control, pero esto resultaba patético. Volvía a ser la misma mujer que pillé en mi apartamento después de que entrara a robar. Me preguntaba cómo podía pasar con tanta facilidad de ser una intrépida que trepaba veinte pisos y se desnudaba en mi salón, a ser esta mujer apocada y tartamuda que tenía ante mí.

—Mire, lo que pasó la otra noche... —comencé, bajando la voz.

Cerró los ojos con fuerza por la vergüenza antes de volver a abrirlos.

—Eso es independiente del trabajo. *Esto* son negocios —dije, poniendo el dedo con firmeza sobre mi escritorio—. ¿Entendido?

—Por supuesto —dijo ella, con una voz que apenas superaba el susurro.

—Espero que gestione sus responsabilidades como mi asistente personal, pero si no puede hacerlo por nuestro... —Hice una pausa, midiendo mis palabras para decidir cómo llamarlo—. Encuentro. Entonces tendré que prescindir de usted.

—No —dijo con una firmeza que me sorprendió—. Puedo hacerlo.

—Demuéstrelo.

Señalé con la cabeza hacia la puerta para indicarle que podía irse. Se levantó sin dudarlo, ansiosa por salir de mi despacho como si estuviera en la guarida de un león. Observé el ligero vaivén de sus caderas mientras caminaba rápidamente, abría la puerta y se sentaba en su escritorio a escasos metros de distancia. Sería fácil vigilarla, ya que estaba directamente a la vista desde mi despacho. Necesitaba ver si realmente servía para ser mi asistente personal. La mayoría en este puesto no duraban mucho, y yo apostaba a que o bien ella se rendía, o bien acabaría despidiéndola.

Durante las horas siguientes, entre despido y despido o amenaza de despido, observé a Sadie trabajar. Aunque permanecía concentrada en sus tareas de vincular mis calendarios y cuentas de correo a su ordenador, también vi que su timidez no era solo conmigo. Era con todo el mundo. Se acercaba a todos con timidez, como si no mereciera su tiempo, e incluso se disculpaba por quitarles apenas unos minutos. Para alguien que llevaba trabajando aquí los últimos años, resultaba penosamente retraída con sus compañeros. Me preguntaba por qué demonios su antiguo jefe la había mantenido tanto tiempo. ¿Sería porque era un bombón?

Tamborileé con los dedos en mi escritorio mientras observaba otra interacción penosamente incómoda entre ella y un asociado júnior. Él le había pedido que le hiciera fotocopias, cuando eso estaba lejos de sus funciones, pero ella lo hizo sin vacilar. Sentía cómo crecía mi irritación al verle apoyado en la mesa de un colega para charlar mientras ella hacía algo que él era más que capaz de hacer. Quizá la habían mantenido tanto tiempo porque nunca pedía nada a nadie, pero hacía cualquier cosa por todos. Era una mandada.

Negué con la cabeza al verla regresar con un montón de copias y entregárselas al asociado júnior con una pequeña sonrisa. Cuando ella se dio la vuelta para volver a su mesa, vi cómo él chocaba discretamente la mano con su colega con una sonrisa de imbécil que me daban ganas de borrarle de un puñetazo. Podría despedirlo fácilmente. Quizá lo haría.

Sadie volvió a sentarse, frunciendo el ceño mientras sus ojos recorrían su portátil, entregada al trabajo que debía estar haciendo. Se colocó un mechón pelirrojo tras la oreja, adornada con una perla,

mientras se concentraba. Estaba deliciosa. Me distraje al ver cómo se mordía el labio inferior al concentrarse, deseando poder saborearlo de nuevo. Joder. Iba a ser una distracción. Una a la que podría acostumbrarme fácilmente, pero también tenía que ser buena en su trabajo. Esperaba que estuviera a la altura.

Me levanté de la silla y me acerqué a su mesa. Golpeé la superficie de madera, llamando su atención. Me miró con curiosidad.

—¿Quiere conservar su trabajo? —pregunté.

—S-sí. Por supuesto —dijo, alzando sus cejas perfectamente arqueadas.

—Entonces deje de hacerle copias a ese gilipollas del asociado júnior. Deje de pedir perdón a todo el mundo. Y empiece a hacerse notar en esta oficina, joder. No quiero a nadie débil trabajando para mí. ¿Entendido?

Ella simplemente asintió una vez antes de que yo me diera la vuelta y regresara a mi despacho, gritando por encima del hombro: —¡Ah!, y envíe a ese imbécil aquí dentro. Veo más grasa que necesita ser eliminada.

Capítulo 7

SADIE

Menudo gilipollas, pensé para mis adentros mientras observaba a Jeremiah dirigirse a su mesa con paso firme y un aire de pompa en cada zancada poderosa, intentando no fijarme en el vaivén de los músculos de su espalda. No podía creer que me hubiera acostado con él. De haber sabido que rebosaba semejante arrogancia, nunca habría bajado la guardia aquella noche, por mucha necesidad que tuviera de contacto masculino. Bueno, quizá sí. Era alguien digno de ver, incluso ahora que estaba sentado a su escritorio con otro traje que parecía esculpido sobre su cuerpo.

Aun así, era un grosero y un impertinente. Ya iba por el cuarto despido del día, y ni siquiera era la hora de comer. Probablemente fuera solo cuestión de tiempo que yo volviera a estar en la cuerda floja. Estaba convencida de que me había despedido en el momento en que sus afilados ojos azules me localizaron en mi mesa, sin ni un ápice de sorpresa en ellos, a menos que se le diera muy bien ocultarlo. Yo, en cambio, me quedé mirándolo como un pasmarote. Se me revolvieron las entrañas bajo su mirada, y no fue solo por el miedo a perder el trabajo. Fue al recordar cómo sus manos habían recorrido cada centímetro de mi piel. Y su boca. Me ruboricé ante mi mesa al pensarlo, esperando que no viera cómo me subían los colores mientras se dirigía a la oficina.

Al menos, parecía que su grosería no iba dirigida únicamente a mí. Iba hacia todos los presentes en la oficina, que estaban temblando en sus asientos, esperando a ser los siguientes llamados a su

despacho para encontrar su final. Me pareció algo más personal cuando arremetió contra mí porque resultaba que yo era la única allí con quien se había acostado. Sabía qué aspecto tenía desnudo. A qué sabía su lengua. Cómo sonaba cuando llegaba al clímax. *Dios.* Bloqueé las imágenes y los sonidos de mi cabeza. ¿Cómo había podido acostarme con mi nuevo jefe? Nunca me habría imaginado que el hombre rico que vivía en el ático de mi edificio entraría aquí pavoneándose como si fuera el dueño del lugar. Ah, espera, es que lo era…

Le observé discretamente por encima de mi portátil, viendo cómo hablaba con alguien por teléfono. No había brillo en sus ojos ni alegría en su voz. Todo era frialdad profesional, probablemente arremetiendo contra alguien, como había hecho con casi todo el mundo aquí. Realmente sabía cómo causar impresión. Por muy imbécil que fuera, me costaba apartar la mirada de él.

Ahora estaba perfectamente afeitado, y sus grandes manos se movían con animación mientras su voz subía y bajaba con la intensidad de la llamada. Mis ojos se demoraron en su boca, recordando lo suaves que eran sus labios en comparación con la barba de un par de días que rozó mi piel aquella noche. Un mechón de pelo le cayó sobre la frente antes de que se pasara los dedos por él para echárselo hacia atrás, mientras se giraba para contemplar las vistas de Manhattan. *Concéntrate, Sadie,* me dije. Sacudí la cabeza y volví a bajar la vista hacia el resplandor de mi portátil. No podía dejar que él ni la noche que compartimos me distrajeran. Era evidente que a él no le estaba afectando.

Me había dejado claro que debía hacer mi trabajo sin distracciones. No podía permitirme perder el empleo estando tan endeudada. Además, ¿quién me iba a contratar? Jeremiah básicamente me había dicho que era débil. Fue como un golpe en el estómago, aunque sabía que tenía razón. Por eso algunos de mis compañeros me pedían que hiciera cosas que no figuraban en mi descripción de funciones, porque sabían que no les rechistaría. Debió de verlo cuando hice las fotocopias, lo que significaba que me estaba observando. Tragué saliva ante la idea, sabiendo que evaluaba cada uno de mis movimientos. Mi puesto aún no era seguro.

Hablando de eso, se suponía que debía enviar a Joshua, el asociado júnior que solía encargarme sus fotocopias, al despacho de Jeremiah. Vacilé antes de coger el teléfono y marcar su extensión. Sonó dos veces antes de que respondiera.

—¿Diga? —contestó Joshua con entusiasmo, como si acabara de reírse con algún chiste.

—Le necesitan en el despacho del señor Mason —dije con voz sombría.

—Entendido. Gracias. —Cualquier rastro de alegría desapareció de su voz antes de que escuchara el clic del teléfono al colgar.

Unos minutos después, vi cómo Joshua se acercaba con cautela al despacho de Jeremiah. Sabía lo que se avecinaba, pero me costaba apartar la vista. Era como un accidente de tráfico; no podía dejar de mirar. Él evitó mi mirada al cerrar la puerta tras de sí. Momentos después, oí cómo sus voces amortiguadas subían de tono y luego bajaban, antes de que la puerta se abriera de nuevo y Joshua saliera hecho una furia. Parecía que no volvería a hacerle fotocopias.

Observé con los ojos como platos cómo desaparecía rápidamente por el pasillo hacia su mesa, probablemente para recoger sus cosas. Ese era el quinto empleado en recibir la patada. Solté un suspiro tembloroso antes de mirar a través de la puerta abierta de Jeremiah. Descubrí que ya me estaba mirando, con los labios apretados en una sonrisa tensa, como si acabara de hacerme un favor. Aparté la vista rápidamente. ¿Había despedido a Joshua por mí? La idea me revolvió el estómago. Nunca le habría deseado eso a nadie, por mucho que algunos de mis compañeros se hubieran aprovechado de mí.

Entonces me di cuenta de que este tipo no se andaba con chiquitas. Hacía lo que quería con quien quería y no le importaban los sentimientos de nadie. Si quería conservar mi trabajo, tenía que dejarme la piel y hacer todo lo que me pidiera. Si lograba desempeñar bien mi labor, algo que ya hacía, podría preocuparme menos por el despido. Solo tenía que demostrarle que no era la mujer débil que él creía. Esa de la que yo misma me estaba cansando de ser. Podía hacerlo, aunque al principio no fuera más que puro teatro. Quizá, si fingía durante el tiempo suficiente, acabaría defendiéndome y ocupando el espacio que él me había dicho que debía ocupar.

Enderecé los hombros y empecé a revisar la lista de tareas que él había empezado a crear en nuestro calendario compartido de Google. Cualquier tarea que escribía, yo la marcaba como completada a los veinte minutos de recibirla. Sentía que lo tenía todo bajo control, hasta que empezaron a acumularse más. Cada vez que terminaba algo, aparecían dos tareas nuevas. Era imposible

que este hombre estuviera *tan* ocupado. Quizá me estaba poniendo a prueba. Pues bien, no iba a permitir que me viera fracasar.

Pero cuando dieron las cinco, la lista de cosas pendientes era aún más larga que cuando empecé. Suspiré derrotada al cerrar el portátil, diciéndome que me ocuparía de ello mañana. De todos modos, no había nada urgente de inmediato. Lo había ordenado todo por prioridad y había liquidado lo imprescindible. Ese era mi sistema y siempre había cumplido los estándares de mi antiguo jefe.

Todos los demás empezaban a recoger para irse a casa mientras yo caminaba por el pasillo hacia la sala de descanso, dándome cuenta de que el despacho de Jeremiah estaba vacío. Me pregunté a qué hora se habría marchado. Sentí un momento de alivio al saber que se había ido, aunque tuviera que volver a verle mañana. Y al día siguiente. No me gustaba admitirlo, pero una pequeña parte de mí estaba extrañamente emocionada. La parte más grande estaba aterrorizada.

Abrí la nevera de acero inoxidable de la sala de descanso, rebusqué entre los táperes de comida para llevar y encontré mi bolsa de la comida. Tiré del asa negra hasta que se soltó. Me la coloqué bajo el brazo y cerré la pesada puerta, soltando un grito ahogado al encontrar a Jeremiah de pie detrás de ella. Estaba apoyado en la pared con naturalidad, observando cada uno de mis movimientos. Apreté mi bolsa con más fuerza mientras recuperaba la compostura. *No seas débil.*

—Jeremiah —dije con frialdad, orgullosa de haber recordado llamarle por su nombre de pila—. ¿Necesita algo?

Ignorando mi pregunta, inquirió:

—¿Ya se marcha?

—Son más de las cinco. —Me encogí de hombros, pensando que era obvio.

—Y, sin embargo, no ha terminado las tareas que le asigné. —Seguía apoyado en la pared, pero su mirada era gélida. Era difícil descifrarle. Sentía que una parte de él quería regañarme y la otra quería devorarme. Yo preferiría lo segundo. —No es un buen comienzo, debo admitirlo —dijo.

Inmediatamente, me puse a la defensiva. Sería imposible para cualquiera completar todo lo que me había encomendado. Tenía que saberlo. Era como si buscara un motivo para despedirme. Quizá le facilitaría la vida no tener que preocuparse por mí y por nuestra noche juntos. Pero no iba a darle el gusto, no ahora que estaba en números rojos con una cuenta corriente vacía mientras vivía en un lugar que ni siquiera era mío.

—He hecho todo lo posible por ocuparme de lo que era urgente. Era mucho para una sola persona. A cualquiera le resultaría difí...

Él levantó la mano y sacudió la cabeza. Cerré la boca con fuerza, temiendo lo que pudiera salir de ella por el tono condescendiente con el que me estaba tratando. Me daban ganas de apartarle la mano de un golpe. Me tragué las palabras que quería decirle. Imbécil. Capullo. Estúpido.

—Ya se lo dije, si no es capaz de encontrar la manera de gestionar sus responsabilidades, tendré que prescindir de usted —me recordó.

Le miré parpadeando, sin saber qué decir. ¿Me estaba despidiendo? No, no iba a permitir que eso ocurriera.

—Llevo haciendo esto *cinco* años —dije con toda la firmeza que pude reunir—. Me considero una experta en mi trabajo. —Esto último era mentira, pero confiaba lo suficiente en mis capacidades y experiencia. Tenía que venderme bien.

Vi cómo sus labios se curvaban hacia un lado en una mueca condescendiente. Ojalá no resultara tan malditamente sexy cuando se portaba como un gilipollas. Mis ojos se desviaron hacia su boca, donde se quedaron un instante de más. Él también se dio cuenta, porque la comisura de sus labios subió aún más, dejando ver sus dientes blancos y alineados. Odiaba lo atractivo que era. Me recordé a mí misma que era mi jefe y que estaba a punto de despedirme, nada menos. Pero aun así, estar en esta pequeña sala con él, respirando su colonia familiar y con cada centímetro de mi cuerpo en tensión por su presencia, hacía difícil no pensar en él como algo más. Era difícil no pensar en cómo sentía su pecho desnudo contra mis palmas sudorosas o cómo el sabor de sus labios era una mezcla de salado y dulce después de rozar mi piel.

—¿Experta? —preguntó, y esa sola palabra me devolvió bruscamente a la realidad.

Le miré, confundida.

—No es precisamente el término que yo usaría —dijo, separándose de la pared con un movimiento fluido. Odiaba la seguridad con la que se movía, pero también le admiraba por ello.

—Veremos qué tal se le da mañana. —Salió por la puerta de la sala de descanso, dejándome sola, pero no sin antes decir por encima del hombro—: Le sugiero que venga temprano.

Lo único que pude hacer fue verle marchar mientras intentaba recuperar el aliento que parecía haberse esfumado de la habitación junto con él.

Capítulo 8

JEREMIAH

Crucé un tobillo sobre la rodilla mientras me reclinaba en la moderna silla blanca del bar del vestíbulo de mi edificio. La lámpara de cristal del techo proyectaba prismas de arcoíris sobre los suelos de mármol recién pulidos. Estirando el cuello, eché un vistazo al bar, que estaba casi vacío. Había unos cuantos hombres de negocios disfrutando de una última copa, pero ninguno parecía demasiado preocupado por mi presencia. Ya estaban acostumbrados a verme allí, pues llevaba horas instalado.

Cuando salí de la oficina tras un primer día brutal, aunque productivo, mi mente y mi cuerpo me pedían a gritos un bourbon mientras terminaba el trabajo pendiente. A decir verdad, mi trabajo nunca se terminaba del todo. Me lo llevaba conmigo, normalmente al bar del vestíbulo como una continuación de la jornada laboral, pero con mejores vistas y con alcohol.

No esperaba que el día de hoy fuera tan agotador. Aunque sabía que asumir mi nuevo cargo de director ejecutivo sería una gran tarea, no esperaba que la presencia de Sadie allí me pillara tan desprevenido. Con cada empleado que despedía, podía sentir su mirada recelosa y la compasión que sentía por sus compañeros al verlos pasar. Casi hizo que me sintiera mal por algo a lo que me había acostumbrado tanto. Despedir gente era parte de mi trabajo. Venía de la mano con la reestructuración y la reconstrucción. Venía de la mano con el éxito.

Suspiré profundamente antes de dar otro sorbo al líquido ámbar del vaso de cristal estriado que tenía en la mano, recordando la expresión de su rostro cuando despedí a aquel asociado júnior. Ya he olvidado su nombre. Fue por el bien de la empresa, pero sobre todo por el de ella. Odiaba ver que la mangonearan así. Además, el tipo era claramente un vago. Un lastre. Era bueno que se hubiera ido. Ella se daría cuenta, si permanecía el tiempo suficiente en su puesto. Lo cierto era que hoy la había puesto a prueba. Le había soltado una lista imposible de tareas que sabía que no podría terminar. Una parte de mi pensamiento creía que aquello me daría una excusa para despedirla. Sin duda me facilitaría la vida no tenerla directamente frente a mí todos los días, distrayéndome de mi trabajo con su piel clara y el contraste de su cabello pelirrojo llamándome desde su escritorio. Algo así podría volverse turbio. No podía permitirme una demanda si las cosas llegaban demasiado lejos ahora que era su jefe. No es que ella pareciera el tipo de persona que me demandaría, especialmente sabiendo cuánto había disfrutado. Lo oí en sus gemidos roncos. Lo sentí en la forma en que se liberó a mi alrededor.

Sentí una punzada en los pantalones ante los recuerdos de lo ocurrido hace apenas unas noches. Joder. Estaba en problemas. Pero no iba a despedirla todavía. Vería a dónde llegaba esto. Dejaría que se probara a sí misma, ya que parecía tan decidida a hacerlo. Realmente debía de necesitar este trabajo. Recordé que dijo que su estancia aquí era temporal hasta que pudiera encontrar algo que pudiera permitirse. No podía evitar sentir curiosidad por ella. Quería saber más.

En ese momento, las pesadas puertas del vestíbulo se abrieron. Como si lo hubiera planeado, ella entró en el vestíbulo. Le dedicó una sonrisa al portero al pasar, y mis ojos la siguieron mientras caminaba hacia los ascensores. No tenía prisa; sus zapatillas blancas de bota daban pasos suaves sobre el suelo, aparentemente al ritmo de la música que escuchaba en sus cascos. Vestía unos leggings gris claro y un sujetador deportivo a juego, con el pelo recogido en una tirante coleta que caía en cascada por su espalda. La sudadera con capucha desabrochada que llevaba le colgaba holgadamente de un hombro, revelando un trozo perfecto de piel pálida y besable. Parecía ligeramente humedecida por el sudor de un entrenamiento. Un fuerte deseo de saborearla me invadió.

Me terminé el resto del bourbon antes de sacar la cartera del bolsillo. Saqué un billete de cien dólares y puse el vaso vacío encima. Me levanté y seguí el mismo camino que Sadie hacia los ascensores. La vi entrar por las puertas doradas justo cuando se abrían y troté los últimos pasos para alcanzarla, deslizándome tras ella. Se giró para pulsar el botón del ascensor y me vio, sobresaltándose un poco. Se quitó rápidamente uno de los cascos y el sonido de rock clásico llegó hasta mí.

—Señor Mason. Hola —tartamudeó. Jugueteó con su teléfono en el bolsillo de la sudadera y la música se detuvo de repente.

Ignoré el hecho de que estuviera usando la formalidad que le dije que no empleara. No estaba de humor para corregirla. No estaba de humor para cortesías. Mi cuerpo pedía algo más primario. Mi respiración se volvió superficial mientras sus ojos verdes buscaban los míos. Di un paso adelante y su mirada bajó de la mía a mi pecho

e incluso más abajo. Lentamente. De forma tortuosa. Se detuvo justo debajo de la cinturilla de mis pantalones y sentí como si toda mi sangre corriera hacia mi polla. Me pregunté si ella podría percibirlo.

Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos. Esta vez había fuego en ellos, igualando el deseo de los míos. Di otro paso más hasta estar a escasos centímetros de ella. Se le detuvo la respiración. Inclinó la barbilla en una invitación silenciosa y eso fue todo lo que necesité para presionar mi cuerpo contra el suyo. En un movimiento rápido, su espalda quedó contra la pared de espejos y ella se deshacía contra mí.

Mis labios encontraron los suyos y su boca ya estaba abierta en una espera desesperada, incitando a mi lengua a bailar con la suya. Me inhaló mientras sus manos buscaban el camino hasta mi pelo, con sus dedos tirando suavemente. Mis manos vagaron por la curva de su culo y por debajo de su sudadera, encontrando la piel desnuda de su torso. Su espalda se arqueó ligeramente y la levanté con facilidad. Sus piernas se envolvieron a mi alrededor, atrayéndome con fuerza. Ya podía sentir el bulto creciente presionando contra mis pantalones. Ella también debió de sentirlo, porque un gemido ronco escapó de sus labios mientras se apretaba aún más contra mí.

La electricidad en este ascensor sería suficiente para alimentarlo incluso si se fuera la luz. De hecho, deseé que se fuera, para poder tenerla aquí mismo. Sería tan fácil. La tendría gritando mi nombre en cuestión de minutos. Mi mano se movió hacia su abdomen, subiendo hacia su sujetador deportivo húmedo. Con hambre. Deseando con codicia rodear sus pechos carnosos con mi mano. Estaba tan cerca,

pero las puertas del ascensor se abrieron y ella me apartó presa del pánico. Se deslizó por mi cuerpo, sin aliento, apenas encontrándose con mi mirada mientras salía tropezando del ascensor hacia el pasillo.

La vi irse, confundido. Di un paso hacia las puertas y puse las manos a cada lado para evitar que se cerraran. Su rostro estaba encendido cuando sus ojos encontraron los míos. El deseo de hace unos momentos ahora rozaba la cautela mientras recuperaba el aliento.

—No puedo hacer esto —dijo ella.

—Sadie… —empecé.

Ella negó con la cabeza.

—Usted es mi jefe. Eso complica las cosas.

—No tiene por qué —dije, sabiendo que era mentira. Habíamos superado con creces lo complicado. A partir de ahora solo podría volverse más difícil todavía.

—Solo necesito algo de espacio —murmuró ella, mirando hacia la alfombra.

No pude evitar reír para mis adentros mientras la veía dar unos pasos hacia atrás, lo suficientemente despacio como para hacerme saber que se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. El espacio no era algo posible para nosotros viviendo en el mismo edificio y trabajando ella para mí. Era mi asistente personal, por el amor de Dios. A donde yo fuera, ella iría. Pero si quería hacerse la difícil, yo aceptaba el reto. Me gustaba jugar. Además, le daría un poco de chispa a mis días.

—Bien —dije, levantando las manos en señal de derrota y dando un paso atrás.

La observé mientras buscaba sus llaves torpemente y retrocedía hacia su apartamento. Antes de que las puertas pudieran cerrarse, exclamé:

—Nos vemos mañana. Muy temprano.

Sonreí para mis adentros mientras el ascensor comenzaba su ascenso hacia mi ático.

Una vez arriba, tenía las entrañas revueltas por lo que acababa de pasar en el ascensor. Me había dejado desesperado por más. Tanto que me dolía. Aún podía saborearla en mi lengua y sentir sus dedos en mi pelo, agarrándome con desesperación. Ella lo quería tanto como yo. Maldita sea. ¿Por qué tenía que haber dejado que su conciencia se impusiera? Ahora estaba yo aquí arriba solo, sabiendo que ella estaba ahí abajo probablemente quitándose la ropa. El pensamiento me llevó de inmediato al baño, donde abrí el grifo de la ducha. Esperé a que subiera el vapor y el espejo se empañara antes de entrar. Envolví mi polla con la mano, necesitando una liberación. Con la mano moviéndose bajo el agua, imaginé lo que habría pasado si ella no hubiera echado el freno justo ahora.

Una vez que hube terminado bien, me metí en la cama, agotado. A pesar del tiempo bajo la ducha, mi mente seguía volviendo a Sadie. Dios, era sexy. Me sentía atraído hacia ella. Era la única forma en que podía explicar por qué la seguí a aquel ascensor esta noche. Era como si no tuviera control sobre mi cuerpo. Iba a donde quería, con quien quería. Y el cuerpo de ella había sucumbido ante mí con los mismos deseos.

Entre sus gemidos graves y sus piernas envueltas con fuerza alrededor de mí, era muy distinta de la mujer que se sentaba frente

a mi despacho todo el día. Me pregunté si había más en ella de lo que pensaba. Esperaba que así fuera, porque lo que presencié esta mañana fue cualquier cosa menos excitante. Odiaba la debilidad, y ella destilaba debilidad por todos los poros. Aún tenía que demostrar que era digna de ser mi asistente personal, habiendo fallado ya en la tarea imposible de hoy. Necesitaba a alguien con una ética de trabajo sólida. Alguien que pudiera aguantar mis impertinencias, pero que también supiera plantarme cara. Simplemente no sabía si ella lo llevaba dentro.

Había pasado parte de mi mañana examinando su expediente. Leí que, efectivamente, había sido asistente durante cinco años, pero curiosamente nunca pidió nada más. Ni siquiera había pedido un aumento que se había ganado en su mandato. Su falta de ambición era chocante, especialmente para alguien como yo, que hacía lo que fuera necesario para llegar a la cima. Necesitaba a alguien que fuera tan implacable como yo a mi lado, y esa no era ella.

Tal vez podría hablar con algunos de los asociados sénior y encontrar un puesto para ella con uno de ellos. Tenía que haber un trabajo que fuera más fácil para ella, pero donde yo pudiera seguir teniéndola cerca. Aunque no me gustara su ética de trabajo, me gustaba follar con ella. No estaba listo para dejarla ir todavía. Me estaba divirtiendo demasiado, y apenas habíamos empezado.

Despedirla estaba fuera de toda duda ahora, no solo porque quería tenerla de nuevo, sino también por el escándalo que se armaría si se corriera la voz sobre nuestras relaciones. Ya veía los titulares:

El nuevo director ejecutivo tiene una aventura con su asistente, quien lo demanda por despido improcedente.

Sería una tormenta mediática, y era lo último que necesitaba en mi nuevo cargo. Aunque seguía sin creer que ella tuviera las agallas para hacerlo, no podía arriesgarme. Además, con la forma en que me ha sorprendido esta noche... ¿Quién sabía qué más podría tener guardado bajo la manga?

Me quedé dormido, ansioso por descubrirlo.

Capítulo 9

SADIE

Las puertas del ascensor se abrieron ante una oficina vacía. Mis pasos resonaban mientras caminaba por el espacio, aferrando mi bolso con una mano y un café grande con la otra. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estaba completamente sola. Nunca había llegado tan pronto al trabajo y, evidentemente, ninguno de los demás tampoco. Dos horas enteras de antelación.

Le di un largo sorbo a mi café con hielo al llegar a mi mesa; el remolino de nata y azúcar me resultó dulce en la lengua. Sinceramente, me habrían venido bien tres lattes gigantes más después de la noche en vela que había pasado. Tras el beso —o más bien, la sesión de morreo— en el ascensor con Jeremiah, estaba tan alterada que el sueño no llegó fácilmente. Mi cuerpo deseaba una cosa, mientras mi mente me obligaba a quedarme en mi apartamento en lugar de subir a buscarlo para terminar lo que habíamos empezado.

Me había costado todo mi autocontrol desenredar mis extremidades de su cuerpo y mis dedos de su pelo. Fue como si el aviso del ascensor hubiera roto una especie de hechizo; me encontré saliendo a trompicones, luchando por encontrar aire. Por encontrar espacio. Un espacio que le dije que necesitaba, algo de lo que él, a su vez, se había reído. Era una petición imposible viviendo en el mismo edificio y siendo yo ahora su asistente personal.

Pensé que, después de lo mal que había ido el día de ayer, él no querría saber nada de mí, así que el hecho de que me siguiera al

ascensor no entraba en mis planes. La verdad era que había salido a correr para despejarme de él, y la jugada me había salido el tiro por la culata. Si me hubiera quedado en mi apartamento después de la jornada laboral, habría evitado cruzarme con él. Quizá una parte de mí quería hacerlo. Suspiré al darme cuenta de lo complicada que era mi vida antes de dejarme caer en la silla giratoria de cuero blanco de mi escritorio.

Aún podía sentir el sabor del bourbon en su lengua, a pesar de haberme lavado los dientes varias veces y de haberme dado una ducha larga y caliente para librar a mi cuerpo de su fragancia embriagadora. No sirvió de nada. No podía dejar de pensar en él y en la forma en que me levantó con tanta facilidad en sus brazos mientras mis piernas se envolvían instintivamente a su alrededor. Él todavía llevaba aquel traje impecable del trabajo, mientras que yo probablemente parecía una rata mojada con mi ropa de deporte sudada. Sin embargo, no pareció importarle. Seguía teniendo esa mirada hambrienta en los ojos y sus manos estaban ansiosas por explorar mi piel encendida.

Sacudí la cabeza y di otro largo sorbo al café antes de encender el portátil. Estaba deseando encontrar una distracción de la noche anterior, aunque Jeremiah no tardaría en llegar y sería todo el recordatorio que necesitaba de su existencia, y de que habíamos cruzado demasiadas líneas en los últimos días. Me dije a mí misma que no cruzaríamos ninguna más. Mantener este trabajo era demasiado importante.

Al menos, hoy había llegado antes que él. Antes que todo el mundo. Estaba ansiosa por demostrar que podía hacer este trabajo. Pero en

cuanto inicié sesión en mi portátil, mi calendario empezó a pitar con notificaciones que llenaban la pantalla, haciendo que mis ojos se movieran frenéticamente para seguir el ritmo. Se me encogió el estómago. La lista de tareas de ayer se había duplicado y empecé a dudar de si sería capaz de llevarlo todo al día. No entendía cómo alguien podía estar *tan* ocupado. Su día estaba lleno de reuniones. Reuniones a las que lo más probable era que yo le acompañara. El pensamiento hizo que mi corazón se acelerara un poco más.

Me incliné hacia delante, mirando hacia el ascensor en busca de cualquier señal de Jeremiah. Tenía un nudo de nervios y emoción en la boca del estómago. Había pasado gran parte de la mañana arreglándome sin prisas, haciéndome un peinado en casa y poniéndome un traje de falda color crema que había planchado antes de irme a dormir. Era una estupidez, la verdad. Me decía a mí misma que era porque quería dar la talla, pero sabía que parte de ello era por él.

Las puertas del ascensor se abrieron, haciéndome retroceder de golpe en el asiento, pero no era Jeremiah. Era Tanya, la recepcionista. Ella también debía de querer empezar a dar una buena impresión al nuevo jefe, junto con los otros asociados que fueron llegando poco después.

Me saludó con la mano y se acercó. —Has llegado pronto —dijo, mirando a su alrededor en la oficina casi vacía.

—¿Ah, sí? —me encogí de hombros.

—Venga ya, estás muerta de miedo, como el resto de nosotros —dijo con una ceja levantada.

Solté una risa nerviosa. —¿Tan obvio es?

—No te culpo. El hombre es un tirano. Te juro que es el único que conseguiría que yo estuviera levantada a *estas* horas. —Sacudió la cabeza.

Asentí de acuerdo mientras sus ojos miraban con curiosidad la pantalla de mi portátil, que estaba llena de tareas y citas de múltiples colores. Era un despliegue de tareas imposibles disfrazadas con los colores del arcoíris. Chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Vaya. Te tiene corriendo como un pollo sin cabeza, ¿eh? —preguntó Tanya, mirándome con simpatía.

Gemí. —Pida ayuda por mí.

Me dedicó una sonrisa tranquilizadora. —Tú puedes con esto.

Tamborileó con los nudillos en mi mesa antes de bajar por el pasillo hacia su puesto.

El resto de la oficina empezó a llenarse de empleados ansiosos por demostrar su valía. Pronto necesité otro café para ayudar a sobrellevar la falta de sueño. Caminé hacia la sala de descanso, con los sentidos alerta ante cualquier señal de Jeremiah, pero no había ni rastro de él. Cogí una taza blanca de la estantería negra brillante y me serví una generosa cantidad de café solo de la cafetera. Solo me ausenté unos minutos, pero cuando volví a mi mesa, vi que la puerta del despacho de Jeremiah estaba ahora cerrada. Debía de haber llegado mientras yo estaba en la sala de descanso.

Respiré hondo y recogí los expedientes de mi mesa que había revisado para él esta mañana y que ya estaban listos para las firmas. Fuera de su puerta, apreté los archivos bajo un brazo y me arreglé discretamente el pelo con el otro. Estaba a punto de llamar, pero me

detuve con la mano levantada al oír voces amortiguadas a través de la puerta. No estaba solo. Pude reconocer algunas de las voces que venían del interior. Jeremiah estaba hablando con los responsables de los departamentos más pequeños. Habría vuelto a mi mesa, pero oí mi nombre flotar a través de la puerta, lo que me hizo detenerme en seco.

—No hay sitio para ella —dijo uno de los directivos.

—Seguro que hay algún lugar donde pueda ser de ayuda —dijo Jeremiah con insistencia.

—No es más que una administrativa —dijo el directivo.

—Lleva aquí mucho tiempo, pero en realidad no se ha ganado nada... —intervino otro directivo.

Sentí que la cara me ardía mientras absorbía lo que decían de mí. No quería escuchar más, pero sentía los pies como si estuvieran pegados al suelo.

—Por favor, caballeros. Necesito que deje su puesto como mi asistente personal...

Las palabras de Jeremiah me atravesaron como un cuchillo.

Realmente no cree que sea lo bastante buena, pensé. Se me saltaron las lágrimas mientras retrocedía lentamente de la puerta, pero no lo bastante rápido. La puerta del despacho de Jeremiah se abrió de par en par y me encontré cara a cara con los directivos que acababan de hablar tan mal de mí. Me sequé rápidamente las lágrimas mientras ellos salían de la habitación, dedicándome miradas irritadas por haber estado escuchando a escondidas. Pasaron a mi lado sin decir palabra, dejándome allí plantada a la vista de

Jeremiah, cuya mirada era ilegible, aunque estaba segura de que la vergüenza que sentía se reflejaba claramente en mi rostro.

—Tengo reuniones a las que asistir —dijo él con frialdad—. Me acompañará durante el día. Mantenga mi agenda en orden.

Lo único que pude hacer fue asentir, sabiendo que si hablaba me temblaría la voz y se me caerían las lágrimas. Pasó por mi lado y yo cogí rápidamente el bolso de mi mesa, intentando seguir el ritmo de sus largas zancadas. Subimos al ascensor en silencio, una experiencia muy distinta a la de anoche, cuando nos habíamos atraído como imanes. Me pregunté si me lo habría imaginado todo.

Seguí a Jeremiah fuera del vestíbulo hasta un coche oficial negro que esperaba junto al bordillo. El conductor abrió la puerta trasera y Jeremiah se deslizó dentro sin siquiera dar las gracias. Saludé al conductor con un gesto cortés y subí tras él, con cuidado de mantener la distancia en un lado del coche. Poco después, el coche se alejó de la acera y miré discretamente a Jeremiah por el rabillo del ojo.

Estaba escribiendo en el móvil, con las cejas fruncidas por la concentración. Hoy llevaba un traje negro con una camisa blanca impecable, lo que hacía que su piel dorada pareciera aún más oscura. Una sombra de barba de varios días oscurecía su mandíbula cincelada. Su aroma me envolvía en el espacio del asiento trasero, haciendo que sintiera que las paredes se cerraban sobre mí.

Se aclaró la garganta y yo aparté rápidamente la mirada, mirando al frente. —¿Ha revisado el calendario? —preguntó, con los ojos todavía fijos en el teléfono.

—Sí —dije, avergonzada por mi balbuceo ansioso—. Sí. —Lo intenté de nuevo, calmando mis nervios.

Me miró entrecerrando sus ojos azules. —¿Se encuentra bien? —preguntó, y fue tan condescendiente que no pude evitar que las palabras salieran cortantes esta vez.

—Sí. Estoy *bien*. —Recalqué la última palabra, dejando que goteara sarcasmo—. Simplemente no estoy acostumbrada a que hombres creciditos hablen de mí y de mi valía.

—Quizá no debería escuchar tras las puertas. —Se encogió de hombros.

Sentí que la cara me ardía, pero no era de vergüenza. Era porque era un completo imbécil.

—Mire, siempre me he esforzado al máximo en este trabajo. Mi antiguo jefe y yo nos llevábamos de maravilla. Estoy intentando encontrar mi sitio con usted, pero ni siquiera me está dando la oportunidad. Es tan...

Me detuve, intentando encontrar la palabra adecuada.

—¿Soy qué? —preguntó él con voz baja mientras se acercaba más. Sus ojos bajaron a mis labios, esperando expectante mi siguiente palabra.

Tragué saliva sonoramente. —Difícil —conseguí decir.

Él se rió antes de apartarse.

—¿Le hace gracia? —pregunté, arqueando una ceja.

—Me han llamado cosas peores.

Era insufrible, pero no podía evitar admirar lo poco que le importaba lo que pensara la gente.

—Sinceramente, pensé que ya habría dimitido. Por mí no hay problema si lo hace. Puedo encontrar fácilmente a alguien que la sustituya —dijo con indiferencia, pero sus palabras me dolieron más de lo que deberían. ¿Cómo podía hacerme sentir que era la única persona en la habitación un minuto y hacerme sentir que no existía al siguiente?

—No voy a dimitir —dije con firmeza, dejando a un lado mis sentimientos y recordándome a mí misma lo mucho que necesitaba este trabajo.

Me miró con curiosidad, como si me viera por primera vez esta mañana. Sus ojos recorrieron la falda crema y la americana a juego, deteniéndose en los aros dorados que asomaban entre las ondas pelirrojas de mi pelo, antes de encontrar mis ojos, que hacían lo posible por mantenerse firmes en los suyos. Pareció hacer un pequeño gesto de satisfacción y odié lo bien que me hizo sentir.

—Pero quizá podría ser un poco más amable con sus empleados —dije en voz baja.

—¿Ah, sí? —preguntó con esa mueca familiar asomando a sus labios.

—¿No ha oído la expresión «se cazan más moscas con miel»?

Soltó una carcajada antes de enderezarse la solapa del traje. Mirando de nuevo su teléfono, dijo: —La miel no me ha hecho así de rico, ricura. —

Capítulo 10

JEREMIAH

Golpeé la palma de mi mano contra el botón del ascensor hasta que la flecha hacia abajo brilló contra el panel de metal dorado de la pared. Sadie dio un pequeño respingo, pero no dijo nada mientras esperábamos a que se abrieran las puertas. Nos habíamos montado en tantos esta mañana que aquel beso tórrido de anoche en el ascensor del apartamento parecía haber ocurrido hace meses. Aunque los espacios cerrados resultaban abrumadoramente íntimos con ella dentro.

Las puertas se deslizaron y entré, con Sadie pegada a mis talones. Ella pulsó el botón del vestíbulo, probablemente por miedo a que yo destrozara el panel entero por mi agitación. La reunión de la que acabábamos de salir no había ido como yo planeaba. El cliente que creía tener en el bote había decidido cambiar las condiciones a última hora y, sin mi abogado presente, habíamos tenido que posponer la firma por ahora. Sabía que estaba jugando, intentando ver hasta dónde podía presionarme.

Había mantenido la compostura en su despacho, pero estallé en la seguridad del pasillo. No quería darle la satisfacción de saber que me había afectado. Normalmente no me gustaba que la gente viera mi frustración cuando las cosas no salían como yo quería, pero, por alguna razón, con Sadie no me importaba.

Me pasé la mano por el pelo con frustración, notando que ella me observaba de reojo. Me pregunté si estaría pensando en sus propios dedos enredados en mi cabello hace ni siquiera veinticuatro horas.

Sostuve su mirada, un desafío silencioso para ver si era posible que volviera a ocurrir. Me vendría bien ese desahogo. Ella apartó la vista rápidamente en cuanto el ascensor empezó a bajar. *Supongo que no.*

Hoy tenía un aspecto impecable. Su falda y la americana a juego estaban bien planchadas y complementaban su piel clara, mientras que su pelo cobrizo caía en largas ondas por su espalda, creando un fuerte contraste con su cutis níveo. Nunca la había visto con el pelo suelto, aparte de la noche que pasamos en mi apartamento, pero para entonces estaba húmedo de sudor y enredado tras soltarse de la goma. Normalmente lo llevaba recogido en un moño o atado a la nuca. Sentí el impulso de pasarle los dedos por él, pero contuve el deseoso temblor de mi mano.

Las puertas del ascensor se abrieron entonces y salí rápidamente para alejarme de aquel pequeño espacio de tentación. En ese momento, sentí que me rugían las tripas, indicándome que era hora de comer. Me había saltado el desayuno esta mañana, optando por otra ducha, ya que mi cuerpo seguía excitado por nuestro encuentro. Ahora mismo solo funcionaba a base de café y adrenalina. Consulté mi reloj. Eran casi la una de la tarde.

—Iremos a comer ahora —dije, ignorando las miradas en el vestíbulo mientras caminábamos hacia las grandes puertas de cristal que daban al Upper West Side de Manhattan. La acera estaba abarrotada por el ajetreo de después de comer. El tráfico, aún más. Decidí que sería más rápido ir andando a un restaurante, y conocía el sitio ideal. Crucé la calle, sin molestarme en usar el paso de cebra que estaba a pocos metros. El tráfico estaba detenido de todos modos. Sentí la

vacilación de Sadie detrás de mí, pero me siguió igualmente, como un perro abandonado. Me hizo gracia cómo tenía que dar trotecitos para seguirme el ritmo, todo mientras navegaba en el iPad que había estado prácticamente pegado a sus narices todo el día. Sabía que se estaba esforzando por estar al tanto de todo, incluso a merced del tráfico que venía hacia nosotros, por muy lento que fuera.

Abrí la pesada puerta de madera del restaurante mediterráneo y me alivió ver que la mayor parte de la clientela del almuerzo ya se había marchado. Le sujeté la puerta a Sadie, probablemente la primera vez que lo hacía hoy, y ella pasó recelosa a mi lado, dejando un rastro de su perfume para que yo lo inhalara. Vainilla cálida. Le pegaba a la perfección.

Mientras la puerta se cerraba tras nosotros con un golpe sordo, bloqueando el sol de la tarde, la recepcionista nos sentó en una de las mesas altas de madera cálida hacia el fondo del restaurante, que estaba tenuemente iluminado. Una única vela parpadeaba en el centro de la mesa, proyectando sombras mientras yo me sentaba frente a Sadie. La recepcionista nos entregó los menús y una camarera no tardó en venir a tomarnos nota de las bebidas.

—Un martini. Seco —dije, mirando a Sadie con expectación para ver si se permitía una copa a mediodía conmigo.

—Agua, por favor —dijo ella con un breve asentimiento antes de desbloquear su iPad y deslizar el dedo por la pantalla. Sonreí con diversión al ver lo mucho que se esforzaba por mantenerse ocupada y evitar mirarme. Aproveché la oportunidad para observarla mientras sorbía mi martini, fijándome en el parpadeo pausado de sus largas

pestañas y los pequeños movimientos de su boca mientras leía en silencio. Realmente era un placer para la vista.

—¿Tan interesante es mi lista de tareas? —pregunté antes de dar otro trago largo a mi bebida.

Me miró y sus ojos verdes se veían oscuros bajo la tenue iluminación. No entraba nada de sol en esta parte trasera del restaurante. Bien podrían haber sido las ocho de la tarde. El ambiente resultaba íntimo, pero aquello no era una cita. Era una comida entre dos personas que trabajaban juntas. Al menos, eso era lo que me repetía a mí mismo.

No dijo nada antes de volver a fijar la vista en el resplandor de la pantalla. Sin embargo, se notaba que tenía algo en mente. Sus ojos ya no escaneaban la pantalla; se limitaba a mirarla fijamente mientras su mente bullía con otros pensamientos. Sabía que quería decir algo por la forma en que se mordía el interior del moflete.

—¿Qué pasa? —pregunté, incapaz de resistir el deseo de saber qué estaba pensando.

Se quedó pensativa mientras las yemas de sus dedos recorrían el largo del vaso de agua, dejando surcos en la condensación que cubría el cristal. Por un segundo, me distraje con el movimiento, recordando cómo esos mismos gestos se habían desplazado una vez arriba y abajo por mi polla. Como si notara adónde se había ido mi atención, se detuvo bruscamente.

Sus ojos se encontraron con los míos, recelosos, pero ladeé la cabeza con curiosidad y le ofrecí lo más parecido a una sonrisa que pude, intentando sonsacarle sus pensamientos. Un martini habría

ayudado, pero no se había animado a pedir uno. Vaciló un momento antes de soltar un suspiro pausado.

—Simplemente me da vergüenza... —dijo, bajando la vista a la mesa.

No alcanzaba a comprender por qué. ¿Era porque la había visto desnuda? ¿Porque se había puesto a horcajadas sobre mí en el ascensor anoche? Quise asegurarle que no tenía nada de qué avergonzarse.

—No debería —dije.

—Supongo que no me daba cuenta de lo baja que era la opinión que la gente tenía de mí. Oír a los directivos decir esas cosas sobre mí esta mañana... He trabajado con esa gente durante años. Pensaba que me tenían más respeto.

Ah. Era eso. No tenía nada que ver con el hecho de que conociéramos algunas de las partes más íntimas del otro. Debería haber sabido por su expresión de esta mañana que lo que escuchó a hurtadillas la afectaría así. Habría jurado que tenía lágrimas en los ojos cuando aquellos hombres salieron de mi despacho. Sentí una pizca de culpa, algo inusual en mí. Para cuando llegué a su lado, debió de haber contenido las lágrimas, tragándose su orgullo. Pero yo podía verlo a través de ella. Le importaba demasiado lo que pensara la gente. Dejaba que eso la consumiera por dentro. Por eso permitía que los demás la pisotearan.

—No sé qué he hecho mal —dijo, con la voz entrecortada.

—Quizá lo que esté haciendo mal sea preocuparse por lo que piensen los demás —le dije.

Me miró poco convencida, pero antes de que pudiera responder, nuestro camarero vino a tomarnos nota de la comida. Pedimos la burrata con berenjenas a la marinara, ensalada de col rizada, cacio e pepe y patatas fritas con trufa. Me gustó que tuviera apetito. La mayoría de las modelos a las que llevaba a cenar pedían una ensalada de guarnición y decían estar llenas tras dar tres bocados.

Mientras Sadie mordía una patata, repasó sus notas de la reunión anterior. Tamborileé con los dedos sobre la mesa con frustración. Ella notó mi cambio de actitud y me observó con atención.

—Este es uno difícil, ¿eh? —preguntó.

—El hombre es un capullo pretencioso —mascullé.

Habría jurado que vi una pequeña sonrisa burlona en sus labios. Sabía que ella pensaba lo mismo de mí.

—¿Usted qué haría? —pregunté arqueando una ceja, poniéndola a prueba. Si quería este puesto, aún tenía que demostrar que se lo merecía.

Se quedó pensativa un instante.

—Yo pondría a Gregory en ello... —empezó, con un poco de incertidumbre en la voz antes de ganar confianza—. Es de fiar. Honesto. Su trato con la gente es excepcional. Sería el adecuado para gestionar a este cliente en particular. Creo que ustedes dos chocarían demasiado. Es usted demasiado...

—¿Parecido? —pregunté, enarcando una ceja.

—Usted lo ha dicho. —Se rio, y su risa fue como un día soleado por la forma en que me reconfortó.

No pude evitar sonreír. —Está bien. Se lo asignaré a Gregory.

Ella pareció sorprendida.

—¿Qué pasa? —pregunté.
—Nada. —Sacudió la cabeza, y las ondas de su pelo pelirrojo acompañaron el movimiento de su rostro en forma de corazón—. Es solo que, en un momento está intentando trasladarme a otro departamento, y al siguiente acepta mis consejos. No lo entiendo.
—No necesita entenderlo. Soy su jefe.
—Ya estamos otra vez... —masculló ella, poniendo los ojos en blanco.
Si no fuera porque estaba tan sexy dándome réplica con esa actitud, probablemente me cabrearía su insubordinación. Pero lo dejé pasar porque eso era precisamente lo que le estaba pidiendo. Un poco de resistencia.
—¿A qué se refiere con «otra vez», exactamente?
—A que se hace lo que usted dice —dijo ella.
—Efectivamente. No tengo por qué darle explicaciones.
Se reclinó en su asiento y me lanzó una mirada fulminante. Al parecer, le había tocado la fibra sensible. Esperé a que dijera algo. Quería que siguiera defendiéndose, en parte porque me ponía y en parte porque ya iba siendo hora de que lo hiciera. Quería que me demostrara que algo le importaba. Que se defendiera. Que ocupara el espacio que tanto necesitaba. El espacio que se merecía.
Observé cómo su mandíbula se tensaba y se relajaba, recordando cómo mis labios habían recorrido esa piel suave hasta llegar a su cuello. Al bajar la vista, su respiración se volvió superficial y su pecho subía y bajaba lentamente. Sería tan fácil poner fin a este desacuerdo, llevarla por el pasillo oscuro que había justo después de nuestra mesa y resolverlo de otras maneras.

En su lugar, ladeé la cabeza y pregunté con diversión: —¿Tiene algo más que decir?

—No. —Su respuesta fue tajante mientras apretaba los labios en una línea fina.

—Mentirosa. —Le sonreí.

El fuego de sus ojos se transformó en algo distinto. Dolor. ¿De verdad era tan recatada que no podía aguantar una pulla así? A mí me habían llamado cosas mucho peores y nunca se me había movido ni una pestaña. La mayor parte era merecida, especialmente con los esqueletos que guardaba en mi armario. Sabía que mi pasado no era algo que ella pudiera manejar. Al demonio, *yo* no era alguien a quien ella pudiera manejar. Probablemente lo mejor para ella fuera buscarse otro trabajo. Si se quedaba conmigo, acabaría devorándola viva.

Pero aún no estaba listo para dejarla marchar. No cuando sentía el deseo abrumador de follármela otra vez. Al menos una vez más.

Capítulo 11

La clase anterior salió en tropel hacia los vestuarios, relucientes de sudor tras su sesión de las cinco de la mañana. Sacudí la cabeza mientras apoyaba el pie en el banco de madera para abrocharme las zapatillas de *spinning*. No podía imaginarme llegando aquí tan temprano. Incluso estar aquí para la clase de las seis era duro, pero Erica se había empeñado en que la acompañara. Decía que yo era su apoyo moral para no faltar y, como ya había pagado tres meses de clases por adelantado, la verdad es que no tenía excusa para negarme. Solo desearía que no tuviera que ser a una hora tan intempestiva.

—No sé cómo lo hacen —mascullé, señalando con la cabeza al grupo de mujeres que lucían sonrisas de satisfacción.

—Oh, no es para tanto —dijo Erica mientras se bajaba la cremallera de la sudadera y la lanzaba a una taquilla—. Además, he oído que el instructor de las cinco es una alegría para la vista.

—Probablemente por eso hay tantas mujeres en esa clase —dije con una sonrisa pícara.

Erica se dejó caer en el banco frente a mí. No parecía ni pizca de cansada mientras se apretaba la coleta en lo alto de la cabeza; su larga melena oscura caía sobre su hombro. No entendía cómo podía estar *tan* guapa a *estas* horas. Mientras tanto, yo me había recogido el pelo en un moño mal hecho para intentar domar su rebeldía. Fue lo mejor que pude hacer al salir a rastras de la cama para reunirme con ella esta mañana.

Tenía que admitir que, una vez que llegaba al estudio, no estaba tan mal. Despertarse era lo más difícil, aunque las clases solían ser duras también. Sabía que era lo único que mantenía mis piernas con ese aspecto. Eran lo único de mi físico de lo que estaba medianamente orgullosa, aunque casi nunca las lucía. Aparte de mantener mis piernas tonificadas, hacer ejercicio también me ayudaba con los niveles de estrés, y trabajar para Jeremiah los tenía por las nubes.

Entre sus exigentes listas de tareas pendientes y las largas jornadas que me hacía trabajar, estaba agotada mental y físicamente. Tampoco ayudaba que él lograra ponerme nerviosa con tanta facilidad, como si fuera un juguete infantil. Sí, era un capullo, pero un capullo muy sexy a pesar de todo. Uno con el que me había acostado, aunque intentara borrarlo de mi memoria. Fallaba estrepitosamente y revivía aquella noche en su ático y el beso en el ascensor cada vez que sus ojos se posaban en mí, oscuros con pensamientos que hacían que se me erizara el vello de los brazos.

Me alisé los *leggings* negros con las palmas de las manos y saqué el móvil de mi pequeña bolsa de deporte de nailon. Erica seguía atándose las zapatillas y estaban preparando la sala para la clase de las seis, así que pensé en consultar mi cuenta bancaria. ¿Qué mejor momento que este, cuando estoy a punto de ir a sudar todas mis preocupaciones? Tecleé mi contraseña y sentí que se me encogía el estómago cuando la pantalla de bienvenida desapareció y aparecieron mis cuentas.

Se había pasado otro cargo automático, acumulando más deuda en mi tarjeta de crédito. Me froté los ojos al ver que ahora debía algo

menos de 20.000 dólares. «¿Pero qué demonios?», pensé para mis adentros, leyendo el número una y otra vez. Pulsé en la cuenta y vi que los intereses se habían ido acumulando, además del último mes de alquiler de mi antiguo piso. Aquel en el que Nick, mi exnovio, todavía vivía. Al menos se marcharía después de este mes y no tendría que seguir pagando por un lugar donde ya no residía. Un lugar con recuerdos cálidos que al final se agriaron.

Seguía sin entender cómo me convenció para dejarle quedarse en un sitio que yo pagaba. Simplemente pensé que sería más fácil no entrar en discusiones y buscarme otra vivienda. Como él figuraba en el contrato de alquiler, yo no tenía autoridad para echarlo, no es que me hubiera atrevido a hacerlo de todos modos, a pesar del daño que me causó. Me engatusó haciéndome creer que *él* era quien estaba hecho un desastre, diciéndome lo fuerte que era yo y que, de los dos, yo sería la que sabría cómo salir adelante. Era de risa, recordándolo ahora.

Pero la cantidad de deuda que me había provocado me miraba fijamente a la cara, y aquello no tenía ninguna gracia. Era culpa mía por ser tan generosa. Me sentía tan bien haciendo de heroína, acudiendo al rescate cuando él me necesitaba... Era adicta a esa sensación. A la forma en que me bombardeaba con muestras de amor cuando lo sacaba de un apuro.

Inspiré profundamente, temblorosa, y volví a meter el móvil en la bolsa antes de cerrar la puerta gris de la taquilla.

—¿Va todo bien? —preguntó Erica, mirándome con recelo.

—Sí. Todo bien. Solo que me da pereza esta clase —respondí mientras enganchaba el candado en el asa de la taquilla. Giré el dial

numérico un par de veces antes de levantarme del banco.

—Te alegrarás de haber venido —dijo Erica con voz cantarina antes de entrelazar su brazo con el mío y arrastrarme hacia la sala a oscuras.

Tenía razón. Me alegré de haber ido. La clase me dejó para el arrastre, pero la música *house* me animó y la rutina que preparó la instructora fue trepidante. Me encantó la mezcla de baile y pesas ligeras. Lo hizo interesante, lo que consiguió que los cuarenta y cinco minutos de clase pasaran volando. Al terminar, mi cuerpo estaba empapado de sudor y mi pelo peleado con la gomilla. Por supuesto, Erica parecía estar simplemente radiante mientras bajaba la pierna de la bicicleta y se apoyaba en el suelo de madera oscura. Yo hice lo mismo con torpeza, aferrándome con fuerza al manillar por miedo a que las piernas me fallaran.

Entramos en el vestuario, donde el parloteo de las demás compañeras llenaba la estancia. Nos quitamos las zapatillas de *spinning*, echándolas en uno de los contenedores grandes, antes de recoger nuestras bolsas. Me puse mi sudadera negra con capucha y seguí a Erica hasta el pequeño vestíbulo. Miró la hora en su móvil.

—Son las siete menos cinco. ¿Te da tiempo a tomarte un batido? —preguntó—. ¡Invito yo!

—Claro —respondí asintiendo.

Empujó las puertas de cristal esmerilado y nos recibió el aire matutino de la ciudad. Lo inhalé, disfrutando de las aceras casi vacías que pronto se llenarían de gente yendo a trabajar. Caminamos la corta manzana hasta nuestro sitio favorito de batidos, todavía tratando de recuperar el aliento tras la clase.

Nos acercamos al pequeño puesto que ya tenía a unos cuantos clientes vestidos de deporte haciendo cola. Erica y yo nos pusimos detrás de dos mujeres que acababan de estar con nosotras en la clase de *spinning*. Yo ya sabía lo que quería. Un batido de proteínas de chocolate, mantequilla de cacahuete y plátano. Era mi preferido.

—Tomaremos dos de los Chunky Monkey vuestros —dijo Erica, sin necesidad de preguntarme. Le entregó veinte pavos al vendedor y nos apartamos a un lado para esperar, con el sonido de las batidoras zumbando en nuestros oídos.

—Gracias —le dije, dándole un codazo cariñoso.

—No es nada. Tú pagaste los del otro día, ¿recuerdas? —Me quitó importancia con un gesto.

Asentí, agradecida de que no se diera cuenta de que no tenía dinero para gastar. En cuanto nuestros batidos aterrizaron en el mostrador metálico del puesto, Erica cogió ambos mientras yo me sentaba en una de las mesitas amarillas que había fuera. Se sentó frente a mí y me tendió mi batido. Le di un largo sorbo y me recosté en la silla, sintiendo el sol de la mañana cálido sobre mi rostro.

—Ojalá pudiera quedarme aquí todo el día —dije, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué? ¿Y perderte ir a trabajar con ese dios del sexo que tienes por jefe? —preguntó Erica con una mueca burlona.

—Uf. No me lo recuerdes —mascullé, volviendo a erguirme y jugueteando con el vaso de poliespán blanco entre mis dedos.

—Entonces, ¿las cosas no están mejorando? —preguntó, escrutándome los ojos.

—Están peor. Jeremiah es un tirano. Nunca he conocido a nadie como él. No tiene piedad. Esta semana me está presionando todavía más. —Sacudí la cabeza—. ¿Te he dicho que ha despedido a dos personas más?

—¿En serio? —preguntó, arqueando mucho las cejas.

—Sí. Es un milagro que yo siga allí.

—Si tan infeliz eres, ¿por qué no lo dejas? —sugirió Erica antes de dar un largo sorbo a su batido.

Si fuera tan fácil... Había pensado en dejarlo varias veces, no solo por las exigencias del trabajo, sino también porque probablemente no debería tener pensamientos inapropiados sobre mi jefe. Pero no tenía más remedio que quedarme. Ver los números de mi cuenta bancaria esta mañana no fue más que otro cruel recordatorio de que tenía que aguantar si quería sobrevivir. Necesitaba este trabajo.

En realidad, lo que necesitaba era un aumento. A estas alturas, ya me debían unos tres desde que empecé a trabajar allí. Todos figuraban en mi contrato, pero nunca había sacado el tema de lo que se me debía. No había forma de que se lo mencionara a Jeremiah. Apenas creía que yo debiera ocupar el puesto en primer lugar. De ninguna manera iba a pagarme más por lo que él consideraba un trabajo «mediocre». Una palabra que le gustaba repetir a menudo.

—Llevo allí mucho tiempo. Intentaré aguantar un poco más —dije encogiéndome de hombros.

Erica me miró pensativa, pero no dijo nada más. Probablemente ya había aprendido que de todos modos no le hacía caso. Me sentía una amiga de mierda por ello, pero es que estaba tan cegada por el

amor —o algo parecido— en lo que respectaba a Nick. Me había dado todos los motivos para romper con él. Pulirse el saldo de mi tarjeta de crédito. Ponerme los cuernos. Hacerme sentir pequeña. Y aun así, me quedé.

Pero eso no significaba que no acudiera a mis amigas cuando lo estaba pasando mal. Erica y Gabriella habían sido mis paños de lágrimas. Odiaban a Nick. Hacia el final de nuestra relación, cada semana les contaba algo nuevo que él me había hecho. Y cada vez, ellas me decían que la solución era sencilla: dejarlo. Pero nunca las escuché.

Ya había agobiado a mis amigas con demasiado. No quería sacar ahora mis problemas económicos. Podría culpar fácilmente a Nick del hecho de que no pudiera permitirme nada, pero fue culpa mía. Culpa mía por dejar que se aprovechara de mí. Culpa mía por vivir en un Airbnb que era demasiado caro. Culpa mía por estar estancada en un trabajo que odiaba.

Debería haber dejado a Nick hace mucho tiempo. Si hubiera roto con él hace un año, nada de esto habría pasado. Pero la Sadie que se deja pisotear nunca sería capaz de hacer algo así.

—Debería irme —dije, librándome de mis pensamientos.

—No quieres cabrear al jefazo. Lo entiendo. —Me dedicó una sonrisa antes de levantarse para darme un abrazo. Me dio un apretón antes de soltarme—. Buena suerte.

Me despedí de ella con la mano y me di la vuelta para caminar las pocas manzanas que me separaban de casa. Una vez dentro y a salvo de cualquier encuentro con Jeremiah, me di una ducha rápida. Me quité el sudor seco del cuerpo y me lavé el pelo con champú y

suavizante. Me vestí rápido, optando por unos pantalones negros y un jersey color crema con bailarinas a juego. Todavía tenía el pelo mojado cuando me lo recogí con una pinza. Apenas hubo tiempo para el maquillaje, así que solo me puse un poco de brillo de labios. Ya había pasado la etapa de intentar estar guapa para Jeremiah. También había pasado la etapa de entrar dos horas antes de que empezara su jornada, si eso solo significaba que él me mantendría trabajando mucho después de las cinco.

Sentía el estómago pesado por el presentimiento de desastre mientras empezaba el camino al trabajo. Lo único que me animaba un poco era saber que almorzaría con Tanya, de la oficina. Aparte de eso, sabía que el día no sería sino peor que el anterior.

Capítulo 12

JEREMIAH

Las puertas del ascensor se abrieron y me encontré con la oficina prácticamente llena de gente que intentaba darme coba llegando temprano. Esbocé una sonrisa tensa y asentí un par de veces a los que se atrevieron a mirarme a los ojos. Eché un vistazo al reloj que colgaba sobre el mostrador de recepción: las ocho de la mañana. Aunque las horas por contrato empezaban a las nueve, parecía que la mayoría de los empleados ya estaban aquí, sumergidos en su trabajo. O se les daba muy bien fingirlo.

A pesar del horario estipulado, esto era lo que esperaba de mis empleados. Por eso era tan importante causar una buena primera impresión. Si la gente no me temía, no rendiría al máximo. Por lo visto, mi primera impresión había surtido efecto.

Avancé a grandes zancadas por el largo pasillo hacia mi despacho; las voces de la gente se acallaban a mi paso, haciendo que el sonido de mis propios pasos me llenara los oídos. Me detuve en seco al ver que Sadie no estaba en su mesa.

Pero qué cojones.

Su bolso no estaba en su lugar habitual en el suelo. Su portátil ni siquiera estaba abierto. No había café sobre la mesa. No estaba allí. Estiré los dedos con irritación antes de entrar en mi despacho y sentarme en el sillón de oficina. Su ausencia en el escritorio era aún más notable al estar directamente frente a mí, lo que hizo que mi irritación creciera todavía más.

La necesitaba esta mañana. Tenía la agenda a reventar. Ella debería saberlo, puesto que tenía acceso al horario de toda mi vida. Tamborileé impaciente con los dedos sobre la superficie lisa de mi escritorio antes de encender el monitor del ordenador. Una vez que la pantalla brilló con fuerza, abrí mi calendario para revisarlo yo mismo. Con cada minuto que pasaba y con cada reunión y tarea que mis ojos repasaban, sentía cómo el calor me subía a la cara.

Esto es una tomadura de pelo.

Estaba a punto de llamar a Sadie para decirle que no se molestara en venir, pero entonces entró ella, lo que me obligó a colgar el teléfono del despacho de un golpe. Eran las ocho y media. Se sentó a su mesa, dejó el bolso en el suelo gris veteado y echó mano a su portátil sin dedicarme ni una mirada.

Antes de que pudiera siquiera abrir el ordenador, espeté:

—Sadie. Venga aquí.

Me miró de repente antes de levantarse de la silla. Caminó rápidamente hacia mi despacho y mis ojos recorrieron su atuendo con desagrado e irritación. Si iba a llegar después que yo, al menos debería tener buen aspecto al hacerlo. ¿Para qué llegar tarde si vas a vestir *así*? No sabía qué demonios se había puesto hoy. Unos pantalones que le quedaban fatal y un jersey demasiado grande. Ninguna de las dos cosas le favorecía lo más mínimo.

Puto jersey feo de las narices. Eso fue lo único que pude pensar mientras entraba en mi despacho.

—Qué detalle por su parte aparecer —mascullé entre dientes.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Siéntese —le ordené, ignorando su pregunta.

Se sentó en el asiento más alejado de mí, cruzando las piernas con esos espantosos pantalones negros.

¿Por qué vestía como si quisiera ser invisible? Era como si no se tuviera respeto a sí misma ni a su belleza. Una belleza que yo había visto de primera mano. Toda ella. En su desnuda y descarada gloria. No solo la había visto, sino que la había besado. Saboreado. Consumido. Ahora, verla así, solo hacía que me cabreara más.

—¿Ha... pasado algo malo? —preguntó con la voz ligeramente temblorosa.

Parecía asustada. Tan asustada que tuve que desviar la mirada de sus amplios ojos verdes, que buscaban respuestas en mí. Sabía que yo no era ningún santo. Sabía que era el gran y temible señor Mason. Pero llevaba una semana trabajando conmigo. Pensé que ya estaría acostumbrada. Al ver cómo descruzaba y volvía a cruzar las piernas, pude notar su incomodidad a mi lado. No me gustó. Ser la causa de tal desasosiego provocó algo desconocido en mi pecho y en lo que latía dentro de él.

¿De verdad pensaba que era tan terrible? Sabía que no le había facilitado la vida trabajando para mí, pero así era la naturaleza del trabajo. No podía sentirme mal por ello. Yo era el consejero delegado. No estaba aquí para que nadie se sintiera cómodo. Mis empresas prosperaban gracias al miedo. Me recordé eso mientras me obligaba a mirarla, ignorando esa pequeña fisura en mi pecho. Intenté ignorar la forma en que jugueteaba nerviosa con los dedos en su regazo.

—¿Por qué llega tarde? —preguntó, echándome hacia atrás en mi silla y cruzando las manos sobre el escritorio.

—¿T-tarde? —preguntó, buscando un reloj por la habitación. Sus ojos encontraron uno a su derecha, en la gran estantería pegada a la pared—. Son las ocho y treinta y dos...

Seguí su mirada hasta el reloj y volví a mirarla con severidad. Me irritaba que ya no intentara impresionarme como la semana pasada, llegando de madrugada. Por lo que había averiguado por seguridad, se había presentado a las siete varias veces la semana anterior. Tal vez se había acomodado en un rendimiento inferior. ¿Había sido demasiado blando con ella? Tendría que recordarle exactamente quién era yo.

—A partir de ahora, la quiero aquí a las ocho de la mañana. Ni un minuto más tarde. ¿Entendido? —pregunté con brusquedad.

Se mordió el labio, ese hábito nervioso y tan distractor. Dejé que mis ojos bajaran un instante antes de volver a clavarlos en los suyos. Parecía que quería decir algo. Dios. ¿Tenía que sonsacarle cada pequeña cosa? La miré, con la impaciencia claramente grabada en mi rostro.

—Puesto que voy a venir una hora antes, ¿eso significa que podré irme a las cuatro? —preguntó con voz sumisa.

Solté una carcajada. Tenía que estar tomándome el pelo. ¿Desde cuándo esta mujer pedía algo? ¿Y desde cuándo alguien me pedía algo a mí? Su rostro permaneció neutral, esperando mi respuesta. Dejé de reír cuando me di cuenta de que no estaba bromeando.

—No puede hablar en serio —dije.

—Hablo en serio.

Solté un bufido por la nariz y entrecerré los ojos, sintiendo que la cara empezaba a calentárseme.

—Sabe, por esto es por lo que nunca la han ascendido.
—¿Y por qué es exactamente?
—Porque busca el camino fácil.
—Eso no es verdad —soltó ella de repente, cerrando los puños.
Le toqué la fibra sensible. Algo a lo que ya estaba acostumbrado. Cada vez que lo hacía, aprendía algo nuevo sobre ella. Era como un juego, ver hasta dónde podía presionarla.
—¿Ah, no? —ladeé la cabeza—. Dígame, ¿por qué *no* la han ascendido? He visto su expediente. Ni siquiera ha recibido un aumento en los cinco años que lleva trabajando aquí.
—Tal vez sea porque, basándome en lo que escuché entre usted y los directivos la semana pasada, cualquier persona con una pizca de poder en este lugar es un gilipollas arrogante —dijo, alzando la voz.
—¿Perdone? —pregunté con frialdad, intentando ocultar el hecho de que estaba impresionado y excitado a partes iguales. Por la forma en que me estaba hablando, estaba listo para dejarle otra marca de mi mano en el culo.
—Y *usted*... —continuó ella.
—¿Qué pasa conmigo?
—Usted y sus estándares imposibles. Si espera que alguien se deje la piel por usted, entonces debería pagar un salario acorde a sus esfuerzos.
Me eché hacia atrás y dejé que sus palabras calaran. No me había pedido un aumento exactamente, pero como si lo hubiera hecho. Y según su expediente, le correspondía uno. Más de uno. Probablemente era la primera vez que sacaba el tema. Apenas sabía

nada de ella, pero esto me parecía una novedad en su actitud. No iba a mandarla a paseo.

—Está bien —gruñí—. Tiene un aumento a partir de hoy. Del veinticinco por ciento.

Se quedó desconcertada antes de recuperar la compostura.

Me incliné hacia delante, apoyando las palmas de las manos en el escritorio y entornando la mirada—. Pero eso significa que voy a hacerla trabajar más duro. Y si comete el más mínimo error, el despido será inmediato. Quiere más dinero, pues gáneselo.

Ella me devolvió la mirada; su expresión era ahora ilegible, pero entonces un ardor surgió en sus ojos. Un fuego abrasador bailaba contra el verde esmeralda. Había rabia allí. Una rabia incandescente. Verla de ese modo me provocó un escalofrío electrizante por la espalda, y agradecí que el escritorio estuviera entre nosotros porque los pantalones empezaron a apretarme.

Esta chica.

Iba a tenerme siempre alerta. En un momento estaba asqueado por su elección de ropa desaliñada y al siguiente estaba suplicando internamente por ver qué había debajo. Tan pronto parecía indefensa como exigente. Me estaba volviendo loco y, debido a ello, lo único que quería era hacerla mía. Era desesperante. Y todo esto por una sola noche a solas con ella.

—De acuerdo —dijo sin darme ni las gracias, cuando yo sabía de sobra que era más de lo que sumaban todos los aumentos que se había ganado. Me daba igual. No me suponía ningún esfuerzo. Me sobraba el dinero, pero solo para quien se lo ganara.

—Ahora —volví a desviar la mirada hacia mi ordenador—, esto es lo que necesito que haga en la próxima hora...

Cogió un bloc de notas y un bolígrafo de mi escritorio. Recité de carrerilla una lista de tareas que fácilmente ocupaba dos páginas. Ella tomaba notas frenéticamente, y sus garabatos se volvían más descuidados con cada tarea.

—¿Lo ha anotado todo? —pregunté.

Ella asintió.

—Bien. Necesito que esté terminado en la próxima hora.

—¿En la próxima hora? —tartamudeó.

—¿Quiere ese aumento? —le recordé.

Soltó un suspiro mientras mantenía mi mirada desafiante. Se tragó lo que estoy seguro era una sarta de palabras venenosas, con las ascuas todavía brillando en sus ojos. Tragué saliva con dificultad, sintiendo que mi erección aumentaba bajo su mirada encendida.

—Ahora, márchese —dije, prácticamente echándola de mi despacho.

Sadie se levantó, apretando con fuerza el bloc de notas entre sus manos. Salió por la puerta sin decir palabra. La observé a través de la puerta abierta mientras se sentaba a su mesa e inmediatamente empezaba a marcar números y a hablar con rapidez. Estaba nerviosa y agobiada, pero su aspecto me distraía todavía más. Presioné las palmas de mis manos contra la pernera de mis pantalones y alisé la tela que me apretaba. Esto era un problema, y no tenía la opción de una ducha fría para ponerle remedio. Respiré hondo varias veces, intentando calmar la situación oculta bajo mi mesa.

Tenerla trabajando para mí iba a ser un desastre, en más de un sentido.

Intenté centrarme en los expedientes que tenía sobre la mesa, pero mis pensamientos no dejaban de desviarse hacia ella. Tenía tantas preguntas. Para empezar, ¿cómo había sobrevivido tanto tiempo viviendo en Manhattan con el sueldo que tenía hasta hoy? El edificio en el que vivíamos definitivamente no se ajustaba a su presupuesto. Puede que yo fuera el dueño de la vivienda más cara del lugar, pero imaginaba que las otras viviendas tampoco serían baratas. El alquiler para vivir en ese sitio era obsceno. Sacudí la cabeza. No tenía sentido.

Entonces se me ocurrió algo.

Quizás Sadie tenía algún tipo de trabajo extra para poder costearse la vida en el corazón de Manhattan. Me pregunté qué podría ser mientras la veía teclear en su portátil. Tenía que recordar que sus responsabilidades estaban aquí. Fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo, tendría que dejarlo si quería seguir trabajando aquí.

Capítulo 13

SADIE

¿Cómo va la cosa? —preguntó Gabriella al otro lado de la línea.

—Va tirando —dije con un suspiro, encajando el teléfono entre el hombro y la oreja mientras seguía archivando el montón de papeles de mi escritorio.

—Espera. ¿Dónde estás? —preguntó ella, con la voz teñida de confusión.

—En el trabajo.

—¿Todavía? —preguntó ella, subiendo el tono. Podía imaginarme la expresión de su cara en este momento. Las cejas enarcadas mientras probablemente sostenía una copa de vino en la mano.

—Sí —suspiré de nuevo—. Por cierto, ¿qué hora es?

—Son casi las siete.

—Mierda. ¿En serio? —Lancé una mirada al reloj colgado en la pared a un par de metros. Hasta ahora no me había dado cuenta de que el sol ya se había puesto y el cielo se estaba tiñendo de un violeta crepuscular.

—¿Desde cuándo te quedas hasta tarde en la oficina? —preguntó Gabriella.

—Desde que tengo jefe nuevo —mascullé.

—¿Qué tal es tu... jefe? —preguntó, haciendo una pausa como si buscara la palabra adecuada.

Cuando le conté lo de mi noche con Jeremiah el día después de que ocurriera, necesité casi veinte minutos de persuasión para que se lo

creyera. No me creyó hasta que compartí unos cuantos detalles específicos y sexys que incluían su longitud y mi boca. Una vez superada su incredulidad, soltó un fuerte silbido de asombro y orgullo. Pero luego, unos días después, tuve que contarle la realidad de mi impulsiva decisión y revelarle que el hombre misterioso era ahora mi jefe. Otra sacudida para su sistema.

—Es un capullo —mascullé, bajando la voz por si alguien me oía, pero, al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que estaba sola. Los escritorios a mi alrededor estaban vacíos. Los ordenadores me devolvían la mirada con sus pantallas negras. El silencio se instaló a mi alrededor, un ruidoso recordatorio de que esta es mi vida ahora.

—Aparte de eso... —comenzó ella.

Sabía por dónde iba.

—No hay nada entre nosotros —dije.

—Bueno, ¿entonces por qué estás ahí hasta tan tarde? —preguntó con un suspiro de fastidio—. Al menos deberías estar recibiendo algo de tu atractivo CEO multimillonario.

—¡Gabby! —dije, reprimiendo la risa.

—¿Qué? —preguntó ella con inocencia—. Tiene tus juguetes secuestrados en su torre. Capullo. Lo menos que podría hacer es proporcionarte él mismo un poco de diversión.

—No. Eso se acabó —dije, negando con la cabeza. Me molestó notar la decepción en mi propia voz.

Se había acabado. Había pasado poco más de una semana desde que él entró en aquel ascensor conmigo, robándome el aire y el juicio. Juraría que aún podía sentir sus labios contra los míos, como si hubieran dejado una especie de moratón indoloro. Me toqué los

labios ahora, recordando lo bien que me había sentido hasta que recobré el sentido y salí del ascensor tan rápido como pude. Me arrepentí de inmediato, pero sabía que mis remordimientos serían mucho peores si hubiera dejado que continuara. Así que lo dejé allí, con esa mirada hambrienta que me debilitó las rodillas.

Desde aquella noche, todo ha sido estrictamente profesional. Bueno, casi. Había momentos puntuales en los que me encontraba con los ojos de Jeremiah puestos en mí, de un azul gélido e intenso. Hacían que se me erizara cada vello del cuerpo, consciente de todas y cada una de las partes de mí por las que paseaba la mirada. Me preguntaba en qué estaría pensando y si sus pensamientos se adentraban alguna vez en el terreno peligroso en el que los míos solían hacerlo.

—Qué pena —dijo Gabriella—. Un lío en la oficina es justo lo que necesitas después de lo que pasó con Nick. *Capullo.* ¿Qué es de su vida, por cierto? ¿Has sabido algo de él?

—Dios, no. Probablemente siga viviendo en nuestra antigua casa y tonteando con la rubia esa.

—En serio, Sadie. No sé cómo has dejado que se fuera de rositas tan fácilmente...

—Mira, tengo que colgar —dije, interrumpiéndola. No quería hablar de Nick ni del hecho de que mi mejor amiga fuera otra persona más que pensaba que yo era débil. Sabía que tenía buenas intenciones. Sabía que quería lo mejor para mí, pero estaba demasiado cansada para hablar del lío en que se había convertido mi vida.

—Vale —dijo—. Mira, no quería...

—No pasa nada, Gabby. De verdad. Te llamo mañana. —Colgué antes de pasarme las manos por el pelo. Miré hacia el despacho vacío de Jeremiah y las luces de la ciudad que brillaban tras los grandes ventanales. Me permití disfrutarlo unos instantes antes de volver al trabajo.

Repasé todas mis notas de las reuniones de hoy, asegurándome de que estuvieran organizadas, antes de adjuntarlas a un correo electrónico para enviárselas a Jeremiah por la mañana. Programé el correo para que se enviara a las siete de la mañana, por si él llegaba antes que yo a la oficina. También hice el pedido de su comida en la charcutería cercana. Un sándwich de pastrami en pan de centeno con patatas fritas a la barbacoa y un té helado. Programé la entrega por Uber Eats a su hora habitual de comer. Por último, envié recordatorios a todos los clientes con los que tenía reuniones programadas, incluidos los empleados de nuestra oficina.

Al pulsar *enviar* en el último recordatorio, me pregunté si la reunión con el asociado júnior acabaría en desastre. Ha estado despidiendo a gente con una facilidad pasmosa desde que llegó, y yo he estado alerta para asegurarme de no ser la próxima. No podía permitirme ser una más en su lista de víctimas.

Comprobé dos veces mi calendario y mi lista de tareas pendientes para asegurarme de que no se me escapaba nada. Pensé que, si hacía todo este trabajo de preparación, mañana por la mañana podría ponerme con lo que sea que tuviera para mí. A menudo me preguntaba si se le ocurrían cosas solo para ponerme a prueba. Estaba segura de que sí. Y justo ahora que le había pedido más dinero. Apenas podía creer que me hubiera atrevido a hacerlo.

Nunca lo hice con mi anterior jefe, y él era inofensivo. Sin embargo, pensé que podía enfrentarme de tú a tú con Jeremiah Mason.

A veces me sacaba de quicio. Era como si viera rojo cuando estaba con él, lo que me hacía perder mi prudencia. Sin embargo, ha funcionado. Ahora gano más dinero del que jamás imaginé. Me dio un generoso aumento allí mismo, en el acto. Pero no sin antes amenazarme con que podía quitármelo fácilmente, y por eso sigo aquí, en la oficina.

Este dinero me ayudaría a salir de la asfixiante deuda en seis meses si cumplía con todos los pagos. He repasado todos los números en mi hora de comer hoy. Iría ajustada, pero podría hacerlo. Sería más fácil si no estuviera pagando tanto por mi Airbnb. Sigo intentando encontrar otro lugar para vivir, pero el mercado está imposible. Si no encontraba un lugar más asequible a largo plazo, aún podría pagar mi deuda en ocho o nueve meses. De cualquier modo, ya no sentía que me estuviera ahogando.

Aunque eso significaba que tenía que trabajar con Jeremiah nueve meses más de lo que realmente quería. Pensaba marcharme en cuanto estuviera libre de deudas. No podía dejarlo ahora. Ningún otro sitio me pagaría mi nuevo sueldo. Tenía que aguantar, aunque eso significara verlo casi todos los días y que me diera órdenes sin recibir ni un gracias a cambio. Qué asco.

En ese momento se me revolvió el estómago. Me llevé la mano al vientre e inspiré lenta y profundamente. Llevaba con náuseas desde el almuerzo. Me pregunté si las sobras que había traído se habrían puesto malas. Me dio otra oleada de náuseas. Me aferré con fuerza al escritorio, con los nudillos blancos. Otra oleada. Me aparté del

escritorio y me levanté de golpe. Con una mano en el estómago, corrí hacia el baño con las piernas a punto de flaquear. Empujé la puerta del baño temblando y corrí hacia el lavabo más cercano. Me agarré a la encimera de cuarzo blanco e incliné la cabeza, intentando recuperar el aliento. Alargué la mano temblorosa hacia el grifo y abrí el agua fría. Puse las manos debajo y bajé la cara hacia el lavabo, salpicándome la piel con el agua fresca. Las náuseas remitieron y solté un suspiro de alivio estremecedor.

Cerré el grifo y me miré en el espejo. Tenía la cara pálida y los labios secos. Me recordé que debía tirar todas las sobras del frigorífico en cuanto llegara a casa, que era hacia donde me dirigía ahora. Me sequé la cara con una toalla de papel antes de tirarla al salir por la puerta. Me detuve en seco al ver a Jeremiah allí fuera, apoyado de espaldas contra la pared.

¿Qué narices? Pensé que todo el mundo se había ido. Me miró con el rostro inexpresivo. Me pregunté qué habría hecho mal ahora. No estaba de humor para sermones.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él.

Asentí. —S-sí, estoy bien. Lo que fuera, ya se me ha pasado.

Me miró con estoicismo, todavía apoyado contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. Me coloqué un mechón de pelo tras la oreja, avergonzada por mi aspecto desaliñado después de haber estado a punto de vomitar hasta las entrañas. Solo quería irme a casa. Pasé por su lado, pero su mano me agarró el brazo. Sus dedos me rodearon con suavidad y me obligué a mirarlo. Había una preocupación en sus ojos que me pilló desprevenida.

—¿Está *segura* de que se encuentra bien? —preguntó, con la voz teñida de la misma preocupación que su mirada.

Me quedé sin palabras. Asentí. Era lo único que era capaz de hacer bajo su mirada. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Tenía la mente en blanco, aparte de la conciencia de que su mano seguía sujetando mi brazo.

Mierda. Mi cuerpo me estaba traicionando, rindiéndose a los mismos sentimientos de nuestra primera noche juntos. Esa anticipación nerviosa me recorrió por completo. No debía sentirme así. Me había estado entrenando para *no* sentirme así. Pensaba que tenía el control. Pensaba que había desterrado los sentimientos de deseo hacia este hombre que tenía delante o, al menos, que había hecho un trabajo condenadamente bueno fingiendo. Era mi *jefe.* Y un capullo, para más señas.

Pero su contacto hizo que olvidara todas las razones por las que esto era una mala idea, mientras su suave agarre se extendía por mi cuerpo. Lo deseaba. Y podía ver en sus ojos que él también me deseaba a mí. Bajo su mirada, apreté los muslos con fuerza, como si pudiera ignorar el latido que sentía entre ellos. Su mano alrededor de mi brazo se estrechó ligeramente mientras me atraía hacia él. Cediendo a su exigencia silenciosa, mi cuerpo encontró el suyo, presionando su espalda más contra la pared.

Bajo la oscuridad que cubría la oficina, contuve el aliento mientras las manos de Jeremiah se deslizaban hacia mi pelo. Sus dedos lo recorrieron, enredándose suavemente mientras sus ojos me miraban, encontrando los míos entre las sombras. Sus manos se desplazaron hacia mi rostro; sus palmas callosas rozaron mi piel

mientras se posaban allí. Sus pulgares me acariciaron las mejillas y me costó un gran esfuerzo no cerrar los ojos ante su contacto.

Sujetó mi rostro mientras se inclinaba. Intenté apartarme, pero entonces sus labios rozaron los míos y todo terminó. Mi cuerpo se curvó contra el suyo mientras mis ojos se cerraban, cediendo a lo que sabía que era una batalla perdida conmigo misma. En el fondo, empezaba a darme cuenta de que siempre sería una batalla perdida cuando se trataba de él.

Capítulo 14

JEREMIAH

Mientras mi lengua recorría la de Sadie, su sabor era exactamente como recordaba. Como había fantaseado varias noches la semana pasada. No podía sacármela de la maldita cabeza, solo hallando alivio en la ducha tras pasar la jornada laboral con ella. Pero ahora estaba aquí, su cuerpo moldeado contra el mío. Solté un gemido bajo mientras mis necesidades por fin se satisfacían. Su cuerpo se apretó más contra el mío al sentir aquel sonido retumbar en ella.

Se apartó, como recapacitando, sus ojos alzándose para encontrar los míos. Los escudriñó, aquel verde profundo un mar de duda y deseo.

—No deberíamos hacer esto —susurró negando con la cabeza.

Su boca acababa de contar una historia distinta. Sabía que lo deseaba. Lo sabía porque sus manos seguían enlazadas a mi cuello. Arqueé una ceja y la miré desde arriba, haciéndole saber que la había pillado.

—Tienes razón —susurré.

Pareció desconcertada.

—Hay cámaras justo pasados los baños —susurré, asintiendo hacia la luz roja parpadeante de la cámara de seguridad en la esquina.

—Dios mío —dijo, apretándose más contra mí para esconderse.

—Aquí estamos a salvo —la tranquilicé con una risa.

—Esto no está pasando. —Se apartó, señalando entre ella y yo—. No en un pasillo de baños.

Sonreí. Así que solo la ubicación la hacía dudar.

—Entonces encuéntrame en mi despacho. Allí no hay cámaras —la desafié.

Tragó saliva con fuerza. Incliné la cabeza y posé mi boca sobre la suya, mordiendo suavemente su labio inferior con los dientes. Gimió al soltarla.

—Te estaré esperando —dije, deslizándome de la pared hacia la oscuridad del pasillo. Caminé hacia mi despacho, escuchando sus pasos tras de mí. No hubo ninguno.

Ya en mi despacho, me senté al escritorio y repasé la agenda del día siguiente. Más valía ser productivo mientras esperaba a que Sadie siguiera. Pasaron unos minutos. Tamborileé impaciente los dedos sobre el escritorio. ¿Se había ido? Asomé por la puerta abierta, pero no vi nada en la oscuridad de la oficina. Fruncí el ceño y fui a recoger mis cosas para irme a casa, pero un suave golpe en la puerta me hizo alzar la vista.

Sadie estaba en el umbral, indecisa. Mordisqueaba su mejilla mientras miraba alrededor de mi despacho. A todas partes menos a mí.

—Pasa —dije, divertido por la formalidad cuando acababa de tenerme apretado contra una pared.

Asintió y entró.

—Cierra la puerta.

Se volvió para agarrar el pomo, vacilando ligeramente, antes de cerrarla tras de sí. Todo el aire pareció escaparse de la habitación cuando se volvió hacia mí de nuevo.

—Estaba repasando la agenda de mañana. —Señalé mi ordenador—. ¿Quieres revisarla?

—Claro —dijo jadeando, acercándose y rodeando mi escritorio. Se inclinó y sus ojos escanearon la pantalla codificada por colores. Mis ojos recorrieron su mandíbula hasta sus labios, ligeramente separados por la concentración. Alcancé una mano y la deslicé lentamente por la parte posterior de su muslo hasta rozar su perfecto trasero. Su respiración era superficial, pero sus ojos permanecieron fijos en la pantalla.

—Me acompañarás a la reunión de las nueve y tomarás notas —dije, mi mano subiendo hasta donde el dobladillo de sus pantalones dejaba paso a la piel de su espalda baja.

—Mmmm —dijo.

—Habrá *mucho* que repasar —dije, acercándome, mis palabras rebotando en su nuca.

—Mmm.

Apreté mis labios contra su cuello antes de dejar que mi lengua ascendiera justo bajo su lóbulo de la oreja.

—¿Crees que podrás con ello? —susurré contra ella.

Su cuerpo se estremeció mientras sus manos agarraban el escritorio.

—C-creo que sí —balbuceó en voz baja.

Me volví hacia ella, una mano aún en su espalda baja y la otra ahora recorriendo la parte interna de su muslo. Rozaba sus partes con los dedos.

—¿Estás segura? —pregunté.

Dejó escapar un pequeño gemido ante la nueva presión de mi tacto.

—Sí —jadeó, sus ojos encontrando los míos, llenos de deseo.

—Bien.

Aparté mi silla del escritorio y la atraje frente a mí, de espaldas al mueble. Agarré la cintura de sus pantalones y tiré con fuerza, sin molestarme con el broche. Se deslizaron de sus caderas y cayeron al suelo, dejándome frente a la tanga de encaje rosa a centímetros de mi cara. La miré y esbocé una sonrisa satisfecha.

—¿Esto es lo que escondías bajo la ropa? —susurré, llevando mis labios a su abdomen. En lentos besos, seguí la cintura de encaje pegada a su piel. Contuvo la respiración y vi cómo agarraba con fuerza el escritorio tras ella. Aparté mi boca de su deliciosa piel y deslicé mis manos por su cuerpo. Le quité la chaqueta y desabroché los botones de su blusa, revelando un sujetador rosa de encaje a juego.

—¿Y esto? —dije con voz ronca, mis dedos recorriendo la delicada tela.

Era casi demasiado. Agarré sus caderas, sujetándolas mientras la alzaba sobre el escritorio frente a mí. Soltó un jadeo por la brusquedad. Tiré de sus rodillas, separando sus piernas, revelando la humedad que empapaba la fina tela de su tanga.

—¿Me has estado deseando? —le pregunté, apartando la vista de la belleza ante mí para mirarla.

Asintió lentamente, sus ojos entornados bajando hacia mí. Sonreí mientras separaba más sus piernas antes de inclinar la cabeza y posar un beso sobre ella. Su espalda se arqueó, pero la sostuve firme mientras pasaba mi lengua por el encaje. Sabía dulce y ni siquiera la había probado entera. Deslicé mis dedos por el borde del encaje antes de apartarlo para exponerla ante mí.

—Jeremiah —susurró suplicante.

Respondí lamiendo lentamente entre sus dulces labios hasta alcanzar su clítoris. Gimió al repetir el movimiento, cada vez más rápido. Más fuerte. Introduje sus labios en mi boca, chupando cada uno alternativamente. Se humedeció más contra mi boca mientras esta subía y bajaba hambrienta. Sus manos buscaron mi cabeza, empujándome más contra ella. Lamió mi lengua contra ella hasta que su cuerpo se arqueó.

Soltó un chillido ahogado mientras sus caderas se alzaban y su cuerpo se inmovilizaba. Pude saborearla entera, derramándose en mí. Era el mejor trago que jamás había probado. Colapsó sobre el escritorio en un montón sin aliento, su cuerpo estremeciéndose en la resaca del orgasmo.

Pero aún no había terminado con ella.

Bajé la mano y desabroché mi pantalón, desesperado por liberar lo que tensaba la tela. Me lo bajé y observé cómo los ojos de Sadie caían sobre mi polla que brotaba libre de su jaula. Tragó saliva con fuerza.

—¿Quieres más? —pregunté con voz gutural.

Un sonido inaudible escapó de sus labios entreabiertos, pero asintió.

—Dilo —dije.

Quería oírlo. Que pidiera algo. Que lo exigiera.

—Y-yo quiero más —balbuceó.

—¿Qué dijiste? —me tapé la oreja como si no pudiera oírla.

Parecía a punto de explotar mientras apretaba los puños.

—Quiero más —dijo, con la mirada endurecida.

—Buena chica.

La bajé del escritorio y la atraje sobre mi regazo, colocando sus piernas a ambos lados míos. Miré su hermoso cuerpo desnudo.

—Perfecta —susurré antes de inclinarme y tomar su pecho izquierdo en mi boca, mi lengua trazando círculos perezosos alrededor de su pezón rosado. Echó la cabeza hacia atrás. Mi mano acarició su pecho derecho, masajeando su plenitud. Ante mi tacto, deslizó su cuerpo más cerca hasta que su sexo rozó mi base.

—Pequeña exigente, ¿verdad? —pregunté, mirándola mientras apartaba mi boca de su duro pezón. Le di un pequeño pellizco que la hizo gemir.

Alzó las caderas para posicionarse sobre mí, agarrando el respaldo de mi silla de oficina, pero antes de que pudiera deslizarse sobre mi polla expectante, agarré sus caderas y la sostuve firme. Me miró, ceño fruncido por la frustración. Su respiración era rápida mientras sus ojos verdes bailaban con desesperada anticipación.

Sonreí hacia ella mientras alzaba ligeramente las caderas, dejando que mi punta rozara su entrada antes de apartarla.

Murmuró algo exasperada mientras se retorcía en mi fuerte agarre.

—¿Qué dijiste? —pregunté, levantando las caderas de nuevo y provocando su entrada. Me introduje lentamente un centímetro para luego retirarme.

—Te necesito —dijo jadeante, apretando su cabeza contra la mía. Incliné la barbilla hacia arriba y encontré su boca con la mía. Su lengua persuadió mis labios para abrirlos y encontró la mía en un lento masaje.

Solté suavemente su cadera, permitiéndole obtener lo que tan claramente deseaba. Lo que ambos deseábamos. Se deslizó

lentamente sobre mí, tensándose con cada delicioso centímetro que llenaba. Soltó un gemido en mi boca al alcanzar la base, sus muslos apretándose fuertemente contra los míos. Rompió el beso y me miró antes de empezar a moverse. Lentamente al principio, hasta que comenzó a moverse más rítmicamente. Alcancé y agarré su nuca, forzándola a empujar más sobre mí con cada balanceo de su cuerpo. Sus ojos no se apartaron de los míos y fue todo lo que pude hacer para no venirme dentro de ella en ese instante.

Todavía no.

Apreté los dientes y la levanté de mí en un movimiento repentino. Giré su cuerpo hacia mi escritorio, doblando su estómago sobre la superficie. Aspiró suavemente mientras tomaba sus manos y las sujetaba tras su espalda baja. Con la otra mano, me posicioné contra ella. Se preparó mientras la embestía, soltando entonces un grito de placer. Le di una palmada en el trasero antes de empezar a bombear dentro de ella.

—¿Es esto lo que necesitabas? —pregunté, apretando sus manos con fuerza.

—Sí —gritó desesperada.

—Habla más alto, Sadie —exigí.

—¡Sí! —gritó más fuerte.

Sus gritos de placer me hicieron empujar con más desesperación. Con necesidad. Sus caderas se proyectaron hacia atrás, suplicando más. Se lo di, embistiendo más fuerte mientras mis testículos golpeaban contra ella ruidosamente. Sentí sus rodillas flaquear bajo el escritorio al venirse alrededor de mí. Su segundo orgasmo de la noche vibró hermosamente alrededor de mi polla. Solté sus manos y

agarré la carne de su trasero, sujetando con fuerza mientras seguía dándole.

—Córrete para mí —dijo.

Sorprendido por su exigencia, le di lo que quería. Con varias embestidas profundas, exploté dentro de ella. Gemí en puro éxtasis mientras seguía llenándola. Mis movimientos empezaron a ralentizarse mientras mi cuerpo se estremecía. Sadie levantó la cabeza y apoyó las manos en el escritorio, separando sus pechos de mis papeles esparcidos. Me miró, una pequeña sonrisa satisfecha en su rostro sonrojado.

—Joder —susurré.

Me enterré más profundamente en ella mientras rodeaba y amasaba sus pechos. Besé arriba y abajo su espalda. Soltó una risita cansada mientras me miraba por encima del hombro. Dios. No creía que pudiera saciarme jamás de esta mujer.

Capítulo 15

SADIE

Me senté sin aliento en el mismo sofá de cuero en el que me había sentado por primera vez dos semanas atrás, cuando me di cuenta de que el señor del ático era mi nuevo jefe, lo que complicó aún más mi ya de por sí enrevesada vida. Lo de esta noche no ha ayudado en nada. No podía creer que hubiera pasado de estar a punto de vomitar en el baño a acostarme con él. Otra vez. Había sido una estupidez, pero no podía evitar la forma en que mi cuerpo se rendía ante Jeremiah.

Me puse su chaqueta de traje sobre mi cuerpo desnudo, tratando de cubrir mis partes más íntimas, como si él no las hubiera visto ya. Como si no hubiera tenido sus manos sobre ellas hace apenas unos minutos. Jeremiah me miraba apoyado en su escritorio. Una sonrisa divertida asomó a sus labios ante mi repentino pudor. Me acurruqué un poco más en el rincón del sofá.

—¿Qué? —pregunté con más brusquedad de la que pretendía, apretando las solapas contra mi pecho.

—Nada. —Se encogió de hombros con una sonrisita mientras se abrochaba el cierre del pantalón que se había vuelto a poner. Observé cómo se deslizaba la camisa sobre sus fuertes brazos, pero dejó los botones desabrochados, revelando su pecho y su abdomen bronceados. Debería haberme sentido saciada después de lo que acabábamos de hacer, pero sentí que un hambre crecía en mi interior. Me la tragué, intentando sofocarla.

Busqué mi ropa por el despacho, pero no fui capaz de localizar la americana azul marino y los pantalones a juego que Jeremiah prácticamente me había arrancado del cuerpo. Probablemente estarían amontonados debajo de su escritorio, donde los habría lanzado en el fragor del momento. Me sentía aún más desnuda ahora que él estaba prácticamente vestido del todo. Un susurro de duda me asaltó al darme cuenta de que esta era probablemente su forma de decir que era hora de irse. Iba a levantarme del sofá, pero me detuve cuando él se acercó a la gran estantería de madera frente a mí y sacó una botella de bourbon de su estuche de terciopelo antes de servirlo en dos vasos de cristal.

No me estaba pidiendo que me fuera. Me estaba pidiendo que me quedara. Significaba mucho más de lo que debería.

Se dio la vuelta y me tendió el vaso de líquido ambarino, con la mano extendida.

—Oh, em... Estoy bien. Gracias —dije.

Me lanzó una mirada curiosa antes de inclinarse y dejar el vaso de bourbon en la mesita de cristal a mi lado; su piel bronceada bajo la camisa aún estaba húmeda por el sudor. Aún podía sentir su sabor salado en mis labios.

—Es que no suelo beber mucho —comenté encogiéndome de hombros.

Inclinó la cabeza con confusión, y su cabello oscuro le cayó sobre la frente, dándome ganas de apartárselo de un cepillado. —Pero aquella noche en mi casa... —dijo confundido.

Recordé el vino que me había tomado para calmar los nervios antes de irrumpir en su casa, y luego el bourbon que me había bebido con

él junto a la ventana. Ambas bebidas las tomé para calmar la ansiedad y también para conseguir ese valor líquido que necesitaba, lo que me llevó al mejor sexo de mi vida. Fueron excepciones, pero normalmente me reservaba una copa de champán o de vino para las ocasiones especiales.

—Lo sé. Pero acababa de escalar un edificio y tenía los nervios a flor de piel.

Se lo pensó por un momento.

—¿Por la escalada o por algo más? —preguntó mirándome a los ojos, y el azul de su mirada se oscureció ligeramente.

Sentí que el calor me subía a las mejillas. Él era mucho más inquietante que escalar veinte pisos por una escalera de incendios. Y él también lo sabía.

Miró su bebida, pero no dio un sorbo.

—No dejes de hacerlo por mí. —Hice un gesto hacia el vaso que tenía en las manos—. Beber no es lo mío. Mi ex terminó de confirmármelo.

Me buscó los ojos con aire inquisitivo antes de acomodarse en el sofá junto a mí. Dio un largo trago al bourbon antes de decir: —Continúa. —Me estaba pinchando.

Le dediqué una sonrisa débil antes de bajar la vista hacia mis manos, que descansaban en mi regazo, manteniendo aún su chaqueta cerrada contra la palidez de mi piel. Pensé en Nick y en el olor a alcohol de su aliento cada vez que me manipulaba para hacerme creer que yo era el problema. No me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta mucho después de que hubiéramos roto. La deuda era *toda* culpa mía. Las infidelidades eran *toda* culpa mía. Los

problemas de nuestra relación eran *toda* culpa mía. Era más fácil cargar con la culpa que discutir con alguien que estaba borracho.

—Cuando sales con alguien que siempre tiene una copa en la mano, acabas desarrollando cierto resentimiento hacia el alcohol —dije en voz baja.

—Puedo entenderlo —dijo Jeremiah con voz suave. Nunca le había oído hablarme a mí, ni a nadie, de esa manera. Sentí que mis muros se derrumbaban un poco. Incluso la mano que apretaba con fuerza la parte delantera de su chaqueta se relajó, dejando que esta se abriera suavemente contra las curvas de mis pechos. Los ojos de Jeremiah bajaron antes de volver a encontrarse con los míos.

—Entonces, ¿quién era ese tipo? —preguntó, apoyando el brazo con naturalidad en el respaldo del sofá.

—¿Quién? ¿Mi ex? —Me reí, preguntándome por qué le interesaba tanto. Nunca hablábamos de nada personal.

—Sí. —Se encogió de hombros antes de dar otro sorbo al bourbon—. ¿Cuándo obtuvo ese título?

—Hace unos meses. Por eso vivo ahora en tu edificio. Pero solo es temporal.

—¿Vivías con él? —Levantó las cejas con ligera sorpresa. Juraría que había un toque de celos en la pregunta.

—Sí —mascullé—. Hasta que se las apañó para convencerme a *mí* de que me mudara.

No debería haberle contado eso. Por la decepción que cruzó sus ojos, supe que no había hecho más que añadir otro punto a la lista de cosas que me hacían débil.

—Pero estoy bien —dije con seguridad—. Solo estoy en el Airbnb de forma temporal. En cuanto encuentre un sitio que sea más asequible, me largo de allí.

Se limitó a asentir, con una mirada de complicidad.

—¿Qué? —pregunté cruzando los brazos a la defensiva. Me estaba preparando para otro sermón sobre cómo tenía que defenderme.

—Solo me preguntaba cómo te las arreglaste para terminar en ese edificio. No es precisamente barato.

—¿Estás insinuando que no tengo dinero para pagarlo? —pregunté alzando una ceja.

—No, pero sé cuál es tu sueldo.

Claro que lo sabía. Era mi jefe. Me preguntaba qué más habría desenterrado de mi expediente cuando se puso a investigar. Resistí el impulso de poner los ojos en blanco.

—¿Tienes algún tipo de trabajillo extra o algo así? —preguntó.

—¿Perdona?

—Ya sabes, para ayudarte a pagar el alquiler.

Crucé los brazos con más fuerza contra mi pecho. ¿Qué demonios estaba insinuando? Debería saber que no era así. Pasaba la mayor parte del tiempo aquí bajo su mando. Apenas me quedaba tiempo para nada más.

—No, no tengo ningún *trabajillo extra*.

Levantó las manos en una actitud de defensa sarcástica, lo que me cabreó aún más. Le hacía gracia.

—Mira, si crees que estoy haciendo algún tipo de trabajo bajo cuerda... o algo *poco decoroso*... —Mi voz bajó a un susurro al

pronunciar las últimas palabras, mientras miraba a mi alrededor como si hubiera alguien allí para oírme.

Se rió entre dientes y negó con la cabeza.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté con frialdad, estudiando su cara en busca de respuestas.

—Es solo que *tú* eres la última persona de la que pensaría que está haciendo algo poco decoroso. De hecho, me apostaría mi imperio a que probablemente no has hecho nada *poco decoroso* en tu vida.

—No me conoces —dije a la defensiva, aunque tenía razón.

—Vale, entonces cuéntame algo que hayas hecho. ¿Robaste un paquete de chicles cuando eras pequeña? ¿Sacaste un Bien en tus deberes? —Me sonrió, leyéndome el pensamiento. Estaba disfrutando con esto.

—No voy a decirte nada —bufé.

—Porque no hay nada que contar —dijo con un encogimiento de hombros arrogante—. Sabes, tal vez *deberías* hacerlo. Quizá ese sea tu problema. Vivir un poco.

Me preguntaba qué pensaba él que era esto, esto que había entre nosotros. Era la cosa más loca que había hecho nunca, pero no iba a admitírselo. No podía darle esa satisfacción.

—No tengo ningún problema. Me gusta mi vida tal y como es. —Levanté la barbilla con confianza.

—Ajam. Seguro que sí. —Dio otro sorbo a su copa, sonriendo contra el cristal. Odiaba lo guapo que estaba cuando se ponía arrogante. No era justo.

Entorné los ojos.

—¿Eres siempre así de capullo? ¿Es como tu estilo personal? —Le señalé con el dedo de arriba abajo.

—Es una de mis especialidades. —Tamborileó con los dedos en el respaldo del sofá, peligrosamente cerca de mi hombro. Sus ojos bajaron al lugar donde casi nos tocábamos antes de volver a buscar los míos.

—¿Y cuál es otra?

—Las mujeres guapas como tú que son fáciles de hacer cabrear —desvió la mirada, observando su bebida mientras la agitaba entre sus manos.

Siempre tenía una salida ingeniosa. Sin embargo, me encontré queriendo saber más sobre él, a pesar de que cuanto más descubría más parecía enfurecerme a la vez que despertaba mi interés.

—Eres algo más que esto —murmuré suavemente.

—¿Más que qué? —Levantó una ceja, desafiando mi mirada.

—Más que todo este personaje de multimillonario que te has montado.

—Siento decepcionarte, cielo. —Su mano bajó del respaldo del sofá y recorrió la solapa de la chaqueta que yo llevaba; la punta de sus dedos rozó mi piel entre los pechos antes de volver a apoyarse en el sofá. Sentí un anhelo ante la ausencia de su contacto.

Estaba intentando distraerme para que no siguiera indagando. Alguien que hace eso tiene algo que ocultar. Por eso tenía esa actitud tan arrogante. Para alejar a la gente. Nadie puede ser tan gilipollas porque sí. Estaba intentando evitar que la gente viera quién era *realmente*, pero yo podía verlo con claridad.

Jeremiah tenía demonios. Me preguntaba qué oscuros secretos guardaba su pasado para haberlo vuelto así. Frío e implacable. Recordé haber leído un artículo sobre cómo un gran porcentaje de los directores generales de alto nivel son psicópatas. Al mirarlo ahora, sus ojos estaban oscuros como una tormenta. Me estremecí y me levanté de repente del sofá, consciente de que su chaqueta apenas me rozaba la parte superior de los muslos.

—Debería irme —dije nerviosa.

—Bien. —Me despidió con un gesto displicente, y me dolió más de lo que debería—. Pero espero que estés aquí a primera hora. Me da igual lo tarde que te quedes. —Miró hacia el reloj de la pared, que marcaba las 3:00 de la madrugada.

—Faltaría más —mascullé antes de caminar hacia su escritorio y arrodillarme en el suelo en busca de mi ropa. La encontré en un montón arrugado. Recogí la ropa en mis brazos y me levanté, apretándola contra mí mientras me dirigía a la puerta con la intención de cambiarme en el baño.

—No te olvides de las cámaras —dijo, señalando con la cabeza el pasillo en penumbra que había más allá.

Suspiré derrotada antes de ponerme la ropa interior y los pantalones, consciente en cada fibra de mi ser de que Jeremiah me observaba desde el sofá. Estaba disfrutando del espectáculo. Susurré algunas palabras poco amables entre dientes.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Nada —murmuré.

—Ahora me llevaré mi chaqueta —dijo, tendiendo la mano.

Le lancé una mirada envenenada antes de darle la espalda y quitarme la chaqueta de los hombros. La lancé hacia atrás, con cuidado de no dejarle ver mis pechos desnudos, como si no los hubiera tenido en su boca hace un rato. Le oí reír a mis espaldas. Me pasé la blusa por la cabeza y me puse la americana antes de dirigirme a la puerta.

—Ah, estate atenta, que mañana recibirás cinco mil dólares en tu cuenta bancaria.

Me di la vuelta y le miré con recelo. —¿Por qué?

—Para que sustituyas esa ropa espantosa que llevas. —Sus ojos me recorrieron con nada más que juicio.

Me tembló la mano, con unas ganas locas de dedicarle un gesto vulgar, pero me limité a darme la vuelta y salir por la puerta.

Capullo insufrible.

Capítulo 16

JEREMIAH

He dado un sorbo a mi café mientras observaba a Sadie moverse por la oficina, justo al otro lado de los ventanales de mi despacho. En un momento llevaba una pila de papeles, al siguiente tecleaba en su portátil y al otro hablaba por teléfono. Revoloteaba de un lado a otro como un puñetero colibrí. Tenía que reconocérselo: estaba trabajando duro.

Desde que pidió el aumento la semana pasada, parecía estar desviviéndose por demostrar que se lo merecía. Aun así, no le quitaba el ojo de encima. Solo llevábamos unas pocas semanas trabajando juntos. No había tenido tiempo suficiente para evaluar adecuadamente si tenía lo que hay que tener para ser mi asistente personal.

Además, disfrutaba mirándola. A pesar de la ropa sosa que solía llevar, sabía lo que había debajo y eso de por sí la hacía sexy a rabiar. Hoy no era diferente con esa americana azul marino y los pantalones a juego que le quedaban grandes, haciendo un flaco favor a sus curvas. Unas curvas que conocía bastante bien.

No podía dejar de pensar en la noche que pasamos juntos hasta tarde en este mismo despacho la semana pasada. Sus gemidos ahogados todavía resonaban en mis oídos mientras ella intentaba mantener la compostura. Como si alguien pudiera oírnos, de todos modos. La oficina había sido un pueblo fantasma. Aun así, había algo prohibido en aquello que me ponía a mil. A ella también la excitó, por la forma en que prácticamente había empapado sus

bragas de encaje incluso antes de que yo la tocara en los lugares donde me suplicaba en silencio que lo hiciera.

No lograba quitarme de la cabeza las imágenes que flotaban en mi mente cada vez que veía a Sadie en la oficina o percibía un rastro de su perfume. Esa calidez de la vainilla me transportaba directamente a aquella noche. Cuando sus nudillos estaban blancos de tanto apretar el escritorio, con el cuerpo inclinado sobre él. Su pelo pelirrojo como fuego entre mis dedos mientras tiraba de él hacia mí. Era como si alguien lo hubiera puesto en modo repetición, las imágenes y los sonidos en bucle, haciendo que fuera casi imposible trabajar. Imposible pensar en otra cosa.

Y quizá no quería hacerlo.

He apartado la mirada de Sadie mientras ella se sentaba en su mesa, ocupada hablando por teléfono, y he puesto los ojos en blanco, harto de mí mismo.

Céntrate.

No era más que una chica. Yo no me dejaba enredar por trivialidades como esta. Tenía cosas más importantes de las que preocuparme, como mi imperio de mil millones de dólares.

He buscado en la pantalla del ordenador el número de teléfono que quería y, al encontrarlo, he cogido el fijo del despacho y he marcado.

—Con Vincent James, por favor —he dicho cuando la recepcionista ha descolgado.

—¿De parte de quién, si se puede saber? —ha preguntado con impaciencia, como si la gente debiera saber que no se llama sin tener una cita programada.

—Jeremiah Mason.

—Por supuesto. Un momento, Sr. Mason —ha dicho con nerviosismo, y he sabido que mi nombre había causado la impresión que buscaba. La que solía causar.

He oído un clic en la línea y la voz de Vincent me ha saludado.

—Sr. Mason, ¿a qué debo el placer? —ha dicho con ese deje tan texano.

Vincent James era dueño de uno de los sellos discográficos más grandes del país, con una lista de artistas ganadores de premios Grammy a sus espaldas, según lo que investigué la semana pasada. Tenía el tipo de dinero y de clientes que podrían suponer un impacto enorme en los beneficios de mi firma. Aunque no sabía mucho de la industria musical, sabía de dinero, y quería su cuenta. Él también lo sabía.

—Creo que sabes lo que quiero, Vincent —he dicho, reclinándome en mi silla de oficina.

—No te consideraba un hombre muy melómano.

—No lo soy.

Si algo soy, es sincero.

—Pero soy un hombre de negocios —he continuado—. Y sé que tienes mucho dinero. También sé que estás buscando una nueva firma que te ayude a gestionarlo.

—¿Y crees que eres tú quien puede *gestionarlo*? —ha preguntado con una risita.

—No. *Sé* que somos la firma que puede gestionarlo —he afirmado con seguridad.

Ha soltado una carcajada al otro lado de la línea.

—Los rumores que he oído son ciertos. Eres un hijo de perra de lo más engreído.

—Estaré en Dallas mañana durante unos días. ¿Por qué no fijamos una reunión y te demuestro qué otros rumores son ciertos? —he dicho, esperando que picara el anzuelo. No tenía planes de ir a Dallas, pero si aceptaba, me subiría al primer vuelo de la mañana. No me rindo cuando se trata de conseguir lo que quiero. Mis otros clientes podrían esperar si eso significaba pescar este pez gordo.

—Está bien. Te paso con mi recepcionista para que lo programes.

—Nos vemos entonces, Vincent. —He colgado el teléfono y he sonreído para mis adentros.

Parecía que mañana me iba a Texas. Sin embargo, había mucho que hacer antes. He levantado la vista de mi escritorio para llamar a Sadie, pero me he encontrado con su mesa vacía. He fruncido el ceño. ¿Dónde demonios estaba? Llevaba toda la mañana revoloteando por ahí fuera y ahora que la necesitaba, no estaba donde debía.

Levantándome del escritorio, he salido de mi despacho, ignorando las miradas cautelosas de la gente hacia mí. He mirado el reloj. No era la hora de comer. No la había enviado a hacer ningún recado. He sacado mi móvil y la he llamado. He oído un vibrador que venía del cajón de su mesa. Me he acercado y lo he abierto de un tirón, viendo su teléfono moverse en el cajón de madera con la pantalla iluminada. Mi número, bajo el nombre de *gilipollas de jefe*, recorría la pantalla. He cerrado el cajón de un golpe.

He visto a Tanya, la recepcionista, observándome desde su puesto. He soltado un gruñido y me he dirigido hacia ella, apoyando las

manos con firmeza en su escritorio.

—¿Dónde demonios está Sadie? —he preguntado con frustración.

—La he visto correr al baño con mucha prisa hace solo unos minutos —ha dicho nerviosa.

Me he apartado de su mesa y me he encaminado hacia los baños, sintiendo cómo el fastidio me subía por el cuello.

¿Qué narices le pasa a esta chica?

Me he detenido justo delante de la puerta y he aporreado la madera con el puño.

—¡Salgo ahora mismo! —ha gritado Sadie, sobresaltada.

Oía el ruido del grifo, así que he empujado la puerta y he entrado con impaciencia. Me la he encontrado sola, lavándose las manos en el lavabo. Tenía la cara húmeda y sonrojada. Cuando me ha visto a través del reflejo del espejo, ha soltado un pequeño grito y se ha dado la vuelta bruscamente para encararme.

—¿Pero qué haces? —ha dicho en voz alta, intentando imponerse al sonido del agua.

He dado tres zancadas hacia ella y ella ha apoyado las manos en el borde de la encimera, con los ojos llenos de una rabia confusa. He pasado el brazo por su lado para cerrar el grifo antes de plantarme frente a ella con expresión fulminante.

—¿Cuántos puñeteros descansos para ir al baño necesitas? —he preguntado exasperado—. ¿Es para *esto* para lo que te pago?

—¿Me estás tomando el pelo? —me ha espetado—. Me he estado dejando la piel toda la semana. Si tengo que mear, pues meo.

Su mirada era intensa y he visto ese mismo fuego de cuando estuvo en mi despacho exigiendo un aumento. He levantado la barbilla en

señal de aprobación. Me gustaba esta versión. Era feroz. Atrevida. Sexy.

El fuego de sus ojos ha pasado a ser ascuas, pero no ha apartado la vista de la mía. Estábamos en una especie de duelo. No estaba seguro de si íbamos a discutir más o a arrancarnos la ropa. Antes de que pudiéramos hacer ninguna de las dos cosas, la he mirado con frialdad.

—Bloquea mi agenda para los próximos tres días. Volamos a Dallas mañana.

Me he dirigido a la puerta, dejándola con su rabia que ahora se había transformado en desconcierto.

—¿Volamos? —ha gritado a mi espalda, pero he salido por la puerta sin decir ni una palabra más.

* * *

Mientras cruzaba el vestíbulo de mi edificio de apartamentos, mantenía los ojos clavados en mi móvil, repasando el itinerario de Dallas. He levantado la vista al oír una voz conocida que llegaba desde el bar del vestíbulo. He mirado por encima del teléfono y he visto una cara familiar sentada en la barra de mármol negro: Kevin. No sabía que estaba de vuelta en la ciudad.

Me he guardado el móvil en el bolsillo y me he acercado a donde estaba sentado, vestido con un pantalón de chándal gris y una camiseta negra. Parecía que estaba a punto de irse a la cama.

—¿Cuándo demonios has vuelto a la ciudad? —le he preguntado, dándole una palmada en la espalda que lo ha sobresaltado.

Ha levantado la vista y ha sonreído de oreja a oreja al verme.

—¡Jeremiah! —Ha chocado su mano con la mía y me ha dado un abrazo—. He llegado esta misma tarde. Menuda paliza de vuelo.

—¿Dónde has estado esta vez? —he preguntado, apoyándome en la barra.

—En Camboya —ha respondido, pasándose una mano por su pelo rubio arena.

Kevin era fotógrafo para una revista de naturaleza de gran renombre. A menudo pasaba largas temporadas fuera, viajando de país en país, fotografiando la vida salvaje. Aunque era un buen amigo mío, apenas podía seguir su ritmo y los lugares remotos a los que lo llevaba su trabajo.

—¿Qué tal ha ido? —he preguntado con curiosidad.

—Húmedo. —Se ha reído, terminándose la bebida de su vaso. Seguramente un Jack con Coca-Cola—. Pero los animales han sido de lo mejor que he capturado jamás.

Ha cogido su teléfono y ha abierto la galería, mostrándome varias imágenes de elefantes, pitones y una criatura roja parecida a un zorro que no he reconocido. He sacudido la cabeza con asombro. Llevaba una vida completamente distinta a la mía.

—Estas son solo las del móvil, pero las de la réflex son la hostia —ha dicho con orgullo.

——Me las tendrás que enseñar pronto —he dicho.

—¿Por qué no tomamos algo mañana? Tengo que dormir para quitarme este jet lag de encima. Pensé que un poco de whisky ayudaría. —Ha sacado la cartera y ha dejado un billete de cincuenta sobre la encimera brillante.

—¿Por eso vas en pijama? —he sonreído—. En realidad, mañana me voy a Dallas. ¿Lo dejamos para otra vez?

Siempre nos estábamos perdiendo el uno al otro, entre mi exigente trabajo y sus aventuras en la selva, el desierto o dondequiera que lo llevara su labor.

—Claro —ha respondido antes de que su atención se viera repentinamente atraída por algo que estaba detrás de mí.

Me he girado y he seguido su mirada hasta que se ha posado en Sadie, que salía en ese momento del ascensor. He contenido el aliento al verla cruzar el vestíbulo. Llevaba unos vaqueros que le marcaban el culo y una camisa blanca que había dejado desabrochada en gran parte, dejando ver la piel clara de su vientre. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza y unos gruesos aros dorados en las orejas que se balanceaban al caminar. Casi he tenido que volver a mirar porque no creía que fuera ella. Nunca se ponía cosas así, pero claro, ella trabajaba conmigo en una oficina.

He tragado saliva al sentir que se me hacía la boca agua. No me ha visto mientras seguía cruzando el vestíbulo, con los ojos puestos en el móvil mientras escribía un mensaje. Sonreía a la pantalla y no he podido evitar que me invadieran los celos. Me preguntaba con quién estaría hablando y a dónde iría con esa pinta.

El silbido de Kevin ha cortado mis pensamientos inquisitivos. He girado la cabeza hacia él y he visto que sus ojos devoraban a Sadie de la misma forma que los míos.

—¿Quién es *esa*? —ha preguntado—. Está como un tren.

—Es mía —he gruñido, sorprendiéndome a mí mismo por la forma en que le había saltado a uno de mis mejores amigos.

Me ha mirado sorprendido antes de sacudirse la incomodidad. Se le ha puesto cara de curiosidad y me ha dedicado una pequeña sonrisa.

—Entendido —ha dicho simplemente.

Capítulo 17

SADIE

Saludé al portero en el amplio vestíbulo al cruzar las grandes puertas de cristal; el atardecer se sentía cálido contra mi espalda mientras sus colores de sorbete rebotaban sobre el pulido suelo de baldosas blancas. Todavía no me podía creer que hubiera conseguido salir de la oficina justo a las cinco hoy. Quizá Jeremiah se sentía generoso después de haberme encasquetado este viaje de última hora a Dallas. Me lo había exigido, en realidad. Con él, nada de lo que me ordenaba parecía dejarme otra opción.

Puse los ojos en blanco al recordar cómo se había colado hoy en el baño de mujeres. No llevaba fuera de mi mesa ni diez minutos. Era como si no pudiera sobrevivir sin tenerme a su entera disposición ni siquiera ese breve espacio de tiempo. No tenía ningún derecho a irrumpir así. Debería haber sabido que era él por el sonido de sus puñetazos insistentes contra la puerta. Menos mal que nadie lo vio entrar, o al menos nadie dijo nada. Era insufrible.

Aun así, me dio un vuelco el estómago cuando lo vi en el baño, allí de pie con su traje gris claro que hacía resaltar el tono dorado de su piel. Se me cortó la respiración al preguntarme si venía a por más. Había pasado una semana desde que tuvimos sexo en su despacho y, pese a que mi sentido común me decía lo contrario, no dejaba de preguntarme cuándo volvería a ocurrir. *Deseando* que volviera a ocurrir. Sabía que era una temeridad y una estupidez, pero no podía evitarlo. Cada noche que me había quedado hasta tarde en la oficina, me preguntaba si daría otro paso, pero no lo había hecho.

—Hola —dije al acercarme al mostrador de recepción del edificio de apartamentos.

La recepcionista me dedicó una cálida sonrisa. La reconocí de mis visitas anteriores.

—Vengo a ver a Erica Vallejo.

—Ah. Sadie, ¿verdad? —preguntó, estudiándome la cara al reconocerme.

—Mhmm.

Asintió y rebuscó en el cajón superior de su escritorio hasta que sacó una tarjeta llave.

—Aquí tiene. Ya conoce el camino. Le avisaré de que va para allá. —Hizo un gesto con la cabeza hacia los ascensores.

Le di las gracias, cogí la tarjeta y caminé hacia la hilera de ascensores a la derecha. Una vez dentro, acerqué la tarjeta al panel de seguridad y pulsé el botón de la última planta. Ojalá hubiera sido así de fácil cuando entregaron por error mi paquete en la puerta de Jeremiah. Mi vida sería muchísimo más sencilla. Me reí de mí misma al pensar en lo desesperada que estaba por recuperar aquella caja de juguetes sexuales. Había terminado recibiendo mucho más de lo que esperaba.

Las puertas del ascensor se abrieron a una amplia entrada que desembocaba en el gran salón. El suelo estaba cubierto de juguetes coloridos y montones de libros. Sonreí, sabiendo que la hija de Erica, Josie, andaba cerca.

—¡Hola! —exclamé.

—¡Sadie! ¡Hola! ¡Ya voy! —gritó Erica desde algún lugar del enorme ático.

Al doblar la esquina, se estaba recogiendo el pelo oscuro en una coleta baja, mientras Josie se aferraba a su pierna. Erica se veía elegante sin esfuerzo con unos vaqueros, una camiseta de tirantes y unas bailarinas. Me reí al verla intentar mantener el equilibrio mientras caminaba hacia mí con su hija agarrada como si le fuera la vida en ello.

—¡Hola, Josie, pequeña! —dije, arrodillándome en el suelo para saludar a la niña de ojos grandes.

—¡Tía Sadie! —exclamó, soltando a su madre y echándome los brazos al cuello.

La abracé fuerte antes de apartarme y mirarla de arriba abajo con su pijama de rayas rosas y blancas. Tenía el pelo hecho un desastre, una maraña de rizos que probablemente se había negado a dejar que Erica le cepillara.

—¿Has crecido desde la última vez que te vi? —pregunté, arqueando una ceja.

—¡Sí! ¡Porque como brócoli! —dijo asintiendo con orgullo mientras se ponía de puntillas para parecer más alta.

Me reí. Se parecía muchísimo a su padre, quien, hablando del rey de Roma, dobló la esquina justo cuando terminaba una llamada.

—Hola, Sadie —dijo Marco saludando con la mano, todavía con el traje del trabajo—. Gracias por sacar a esta de casa para una noche de chicas. —Rodeó la cintura de Erica con los brazos y me sonrió mientras apoyaba la barbilla en su hombro.

—¿Estás intentando librarte de mí? —preguntó Erica, girándose para lanzarle una mirada incrédula.

—Jamás. —Él se rió.

Ella se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla. Estaban empalagosamente enamorados, pero me alegraba por ellos. Por Josie.

—Es que hace mucho que no salís. Además, me vendría bien un poco de tiempo a solas con nuestra niña. —Hizo un gesto hacia Josie, que ahora se aferraba a mi pierna—. ¿Cuál es el plan, por cierto?

—Compras. Cena. ¿Quién sabe? —Me encogí de hombros.

—Bueno, ¡no tengáis prisa! Yo me encargo de todo aquí. —Le dio un apretoncito a Erica en las caderas antes de darle un empujoncito suave. Ella le lanzó una mirada de agradecimiento antes de despegar las manitas de Josie de mi pierna. Le dio un beso y la cogió en brazos para pasársela a Marco. Les saludé a los dos con la mano antes de seguir a Erica hacia las puertas abiertas del ascensor.

—De verdad necesitaba esto —dijo Erica mientras el ascensor bajaba lentamente hacia el vestíbulo.

—Y yo. —Sonreí.

—¿A dónde vamos primero?

—A Barney's.

—¡Oh, la, la! —Me guiñó un ojo.

Una hora más tarde, estábamos en el probador mientras yo daba una pequeña vuelta frente al espejo. Erica sostenía mi teléfono y el rostro de Gabriella iluminaba la pantalla. Estaba aplaudiendo entusiasmada.

—¡Ese es el ganador! —exclamó.

Me reí mientras alisaba la parte delantera de la americana blanca entallada que me quedaba como un guante. Hasta ahora, me había

probado varios trajes elegantes y conjuntos de falda, y todos habían sido un éxito entre Erica y Gabriella, que había insistido en que hiciéramos una videollamada. Le encantaba la ropa y la moda, y sabía mucho más que yo sobre las tendencias actuales.

—¡Este es mi favorito por ahora! —dijo Erica asintiendo con entusiasmo.

Al darme otra vuelta frente al espejo, no pude evitar sonreír. Hacía mucho que no iba de compras y nunca había puesto un pie en unos grandes almacenes como estos. Gracias a la bonificación de Jeremiah, y a su insistencia en que renovara mi vestuario, podía permitirme esta nueva ropa de trabajo y divertirme un poco con mis amigas. Se lo agradecería si no hubiera sido tan gilipollas conmigo por mi «ropa espantosa». Ahora no diría lo mismo. El estómago me dio un vuelco al pensar en la próxima vez que me viera. Por fin parecería de verdad su asistente personal.

—¡Pruébate el vestido negro ahora! —dijo Gabriella con emoción.

Erica cogió la percha y sacó el vestido, mientras yo me quitaba la americana blanca y la falda a juego.

—Este te va a quedar de escándalo —dijo, pasándome el vestido de tubo ajustado que se veía tan bien en el maniquí.

Me lo puse y ella me subió la cremallera de la espalda mientras Gabriella observaba desde mi teléfono, que Erica había apoyado en el banco cercano.

—¡Vale! ¡Este es mi nuevo favorito! —exclamó Gabriella.

Me giré ante el espejo, inspeccionando cada ángulo del vestido. Era perfecto. Lo metería en la maleta para el viaje de mañana, con la esperanza de que dejara a Jeremiah de piedra.

—¿Y el «jefepollas» paga todo esto? —preguntó Erica, arqueando una ceja.
—Es un gasto de trabajo —dije, deslizándome el vestido negro por los hombros.
—Mhmm. ¿Y este viaje? ¿También está pagado? —preguntó Gabriella. Su sonrisa se había desvanecido un poco.
—Supongo que sí. *Es* un viaje de trabajo. —Me encogí de hombros, preguntándome por qué de repente me hacían todas esas preguntas.
Colgué el vestido de nuevo en la percha antes de ponerlo en el perchero de los «sí», que iba creciendo. Miré a Erica con curiosidad, pero ella se limitó a negar con la cabeza. Cogió mi teléfono y le dijo a Gabriella que teníamos que irnos antes de colgar. Me desconcertó su brusquedad.
—¿Qué te pasa? —pregunté—. Todavía me quedan unas cuantas cosas por probar.
Erica vaciló, con la mirada recelosa mientras se sentaba en el banco del amplio probador.
—Mira... sé que tienes problemas de dinero...
Abrí la boca para decir algo, pero no me salió nada.
—He estado esperando a que me lo contaras, pero nunca sacaste el tema —continuó, pasando sus dedos nerviosamente por una falda de lino que había a su lado.
—Estoy bien —dije restándole importancia.
—¿Estás segura? —preguntó, alzando la vista hacia mí—. A Gabriella y a mí nos preocupas. Después de todo lo de Nick. Sabemos que lo

ayudaste más de lo que admites. Y ahora él sigue en tu antiguo apartamento y *tú* eres la que paga.

—No por mucho tiempo. El contrato termina a finales de mes. —Me encogí de hombros con timidez.

—¿Por qué no acudiste a mí? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Porque eres mi amiga.

—Y tengo dinero.

—Ya, pero nunca te pediría eso.

—Podrías hacerlo, lo sabes... —ofreció.

Sentí que me invadía la vergüenza. Mis amigas habían estado hablando de mí, expresando su preocupación por el desastre que era mi vida. Ya no quería mentirles más. Nunca nos mentíamos, por muy complicadas que se pusieran nuestras vidas.

—Agradezco el ofrecimiento, pero no. *Tengo* deudas que saldar. Muchas. Pero lo estoy solucionando.

Me sentía aún más vulnerable allí de pie ante ella, en sujetador y bragas, así que cogí un vestido de lino blanco de la percha y me lo pasé por la cabeza.

—También estoy intentando buscar un sitio nuevo. Uno que no cueste tanto —dije con seguridad mientras me ataba el vestido por detrás.

—¿Y qué hay de todo este asunto con tu jefe? —preguntó con dureza.

Hice lo posible por evitar sus ojos, que me miraban con suspicacia a través del espejo.

—Es un gilipollas, sí. Imposible de complacer, sí. Excepto tal vez entre las sábanas. —Me reí suavemente, tratando de aligerar el

ambiente—. Pero no es nada que no pueda manejar. ¿He conseguido un aumento, no?

—Sí, pero después de haberte acostado con él... —dijo Erica con cautela.

—¿Qué estás insinuando? —pregunté, girándome para encararla. No me gustaba por dónde iba. Me había ganado ese aumento, y no acostándome con Jeremiah. ¿O sí?

Se colocó nerviosa un mechón de pelo oscuro tras la oreja antes de aclararse la garganta.

—Solo digo que acostarse con el jefe es... complicado. ¿Y ahora te paga más dinero después de haber tenido sexo contigo? Solo quiero que tengas cuidado.

—Lo tendré —dije. Me volví hacia el espejo y me miré con aquel vestido. Ya no me sentía tan segura de mí misma como antes; era como si esta tarde de compras se hubiera empañado por la mirada de preocupación en los ojos de Erica. No era culpa suya. Tenía todo el derecho a estar preocupada. Eso era lo que hacían las mejores amigas: cuidarse las unas a las otras. Yo misma había estado en su lugar no hace tanto tiempo.

—Creo que ya he tenido suficientes compras por hoy —dije, quitándome el vestido y colgándolo en el perchero de los «no».

—¿Estás segura?

—Sí. Vámonos.

Asintió antes de abrir la puerta y llamar a la dependienta para que viniera a llevarse el perchero con la ropa que había elegido.

Después de pagar, paramos en una cafetería cercana a comer algo, con mis grandes bolsas blancas de la mano. Pedimos hamburguesas

con queso, patatas fritas y batidos de fresa. Mientras disfrutábamos de nuestra comida grasienta, no volvimos a hablar de Jeremiah. Aun así, la advertencia de Erica parpadeaba en mi mente como un letrero de neón.

Capítulo 18

JEREMIAH

¿Ha llegado ya una tal Sadie Lane? —pregunté a la empleada, tamborileando con los dedos sobre el mostrador de cristal esmerilado que lucía el logotipo de la aerolínea grabado en grande sobre la superficie brillante.

Observé cómo sus ojos recorrían perezosamente la pantalla del ordenador por segunda vez. Se lo había preguntado hacía diez minutos, preguntándome si de alguna manera no habría visto a Sadie cruzar las puertas correderas de la sala vip. Era una sala lo bastante grande como para que se me hubiera pasado por alto.

—No, sigue sin haber ninguna Sadie Lane por aquí —dijo la empleada, dedicándome una sonrisa forzada.

—Gracias. —Asentí y me aparté del mostrador para buscar asiento en un mullido sillón de cuero que daba a las puertas de la sala. El sillón crujió cuando me acomodé en él. Crucé el tobillo sobre la rodilla y cogí un periódico de la mesa de al lado. Eché un vistazo a la sección de economía, pero mi cerebro no asimilaba realmente nada de aquel texto en blanco y negro.

¿Dónde diablos estaba?

Miré mi reloj. Llegaba casi treinta minutos tarde. Le había enviado nuestro itinerario de vuelo y le había dicho a qué hora nos veríamos en la sala vip del aeropuerto, pero no había tenido noticias suyas en toda la mañana. Suspiré mientras recorría con la mirada la sala, intensamente iluminada con sus paredes blancas y sus modernas lámparas de araña con bombillas de cristal en el techo. Estuve a

punto de fletar un avión privado, pero decidí reservar con la aerolínea. Una clase ejecutiva de lujo estaría bien. El vuelo era lo suficientemente corto como para conformarme.

Estaba a punto de enviarle un mensaje exigiéndole saber dónde estaba cuando vi que las puertas correderas de cristal esmerilado se abrían y Sadie entraba. Tenía la cara roja, como si hubiera estado corriendo, y llevaba un bolso colgado al hombro mientras miraba el billete que tenía en las manos. Parecía perdida. Sadie volvió a comprobar su billete y miró alrededor de la sala hasta que sus ojos se posaron en mí. No sonrió ni saludó con la mano, simplemente caminó hacia mí.

La miré de arriba abajo con confusión. Llevaba unos leggings negros, un jersey blanco de talla grande y unas zapatillas blancas abotinadas que parecían recién estrenadas. Me pregunté si habría usado mi cheque de bonificación de cinco mil dólares para comprarse las zapatillas, y la idea me irritó un poco. La intención era que se comprara ropa de trabajo. Esperaba que no se lo hubiera gastado todo solo en zapatillas.

¿Y a qué venía esa bolsa de deporte? Le colgaba del hombro como si pesara una tonelada. Una maleta habría sido mucho más práctica. Me pregunté cómo se las habría apañado para meter todo lo necesario en esa bolsa de nailon negra. Por supuesto, era un viaje de tres días, pero entre reuniones y cenas, necesitaría bastantes cambios de ropa y zapatos.

Le resté importancia y me levanté para recibirla cuando se acercó. Tenía los labios apretados en una línea fina, pero sus ojos bailaban por la estancia como si intentaran absorberlo todo.

—Sadie —dije a modo de saludo.
—Jeremiah. —Ella asintió, apenas mirándome.
Me volví a sentar mientras ella soltaba su bolsa de deporte en el suelo con un golpe seco. No me acompañó sentándose en el sillón de al lado. En su lugar, se puso las manos en las caderas y dio una vuelta lenta sobre sí misma. La observé con curiosidad.
—Sabía que las salas de primera clase eran bonitas, pero esto... esto es una locura —dijo.
Me reí para mis adentros. Si *esto* la impresionaba, imagínate lo que pensaría del jet privado que estuve a punto de fletar.
—¿Qué? —preguntó ella, mirándome con agudeza.
—Nada. —Le resté importancia con un gesto de la mano.
—A ti nada te impresiona, ¿verdad? —preguntó, sacudiendo la cabeza.
—No cuando he estado aquí más veces de las que puedo contar.
—Bueno, «Señor Soy Demasiado Guay», ¿te apetecería hacerme un recorrido turístico? —Levantó una ceja arqueada.
Solté una carcajada nasal. Estaba un poco guerrera esta mañana. Me puse en pie y le hice un gesto para que me siguiera. La conduje a través de la sala de negocios independiente, una estancia amplia flanqueada por modernos escritorios de madera oscura y lámparas con tulipas doradas. Cada escritorio tenía sus propios enchufes para cargar portátiles y teléfonos.
—Esta es la sala de negocios —dije.
—Se explica por sí solo —dijo Sadie, poniéndose a mi lado y asomando la cabeza. Aspiré su perfume y me tensé ante los escasos

centímetros que nos separaban. A ella no pareció afectarle lo más mínimo mientras retiraba la cabeza y decía—: Siguiente.

La miré divertido antes de llevarla al siguiente punto del recorrido. El spa. Empujé la gran puerta de cristal y la guié al interior del vestíbulo. Inmediatamente me golpeó el olor a eucalipto y el sonido del agua fluyendo. Las paredes estaban pintadas de un relajante verde salvia, y una gran mesa circular presidía el centro de la sala con un enorme jarrón de lirios. Un par de mujeres en albornoces blancos mullidos y zapatillas estaban reservando su próximo tratamiento en el mostrador.

—Espera, ¿hay un *spa*? —preguntó Sadie, girando la cabeza hacia mí con sus ojos verdes muy abiertos.

—Sí. Puedes pedir un masaje, una limpieza facial, manicura, pedicura, envolturas corporales. Lo que necesites. Entre tratamientos, puedes usar la sauna o el baño de vapor. Es prácticamente un spa de servicio completo.

—Parece que conoces muy bien los servicios —dijo ella con curiosidad.

—Como he dicho, he estado aquí cien veces.

—¿Para hacerte la manicura y la pedicura? —preguntó con una sonrisa burlona.

—He hecho mis pinitos.

—Tú, Jeremiah Mason, te has sentado en un sillón de pedicura.

—Eso no me hace menos hombre —dije con seguridad, bajando la voz una octava.

Sadie reprimió una risa que una parte de mí anhelaba escuchar; su sonrisa le llegó a los ojos y los iluminó. Era una imagen de la que

quería tomar una instantánea mental. Cuando captó mi mirada, sus mejillas pecosas se enrojecieron antes de que apartara la vista.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó, caminando hacia la puerta que salía del spa.

La guié por el pasillo hacia el bar y el restaurante, tentado de ponerle la mano en la parte baja de la espalda, pero me contuve.

—Este lugar no se acaba nunca... —murmuró.

—¿Tienes hambre? —pregunté cuando nos detuvimos frente al restaurante, señalando el menú con la cabeza. Ella miró más allá de la lista de exquisitas tortitas y huevos benedict, hacia la sala en penumbra con reservados de color verde bosque y mesas adornadas con manteles blancos. El bar a la derecha del restaurante resplandecía con la luz dorada de las lámparas de cristal que colgaban del techo. Los estantes justo detrás de la encimera de madera cálida estaban repletos de botellas de licor de cristal.

—¿Tenemos tiempo? —preguntó, mirándome.

—Claro —dije guiñándole un ojo, al ver el asombro en su mirada.

Me dedicó una sonrisa y dejó que yo entrara primero. La anfitriona nos sentó en un reservado de esquina y nos entregó el menú de brunch.

—Esto es mejor que la mayoría de los restaurantes en los que he estado en Nueva York —dijo Sadie, mirando a su alrededor. Se tiró del jersey blanco con timidez, acomodándose en su asiento.

—¿En serio? —Me reí. Solo era una sala vip de aeropuerto. No debía de salir mucho.

—No todos somos multimillonarios, ¿sabes?... —Puso los ojos en blanco mientras me miraba por encima del menú.

Solté una risita y bajé la vista hacia mi menú. Realmente todo esto era nuevo para ella. Aunque a mí me aburría, pensé en darle el gusto. Cuando la camarera se acercó para tomarnos nota, pedí uno de cada plato del menú.

A Sadie casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Estás loco? —preguntó con una carcajada.

—Tal vez. —Me encogí de hombros, entregando nuestros menús a la camarera.

—La verdad es que estoy muerta de hambre —dijo Sadie, echándose la trenza pelirroja sobre el hombro. Incluso con la tenue iluminación del restaurante, su piel resplandecía. Tenía la cara lavada, sin rastro de maquillaje. Me resultó casi íntimo ver ese rastro de pecas calentarse sobre su piel limpia.

—Mejor —dije, mientras una sonrisa asomaba a mis labios, apartando la mirada para no recrearme demasiado.

La camarera trajo tostadas francesas con canela, una quiche de jamón y queso, tostadas con aguacate, un bagel de salmón ahumado, tortitas de arándanos con una guarnición de beicon al bourbon y patatas asadas en dados. Nuestra mesa estaba tan abarrotada de comida que Sadie y yo lo compartimos todo, pinchando directamente de los platos. Un par de veces nuestras manos se rozaron, haciendo que cada parte de mi cuerpo fuera consciente del calor de su piel. Ella no pareció notarlo, o fingió que no le importaba.

Cuando terminamos, Sadie se recostó en el reservado y se puso la mano en el estómago.

—No he comido tanto en mi vida. —Soltó un largo suspiro como si intentara desinflarse.

Me reí. —¿Has disfrutado de tu primera experiencia en una sala vip?

—La primera y probablemente la única, pero sí.

—Quédate conmigo y no será la única. —Levanté una mano para llamar a nuestra camarera.

—Lo que sí quiero es ver el spa algún día... —dijo con aire soñador.

—La próxima vez. —Miré mi reloj—. Es hora de ir a la puerta de embarque.

Pagué la cuenta y recogimos nuestro equipaje. Sadie aceptó que le llevara su bolsa, que me colgué del hombro. Pesaba más de lo que pensaba. Me pregunté cuánto habría embutido ahí dentro.

—¿Llevas un cadáver aquí dentro? —gruñí.

—Son toda mi ropa y mis zapatos nuevos. —Sonrió—. Gracias, por cierto.

Negué con la cabeza y me reí. Estaba creando un monstruo, pero disfrutaba cada minuto. No solía conocer a gente a la que le impresionara esta vida, porque todos los que conocía ya formaban parte de ella y el dinero y las cosas bonitas no les decían nada. Yo era uno de ellos, pero había algo en ver todo a través de los ojos de Sadie que hacía que toda esta mierda monótona pareciera nueva.

Señalé con la cabeza hacia nuestra puerta de embarque y caminamos uno al lado del otro por el concurrido aeropuerto. Llegamos a la puerta justo cuando llamaban a primera clase para embarcar. Sadie entregó nuestros billetes a la azafata con entusiasmo, mirándome mientras recorríamos el pasillo enmoquetado hacia el avión. No pude evitar sonreír ante su

entusiasmo por el vuelo de casi cuatro horas que teníamos por delante.

—¡Estamos en la primera fila! —exclamó al entrar en la cabina de primera clase—. ¡Mira qué asientos!

—Tranquilidad, tranquilidad —dije, sonriendo con embarazo hacia los demás pasajeros de primera.

—Lo siento —susurró Sadie mientras nos dejábamos caer en nuestros asientos—. Solo he volado una vez en mi vida.

—¿En serio? —pregunté arqueando una ceja.

—Mjum. A Hawái en el instituto. Ahorré cada céntimo para ese viaje porque sabía que mis padres no podían permitírselo. Tenía diecisiete años. La mejor semana de mi vida. —Suspiró mientras se acomodaba—. Menos por la quemadura de sol que me hice el último día. Intenté hacer surf y fracasé estrepitosamente, pero no me rendí. Estuve allí fuera casi hasta el atardecer.

La miré con diversión. Probablemente fuera lo máximo que la había oído hablar nunca. Era como si bullera de emoción y las palabras no dejaran de salirle. Pensé que hablaríamos de negocios, pero estaba pendiente de cada frase, aprendiendo más sobre ella.

—¿Les apetece una copa de champán? ¿O sidra sin alcohol? —preguntó una azafata que se había acercado con un carrito por el pasillo.

A Sadie se le abrieron los ojos al ver las copas alineadas en una fila perfecta, con las burbujas flotando hacia la superficie. Era tan malditamente mona. Me pregunté qué otros estrenos podría regalarle. Me pregunté por qué quería hacerlo. ¿Cuándo había sido la última vez que me había parecido que una chica era mona?

—Un champán y una sidra sin alcohol, por favor —dije. Cogí las copas de la azafata y le entregué la sidra a Sadie, dándole las gracias a la azafata antes de que pasara a la siguiente fila.

—¿Es gratis? —susurró ella.

Simplemente solté una carcajada antes de chocar mi copa con la suya.

—Brindo por tu primera vez en primera clase.

Capítulo 19

SADIE

Seguí a Jeremiah mientras cruzaba las puertas del vestíbulo del hotel, perpleja por cómo su traje no se había arrugado lo más mínimo tras el vuelo, incluso después de que yo me hubiera quedado dormida accidentalmente sobre su hombro. Fue una sorpresa agradable despertar con el aroma de su colonia, tan familiar, apoyada en su hombro firme. Me pregunté cuánto tiempo me habría dormido y recé para no haber babeado. Él no le dio importancia cuando lo miré somnolienta; se limitó a lucir una sonrisa en ese rostro perfecto mientras me observaba. Estaba en apuros en este viaje.

Saludó en recepción y empezó a hacer el registro mientras yo echaba un vistazo al inmenso vestíbulo. Grandes pilares de piedra se alzaban contra el papel pintado de rayas blancas y crema. Enormes ventanales arqueados daban a un atrio lleno de vegetación y flores coloridas. Era el hotel más lujoso en el que había estado nunca, con camareros que se paseaban ofreciendo agua con pepino y toallas calientes a los huéspedes recién llegados.

—¿Estás lista? —preguntó Jeremiah, encontrándose conmigo en el centro del vestíbulo.

—Mmmm.

Lo seguí hasta la hilera de ascensores, fijándome un poco más en el hotel y también en cómo el traje se tensaba sobre sus anchos hombros. Estaba en su salsa. Lo había estado durante todo el día. Era difícil no sentirse impresionada por él. Por todo esto.

Subimos en el ascensor hasta uno de los pisos superiores y caminamos por el pasillo de alfombras ornamentadas hasta la última habitación. Jeremiah acercó la tarjeta a la puerta y esta cedió con un clic. Giró el pomo, empujó la pesada puerta de madera y me dejó pasar primero. Contuve el aliento al entrar en la estancia.

Era una habitación de esquina, con una vista de 180 grados de la ciudad a nuestros pies. A mi izquierda había un sofá gris y dos sillones a juego rodeando una mesa de centro de cristal con forma abstracta. Un poco más allá, había una pequeña zona de bar empotrada en la pared con una cafetera de prensa francesa y una pequeña nevera para vinos. A la derecha había una puerta hacia la que me dirigí. Una cama de tamaño king-size descansaba contra un cabecero de paneles grises que se elevaba sobre el colchón. Dos mesitas de noche de mármol blanco flanqueaban los lados, a juego con el edredón blanco y mullido como una nube sobre el que me entraron ganas de saltar. Un vistazo rápido al baño me confirmó que era igual de elegante.

—Guau —dije, volviendo a la zona del salón donde Jeremiah estaba sacando su portátil y colocándolo en la mesa de centro—. Esta habitación es preciosa. Todo el hotel lo es.

—Me alegra que te guste —respondió.

—Eh, ¿tu habitación está en este mismo pasillo? —pregunté, observando cómo se acomodaba en el sofá.

—Esta es mi habitación.

—Ah, entonces *mi* habitación estará por aquí cerca —dije, mientras una sospecha empezaba a cobrar forma lentamente.

—Esta es tu habitación.

Tragué saliva con dificultad, mirando hacia el dormitorio.

—Solo hay una cama.

—¿Ah, sí? —preguntó él, fingiendo sorpresa mientras me miraba con inocencia.

—Me da la impresión de que esto ha sido un descuido intencionado…

—No sé de qué me hablas. —Volvió a mirar su portátil, incapaz de ocultar la media sonrisa que empezaba a asomar a sus labios.

Negué con la cabeza, agradecida de que no pudiera ver que yo también tenía una sonrisa parecida. Este hombre era increíble. Ni siquiera podía enfadarme con él.

De hecho, hoy me lo había pasado bien con él. Había sido el primer periodo de tiempo largo en el que no habíamos discutido. Bueno, exceptuando los momentos en los que habíamos estado ocupados teniendo sexo. No hablamos de negocios ni una sola vez. Me hizo preguntas sobre mi vida y mi infancia, y yo le respondí con una naturalidad que no creía posible con él. Y me escuchó. Me escuchó de verdad. Hasta que me quedé dormida. Al despertar, me di cuenta de que yo no le había preguntado ni una sola cosa sobre *él.*

—Cenamos en una hora —dijo con ese tono suyo que suena más a orden que a invitación.

—¿Nos vamos a reunir con el cliente? —pregunté, sacando mi teléfono y consultando nuestro calendario compartido. No vi ninguna reunión programada para esta noche.

—No. Estaremos solos. —No levantó la vista del portátil.

Solos.

Tragué saliva. Había pensado que este viaje sería puro trabajo, pero nunca me paré a pensar en los tiempos muertos entre reuniones.

—Vale, de acuerdo. Supongo que desharé la maleta entonces —dije con torpeza. Fui a coger mi bolsa de junto al sofá, pero él me detuvo con un gesto.

—Yo me encargo —dijo, levantando mi bolsa de viaje con facilidad. Me siguió al dormitorio y la dejó en el enorme vestidor que había justo antes del baño. Era más grande que el armario de mi Airbnb.

—Gracias —dije.

Él asintió antes de señalar la cama.

—Puedes quedarte con el lado que quieras.

—Vale —respondí, con la voz entrecortada mientras miraba la cama tan mullida en la que ambos dormiríamos esta noche. Habría jurado que oí a Jeremiah reírse mientras pasaba por mi lado para entrar al baño.

—Voy a darme una ducha y luego el baño es todo tuyo para que te prepares.

Lo único que pude hacer fue asentir mientras cerraba la puerta tras de sí con un suave clic. Oí abrirse el grifo de la ducha y me obligué a no pensar en lo que estaba ocurriendo justo al otro lado de la puerta. Entré en el vestidor y empecé a sacar mis cosas. Era increíble todo lo que había metido en esa bolsa de viaje. Colgué mis vestidos y trajes, pasando la plancha a los que se habían arrugado. Después, coloqué mis zapatos en fila en el estante de madera.

Me eché hacia atrás y admiré mi nuevo vestuario, que parecía aún más lujoso en este vestidor de ensueño. Detrás de mí, oí abrirse la puerta del baño. Me giré al oír el sonido y vi aparecer a Jeremiah

con solo una mullida toalla blanca envuelta a la cintura. Su pecho tonificado estaba húmedo y me costó un esfuerzo sobrehumano no dejar que la mirada cayera hacia la marcada «V» por encima de la toalla.

—Todo tuyo —dijo con una sonrisa.

Pasó a mi lado, dejándome el pensamiento hecho papilla. Me apresuré a cerrar la puerta del dormitorio, apoyando la espalda contra ella.

—Contrólate —susurré.

Me despegué de la puerta y me dirigí al baño, que aún estaba envuelto en vapor. Abrí la gran puerta de cristal de la ducha y metí la mano para abrir el agua, que todavía estaba caliente por su uso. Me quité la ropa de viaje y entré en la amplia cabina. Me resultaba íntimo estar en el mismo espacio donde Jeremiah acababa de estar completamente desnudo.

Me tomé mi tiempo, usando el jabón de olor embriagador que ofrecía el hotel. Me lavé la cabeza con el champú del mismo aroma y dejé actuar el acondicionador. Me depilé las piernas hasta que quedaron suaves antes de enjuagarme. Salí de la ducha y me envolví en una toalla. Abrí la puerta del dormitorio y asomé la cabeza. Estaba vacío. Exhalé un suspiro de alivio y entré en el vestidor. Solo mi ropa seguía colgada allí. Jeremiah se había llevado su bolsa al salón.

Pensativa, pasé los dedos por la ropa colgada, debatiendo qué ponerme. No era una reunión, así que no hacía falta que me pusiera uno de mis trajes nuevos. Pero tampoco era una cita. Me repetí eso mismo mientras descolgaba el vestido ajustado negro. Era lo

suficientemente recatado como para servir para algo como lo de esta noche. Rebusqué en uno de los cajones y saqué un sujetador de encaje negro y un tanga a juego. Me puse ambos antes de deslizar el vestido por la cabeza.

Había tardado tanto en la ducha que no me quedaba mucho tiempo para nada más. Me peiné el pelo húmedo en un moño alto y desenfadado, dejando fuera unos mechones para enmarcarme la cara. Me puse un par de capas de rímel y un toque de brillo de labios rosa claro. Me rocié las muñecas y el cuello con perfume, el mismo aroma de vainilla que llevaba usando desde el instituto. Me estudié en el espejo y me encogí de hombros. Esto era lo mejor que iba a conseguir.

Cogí mi bolso de mano pequeño y me calcé mi nuevo par de sandalias negras de tiras antes de detenerme ante la puerta del dormitorio. Respiré hondo antes de abrirla y salir al salón. Jeremiah estaba sentado en el sofá, pero se levantó rápidamente en cuanto me vio. Llevaba un traje negro, de líneas limpias y entallado, y una camisa blanca. Tenía el pelo peinado hacia un lado con un tupé natural. Y sus ojos. Sus llamativos ojos azules recorrían cada centímetro de mi cuerpo.

El corazón me tronaba en el pecho mientras daba otro paso hacia él, deteniéndome a unos metros por miedo a acercarme demasiado. No dijo nada, pero sus ojos seguían recorriéndome. Despacio. Con avidez. Me llevé la mano a un mechón de pelo y lo enrosqué entre mis dedos, nerviosa.

—Estás muy guapo —dije, con la voz apenas por encima de un susurro.

Su nuez se movió antes de que hablara, con voz ronca.

—Estás preciosa.

—Cortesía tuya —dije con una pequeña sonrisa—. ¿Te gusta?

Di una vuelta, luciendo el vestido que mis amigas se habían empeñado tanto en que comprara. Me recordé que debía darles las gracias.

Cuando me giré para mirarlo de frente, sus ojos eran prácticamente voraces y tuve que apretar los muslos por el escalofrío que me recorrió.

—Me gustaría más en el suelo.

Me quedé boquiabierta, mientras me deshacía en un mar de puro deseo.

De necesidad.

—Pero soy un hombre paciente —dijo encogiéndose ligeramente de hombros mientras se ajustaba las solapas del traje. Se dirigió a la puerta y la abrió.

—¿Nos vamos? —preguntó señalando hacia el pasillo.

Me recompuse lo suficiente como para pasar por su lado y salir al pasillo. Me guio hasta los ascensores y lo observé con curiosidad mientras pulsaba el botón de un piso superior. Pronto las puertas se abrieron a una azotea con mesas salpicadas aquí y allá, adornadas con velas. El parpadeo de las llamas se perdía entre las luces de la ciudad al fondo. La hiedra crecía por el muro de la terraza. Era el restaurante más bonito en el que había estado jamás.

En cuanto nos sentamos, Jeremiah preguntó al camarero por la carta de vinos y cuál era la botella más cara del menú. Me miró como preguntándome si me parecía bien. Le respondí con un gesto

de asentimiento. Que yo no quisiera beber no significaba que él no pudiera. Pidió una botella de un cabernet de añada y yo pedí un ginger ale.

El aire de la noche se volvió fresco mientras disfrutábamos de nuestra cena: filetes con guarnición de puré de patatas, espárragos a la parrilla y panecillos calientes con mantequilla de hierbas en los que me habría acurrucado para echarme una siesta. Todo sabía a gloria. Hablamos sobre Nueva York y lo que nos gustaba de allí. Nuestras formas de vivir eran completamente distintas, algo que se había hecho aún más evidente hoy, pero de algún modo nos parecíamos más de lo que pensaba.

No sabía si era por la botella de vino, que ya estaba casi vacía, pero Jeremiah, que solía ser estoico y arrogante, me estaba mostrando una faceta nueva. Mientras daba un bocado al filete, lo observaba hablar con entusiasmo a la luz de las velas. Le brillaban los ojos e incluso se rió. Una risa real, genuina. Era como una melodía. No pude evitar sonreír. Quizá no era tan capullo como yo había creído.

Capítulo 20

JEREMIAH

Tomé otro trago largo de vino. Maldita sea. El camarero había tenido razón al sugerir el cabernet de cosecha, porque el ligero dulzor bajaba por mi garganta con facilidad. Quizá con demasiada facilidad. Miré la botella y vi que estaba casi vacía. Me sentí un poco avergonzado por un momento, sabiendo que estaba definitivamente borracho y que Sadie estaba sobria frente a mí, pero la pequeña sonrisa en sus labios me aseguró que no pasaba nada.

Ni siquiera sabía de qué estado paroteando durante los últimos minutos, pero la forma en que me miraba me hacía sentir escuchado. Sus ojos verdes tenían destellos dorados bajo la luz de las velas de la mesa, lo que hacía que pareciera que estaban bailando. Me quedé embelesado por ellos y por la forma en que sus largas pestañas se abrían y cerraban lentamente. No creía haber visto nada tan hermoso.

—¿Pedimos postre? —pregunté.

No esperé a que respondiera antes de hacerle una señal al camarero. Sadie simplemente soltó una risita y negó con la cabeza mientras daba un sorbo a su ginger ale.

—¿Desea algo más, Sr. Mason? —preguntó el camarero, apareciendo a mi lado en un instante.

—¿Qué postre me recomienda? —pregunté.

—Estoy indeciso entre la crème brûlée y el pastel de chocolate sin harina. Ambos son diferentes, pero muy exquisitos —dijo con confianza.

—Entonces tomaremos los dos.

Esbozó una sonrisa al ver que había aceptado su recomendación y que además añadía una nueva suma a la ya abultada cuenta, lo que significaba una propina mayor. De todos modos, siempre daba propinas generosas, y él había sido un camarero muy atento.

—¿Intentas cebarme? —preguntó Sadie, arqueando una ceja—. Entre el brunch de esta mañana y la cena de esta noche, puede que tengas que llevarme rodando hasta el ascensor.

Me reí a carcajadas.

—Me gusta que comas. —Me encogí de hombros—. La mayoría de las mujeres a las que invito a salir apenas tocan la comida.

—Bueno, menos mal que esto no es una cita, entonces.

La miré sorprendido. Sus palabras dolieron un poco más de lo que deberían. Tenía razón. Esto no era una cita. Eran negocios. Negocios en un restaurante muy romántico en una azotea con una mujer con la que ya había tenido intimidad y en la que no podía dejar de pensar.

Sadie me lanzó una mirada burlona y me di cuenta de que solo estaba siendo ella misma y sacando su lado sarcástico, una faceta que había aprendido a disfrutar de verdad. Fuera lo que fuese esto, parecía que ambos estábamos disfrutando de la velada.

El camarero trajo nuestro postre en una bandeja de plata, cada uno presentado de forma intrincada en platos blancos ornamentados. La crème brûlée tenía el color caramelo perfecto y estaba coronada con nata montada fresca y frambuesas. El pastel de chocolate sin harina era una torre de color marrón intenso cubierta de azúcar espolvoreado y un chorrito de puré de frambuesa.

—Son demasiado bonitos para comerlos —dijo Sadie—. Gracias.
—Que lo disfruten —dijo el camarero antes de retirarse.
La observé un momento mientras miraba los dos postres, como debatiendo cuál probar primero. Me encantaba lo mucho que se emocionaba por cada pequeña cosa y cómo daba las gracias a cada persona con la que se cruzaba hoy, desde las azafatas hasta el personal del hotel. Era un tipo de calidez genuina que no veía a menudo.
—Voy a por la crème brûlée —dijo, hundiendo la cuchara y tomando un bocado.
Observé cómo se le ponían los ojos en blanco y recordé cuando hice que le pasara lo mismo en mi despacho. Haría prácticamente cualquier cosa por tener esa oportunidad de nuevo.
—Tienes que probar esto. —Tenía la boca llena mientras señalaba el postre.
Cogí mi cuchara y probé. Tenía razón. Era perfectamente dulce con la cantidad justa de sal del caramelo quemado para equilibrarlo.
Se reclinó en su silla y me miró con curiosidad mientras yo tomaba otro bocado.
—¿Qué? —pregunté.
—Esta vida que llevas. Solo estoy probando una pequeña parte, entre la primera clase, este hotel y este precioso restaurante en la azotea. ¿Siempre te han gustado las cosas refinadas?
La miré pensativo antes de contemplar las luces de la ciudad que parecían estar lo suficientemente cerca como para tocarlas. De repente sentí algo que normalmente no sentía con nadie: vulnerabilidad. Estando aquí con Sadie, no había juicios, aparte de

su ingenio a veces sarcástico. Me sentía relajado con ella. La barrera que solía tener levantada se había ido agrietando poco a poco cuanto más tiempo pasaba con ella. Se sentía tan fresco como la brisa nocturna que soplaba suavemente a nuestro alrededor.

—No siempre —dije, sin dejar de mirar a lo lejos.

—Lo siento... no pretendía... —dijo con cautela.

Negué con la cabeza, volviéndome hacia ella. Le dediqué una sonrisa tranquilizadora. —No siempre he tenido dinero así.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, con sorpresa en la voz.

—Sí. No crecí con mucho.

—¿Cómo era tu familia? —preguntó, apoyando la barbilla en la mano mientras descansaba el codo en la mesa. Sus ojos eran cálidos, invitándome a pronunciar las palabras que apenas compartía con nadie. Quería hacerlo con ella.

—No estábamos muy unidos porque apenas nos veíamos. —Me encogí de hombros—. Mi padre pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el bar, haciendo apuestas y tirando nuestro dinero a la basura. Intentó ser alguien de todas las formas equivocadas. Pero el problema es que el dinero no hace al hombre. Es *cómo* lo ganas. Él simplemente no quería esforzarse.

—¿Y tu madre? —preguntó Sadie suavemente.

—Trabajaba en tres empleos tratando de llegar a fin de mes, todo mientras mi padre la desvalijaba. Era un círculo vicioso, pero nunca lo dejó. Siguió dejándose la piel para pagar las facturas y poner comida en la mesa. Sabía que ella pensaba que estaba siendo una buena madre, pero yo la necesitaba. ¿Sabes lo que quiero decir?

—¿Tuviste hermanos? ¿Un hermano? ¿Una hermana?

—No.
—Tuviste que pasar por todo eso solo... —dijo ella, con una voz apenas superior a un susurro mientras sus ojos se humedecían.
—Ah, no hagas eso. —Le hice un gesto para que no se preocupara —. Tenía algunos buenos amigos.
—Bueno, los amigos son tan buenos como la familia si eliges bien. — Un asomo de sonrisa tiró de su labio, como si intentara mostrarse valiente ante mi infancia solitaria.
Me reí entre dientes y di otro sorbo de vino.
—Ojalá hubiera elegido mejor. Mis amigos me arrastraron por el infierno antes de que recuperara el juicio y dejara todo eso atrás.
—¿Qué pasó?
—Ah, eso es una historia para otro momento.
Volví a mirar hacia la ciudad, esperando que no indagara más. Por mucho que estuviera disfrutando abriéndome, había algunas cosas de mi pasado que nunca tuve la intención de contarle. Lo que ocurrió hace tantos años cambió la trayectoria de mi vida para siempre.
—¿Estás bien? —preguntó Sadie con cautela.
Me volví hacia ella, sacudiendo la cabeza para alejar los pensamientos intrusivos de mi pasado. Quería estar en el presente con ella aquí y ahora.
—Sí. Lo siento. Estoy bien. —Mi voz me traicionó con su falta de confianza y un ligero balbuceo, por culpa del vino.
No se lo tragó. Le hizo una señal al camarero y le dijo que cargara la cuenta a nuestra habitación antes de levantarse de la silla. Dejé que mi mirada recorriera su cuerpo mientras daba un paso hacia mí. Ese

vestido estaba hecho para ella. Le daría varios cheques de bonificación más si comprara más iguales. Uno de cada color.

—Vayamos a la habitación. —Me tendió la mano y la tomé mientras me levantaba de la silla. Los pies se sentían inestables bajo mi peso, lo que me hizo tambalear.

—Vaya. ¿Estás bien? —preguntó ella, poniendo una mano en mi espalda y la otra en mi pecho. Un toque suave a la vez que firme.

—Recuérdame que no me beba una botella entera de vino la próxima vez.

—Cuenta con ello, jefe. —Se rió, y eso alivió la culpa que sentía por haber bebido tanto.

Subimos al ascensor y realizamos el corto trayecto hasta nuestra planta, con sus manos aún sobre mí. Debería haberme sentido avergonzado, pero también me consideraba afortunado de tener sus manos sobre mí. La única persona que me había visto así de borracho era Kevin. Pero Sadie no me hacía sentir mal por ello, incluso cuando tropecé con mis propios pies por el pasillo hasta nuestra habitación.

Fuera de nuestra habitación, me sostuvo contra la pared mientras sacaba la llave del bolso de mano.

—De verdad que estás guapísima esta noche —balbuceé.

Ella me miró y soltó una pequeña carcajada.

—Tranquilo, Romeo. ¿Estás seguro de que puedes ver bien?

—En realidad hay tres como tú. Es un sueño hecho realidad —bromeé, aunque no estaba muy lejos de lo que veía a través de mis ojos bañados en alcohol.

—Creo que necesitas tumbarte. —Puso los ojos en blanco con picardía.

Me tambaleé ligeramente. Probablemente tenía razón. Sostuvo la tarjeta de la puerta antes de estabilizarme pasando mi brazo alrededor de sus hombros. Apoyé la cara contra la parte superior de su cabeza mientras me guiaba a través de la puerta.

—Hueles bien —dije contra su pelo.

—Es el champú de lujo del hotel —dijo ella.

—Qué va. Es tu perfume. Eres como una galleta de azúcar caliente.

Se rió y me llevó a través del salón hacia el dormitorio.

—Siéntate —dijo, soltándome el brazo de sus hombros y guiándome hasta los pies de la cama. Me dejé caer en ella y me recosté contra el mullido edredón.

—O túmbate. —Se quedó de pie sobre mí y me examinó como si intentara evaluar qué hacer conmigo. Puse las manos detrás de la cabeza y sonreí con picardía.

—Jeremiah, no tienes remedio. Te lo digo yo.

Me reí a carcajadas antes de ponerme serio, con los ojos recorriendo las curvas de su vestidito negro hasta la nuca expuesta y los mechones de pelo sueltos que besaban su rostro perfecto.

—Y tú, Sadie, eres hermosa.

Ella contuvo el aliento y pareció que iba a decir algo, pero al final pareció pensárselo mejor. Apartó la mirada rápidamente mientras se arrodillaba a los pies de la cama y me quitaba los zapatos. Se levantó y a continuación me ayudó a quitarme la chaqueta antes de empujarme hacia atrás en la cama y taparme con las sábanas.

—Voy a traerte un poco de agua y algo de ibuprofeno para ayudar a prevenir la resaca que seguro tendrás por la mañana. Tienes que estar listo para su gran reunión.

Gruñí y hundí más la cabeza en la nube de almohada. Sadie regresó en un minuto con un vaso grande de agua y dos cápsulas de gel.

—Incorpórate —dijo.

—Vaya, ¿no eres un poco mandona? —Me apoyé sobre los codos.

—He aprendido del mejor. —Me entregó el agua y las dos pastillas antes de sentarse en el borde de la cama.

Me metí las pastillas en la boca y me bebí todo el vaso de agua antes de volver a tumbarme. Ella se estiró y me acarició el pelo suavemente antes de acunarme la mejilla con la suavidad de su palma. Acurrúqué la cara más contra ella y la miré agradecido.

—Duerme un poco, jefe.

Sonreí, pensando que eso sonaba muchísimo mejor que «jefe capullo».

Se levantó de la cama y caminó hacia el baño, dejando la puerta entornada. A través de ella, la vi lavarse la cara y soltarse el moño alto, dejando que el pelo le cayera en largas ondas. Se pasó los dedos por él mientras tarareaba una melodía tranquila para sí misma. Me quedé dormido con la música, pensando que era la mujer más hermosa del planeta.

Capítulo 21

SADIE

Tomaré dos cruasanes, dos hojaldres de queso y dos streusels de frambuesa —dije, entrecerrando los ojos mientras escudriñaba el menú de la pequeña cafetería del hotel—. Ah, y dos lattes, por favor.

Estaba hambrienta, a pesar de haberme dado un festín en la increíble cena de anoche. También supuse que unos pasteles ayudarían a prevenir la inevitable resaca de Jeremiah después de haberse terminado él solo una botella de vino carísima.

El camarero me indicó el total con un gesto de cabeza antes de que yo deslizara mi tarjeta de crédito sobre la suave superficie de madera del mostrador. Una vez hube pagado, me apoyé en la pared a esperar la comida. Pensé en la expresión de paz que tenía el rostro de Jeremiah cuando me quité las sábanas de encima con cuidado y me escabullí de la cama esta mañana. Me había resistido a dejarlo cuando su brazo fuerte descansaba suavemente sobre mí y su respiración acompasada era una canción relajante que podría haberme vuelto a dormir fácilmente.

Tenía toda la intención de irme a dormir al sofá del salón, pero mientras salía de la habitación de puntillas, le oí murmurar «quédate» en la oscuridad de la estancia fresca. Dudé solo un momento antes de deslizarme bajo las sábanas de seda y caer en un sueño profundo a su lado. Era la primera vez que dormíamos juntos. Dormir de verdad. Fue una de mis mejores noches de descanso.

—Sadie —llamó el camarero, deslizando una caja de pastelería de color azul claro por el mostrador, junto con un portavasos de cartón encima que contenía dos lattes humeantes.

—Gracias —dije mientras lo cogía todo, buscando con cuidado el equilibrio antes de dirigirme a los ascensores. Pulsé el botón con el codo antes de entrar. La música acústica que sonaba suavemente por los altavoces me hizo perderme en mis pensamientos. A pesar de ser un viaje de negocios, hasta ahora me había parecido algo distinto. La cena de anoche fue algo más que una comida compartida entre colegas. No se mencionó el trabajo en ningún momento.

Aun así, esta mañana me recordé a mí misma por qué estábamos aquí y me preparé para la reunión de hoy. Elegí la falda color crema y la chaqueta a juego con una impecable camisa blanca de botones y unos zapatos de salón de charol a juego. Al mirarme al espejo, daba el perfil de asistente personal de un multimillonario. Satisfecha, salí de la habitación, ansiosa por volver con Jeremiah y ver su reacción. Esperaba que pensara que su dinero estaba bien invertido.

Cuando abrí la puerta de la habitación del hotel, me recibió el sonido de la ducha abierta y un vapor de aroma dulce que flotaba desde la otra estancia. Jeremiah estaba despierto y desnudo a solo unos metros. Respiré el olor de su champú, las fragancias familiares de sándalo con un toque de madreselva. La combinación perfecta de dureza y suavidad hacia la que mi cuerpo gravitaba, queriendo entregarse a su abrazo. Prácticamente se me hizo la boca agua.

¿Por qué narices estaba tan excitada últimamente?

Entré en el dormitorio lleno de vapor, echando un vistazo a la puerta del baño que estaba ligeramente entornada. Me obligué a no mirar mientras caminaba hacia la gran cómoda y dejaba la caja de pasteles y el café. Oí el chirrido del mando al detenerse el flujo de agua, dejándome solo con el sonido de mi corazón, que empezaba a acelerarse. Me aclaré la garganta para anunciar mi regreso.

—¿Sadie? —llamó Jeremiah.

—Mmm. Soy yo.

Me giré al oír que la puerta del baño se abría de par en par y vi a Jeremiah salir con solo una toalla envuelta alrededor de la cintura. Tragué saliva con dificultad, contemplando las gotas de agua que besaban su piel bronceada mientras resbalaban hacia las partes más íntimas ocultas por el mullido tejido blanco que sujetaba contra sí. Mis ojos volvieron a encontrarse con los suyos, atentos y expectantes. Una lenta sonrisa se extendió por sus labios, haciendo que apretara los muslos con fuerza.

Madre mía.

Dio unos pasos hacia mí y yo apreté la espalda contra la cómoda, aferrándome a ella como si me preparara para lo que venía después. Esperaba que fuera él quitándose esa toalla y llevándome a la cama sin hacer que estaba a pocos pasos. En lugar de eso, alargó el brazo por encima de mí, rozándome con su piel húmeda mientras cogía un café del portavasos de cartón.

—Gracias por el café —dijo con una sonrisa, tomando un sorbo.

Solo nos separaba la distancia de un brazo, y el aire estaba cargado de vapor persistente y tensión. Mi mirada recorrió su marcada

mandíbula y observó su nuez subir y bajar mientras tragaba el café caliente.

Qué tío más bueno.

Sentía cómo la cómoda se me clavaba en la espalda al intentar poner más espacio entre los dos, aunque mi cuerpo suplicaba que se acercara. Él dio un paso atrás y sus ojos azules me recorrieron de arriba abajo. Ladeó la cabeza.

—Estás muy sexy —dijo.

—Gracias —respondí con la voz entrecortada mientras el calor me subía a las mejillas.

Dejó el café sobre la cómoda y abrió la caja de pasteles. Sus ojos debatieron cuál elegir antes de decidirse por un strudel de frambuesa. Lo sacó de la caja y le dio un gran mordisco, cerrando los ojos mientras saboreaba el dulzor de la masa hojaldrada en su lengua.

—Mmm —dijo, y la vibración del sonido me recorrió la columna vertebral.

Lanzó el pastel de vuelta a la caja y se dirigió hacia el armario, dejándome intentando recuperar el aliento mientras despegaba los dedos del borde de la cómoda. Los pasos que ponía entre nosotros me sentaron como golpes directos al estómago, mientras mi cuerpo le pedía que volviera en una súplica silenciosa. Abrió las puertas del armario y se quedó allí, examinando sus opciones para el día.

Tras tomar una decisión, dejó caer la toalla. El tejido golpeó el suelo, y su sonido sordo resonó en mis oídos mientras el calor se retorcía en mi interior. Apenas podía respirar ahora, con la garganta cerrada por el deseo y una impaciente humedad formándose entre mis

piernas. Se puso unos calzoncillos negros que se ajustaban a su trasero y a sus hermosos atributos antes de ponerse unos pantalones gris claro.

—Este es el puesto de asistente más extraño que he tenido nunca... —murmuré, más para mí misma que para él.

Se volvió hacia mí mientras subía la cremallera de sus pantalones y abrochaba el corchete.

—Hablando de asistencia. Ven aquí —dijo, mientras se pasaba una camisa por sus musculosos brazos.

Di unos pasos lentos hacia él, saboreando aún la visión de su cuerpo desnudo que había exhibido descaradamente ante mí. Con sus manos a los costados y la camisa abierta, revelando su pecho suave y bronceado, alcancé las solapas de la prenda. Mis dedos temblaban mientras abrochaban los botones de la suave tela blanca. Cuando hube abrochado el último, levanté la mirada y vi que sus ojos estaban tormentosos, con la lujuria chispeando como un relámpago en el azul profundo. Aparté la vista rápidamente, por miedo a que nunca saliéramos de esta habitación porque me comería viva.

Quizá debería dejar que lo hiciera.

—Bien, Sr. Mason, ha presentado un caso bastante convincente —dijo el anciano caballero sentado al otro lado de la gran mesa de cristal.

Las paredes del despacho de Vincent James estaban cubiertas de discos enmarcados y estanterías con gramófonos dorados. Símbolos brillantes de su éxito. Era difícil no perderse en todos los nombres de músicos galardonados que había escuchado desde pequeña. Aparté la vista de la pared y miré a Jeremiah, que permanecía sentado

impasible. El Sr. James tamborileó pensativo con los dedos sobre la superficie brillante. Tragué saliva con nerviosismo, preguntándome qué estaría pensando. Sabía que había mucho en juego en esta reunión. Era difícil leer los ojos color avellana de aquel hombre.

Jeremiah se mantuvo en silencio, dejando que el hombre llegara a su propia conclusión. Su confianza era inspiradora, más aún que la gélida cara de póker que mantenía mientras este acuerdo multimillonario pendía de un hilo.

Contuve la respiración mientras veía a James tender la mano, señal muda de que aceptaba la oferta. Jeremiah le estrechó la mano con firmeza.

—No se arrepentirá de esto, Sr. James —dijo Jeremiah sin que ni un ápice de entusiasmo asomara en su voz.

—Le tomaré la palabra, Sr. Mason —dijo el Sr. James con un guiño antes de dirigirse a mí—. Ha sido un placer conocerla, Srta. Lane.

Le dediqué una cálida sonrisa antes de ponerme en pie junto a Jeremiah.

—Haré que mi oficina redacte los documentos para finales de semana y que su abogado los revise —dijo, alisándose las solapas grises de su traje—. Ha sido un placer, Sr. James.

Nos acompañaron fuera del despacho y luego caminamos en silencio hacia los ascensores. Sentía un baile triunfal saltando en mi interior, pero Jeremiah aún no mostraba sus cartas. No fue hasta que se cerraron las puertas del ascensor y nos quedamos a solas que un asomo de sonrisa se extendió por sus labios. Mis ojos se posaron en su boca por un momento.

—Enhorabuena, Sr. Mason —le di un toque suave con el codo, animándole a celebrar aunque fuera un poco.

Soltó una risita para sus adentros, una pequeña señal de que estaba disfrutando de su triunfo.

Ya en la acera, la humedad de Texas nos envolvió mientras esperábamos a que llegara nuestro coche. Pasó menos de un minuto antes de que el elegante coche de lujo negro se detuviera junto al bordillo. Jeremiah no esperó a que el conductor diera la vuelta antes de adelantarse y abrir la puerta. Me hizo un gesto para que entrara.

Me deslicé frente a él hacia el aire fresco del aire acondicionado, y él me siguió de cerca. El coche se incorporó lentamente al tráfico de la ciudad. Jeremiah miraba por la ventana pensativo. Me pregunté en qué estaría pensando. Me preguntaba por qué no estaba celebrándolo más. Quizá para un director ejecutivo multimillonario esto no era más que otro día cualquiera.

Como si sintiera mis ojos sobre él, se volvió hacia mí y me preguntó: ¿Qué pasó anoche?

Eché la cabeza ligeramente hacia atrás. —¿A qué te refieres? —pregunté confundida.

—¿Pasó algo...? —señaló entre los dos.

Parpadeé un par de veces.

¿No se acordaba?

—No pasó nada.

No parecía muy convencido.

—Te fuiste a dormir —le aseguré.

Me dedicó un asentimiento solemne antes de volver a mirar por la ventana.

—Vaya, pues es una pena —dijo.

Sentí el calor recorriéndome las venas mientras mi cuerpo le daba la razón. Este hombre iba a deshacerme por completo hasta que no quedara nada que me mantuviera entera.

Fuimos en silencio hasta el hotel. Mi mente bullía con pensamientos sobre lo que podría haber pasado anoche. Un grito silencioso de anhelo resonó en mi interior, sabiendo que solo nos quedaba una noche más aquí juntos.

El coche se detuvo ante la entrada principal del hotel. Mientras el conductor rodeaba el vehículo para abrir la puerta, Jeremiah se volvió hacia mí y me dijo: —Puedes quedarte con el coche el resto del día.

Me sentí herida por la ausencia de un «nosotros» en esa frase. Le miré, intentando luchar contra el dolor que amenazaba con reflejarse en mi rostro. La puerta del coche se abrió, llenando el espacio con la luz de la tarde mientras Jeremiah salía. Me quedé en el asiento trasero, observando cómo se bajaba a la acera y suplicándole en silencio que volviera a entrar.

Se giró y apoyó el brazo en el techo del coche. —Nuestro vuelo es mañana a las diez de la mañana. Puedes hacer lo que te plazca hasta entonces.

—Vale... —dije con vacilación—. Supongo que iré a explorar. Quizá haga algunas compras.

Me dedicó un gesto de cabeza antes de dar un par de golpecitos en el techo del coche y dirigirse hacia la entrada del hotel. Su súbita ausencia me embargó, haciendo que se me encogiera el corazón en el pecho.

—Jeremiah... —le llamé de repente.

Se dio la vuelta y me miró, arqueando una ceja con curiosidad.

—¿Te gustaría venir conmigo? —pregunté, con una sonrisa esperanzada asomando en la comisura de mis labios.

Capítulo 22

JEREMIAH

No sabía qué me había impulsado a aceptar la invitación de Sadie. Quizá fuera el hecho de que no tenía nada mejor que hacer. Acababa de cerrar un trato con uno de mis mayores clientes hasta la fecha. El objetivo de venir a Dallas era pescar la caballa y, vaya si había atrapado al pez gordo. Estaba ansioso por volver a casa y poner en marcha el acuerdo, por presumir de mi captura ante la oficina y la prensa. Sin embargo, una parte de mí quería quedarse aquí con Sadie.

Porque, aparte de que la reunión de esta mañana había ido de maravilla, era el único asunto de negocios que habíamos atendido desde que llegamos a Dallas ayer. Es como si hubiéramos estado de vacaciones, entre la cena de anoche en la azotea y el pequeño espectáculo que le di justo delante del armario esta mañana. Era muy consciente de que sus ojos recorrían cada centímetro de mí, de que un hambre trémula crecía en su interior. La habría tomado allí mismo, pero teníamos la reunión.

Y todavía me preguntaba si había pasado algo anoche. Era una pregunta embarazozas de hacer ahora mismo, pensando que debería recordar perfectamente la sensación de poseerla de todas las formas posibles. Me desperté con su aroma en las sábanas, vainilla cálida y algo más que me había dado cuenta de que era su propia esencia, pero la cama estaba vacía. Me dejó con muchísimas preguntas.

Preguntas que era un idiota por plantearme, lo que hizo que me arrepintiera de haberme bebido una botella de vino yo solo.

Quizá parte de mi decisión de volver a subirme a ese coche fuera para compensárselo. Recordaba que me había hablado de su gilipollas de exnovio, del que estaba ridículamente celoso sin saber mucho de él, aparte de que era un bebedor. Y yo cogí esa información, me la guardé, y aun así seguí bebiendo hasta perder el sentido.

Soy un imbécil.

Mientras buscaba en su mirada y veía un raro destello de esperanza en ella mientras me miraba desde el coche, cada molécula de mi cuerpo gritaba «sí» a su sencilla invitación. Le hice un gesto con la cabeza y caminé de vuelta al coche, deslizándome en mi asiento aún caliente mientras el conductor cerraba la puerta tras de mí.

Sadie reprimió una sonrisa antes de preguntar: —La verdad es que no sé a dónde ir…—.

—Yo tampoco —me encogí de hombros—. Pero ya encontraremos el camino—.

Me incliné hacia delante y le dije al conductor que nos llevara al mejor centro comercial de la ciudad. Él asintió, conociendo el camino, y se alejó de la acera. Hablamos un poco de la reunión con el señor James, y Sadie habló emocionada de los discos de oro y reconocimientos que colgaban de sus paredes. Su entusiasmo hacía que el trato fuera mucho más dulce.

Pronto llegamos a la Galleria Dallas. La gran entrada de cristal se cernía sobre nosotros mientras caminábamos por el sendero de piedra rodeado de toldos blancos y negros de los restaurantes. Sadie

miró hacia el arco de cristal que teníamos encima, con la luz del sol filtrándose y calentando nuestra piel. Estaba realmente impresionante hoy. El traje color crema que llevaba le sentaba a la perfección, y me di una palmadita interna en la espalda por haberla enviado de compras antes de este viaje.

—¿A dónde primero? —pregunté, mientras entrábamos en el pasillo principal del centro comercial, con tiendas rodeándonos a ambos lados, por encima y por debajo de nosotros.

—Ni siquiera lo sé —dio una vuelta lenta sobre sí misma antes de volver a mirarme—. Supongo que ahora que tengo mi vestuario de trabajo, me vendría bien algo de ropa que no sea para trabajar—.

—¿Como más zapatillas de deporte? —pregunté arqueando una ceja, recordando las zapatillas blancas inmaculadas con las que entró ayer en el aeropuerto.

—No —dijo con sarcasmo—. Como algunos vestidos o algo así—.

Conocía el lugar ideal. Señalé un mapa cercano del centro comercial y lo eché un vistazo, buscando la tienda en particular a la que había llevado sin pudor a algunos de mis anteriores ligues en Nueva York. La localicé en el mapa y empecé a caminar en esa dirección, haciendo un gesto a Sadie para que me siguiera.

Entramos en la tienda bien iluminada, con una lámpara de araña de cristal colgando del techo que proyectaba prismas de arco iris por los suelos de mármol blanco. Inmediatamente nos saludó una dependienta que, a juzgar por cómo nos miraba, nos vio como una oportunidad para un día de gran comisión.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó, con la voz rebosante de dulzura.

—Mi asistenta busca unos vestidos. No para el trabajo. Más bien para el tiempo libre —dije.

La dependienta se limitó a asentir y nos condujo al perchero más cercano, evaluando a Sadie, sugiriéndole qué le quedaría mejor con su piel clara y su pelo pelirrojo. Me quedé atrás viéndolas hablar, mientras los dedos de la dependienta recorrían las perchas, sacando varios vestidos de diferentes brillos y colores. Pronto tuvo los brazos llenos y nos condujo a los probadores. Nos instaló en la habitación más grande, al fondo del todo, colgando los vestidos con esmero en las barras. No pude evitar mirar alrededor de la habitación y pensar en cada lugar donde podría poseer a Sadie. Estaba deseando que la dependienta se marchara.

—Nosotros nos encargamos a partir de aquí —dije, cogiendo el último montón de sus brazos.

Pareció desconcertada, pero se limitó a darme un escueto asentimiento antes de salir de la sala, cerrando tras de sí las cortinas de terciopelo crema. Sadie me miró con curiosidad, cruzándose de brazos.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Vas a dejar que me cambie o te vas a quedar ahí parado?—.

—Ah —dije, dándome cuenta de que me estaba pidiendo que saliera —. Cierto—.

Salí de la habitación, sin dejar que la derrota se notara en mi cara, y me senté en un sillón cercano. Oí el chocar de las perchas y el frufrú de la tela. Al poco rato, Sadie salió con un vestido de seda verde bosque que le caía por los hombros.

—Este es el ganador —dije sin dudarlo mucho.

—¿Tú crees? —preguntó, dando una vuelta y mirándose al espejo.
Mis ojos cayeron inmediatamente en su culo. —Nos lo llevamos —dije con firmeza.
Ella se rió antes de volver al probador; la siguiente vez salió con un vestido rojo de palabra de honor y largo hasta el suelo. Otro para la saca. Con cada vestido con el que aparecía, mi deseo por ella crecía, al igual que su confianza. Podía verlo en sus ojos cuando me preguntaba si me gustaba cada uno. Mi respuesta era siempre un rotundo «sí».
Sadie salió con un vestido de seda color champán que colgaba de unos tirantes finísimos sobre sus hombros. El color era tan parecido al de su piel, y la fina tela se le ceñía tanto, que parecía casi desnuda. No podía soportar no poder tocarla. Me levanté y caminé hacia ella, tendiéndole la mano. Ella la miró inquisitivamente antes de poner la suya sobre la mía. Le di una vuelta y ella soltó una pequeña risita.
Cuando volvió a estar frente a mí, la atraje un poco más, con una mano recorriendo la cremallera de la espalda del vestido.
—Mmm —dije pensativo.
—¿Qué? —preguntó ella.
—No estoy seguro de si esto es estructuralmente sólido. —Mis dedos tiraron de la cremallera con facilidad, bajándola lentamente, muy lentamente por su espalda—. Demasiado fácil de quitar—.
Pude sentir cómo su cuerpo temblaba ante mi tacto.
—*Definitivamente* nos lo llevamos. —Sonreí—. Y deberías llevártelo puesto al salir de aquí—.

Ella negó con la cabeza y me apartó jugueteando antes de volver al probador. Salió de él, todavía con el vestido ligero, llevando solo otros dos vestidos al mostrador.

—Solo esto, por favor —dijo Sadie, colocando los vestidos frente a la dependienta.

—Por supuesto. —La dependienta asintió, empezando a escanear cada etiqueta.

Sadie puso su tarjeta de crédito en el mostrador. Solté una carcajada y se la devolví, poniendo la mía sobre el mármol.

—No vas a volver a comprarme ropa—.

—Sí, lo voy a hacer. De hecho, señorita —me dirigí a la dependienta —, por favor, traiga *todos* los vestidos del probador. Nos los llevamos todos—.

A la dependienta se le iluminaron los ojos y se fue rápidamente a por los vestidos.

—Jeremiah… —dijo Sadie tajante.

—Discute todo lo que quieras, pero esta batalla no la vas a ganar—.

Ella puso los ojos en blanco y volvió a dejar su tarjeta en el mostrador.

La cogí rápidamente y me la guardé en el bolsillo. —Luego te la devuelvo—.

—Eres insufrible—.

—Lo sé —le dediqué una sonrisa de oreja a oreja.

Una vez de vuelta en el coche, con el maletero lleno de bolsas, el silencio se instaló entre nosotros, cargado con un hilo de tensión que rebotaba lentamente en los escasos palmos que nos separaban. Tensión de palabras no dichas. Piel dejada sin tocar.

Me aclaré la garganta, captando su atención. La curiosidad nadaba en las profundidades de sus ojos verdes.

—Quería pedirte perdón —dije en voz baja.

—¿Por secuestrar mi tarjeta de crédito? —preguntó ella.

—No —dije con suavidad—. Por lo de anoche. Por pensar que podía terminarme una botella entera de vino y de algún modo tener una memoria que funcionara—.

Ella soltó una carcajada entrecortada.

—¿Tan mal estuve? —pregunté.

—Para nada—.

—Pero después de todo lo que me contaste de tu ex…—.

—Tú no eres él. Ni te acercas —dijo para tranquilizarme—. De hecho, fue hasta divertido…—.

—¿Qué fue divertido?—.

—Verte de esa manera—.

—¿De qué manera? —Arqué una ceja inquisitiva.

—Vulnerable —se encogió de hombros, buscando mis ojos.

Dejé que esa palabra calara en mí, sin llegar a enfadarme por ella. Tampoco es que me alegrara. No era un lado de mí que me gustara mostrar a la gente, pero Sadie no era *cualquier* persona. Dejé que ese pensamiento me invadiera mientras la miraba; tenía una pequeña sonrisa en sus labios perfectos. Una sonrisa que se sentía como un abrazo. Me permití sentir su calidez solo por un instante.

—Sabes… —comencé, apartando la vista de su sonrisa perfecta para recorrer su cuerpo, que resultaba delicioso en ese vestido. Me incliné un poco más hacia ella.

No se alejó, pero sentí que su cuerpo se tensaba y se le cortaba la respiración.

—Podrías haberme aprovechado de mí fácilmente anoche —le susurré.

Cerró los ojos ante mis palabras silenciosas que sonaban contra las partes más delicadas de su oído. —Sé que dormiste en la cama conmigo—.

Ella abrió los ojos y los clavó en mí. —Tú me lo pediste—.

—¿Qué te pedí? —pregunté, con mi cara a centímetros de la suya.

—Que me quedara —susurró, y sus ojos bajaron a mis labios, donde permanecieron hasta que los presioné contra los suyos con suavidad.

Sentí cómo la tensión abandonaba su cuerpo mientras ella se hundía en el asiento, ladeando la cabeza solo un poco para dar a mi boca un mejor acceso a la suya. Pasé mi lengua por sus labios, entreabriéndolos ligeramente para poder deslizarme dentro y encontrarme con su compañera que me esperaba. Me puse duro al saborearla, necesitando ansiosamente más. Me giré y presioné mi cuerpo contra el suyo, masajeando mi lengua con la suya. Soltó un gemido silencioso mientras sus manos subían por mi espalda hasta la parte posterior de mi cabeza. Sus dedos se movían con desesperación, siguiendo el ritmo de su boca entrelazada con la mía.

Como si recordara que no estábamos solos, se apartó rápidamente y miró hacia el conductor, que mantenía los ojos en la carretera como si le fuera la vida en ello.

—¿Por qué no le damos un pequeño espectáculo? —pregunté, con una sonrisa pícara en los labios mientras pasaba las yemas de los

dedos por el escote bajo de su vestido.

—Jeremiah… —susurró ella con fuerza, dándome un empujón juguetón.

Me reí a carcajadas. Ella se limitó a negar con la cabeza, pero una sonrisa se dibujó en sus labios. Una sonrisa que me hizo saber que aún no habíamos terminado. Me incliné y le mordisqueé el labio inferior, haciéndola jadear. De nuevo, me acerqué y le susurré: —Yo puedo no hacer ruido, si tú puedes—.

Era un desafío. Uno que esperaba que aceptara porque no aguantaba estar en este coche otros veinte minutos sin tocarla cuando estaba tan guapa. Se apartó de mi susurro y echó un vistazo al conductor una vez más antes de que sus ojos encontraran los míos. Colocó su mano peligrosamente cerca del bulto creciente en mis pantalones, antes de buscar mi boca con la suya. Desafío aceptado.

Capítulo 23

SADIE

Mi espalda se arqueó en el beso en el que Jeremiah y yo nos habíamos perdido. Mis manos recorrían la entrepierna de su pantalón mientras las suyas exploraban la parte baja de mi espalda; la fina tela no impedía que sintiera cada uno de sus callos. De algún modo me olvidé del chófer, que ignoraba obedientemente nuestra exhibición de pasión en el asiento trasero, y me abandoné al anhelo que sentía desde la cena de anoche en la azotea. Me abandoné a sus sinceras palabras mientras se disculpaba por haberme recordado, posiblemente, mi relación pasada, como si él pudiera compararse en algo.

Nunca me había perdido de esta manera. Jamás había sentido ese ardor lento que se me filtraba en la piel ante el roce de una mano, ni la desesperación de necesitar un beso más profundo cuando nuestras lenguas ya estaban tan entrelazadas. Resultaba cómico pensar que Jeremiah pudiera creer que estaba en la misma órbita que alguien de quien apenas recordaba el nombre, mientras sus manos rozaban ahora mis pechos. Solté un gemido de placer silencioso, que solo reprimí cuando el coche se detuvo lentamente.

Jeremiah interrumpió el beso, separando su cuerpo del mío mientras yo me enderezaba rápidamente en el asiento. El chófer salió del coche y, por suerte, se dirigió al maletero mientras intentábamos recomponernos lo mejor posible. Gracias a Dios que Jeremiah se había empeñado en comprar todos esos vestidos. Eso significaba

que había más bolsas que descargar y nos concedía más tiempo. Me subí con cuidado los tirantes del vestido, que se me habían caído por los brazos, mientras Jeremiah intentaba ajustarse los pantalones, con la incomodidad claramente marcada en el rostro. Reprimí una risita, lo que me valió una mirada penetrante de sus turbios ojos azules.

—Esto no ha terminado —susurró con voz ronca.

Tragué saliva y el corazón me dio varios vuelcos al pensar en lo que me esperaba.

La puerta del coche se abrió en ese momento y Jeremiah salió, dejándome recuperar el aliento.

—Por favor, lleve estas bolsas a la recepción para que las suban en unas horas —dijo al chófer, y le entregó varios billetes de cien dólares, como si con ellos compensara el espectáculo que habíamos dado.

El chófer asintió con complicidad, cogió las bolsas por las asas y las llevó al interior. Jeremiah se volvió hacia mí y me tendió la mano. Puse la mía sobre la suya con suavidad y la electricidad que vibraba entre nosotros hacía apenas unos momentos regresó con ese simple contacto. Mis ojos se encontraron con los suyos al salir del coche, olvidando que prácticamente vestía lencería en mitad de la concurrida entrada de un hotel, y solo vi que su mirada ya estaba despejada. Un azul penetrante fijado intensamente en mí. Solo en mí.

Me atrajo a su lado, con una mano sujetando la mía mientras la otra rodeaba mi espalda, posándose justo por encima de mi cadera. Caminaba con urgencia y yo hacía lo posible por seguirle el ritmo,

sintiendo el calor de su mano quemándome la piel. Pulsó rápidamente el botón del ascensor, dándole una y otra vez como si eso fuera a hacer que llegara antes. Sentía su impaciencia. Podía sentir la mía propia entre las piernas.

Finalmente, las puertas se abrieron con un tintineo y me hizo entrar en el ascensor vacío. Apenas había pulsado el botón de nuestra planta cuando se abalanzó sobre mí. Mi espalda se pegó contra la pared de espejo que tenía detrás y sus manos eran una fuerza que de algún modo estaba en un millón de lugares a la vez, pero fue su boca la que captó toda mi atención. Me besó a lo largo de la clavícula, deslizando la lengua, hasta que sus labios encontraron la línea de mi mandíbula. Eché la cabeza hacia atrás mientras su boca exploraba. Saboreaba.

Sentí su erección contra mí. Si tan solo pudiera elevar un poco las caderas, sería capaz de sentirlo contra la parte de mí que lo reclamaba desesperadamente. Antes de que pudiera hacerlo, las puertas del ascensor se abrieron. Jeremiah gruñó mientras se apartaba a regañadientes. Respiraba de forma agitada, con el pecho subiendo y bajando. Nuestra habitación estaba a solo unas puertas de distancia, pero en ese momento parecía estar al otro lado del país. Puse la mano suavemente sobre su pecho, recorriéndolo con los dedos hasta encontrar la dureza que me hizo contener el aliento. Sus ojos se volvieron fuego líquido.

En un solo movimiento, sus manos estuvieron en mis caderas, levantándome hasta que mis piernas se envolvieron alrededor de él. Salió del ascensor de espaldas, con las manos explorando mi trasero desnudo bajo el vestido mientras recorría el pasillo. Me acerqué y le

mordisqueé el lóbulo de la oreja antes de bajar los labios por su cuello.

Justo delante de nuestra puerta, estampó mi espalda contra la pared. Su mano se adentró más bajo mi vestido, con los dedos recorriendo la humedad de mi tanga de encaje.

—Dios, Sadie —susurró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Me presioné contra su mano, hambrienta de más mientras me frotaba contra ella. Eché la cabeza hacia atrás contra el papel pintado de rayas, sintiendo su pulgar rozándome en lentos movimientos circulares.

—Lévame dentro —dije desesperada.

Aún sujetándome contra la pared, con mis piernas rodeándolo, sacó la cartera y buscó la tarjeta de la habitación. La presionó contra el teclado y el clic de la cerradura fue música para mis oídos. Abrió la puerta de par en par y me llevó al interior.

Pasó por el salón y entró rápidamente en el dormitorio, prácticamente lanzándome sobre la cama recién hecha que las camareras de piso debían de haber arreglado mientras estábamos fuera. Me deslicé sobre esa nube de cama hasta que mi espalda tocó el cabecero, todo mientras los ojos de Jeremiah seguían cada uno de mis movimientos. Abrí ligeramente las piernas, revelando el tanga de encaje rosa claro que acababa de tocar con sus dedos. Bajó la mirada. Se oscureció, como la de un león que ha localizado a su presa. La humedad se acumuló entre mis piernas.

Observé cómo se quitaba la chaqueta; el tejido gris impecable resbaló hasta el suelo. Se aflojó la corbata, tirando de ella hasta que el nudo cedió. Desabrochó cada botón de su camisa antes de

quitársela. Era como una danza lenta de la que no podía apartar la vista, mientras sus ojos permanecían fijos entre mis piernas. Gateó lentamente hacia mí sobre la cama.

—Se te olvida el resto —dije, mirando hacia sus pantalones grises que se tensaban por su erección.

—Paciencia —dijo él.

Me agarró las caderas de repente y tiró de mí hacia él; mi espalda y mi cabeza se deslizaron por el cabecero hasta encontrar la mullida almohada. Sus manos apartaron la seda de mi vestido hasta que quedó amontonado sobre mi abdomen. Me cogió de las rodillas y me las separó aún más, acercando sus labios al encaje rosa. Su aliento estaba cálido contra mí, haciéndome temblar.

Introdujo un dedo bajo la tela, apartándola a un lado antes de hundir su lengua directamente en mi centro, recorriéndolo hacia arriba. Solté un gemido mientras me aferraba a las sábanas, intentando mantener el cuerpo quieto mientras trabajaba con su lengua hacia abajo y hacia arriba. Apenas podía soportarlo, y aun así, de alguna manera, necesitaba más. Presioné mis caderas hacia abajo para poder sentirlo aún más. Lo oí reír entre dientes, enviando una vibración a través de mí.

—Qué chica más avariciosa —susurró mientras se apartaba un instante antes de volver a hundir su lengua en mí. Me retorcí contra su boca, sintiendo cada deliciosa caricia de su lengua. Sus manos agarraron la carne de mi trasero, atrayéndome más hacia su boca hambrienta. Podía sentir las olas creciendo en mi interior, amenazando con romper en cualquier momento. Como si lo presintiera, Jeremiah extendió la mano, presionó su pulgar contra mi

clítoris y empezó a rodearlo. Giré la cabeza, enterrándola en la almohada, y solté un grito de placer. Aumentó la presión, acelerando el ritmo. Solté otro grito al correrme contra su lengua. Él gruñó ante mi sabor, mientras el trueno me recorría, formando otra ola a punto de estallar.

Me dio un beso suave antes de levantar la cabeza y mirarme. Se llevó el pulgar a la boca y se lo pasó por el labio inferior. Ver aquello estuvo a punto de hacerme perder el control.

Empezó a subir por mi cuerpo a base de besos mientras trepaba lentamente sobre mí. Envolvió mi espalda con sus manos fuertes y me incorporó para que me sentara. Cara a cara conmigo, sus manos encontraron el montón de tela y me quitó el vestido por la cabeza.

—Es un vestido increíble —dijo, viéndolo caer al suelo.

Se quedó arrodillado ante mí, con los ojos recorriendo mis pechos turgentes. Mis pezones se erizaron bajo su mirada, suplicando que los tocara. Pero no lo hizo. Se limitó a quedarse allí arrodillado, escudriñando cada centímetro de mí. Era una tortura. Intenté alcanzarlo, pero se apartó negando con la cabeza.

—Todavía no —dijo.

Todo mi cuerpo sentía que gritaba por él. Suplicaba por él.

Se inclinó hacia delante, con su mano recorriendo mi abdomen hasta rodear mi pecho izquierdo. Mi espalda se arqueó cuando tomó mi pezón entre sus dedos, pellizcándolo ligeramente. Solté un suave gemido mientras veía cómo me observaba. Sin apartar los ojos de los míos, se llevó mi pecho derecho a la boca. Su lengua jugueteó antes de empezar a succionar la carne turgente. Eché la cabeza

hacia atrás mientras devoraba cada pecho, alternando entre la boca y las manos.

—Por favor —dije con voz pastosa, incapaz de aguantar más.

Apartó la boca de mi pezón con una lentitud tortuosa. —¿Por favor qué? —preguntó.

Bajé la cabeza y lo miré suplicante.

—Por favor, fóllame —susurré, tomando su cara entre mis manos para que su rostro estuviera a escasos centímetros del mío.

—Nunca pensé que oiría esas palabras de tu boca —dijo—. Tan vulgares. Tan exigentes.

Yo nunca pensé que las diría.

Deslizó su pulgar por mis labios mientras comentaba mi súplica. Abrí los labios y metí su pulgar en mi boca, moviéndola lentamente a su alrededor hasta que lo solté. Sus ojos se agrandaron ligeramente. Se apartó, arrodillándose ante mí y manipulando el cierre de sus pantalones. Mientras lo hacía, me quité rápidamente el tanga, impaciente por lo que vendría después. Se bajó los pantalones por las caderas y su erección brotó ante mí. Cada glorioso centímetro.

Se quitó los pantalones por los tobillos hasta que cayeron en un montón junto a mi vestido en el suelo. Se acercó a mí a gatas. Mis ojos permanecieron fijos en su miembro, hambrientos de él. Abrí las piernas, con las rodillas apuntando hacia la lámpara de araña del techo.

Jeremiah se cernió sobre mí, con el pelo cayéndole sobre la frente mientras yo deslizaba mis dedos por sus bíceps. Era el hombre más hermoso que había visto jamás.

Bajó una mano y situó su punta ya húmeda contra mi entrada lubricada.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó, empujándome levemente.

Solté un gemido al estremecerme ante su contacto.

—Dilo otra vez.

Tragué saliva antes de encontrarme con sus ojos azules.

—Dilo —repitió, haciendo girar la punta redondeada de su polla alrededor de mi entrada.

—Fóllame —dije con voz ronca.

Y de un solo movimiento, se deslizó dentro de mí con facilidad, llenando cada centímetro desesperado de mi ser. Los ojos se me pusieron en blanco mientras mis manos recorrían su espalda, agarrando con fuerza su piel dorada. Elevé ligeramente las caderas, necesitando más, y él me lo dio al retirarse para embestir más profundamente.

A medida que me llenaba más y más, nuestras respiraciones se volvieron superficiales, sincronizándose. Nuestras miradas nunca se apartaron la una de la otra. Jamás había experimentado algo tan íntimo. Tan crudo. Tan malditamente bueno.

Arruinaría a cualquier hombre que viniera después de él. Sería mi perdición. Y, sin embargo, no quería que esta gloria terminara nunca.

Capítulo 24

JEREMIAH

El coche oficial negro se detuvo frente a mi edificio de apartamentos. *Nuestro* edificio de apartamentos. Sadie estaba sentada a mi lado, de nuevo con sus mallas y una sudadera ancha. Ropa de viaje, como ella la llamaba. Nada que ver con el vestido que le había quitado apenas la noche anterior. La distancia que nos separaba ahora en el coche también distaba mucho de cómo se habían entrelazado nuestros cuerpos anoche, moviéndose a un ritmo que nos hizo ver las estrellas a ambos.

Tras regresar ayer del centro comercial, no salimos de la cama del hotel, salvo para abrir la puerta al servicio de habitaciones que pedimos. Hambrientos de tanto follar y necesitando energía para seguir haciéndolo, devoramos hamburguesas con queso y patatas fritas con dos ginger ales con hielo. Ni siquiera quise mirar la carta de bebidas. No después de la noche anterior.

—Hogar, dulce hogar —murmuró ella, alzando la vista hacia el gran edificio de cristal que se alzaba sobre nosotros. El cristal reflejaba el sol de última hora de la tarde, proyectándolo contra los otros edificios circundantes y dejándolos en evidencia.

Mi chófer abrió la puerta trasera y ayudó a Sadie a salir del coche, mientras yo salía por la otra puerta lateral. Caminamos hacia el maletero, donde el chófer empezó a sacar nuestras maletas. Sadie permaneció en silencio, balanceándose sobre los talones. Un hábito nervioso que había llegado a conocer de ella, junto con el de

morderse el labio. Yo era más partidario de lo segundo. Y aún más de mordérselo yo mismo.

Mientras mi chófer nos entregaba las maletas a cada uno, le di las gracias antes de aclararme la garganta para llenar el silencio que se había formado entre nosotros.

—¿Necesitas ayuda con eso? —Asentí hacia la maleta grande, cuyo asa sujetaba ella con fuerza. En el aeropuerto, insistí en comprarle una maleta nueva, ya que su bolsa de lona de nailon estaba llena hasta los topes con su nueva colección de vestidos. Había estado ridícula, esforzándose por cargar con ella por el aeropuerto y rechazando mi ayuda. Cabezota como era, me sorprendió que incluso me hubiera dejado comprarle la maleta de rayas color crema que ahora tenía a su lado.

—No. La tengo controlada.

Faltaría más. Me contuve de poner los ojos en blanco mientras ella inclinaba la maleta sobre sus ruedas y se dirigía hacia las grandes puertas de cristal que el portero mantenía abiertas en su habitual postura de soldado. Al pasar, lo tranquilicé con un simple asentimiento mientras Sadie le daba las gracias calurosamente. Me pregunté qué impresión daría vernos entrar juntos. Las miradas de los inquilinos en el vestíbulo confirmaron mi duda. Murmullos susurrados flotaron hacia mí, llenándome de pavor. Las suposiciones que debían de estar haciendo…

—Eh, tengo que pasar por recepción —dije de repente.

Sadie me miró con curiosidad.

—Espero un paquete —mentí.

Ella asintió y pareció que iba a seguirme, pero me di la vuelta y le tendí la mano. Se la quedó mirando, frunciendo el ceño, confundida por la formalidad. Hace menos de veinticuatro horas, se había corrido sobre esta mano. Aparté el recuerdo.

—Bueno, supongo que nos vemos el lunes —dije con firmeza.

—Cierto. Por supuesto —dijo ella, como si tropezara con sus propias palabras, antes de poner su mano en la mía. Ignoré la mirada de dolor en sus ojos antes de estrecharle la mano con firmeza y dirigirme a recepción. El rastro de murmullos pareció detenerse. Mi plan había funcionado. Los había despistado. Esto era solo negocios para cualquiera que pudiera tener otras ideas.

No fue hasta que escuché el rodar de la maleta de Sadie desvanecerse por el suelo de mármol cuando sentí una pequeña sensación de alivio, pero también un poco de culpa. Esperé unos minutos hasta saber que el ascensor la había subido a su planta, antes de llevar mi propia maleta hacia la hilera de puertas correderas doradas. En el trayecto de subida hasta el ático, sentí un molesto e insistente presentimiento de que no había tomado la decisión correcta ahí abajo.

No sabía cuál era la decisión correcta. No sabía qué era Sadie, ni esto que había entre nosotros. Yo no era de los que se lo pensaban dos veces con algo así. Solté un suspiro de frustración, saqué el móvil del bolsillo y abrí el hilo de mensajes con Kevin: *¿Gimnasio?*

Kevin: *Allí estoy en diez minutos.*

Me guardé el móvil en el bolsillo justo cuando las puertas del ascensor se abrían a la familiar entrada de mi apartamento. Apreté los labios en una media sonrisa. Hogar, dulce hogar, como había

dicho Sadie. Luché contra el amago de tristeza que me invadía al volver a la realidad y no estar ya enredado en las sábanas de un hotel de Dallas con una pelirroja que sabía a postre.

Joder. Necesitaba un entrenamiento para despejarme.

Cuando entré en mi apartamento, dejé la maleta junto a la puerta principal y caminé hacia mi dormitorio. Rebusqué en el cajón de la cómoda y saqué un pantalón de chándal gris y una camiseta negra, y me puse ambos. La comodidad de los dos hizo que mi cuerpo se fundiera en ellos después de viajar todo el día con mi traje, que ahora necesitaba un buen planchado. Quizá Sadie tuviera razón con lo de usar ropa de viaje.

Cogí una botella de agua de la nevera y mi tarjeta antes de bajar al gimnasio. Estaba a solo unos pisos de distancia y me sentí aliviado de que no hubiera posibilidades de cruzarme con Sadie allí. El edificio contaba con dos gimnasios, uno de lujo en las plantas superiores para los inquilinos de primer nivel, y otro en la planta baja para todos los demás. Era una jerarquía de fitness, pero no podía quejarme. No cuando el mío tenía sauna y baño de vapor.

Al empujar las puertas de cristal esmerilado, vi a Kevin a la izquierda, sentado sobre una gran esterilla negra que había desenrollado. Levantó la vista y me saludó con la cabeza mientras doblaba el tronco sobre una pierna extendida. Me acerqué y cogí mi propia esterilla, desenrollándola a su lado; mi cuerpo prácticamente suplicaba unos buenos estiramientos después del viaje en avión.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó.

—Hace solo diez minutos —dije, sentándome en la esterilla y cruzando un brazo sobre mi pecho, tirando de él con la otra mano.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien. Hemos tenido un viaje exitoso. Fichamos a James Vincent, un tipo importante de una discográfica.

—¿*Hemos*? —preguntó Kevin, con una ceja levantada, ignorando mi victoria empresarial.

—Mi asistente me acompañó. —Evité rápidamente su mirada mientras cambiaba de brazo.

—Aaaaah —dijo con complicidad.

—No es lo que piensas.

—¿Ah, no?

—No del todo. —Mis labios hicieron un movimiento instintivo, delatándome.

Kevin soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Te *conozco*, tío. Venga, ¿quién es esa tía?

—De hecho, la conoces. Bueno, no exactamente. ¿Recuerdas a la pelirroja que vimos la otra noche cuando estábamos en el bar?

—No me jodas. —Kevin abrió mucho los ojos.

—Sí, es mi asistente.

—Y tu juguete. —Kevin sonrió con sorna.

Sacudí la cabeza y solté un profundo suspiro antes de ponerlo al corriente de todo lo ocurrido. Desde la caja de juguetes sexuales de Sadie entregada en la dirección equivocada hasta nuestra primera noche juntos, pasando por la coincidencia de que fuera mi nueva asistente. Kevin se quedó sentado allí con la boca abierta mientras asimilaba todo. Cuando terminé de explicarlo todo, soltó una sonora carcajada.

—¿Os conocisteis por una caja de juguetes *sexuales*? —preguntó, dándome un codazo en el brazo.

—¿Te quieres callar? —Miré a mi alrededor, pero todo el mundo estaba demasiado ocupado levantando pesas con los auriculares puestos.

—Si eso no es un encuentro de película, no sé qué lo es.

—No es nada de eso —dije con severidad.

—Oh, por favor. Es romper el hielo por todo lo alto. Esto es como una historia de amor en ciernes.

Me levanté de mi esterilla y empecé a desinfectarla.

—Lo único que me gusta de ella es follármela. —Enrollé la esterilla y la coloqué en el estante. Kevin hizo lo mismo en silencio, como si supiera que me había tocado la fibra sensible. Me conocía lo suficiente para saber cuándo presionar y cuándo retirarse. Ahora, necesitaba que se retirara. Había venido aquí a desahogarme, no a hablar de la razón por la que necesitaba hacerlo.

Fui a la zona de pesas, examinándolas hasta que encontré las que necesitaba. Gruñí mientras las levantaba del soporte. Buscando una posición sólida sobre el suelo de espuma negra, empecé a hacer flexiones de bíceps.

—Entonces, ese tal James Vincent… ¿es importante? —preguntó Kevin, cogiendo sus propias pesas.

—Muchísimo —dije sin aliento—. Va a llevar a la firma al siguiente nivel, no solo en cuanto a beneficios financieros, sino en cobertura mediática.

—Bueno, enhorabuena, tío. —Empezó a subir las pesas hacia sus hombros—. Dallas es una ciudad guay. ¿Te divertiste?

Más de lo que me gustaría admitir.

—Sí —dije con indiferencia. Le hablé del hotel y del centro comercial, omitiendo deliberadamente el nombre de Sadie. Ni de coña iba a decirle que compartimos habitación, o que bebí hasta quedar inconsciente nuestra primera noche allí, lo que la llevó a ella a cuidar de mí. Solo recordar que *no podía* recordar esa noche me hacía estremecer por dentro. Odiaba haberme puesto en esa situación, y haber tenido la suficiente confianza para hacerlo con ella.

Vulnerable.

Esa fue la palabra que ella usó. No es un adjetivo que me guste aplicar a mí mismo.

Mientras empezaba otra serie de repeticiones, me pregunté si no me habría permitido estar demasiado cómodo con Sadie. El pensamiento hizo que mi estómago se revolviera más que la mañana siguiente a haberme bebido toda aquella maldita botella de cabernet reserva.

Sí, el sexo con Sadie fue el mejor que había tenido en mi vida. Verla soltar el lastre de sus inhibiciones y convertirse en la mujer que yo le había estado insistiendo que fuera había sido increíblemente excitante. Aún podía oír su súplica susurrada mientras me cernía sobre ella.

Fóllame.

Las palabras habían estado sonando en mi cabeza todo el día, haciendo que mi polla diera tirones en mis pantalones. Ahora, silencié las palabras mientras buscaba un juego de pesas más pesado en el soporte. Kevin me observaba con cautela, como si supiera que estaba sumido en mis pensamientos. Gruñí mientras me

esforzaba por subir las pesas hasta los hombros, soltando el aire solo cuando lo logré.

Sabía que no podía despedir a Sadie, y por muy bien que me lo estuviera pasando manteniéndola en vilo en la oficina y teniéndola como un deleite para la vista frente a mí, quizá era hora de volver a tomar las riendas. Odiaba la sensación de volver a estar en esa posición de estar expuesto —o vulnerable—. Tendríamos que volver a la relación profesional que se suponía que debíamos tener. Consejero delegado y asistente personal. Nada más.

—Tío, te vas a herniar la espalda —dijo Kevin.

Solté una risa resoplada al notar mi cara roja como un tomate. Tenía razón. Solté las pesas de golpe en el soporte antes de coger una toalla para secarme la frente húmeda.

—Esta chica te tiene trastornado —dijo Kevin, sentándose en un banco cercano.

Ya estaba otra vez con lo mismo.

Puse los ojos en blanco. —No —dije con firmeza—. Solo es mi asistente. A partir del lunes, eso será lo único que sea a partir de ahora.

—Siiiií, claro —dijo Kevin, poco convencido. Se puso en pie y volvió a coger sus pesas para otra serie. La expresión de suficiencia en su rostro era un desafío.

Le lancé una mirada y bebí un sorbo de agua helada.

—Hablo en serio —dije con una calma gélida.

—Ya, ya. Buena suerte con eso, tío.

Él sabía, tan bien como yo, que nunca sería capaz de resistirme a una tentación como Sadie.

Capítulo 25

SADIE

Vertí el café humeante en mi taza favorita, una de color rosa pálido con flores hechas con huellas dactilares, cortesía de la hija de Erica, Josie. Me la había regalado por mi cumpleaños el año pasado y era la que siempre cogía del armario de arriba. Una vez que eché la crema y el azúcar a mi gusto, llevé el café hasta el gran ventanal que daba a la ciudad, que aún estaba despertando. El sol apenas asomaba sobre los edificios, proyectando un cálido resplandor amarillo sobre un Manhattan somnoliento.

Era temprano. Anormalmente temprano para mí, pero no había podido pegar ojo. Me pasé el tiempo dando vueltas en la cama hasta que finalmente me rendí a las cinco, me quité las sábanas de encima y puse la cafetera en marcha. Durante toda la noche, mi mente no dejó de divagar hacia donde solía hacerlo últimamente. Hacia Jeremiah. Tras haberme permitido el lujo de dormir a su lado, la ausencia de su respiración acompasada y el consuelo de su brazo sobre mí me resultaban inquietantes. Especialmente sabiendo que estaba a solo unos pisos por encima. Bueno, veinticuatro para ser exactos.

Aun así, hubo momentos durante la noche, y durante todo el día de ayer, en los que sentí el impulso de escribirle o de cruzarme con él en el vestíbulo por casualidad. Pero cada vez que cogía el móvil, por alguna razón no reunía el valor necesario. Y cada vez que pasaba por el vestíbulo, me sentía decepcionada al no verlo instalado en la

barra o siguiéndome hasta el ascensor. Lo echaba de menos, lo cual era ridículo después de haber pasado los últimos días juntos.

Más ridículo todavía si tenemos en cuenta que era mi jefe. Pero después de Dallas, ya no estaba tan segura de que solo fuera eso. Intentaba que el corazón no me jugara una mala pasada, saltando a conclusiones descabelladas y esperando que no acabara en una caída estrepitosa. Simplemente no podía dejar de pensar en los momentos en los que revelaba pequeños destellos de quién era como persona, dejando de lado su faceta de multimillonario. Se estaba volviendo más humano cuanto más tiempo pasaba con él, y era un humano del que sentía que me estaba enamorando.

Por eso, cuando regresamos a casa, la distancia que intentó poner entre nosotros con tanta discreción se hizo palpable. Intenté no darle importancia, restándole peso al pensar que solo estaba cansado tras el día de viaje. Llevaba tiempo intentando ignorar esa persistente sensación de que algo iba mal. Porque, ¿Qué *podía* ir mal? Pasamos nuestro último día en Dallas encerrados en la cama, hablando, disfrutando del servicio de habitaciones y teniendo un sexo alucinante.

Sonreí para mis adentros solo de pensarlo, y la anticipación de verlo esta mañana me llevó al dormitorio para arreglarme. Con el café en una mano y sintiendo cómo el calor traspasaba la palma, busqué entre las perchas llenas de americanas y blusas de botones. Elegí una blusa rosa pálido y una falda blanca por la rodilla con vuelo en el bajo. Me admiré en el espejo, sabiendo que así era como lucía una *verdadera* asistente personal. Sabiendo que Jeremiah lo aprobaría.

Una vez vestida, pasé demasiado tiempo en el baño rizándome el pelo y aplicándome el maquillaje con cuidado. Nunca he sido de maquillarme mucho, pero un toque de colorete rosa palo y dos capas de rímel me dejaron lista para la jornada laboral que me esperaba.

Caminé las pocas manzanas hasta la oficina mientras las aceras se llenaban de trabajadores matutinos y gente desesperada por un café de su cafetería favorita. Me sentía cada vez más emocionada a medida que me acercaba al trabajo. Hace unas semanas, me aterraba entrar en la oficina, y ahora tenía que contener una sonrisa al cruzar las grandes puertas de cristal del vestíbulo.

No tenía miedo de que me gritaran ni de que me reprendieran. No tenía miedo de sentirme menospreciada o juzgada por no ser audaz. No tenía miedo de dudar de mi ropa, preguntándome si era lo bastante profesional para el puesto que ocupaba. Tenía el aspecto adecuado y, desde luego, desempeñaba bien el papel. Ahora que llevaba unas semanas siendo la asistente personal de Jeremiah, sabía qué esperaba él de mí.

Mientras subía en el ascensor hacia mi planta, apenas podía esperar a los preliminares silenciosos que seguramente tendrían lugar. Una mirada por aquí. Un toque discreto por allá. Quizá me quedaría hasta tarde para dar rienda suelta al deseo que me había estado consumiendo los últimos dos días.

Me instalé en mi escritorio, echando un vistazo al despacho de Jeremiah, sin sorprenderme de que aún no hubiera llegado. Eran poco más de las siete. Casi no había nadie todavía. Abrí mi portátil y vi la habitual lista de tareas pendientes en mi calendario. Me fijé en

que, por alguna razón, era todavía más larga de lo normal. Debía de tener mucho que recuperar tras el viaje de negocios. La recorrí, resolviendo las tareas más fáciles antes de pasar a las demás.

Pronto dieron las nueve y pude oír cómo la habitual ola de silencio inundaba la oficina, indicándome que Jeremiah había llegado. Me erguí en la silla y me coloqué la blusa antes de juguetear con mi pelo. Tenía los nervios a flor de piel y el vello de los brazos se me erizó.

Entonces apareció él. Caminaba hacia mí con un traje azul jaspeado que nunca le había visto. Si antes sus ojos no eran lo bastante azules, ahora resultaban sencillamente impactantes. Pero evitó mirarme, haciendo que mi corazón empezara a hundirse lentamente hasta el fondo del estómago. Entró en su despacho y, justo cuando abrí la boca para decir algo, cerró la puerta de un portazo.

Tragué saliva con dificultad.

¿Había hecho algo malo?

—Mal asunto... —La voz de Tanya llegó hasta mí con una melodía fatídica.

La miré, parpadeando para contener las lágrimas de vergüenza que sentía formarse tras mis ojos. Ella no pareció darse cuenta desde donde estaba sentada en su escritorio, al final del pasillo.

—Parece que alguien le ha echado algo desagradable al batido de proteínas del jefe esta mañana —comentó, frunciendo los labios con preocupación antes de volver a su ordenador.

Volví a dirigir la mirada hacia la puerta de madera que me resultaba ajena. Podía contar con los dedos de una mano las veces que la había cerrado. Hoy, de todos los días, me sentó como una bofetada.

El escozor reverberó por todo mi cuerpo. No era solo una puerta cerrada. Era él dejándome fuera. Inspiré con dificultad, sin dejar de mirar la puerta, como si de alguna manera pudiera ver a través de ella al hombre que estaba dentro.

Jeremiah acababa de pasar por aquí con un alfiler, pinchando mis sentimientos como si fueran burbujas. Toda la calidez que sentía mientras caminaba hacia la oficina esta mañana se disipó, junto con la confianza libre de preocupaciones. Me di cuenta en ese momento de que no iba a tener al hombre al que estaba empezando a conocer, sino que me tocaba el mezquino y frío.

El imbécil integral.

Solté el aire que contenía, intentando liberar con él toda la decepción. Aún tenía trabajo por hacer, a pesar de sentirme como si midiera apenas tres centímetros en este momento. Continué con la lista de tareas que se iba ampliando ante mis ojos. Cada tarea que él escribía desde el otro lado de la puerta me mantenía convenientemente alejada de él.

Durante las siguientes dos horas, Jeremiah no salió de su despacho. Casi parecía que no estuviera allí en absoluto.

Casi.

Si no fuera porque mi cuerpo sabía perfectamente que estaba a apenas unos metros. Maldito sea por dejar una marca invisible en mí con la punta de sus dedos.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Tanya, acercándose al lado de mi escritorio y lanzando una mirada cautelosa en dirección al despacho de Jeremiah.

—Va... —refunfuñé.

—¿Aún no ha salido de su cueva del terror? —Asintió hacia su puerta.

—No.

—Probablemente sea mejor así. Apenas puedo funcionar con estos dichosos calambres —Tanya se llevó las manos a la parte baja del abdomen y puso una mueca de dolor—. Es el peor síndrome premenstrual de mi vida.

Me reí por lo bajo, dedicándole una mirada de simpatía.

—Uf. El mío debería estar al caer en cualquier momento. Qué ganas —dije con sarcasmo.

—A lo mejor el jefe tiene hoy su propio síndrome premenstrual —Tanya se echó a reír.

Le devolví la sonrisa antes de que ella se despidiera con la mano y volviera a su sitio. Observé cómo hacía otra mueca al sentarse. Cogí mi móvil y abrí la aplicación de control del periodo para ver cuándo llegaría mi propio calvario. Miré el mes actual y rápidamente pasé al mes anterior. Fruncí el ceño mientras volvía a pasar la pantalla. Fui de atrás adelante, con los ojos buscando los puntitos rojos. Pero no había ninguno.

Se me encogió el estómago al darme cuenta. Tenía un retraso. De más de dos semanas, para ser exacta. *Nunca* se me retrasaba. Mi ciclo era como un reloj suizo. Comprobé la aplicación de nuevo como si, de algún modo, mi falta fuera a cargarse mágicamente y a aliviar la sensación de hundimiento que me invadía.

Cálmate.

Quizá se debiera a todo el estrés de los últimos días. Con mi deuda por las nubes y la presión del trabajo, tenía que haber una

explicación. Necesitaba desesperadamente una explicación que no fuera la que tenía delante de mis narices.

Solo había una forma de averiguarlo. Miré la hora en el móvil. Era casi la hora de comer. Cogí rápidamente el bolso y caminé hacia donde estaba Tanya, que seguía con cara de dolor.

—Voy a salir un poco antes a comer, ¿necesitas algo? —pregunté.

—Un útero nuevo —se quejó.

Me reí levemente antes de mirar por el pasillo hacia el despacho de Jeremiah.

—Cúbreme, ¿quieres?, por si decide salir.

—Cuenta con ello —me hizo un pequeño saludo militar.

Fuera, en la concurrida acera, respiré el aire fresco para intentar frenar mi cabeza, que daba vueltas con preocupaciones e hipótesis. Vi una farmacia al final de la calle y me dirigí directa hacia ella. Empujé la puerta y la campanilla sonó con fuerza, alertando al dependiente. Me miró con curiosidad y yo le dediqué la mejor sonrisa que pude articular antes de buscar el pasillo que necesitaba.

Una vez que lo encontré, mis ojos recorrieron las diversas cajas alineadas en fila. Con mano temblorosa, cogí una caja rosa y blanca del estante y la llevé al mostrador. El dependiente nos miró a la caja y a mí, y ató cabos en silencio ante el pánico tan evidente de mi rostro. Pagué rápido y salí escopetada por la puerta, sin molestarme en preguntar si tenían un baño que pudiera usar. Estaba demasiado abochornada.

En su lugar, recorrí las calles con la mirada buscando una cafetería. Crucé a un Starbucks cercano donde, por suerte, encontré el baño vacío. Abrí la caja de un tirón y saqué la prueba. Busqué las

instrucciones y las leí. Parecía bastante sencillo, y aun así, el resultado podía complicarme la vida por completo.

Tras hacer equilibrios sobre el inodoro, con cuidado de no fallar, puse la prueba sobre la caja encima del lavabo. Las instrucciones decían que tardaría tres minutos en aparecer el resultado. Para evitar cualquier confusión, elegí la prueba en la que se leía claramente *embarazada* o *no embarazada*, ya que no me fiaba de mis propios ojos para interpretar las líneas rosas de las otras pruebas. Quería algo que me lo gritara.

Puse un temporizador en el móvil y empecé a caminar de un lado a otro del baño. El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras me obligaba a no desmayarme. Los minutos pasaban como si fueran horas mientras esperaba impaciente para ver si mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Esto no puede estar pasando.

Capítulo 26

JEREMIAH

Tamborileé con los dedos sobre la superficie de mi escritorio, con la vista fija en la puerta, que permanecía cerrada. Llevaba toda la mañana encerrado aquí, evitando la posibilidad de cruzarme con Sadie. Le había asignado tareas irrelevantes para evitar que entrara. Eché un vistazo a nuestro calendario compartido y vi que ya había tachado más de la mitad de la lista de pendientes. Si algo era ella, era eficiente. Tendría que inventarme más tareas.

Me eché hacia atrás en la silla y suspiré. Sabía que no podía quedarme aquí para siempre. Me estaba aburriendo soberanamente, sobre todo sabiendo quién estaba sentada justo al otro lado de la puerta. Tan accesible. Una sola mirada de invitación bastaría para que entrara y me lanzara sobre ella en cuestión de segundos, sin que nadie en la oficina se enterara de nada. Pero no. Me había dicho a mí mismo que aquello se acabó después de lo de Dallas.

A pesar de ello, me había pasado el resto del fin de semana obligándome a no pensar en ella. Volviendo a la ducha para desahogarme de los pensamientos sobre nuestro tiempo juntos, en lugar de simplemente llamarla para que subiera a mi apartamento. Intentaba comprometerme con el plan de volver a una relación estrictamente profesional entre ella y yo. Pero ¿había sido *alguna vez* solo eso? Qué demonios, me había acostado con ella antes siquiera de saber que era mi asistente personal; ya desde el principio las aguas entre nosotros estaban turbias.

Quizá Kevin había tenido razón al dudar de que yo pudiera hacer esto. Consistía en no ansiar lo que no podía tener, pero estaba decidido a demostrarle que se equivocaba.

Al pasar por delante del escritorio de Sadie esta mañana, pude notar cómo cambiaba su estado de ánimo ante mi frialdad. Sentí cómo sus expectativas sobre mí caían hasta el sótano del edificio, haciéndose añicos. Me costó todo mi autocontrol no mirarla mientras inhalaba el familiar aroma a vainilla y sentía sus ojos verdes sobre mí. Me alegré de evitar el dolor que sabía inevitable en su rostro, aunque me pesaba saber que yo era quien lo había provocado.

Sacudiendo la cabeza, solté una risa entrecortada. Este no era yo. Yo era Jeremiah Mason. No me importaba herir los sentimientos de nadie, ya fuera una mujer con la que me acostaba o una empleada. Sadie resultaba ser ambas cosas.

Sin embargo, siendo mi asistente personal, no podía evitarla para siempre. Si quería ser su jefe, eso era precisamente lo que tenía que ser. No podía esconderme tras la pantalla del ordenador dándole tareas por escrito. Tendría que enfrentarme a ella. Tendría que acostumbrarme a tenerla cerca y no querer follármela en cada rincón de mi despacho.

De hecho, al mirar el reloj de la pared, ya debería estar aquí para nuestra revisión del calendario de principios de semana. ¿Era *ella* la que me estaba evitando ahora? Sentí un destello de irritación.

Me levanté con determinación y me dirigí a la puerta; al abrirla, encontré su escritorio vacío. Fruncí el ceño ante su ausencia y miré a ambos lados del pasillo. No había ni rastro de ella, y su bolso también había desaparecido. Noté que mi irritación crecía. Caminé

hacia la recepción, consciente de cómo Tanya se enderezaba un poco al oír mis pasos. Al parecer, no necesitaba mirarme para saber que me acercaba. Nadie en la oficina lo necesitaba. Me coloqué la solapa de la chaqueta y me aclaré la garganta.

—¿Dónde está Sadie? —pregunté, apoyando las palmas de las manos en el desordenado escritorio de Tanya, sin importarme lo que pudiera tirar.

—Yo... ella... —Me miró, con sus ojos castaños llenos de cautela.

—¿Ella qué? —entorné la mirada.

—Ha tenido que ir a una cita —tartamudeó—.

—No he visto nada en su calendario.

—Creo que tenía una antes del almuerzo.

—¿O sea, que se está tomando un almuerzo prolongado? —Enarqué una ceja.

—¡No! —balbuceó—. Ella...

Levanté la mano antes de que pudiera seguir molestándome con su inutilidad. Se notaba que estaba encubriendo a Sadie, y lo hacía de pena. Pero ¿por qué la encubría? ¿Dónde estaba? Sentí que mi mal genio empezaba a aflorar, y ver a Tanya apartar la mirada nerviosa para evitar la mía no ayudaba. Me aparté de su escritorio y saqué el móvil del bolsillo. Si esta mujer no me daba respuestas, llamaría a Sadie y las obtendría yo mismo.

Estaba a punto de pulsar el botón verde de llamar cuando las puertas del ascensor se abrieron y Sadie salió de él. Vi rojo. Me lancé hacia ella dispuesto a exigirle una explicación, pero me detuve en seco al verle la cara. Estaba tan blanca como las sábanas de

nuestra habitación de hotel. Alzó la vista y me vio. Aspiró aire con fuerza y sus mejillas perdieron, si cabe, aún más color.

Respiré hondo, tratando de controlar mi genio.

——Te necesito en mi despacho —dije con firmeza, consciente de que Tanya observaba atentamente desde su sitio—. No necesitaba que empezaran a correr rumores por la oficina empañando mi reputación.

Sadie se limitó a asentir lentamente antes de que yo diera media vuelta y recorriera el pasillo, lanzándole a Tanya una mirada de irritación que hizo que se hundiera aún más en su silla.

—Limpie ese escritorio —le solté, tajante.

Mientras esperaba impaciente en el umbral de mi despacho, vi a Sadie caminar hacia mí, con pasos cautelosos y lentos, como si mi oficina fuera el último lugar del mundo en el que quería estar. Finalmente pasó a mi lado y cerré la puerta con firmeza tras ella.

—¿Dónde demonios estabas? —pregunté dándome la vuelta.

Se quedó allí de pie, de espaldas a mí, sin decir palabra, lo que aumentó mi irritación.

—¿Crees que ahora puedes tomarte descansos eternos para comer? ¿O hacer lo que sea que estuvieras haciendo sin avisarme? —continué—. Si crees que lo que pasó en Dallas te da derecho a ello, estás *muy* equivocada.

Se situó frente a la silla más cercana y se desplomó en ella; su cabello pelirrojo cayó sobre el respaldo. Eché la cabeza hacia atrás, desconcertado. No era el momento de ignorarme. Me aclaré la garganta para volver a arremeter contra ella y exigirle respuestas,

pero ni siquiera se inmutó. Era como si no pudiera oírme. Como si yo no estuviera allí en absoluto.

Mi parte más visceral quería seguir hurgando en la herida. Esa misma parte que pensaba que sería más fácil estar enfadado con ella que ceder a los sentimientos que había estado evitando desde nuestro viaje a Dallas; en realidad, desde la noche en que la conocí al encontrarla en mi apartamento. Era más fácil ser un capullo. Más fácil alejarla. Igual que hacía con todo el mundo.

—Sadie —dije con firmeza, intentándolo de nuevo.

Ninguna reacción.

Di los pocos pasos que me separaban de ella, rodeé la silla y me puse frente a ella. Se limitaba a mirar al suelo, abrazándose a sí misma. Algo iba terriblemente mal. Las partes duras de mi ser que querían apartarla cedieron ante las más tiernas que querían cuidarla. Que necesitaban cuidarla. Necesitaba saber qué pasaba para poder solucionarlo. Suspiré, derrotado. No podía obligarme a seguir regañándola.

Me arrodillé en el suelo frente a ella y la miré. Le puse la mano en la rodilla, desesperado por obtener cualquier reacción por su parte.

—Sadie... —dije con cautela.

Sus ojos se encontraron finalmente con los míos, y ojalá no lo hubieran hecho, porque vi que brillaban por las lágrimas. Algo dentro de mí se rompió.

—¿Qué pasa? —pregunté en voz baja.

Se limitó a sacudir la cabeza, y unos mechones sueltos de su pelo cobrizo y ondulado le cayeron sobre la cara.

—Dime qué va mal —insistí.

Silencio.

—¿Estás herida?

Otro rastro de negación con la cabeza.

—¿Has recibido alguna mala noticia?

Otra vez negó con la cabeza.

Repasé mentalmente una serie de preguntas sobre qué podría haber causado esto, incluso abordando con cuidado el tema de su ex. Me hervía la sangre de rabia al pensar que él pudiera haberle hecho algo. Pero no era por él. Durante todo el interrogatorio, evité la única pregunta cuya respuesta no soportaría conocer. Si había sido *yo* el causante de que sus ojos verdes estuvieran empañados por las lágrimas.

—Por favor, dímelo, Sadie.

—No es nada —dijo, hablando por fin. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Es evidente que no es *nada*. —Al ver que no llegaba a ninguna parte, me incorporé y me senté en la silla de al lado. La miré con preocupación. Incluso triste, estaba preciosa. Me fijé en la falda y la blusa nuevas que llevaba, y la culpa me carcomió al pensar que se había esforzado más esta mañana. El esfuerzo que yo le había pedido. Que le había exigido. Y ahora estaba aquí sentada, desmoronándose a mi lado.

—No puedo decírtelo —dijo—.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté, confundido.

Aspiró aire antes de soltarlo, con voz temblorosa. —Porque me odiarás aún más de lo que ya me odias ahora.

Su respuesta me pilló desprevenido.

—Yo no te odio —dije, que sonó más a pregunta que a afirmación.
Soltó una mezcla de risa y sollozo antes de mirarme.
—Claro que no —dijo con un toque de sarcasmo mientras la primera lágrima le resbalaba por la mejilla. Resistí el impulso de limpiársela mientras ella continuaba—: Odias mi timidez. Mi ética de trabajo. Mi ropa..., bueno, la vieja, al menos. Mi falta de dinero.
—Eso no es verdad —exclamé, recordando avergonzado todas las veces que la había reprendido por todo lo que acababa de decir.
—Sí que lo es —insistió mientras caían más lágrimas—. Lo único que te gusta de mí es lo que tengo entre las piernas.
No se equivocaba en que me gustaba esa parte de ella. Incluso me encantaba. La ansiaba. Pero no era lo único que me gustaba, a pesar de mis intentos por que así fuera.
Me quedé callado un momento, viéndola secarse las lágrimas de las mejillas con frustración. La culpa me golpeó como un camión de gran tonelaje al recordar todas las cosas que le había dicho desde que la conocí. Había sido un auténtico capullo. El «jefecapullo», como ella me había apodado con razón en su móvil. Había ido minando poco a poco su ya escasa confianza hasta convertirla en un montón de escombros.
Pero eso había sido antes. Cuando estuvimos en Dallas, todo había cambiado. Pude ver su confianza. En nuestra cena en la azotea. En la forma en que tomó el mando y me cuidó. Durante la reunión con Vincent James. Probándose vestidos en el centro comercial. En la parte de atrás del coche cuando aceptó mi desafío. En la forma en que me suplicó que me la follara. Pensé que la Sadie que conocí al

principio había desaparecido, pero aquí estaba de nuevo. Por mi culpa.

—No te odio —repetí, buscando su mano, que descansaba lacia en su regazo. Acaricié suavemente con el pulgar sus nudillos—. Por favor, dime qué pasa. Déjame *ayudarte*.

Se giró y me miró a los ojos, con el labio inferior temblando. Apartó su mano de la mía antes de rebuscar en su bolso. Sacó un palito de plástico y me lo puso delante. Fruncí el ceño, confundido por lo que estaba viendo. Pero entonces, cuando mis ojos enfocaron, leí la pequeña pantalla digital del palito. El aire abandonó mis pulmones.

Embarazada.

Capítulo 27

SADIE

El corazón me tronaba con tal furia en el pecho que estaba convencida de que terminaría atravesando la tela sedosa de mi blusa. Observé a Jeremiah con atención mientras él no dejaba de mirar fijamente el palito que yo sostenía con mano temblorosa. Su expresión era indescifrable. Mi corazón latía aún más rápido ahora; era un milagro que él no pudiera oírlo. Retiré el test de embarazo y lo apreté contra mi pecho con fuerza, intentando refrenar las emociones que habían estado en una montaña rusa desde que leí la palabra *embarazada* en el baño del Starbucks.

Cuando leí esa palabra, me habría desplomado en el suelo de no haber sido por el golpe en la puerta que me sobresaltó. Rápidamente había agarrado el test y lo había metido a presión en mi bolso, tirado la caja a la basura y salido corriendo del baño, casi atropellando al cliente que esperaba fuera. Lo siguiente que supe fue que estaba aquí, en el despacho de Jeremiah, sintiendo que estaba a punto de saltar por un precipicio. Y seguía cayendo, esperando cualquier señal de comprensión en su hermoso e imperturbable rostro.

Tragué saliva antes de serenar mi voz lo mejor que pude. —Es tuyo —dije.

Sus ojos se levantaron del test de embarazo que yo presionaba contra mi pecho y buscaron los míos.

—Eres la única persona con la que he estado en meses —añadí, con un ligero deje de firmeza en la voz.

Sin decir palabra, Jeremiah se puso en pie lentamente y caminó hacia el gran ventanal, colocando las manos tras la espalda. Lo observé con atención desde mi asiento, todavía aferrada al test. Intenté leer su lenguaje corporal. Sus músculos estaban tensos bajo el traje azul pálido. Su postura era la que adoptaba a menudo, una que servía de escudo para sus muchas emociones. No me daba ni la más mínima idea de lo que estaba pensando. De lo que estaba sintiendo.

¿Estaba enfadado? ¿Confundido? ¿Asustado? ¿Todo a la vez?

Sabía que mis propios sentimientos eran un caos. No podía imaginar que los suyos fueran distintos tras la bomba que acababa de soltarle. Era triste, pero sabía que, de todos los sentimientos que probablemente se arremolinaban en su interior, la felicidad no sería uno de ellos. Maldita sea, ni siquiera estaba segura de si ocupaba el primer lugar en mi propia lista en este momento.

Estaba aterrorizada. Eso pesaba más que todo lo demás.

—Lo siento —dije, con la voz apenas por encima de un susurro.

Esta vez fue su turno de no responder. Me pregunté si me habría oído, así que lo intenté de nuevo.

—Siento que haya pasado esto —dije más alto esta vez—. Siento haber fastidiado tu vida y tus planes. Sé que esto no es lo que querías. Tampoco es lo que quería yo.

Sentí que las lágrimas empezaban a escocerme de nuevo en la parte posterior de los ojos y las contuve parpadeando furiosamente. Ya había sido bastante vergonzoso llorar una vez delante de él. Pero las

palabras que acababa de pronunciar sobre no querer esto me provocaron una punzada de culpa por el bebé que acababa de descubrir que crecía en mi interior. Me llevé la mano al vientre mientras el pensamiento se disparaba en mi mente.

Jeremiah se dio la vuelta lentamente desde la ventana hacia mí, con una expresión más sombría que antes.

—¿Estás segura de que esto no es lo que *tú* querías? —dijo, cada palabra afilada y precisa.

Lo miré confusa, sin entender. —¿Qué?

—Quizá sea *exactamente* lo que buscabas—.

—No... no entiendo...

No tenía ni idea de a qué se refería, pero la expresión indescifrable de su rostro se había esfumado, reemplazada por una mueca de desprecio que nunca le había visto. Hizo que mi corazón atronador se sintiera como si simplemente hubiera dejado de latir en mi pecho. Sabía que nada bueno saldría de su boca.

—Y pensar que me había tragado tu papelito de mosquita muerta —dijo sacudiendo la cabeza.

—Jeremiah...

—Lo planeaste todo, ¿verdad? —Sus ojos eran una tormenta mientras se clavaban en mí. Podía sentir el estallido del rayo a punto de caer—. Entrar en mi apartamento aquella noche. Y pensar que me impresionaste. No se me ocurrió que en realidad fueras una ladrona.

—¡Yo no robé nada!

—Entonces no, no. Pero sabías lo que hacías cuando tramaste este planecito tuyo para sacarme el dinero. Sabías quién era yo cuando te

metiste en mi vida. Y de una forma muy astuta, además. Una caja de juguetes sexuales —se mofó—. Habría sido una historia graciosa si no fuera todo una patraña.

Nada de esto tenía sentido. ¿De qué plan hablaba? Abrí la boca, pero no salió nada. No sabía cómo responder, pero él no me dio tiempo antes de continuar.

—Caí tontamente en tu trampa, sintiéndome mal por tu falta de destreza sexual. Y luego, casualmente, resultas ser mi asistente personal a partir del día siguiente. Podrías haberme demandado por aprovecharme de ti siendo empleada, pero no. Eso habría sido demasiado fácil, ¿verdad? ¿Para qué conformarse con la plata cuando puedes tener el oro?

—Jeremiah, por favor. No sé de qué estás hablando —dije con voz temblorosa.

—Una demanda habría sido demasiado sencilla. Sabías que podrías sacar más dinero si te quedabas «accidentalmente» embarazada. —Levantó los dedos haciendo comillas en el aire mientras miraba brevemente el test de embarazo como si fuera lo más asqueroso que hubiera visto en su vida. Pero luego sus ojos volvieron a encontrar los míos, y nunca me había sentido tan humillada en mi vida. Me miraba como si fuera un parásito, y todas sus reflexiones empezaron a cobrar sentido.

Pensaba que todo esto entre nosotros había sido un plan orquestado por mí para sacarle dinero. El plan diabólico que había formado en su cabeza ni siquiera tenía sentido, pero me di cuenta de que él ya se había convencido. Su acusación me escoció como una bofetada, pero la forma en que me miraba dolía más. Yo no era nada para él.

Todo lo que habíamos compartido hasta ahora no era más que una estratagema a sus ojos. Me negaba a aceptar su versión de la historia.

Me levanté rápidamente de la silla, haciendo que esta se deslizara hacia atrás ruidosamente por el suelo de hormigón pulido. Sentí que la rabia afloraba. Me negaba a ser dócil. Me negaba a dar un paso atrás. Me negaba a dejar que se viera mi dolor. No cuando me estaba acusando de cosas tan horribles.

—Eres un gilipollas —dije entre dientes.

Él se encogió de hombros, lo que me cabreó aún más.

—Por pensar eso. Por siquiera decirlo en voz alta. Eres un gilipollas. —Mi voz temblaba, no de miedo ni de tristeza, sino de rabia.

Me fulminó con la mirada, pero antes de que pudiera decir nada, arremetí contra él.

—¿De verdad crees que querría que *tú* fueras el padre de mi bebé? —dije con desprecio—. Eres la *última* persona con la que querría compartir un hijo.

Mis palabras lo pillaron desprevenido porque la tormenta en sus ojos empezó a disiparse, dejando a su paso nubes grises, pero no me detuve.

—Eres frío. Cruel. Insensible. —Me reí con frialdad—. Eres lo más alejado que existe de alguien con instinto paternal.

—Sinceramente, si alguien debería cuestionar la moral del otro, soy *yo.*

Faltó poco para que a Jeremiah se le desencajara la mandíbula por la forma en que me miró.

—Y tu dinero no me importa una mierda. Eres *tú* a quien le importa el estatus. *Tú* fuiste quien se empeñó en comprarme ropa nueva y cara porque no podías permitir que nadie diera una mala imagen de *ti.* Te escondes tras tus coches llamativos y tus relojes de diseño, allá arriba en tu ático, pero déjame decirte algo... nada de eso oculta el hecho de que no eres capaz de ser abierto y sincero si no llevas una puta botella de vino encima.

Mis palabras se clavaron en él como metralla de una granada recién estallada; su rostro hacía una mueca con cada nuevo golpe. Me sentía demasiado bien como para sentir lástima por él. Quería que hablara. Que ocupara mi lugar. Pues bien, aquí estaba. La creación de su propia invención.

—Debería haber sabido que harías esto. Que *arruinarías* esto. —Señalé el espacio entre ambos—. Prefieres destruir a todos los que te rodean porque eso significa que tienes el control.

El pensamiento me entristeció, como una fisura milimétrica en mi corazón. No podía ver más que a un hombre arruinado ante mí. Uno por el que había estado a punto de colarme. Quizá ya lo había hecho.

No me detuve en ello mientras levantaba ligeramente la barbilla. Me di la vuelta y volví a meter el test de embarazo en mi bolso antes de dirigirme a la puerta. Antes de abrirla, dije acaloradamente por encima del hombro: —Y antes de que lo preguntes, voy a tener a este bebé y me importa muy poco lo que tengas que decir al respecto.

Abrí la puerta de un tirón y salí antes de cerrarla de un portazo. Todos en la oficina levantaron la vista de golpe, con la sorpresa

reflejada en sus rostros. Intenté ignorar sus miradas curiosas y sus susurros apagados. Me senté rápidamente en mi mesa, negándome a dejar que nadie me viera llorar. ¿Qué pensarían?

Un torrente de emociones chocó contra mí ahora que estaba fuera de aquella habitación con el hombre al que creía estar empezando a conocer. Tristeza por lo que pudo haber sido. Rabia por aquello en lo que él lo había convertido. Miedo por lo que estaba por venir.

Estaba furiosa con él por el simple hecho de saltar a una conclusión tan horrenda sobre mí. Como si yo fuera el tipo de persona que intentaría atrapar a alguien con un bebé para conseguir dinero. Sería casi de risa si no doliera tanto. Pensaba que me conocía, pero estaba claramente equivocada. ¿Cómo podía ser tan baja su opinión sobre mí?

Pensé que habíamos pasado página en Dallas, como si estuviéramos empezando un nuevo capítulo. Qué implicaba ese capítulo, no estaba segura, pero me hacía ilusión porque pensaba que él estaría en él. Ahora me daba cuenta de que *estuvo* en él. Brevemente, antes de convertirse en el villano que me hizo añicos en un millón de pedacitos.

¿Cómo podía ser tan patética como para pensar que él querría estar con alguien como yo? Sacudí la cabeza, reprendiéndome internamente por mi estupidez. No podía soportar estar aquí ni un minuto más, sabiendo que él estaba justo al otro lado de esa puerta. Me levanté de repente, agarrando mi bolso de la mesa, antes de dirigirme a los ascensores.

—¿Sadie? —preguntó Tanya cautelosamente mientras me observaba desde su puesto—. ¿Está todo bien?

—No, la verdad es que no. —Pulsé el botón del ascensor, mirando hacia atrás para asegurarme de que no me seguía.
—¿A dónde vas?
—A casa —dije con rotundidad.
—Pero ¿y el señor Mason? —preguntó ella, lanzando una mirada de advertencia hacia su despacho.
—¿Qué pasa con él? —Puse los ojos en blanco, golpeando el suelo con el pie, impaciente.
No quería estar aquí ni un segundo más. No quería hablar de él. No quería que nada de esto me importara. Ya nada de eso tenía importancia.
—Podrías perder tu trabajo. —Sus cejas se elevaron con preocupación.
Cuando las puertas del ascensor se abrieron, entré. —Pues que así sea.
Pulsé el botón del vestíbulo y las puertas se cerraron, sellándome dentro de una pequeña caja de soledad donde finalmente dejé que las lágrimas cayeran. Era como si cada latido acelerado que tenía cuando Jeremiah estaba cerca, cada mirada dirigida a mí, cada caricia y cada beso se derramaran fuera de mí en sollozos silenciosos.
Cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo, me sequé las lágrimas y caminé con paso firme hacia la salida. No miré atrás. No me importaba si era mi última vez en este edificio. Solo necesitaba llegar a casa y encerrarme. Necesitaba procesarlo todo. Necesitaba hablar con alguien a quien yo de verdad le importara. Solo esperaba

que Gabriella me cogiera el teléfono. Maldita sea por estar en Boston cuando más la necesitaba.
Y maldita yo por ser la idiota más grande del mundo.

Capítulo 28

JEREMIAH

Las puertas del ascensor se abrieron al largo pasillo enmoquetado y me debatí sobre si salir o no. Me había llevado horas de autoconvencimiento presentarme aquí, y ahora que estaba tan cerca, empecé a pensar que no era buena idea. Las puertas doradas, impacientes por mi decisión, empezaron a cerrarse, pero metí la mano entre ellas, obligándolas a abrirse de nuevo. Respiré hondo y salí a la alfombra color granate que conducía a la puerta de Sadie.

Me di cuenta de que nunca había estado aquí. Aparte de aquel momento tórrido en este mismo ascensor, nunca había pasado de las puertas doradas hacia su apartamento, situado a solo unas puertas de distancia. Aunque lo había pensado muchas veces, normalmente tarde por la noche, cuando mi mano no era suficiente.

Me acerqué a su puerta, pero no llamé de inmediato. En su lugar, deambulé por fuera, intentando decidir qué decir. Algo en lo que debería haber pensado en la oficina, en las horas posteriores a que ella se marchara dando un portazo. Después de que me hubiera dejado conmocionado con la noticia del bebé. Después de que me dejara lamiéndome las heridas que me infligió con sus palabras afiladas. Nunca la había visto tan enfadada, ni había oído tales palabras salir de su boca en un estallido de rabia. Había dolido más de lo que me gustaría admitir escuchar esas cosas, lo cual no significaba que no me las mereciera.

Me quedé un rato con sus palabras dándome vueltas en la cabeza, rumiando su ataque verbal.

Frío.

Cruel.

Insensible.

Lo más alejado de lo que se espera de un padre.

Ah, y la parte de que solo era capaz de sincerarme cuando estaba borracho.

Todo era verdad.

La había cagado. A lo grande. Me equivoqué al acusarla de lo que hice. Sadie apenas sería capaz de hacerle daño a una mosca, mucho menos de urdir un plan diabólico para quedarse con mi dinero. Era ridículo incluso pensar que fuera una mente maestra que había dejado la caja ante mi puerta y que hubiera entrado ilegalmente solo para seducirme. O ser seducida. Pero aun así. En mi estado de choque, mi cerebro indagó en escenarios imposibles, como si estuviera en modo de supervivencia. Intentó inventar algo, cualquier cosa, para alejarla a ella y a su embarazo.

Supe en cuanto cruzó la puerta que debería haber ido tras ella, pero no pude. El peso de todo me abrumaba. Además, ¿qué imagen daría si saliera corriendo detrás de ella? Ya habíamos montado una escena. Delante de Tanya junto a los ascensores. El eco del portazo de mi oficina tras ella. Los empleados ya estarían hablando de ello, estaba seguro. No necesitaba empeorarlo ni llamar más la atención sobre nosotros yendo tras ella como una especie de caballero andante. Algo que, definitivamente, no era.

Así que me quedé sentado mientras la palabra «embarazada» parpadeaba una y otra vez en mi mente, como un letrero de neón.

¿Pero qué cojones?

Nunca había querido ser padre. Ni siquiera me había acercado a imaginar cómo sería esa vida porque estaba totalmente fuera de la esfera en la que se había convertido mi existencia. Lo que yo había construido. No había sitio para un bebé, ni para una esposa, ya puestos, porque además de no querer ser padre, tampoco había querido nunca ser marido. No había casitas con vallas blancas en mi destino. Ni familias perfectas, como si tal cosa existiera. Ni casas grandes con columpios y un perro con el que jugar en el jardín trasero.

Quizá fuera porque mi propia infancia distó mucho del ideal de cuento de hadas, con un padre que nunca estaba y una madre que lo justificaba cargando con todo el peso hasta que se consumió por completo. Esa no sería *mi* vida.

Sin embargo, mientras estaba sentado en mi escritorio mirando la puerta cerrada y sentía la ausencia que Sadie había dejado abruptamente, me encontré curioseando sobre los «y si...» de cosas que nunca me había permitido ni considerar. La realidad de que iba a ser padre estaba calando. Este bebé iba a venir, me gustara o no. Aunque Sadie dejó claro que yo no era apto para ser padre. Un desafío que, extrañamente, me intrigó mientras jugueteaba con la idea.

¿Y si *pudiera* serlo? ¿Y si pudiera *hacer* que esto me gustara? ¿Y si nos diéramos una oportunidad y nos convirtiéramos en una familia?

Casi podía verlo. Ver a Sadie dando vueltas, con su pelo pelirrojo ondeando sobre su rostro sonriente mientras nuestro bebé reía en sus brazos. Sería una madre increíble. No cabía duda. Era fácil imaginarla asumiendo ese papel, pero era difícil imaginarme a mí mismo y dónde encajaría yo. Dejé que mi imaginación volara hasta el momento de llegar a casa del trabajo y ser recibido por una sonrisa sin dientes, mientras nuestro bebé gateaba hacia mí ante la mirada orgullosa de Sadie. Puede que no pudiéramos tener un gran jardín con césped. Mi ático tendría que bastar. Había lugares peores para vivir. Y esto era Nueva York. La gente criaba familias aquí todos los días.

Estas imágenes eran casi demasiado dulces. Demasiado imposibles como para dedicarles más tiempo.

Todo aquello era suficiente para hacerme reír a carcajadas tras mi escritorio mientras me pasaba las manos por las mejillas.

Era una locura absoluta, por no mencionar lo complicado que resultaba.

Sadie era mi *asistente*. No había firmado para ser la madre de mi hijo. Pero, por otra parte, *follar* tampoco formaba parte de la descripción del trabajo. Y aun así, nos había llevado a esto. Pronto, a Sadie se le empezaría a notar. En la oficina atarían cabos y, con el tiempo, los medios de comunicación también. Ya estaban interesados en mi vida, escribiendo artículos sobre mis proyectos empresariales o haciendo reportajes sobre mi perfil como CEO. Estaba en el ojo público y ya no había escapatoria.

Solo sería cuestión de tiempo que se enteraran de esto. Alguna fuente desconocida, o un empleado con sed de venganza o con la

vista puesta en un generoso pago, saldría a la luz con este secreto. Entonces el mundo sabría que he dejado embarazada a mi asistente. Y me enviarían a la hoguera por ello…

Ya podía ver cómo se desataba la pesadilla de relaciones públicas, todo porque no pude mantenérmela dentro de los pantalones.

Mis acciones caerían en picado. El departamento de recursos humanos haría una auditoría de mil demonios. Mi ética sería revisada y cuestionada. Mi negocio sería analizado con lupa. Los clientes se irían, al no querer ser asociados conmigo. Mi reputación quedaría arruinada.

Era un desastre que no podía permitir que ocurriera. Si Sadie insistía en seguir adelante con el bebé, tendría que mantener los detalles sobre nosotros bajo total confidencialidad. Le haría firmar un acuerdo de confidencialidad si fuera necesario. No iba a permitirme perderlo todo.

Pero antes de entrar en nada de eso, le debía una disculpa. Como mínimo, haría que nuestras próximas conversaciones, más difíciles, fueran más fluidas. Al menos, eso esperaba.

Dejé de dar vueltas y me acerqué a su puerta. Apreté los dientes antes de llamar con los nudillos contra la madera blanca.

Esperé un momento, pero no respondió.

Intenté llamar de nuevo, con más firmeza esta vez.

Seguía sin haber nada.

—Sadie… —llamé a través de la puerta—. Soy yo. Por favor, déjame entrar. Solo quiero hablar.

Escuché buscando cualquier señal de vida tras su puerta, pero no oí nada. El silencio era ensordecedor.

¿Qué esperaba? ¿Que abriera la puerta de golpe y me recibiera con los brazos abiertos?

Probablemente me estaba ignorando, como era de esperar, pero no podría seguir así para siempre. Trabajábamos juntos. Iba a tener a nuestro hijo.

Suspirando con aire de derrota, caminé de vuelta hacia el ascensor, pero en lugar de subir a mi apartamento, pulsé el botón del vestíbulo. No estaba preparado para sentarme en el silencio de mi propia y miserable compañía. Preferiría ir al bar del vestíbulo y ahogar mis preocupaciones con un vaso de bourbon. O dos.

Las puertas del ascensor se abrieron y no pude evitar buscar con la mirada por el vestíbulo una melena larga y cobriza. Al no encontrar nada, seguí caminando hacia el bar. Tomé asiento, desabrochándome la chaqueta azul pálido y soltando un largo suspiro. Estaba el camarero de siempre. Me saludó con la cabeza antes de bajar el bourbon de la estantería superior y servirlo en un vaso de cristal tallado. Lo deslizó por la barra.

—Gracias —dije con un gesto.

Él simplemente asintió de nuevo antes de atender a otro cliente al final de la barra. Claro, yo también estaba prácticamente solo aquí abajo, pero al menos tenía a un camarero que me conocía lo suficiente como para servirme sin necesidad de pedir.

Tomé un sorbo del líquido ambarino, dejando que reposara en mi lengua antes de sentir cómo bajaba por mi garganta. Solté un suspiro de alivio mientras me hundía en el taburete de cuero con respaldo de orejas. Quizá intentaría contactar con Sadie una vez más antes de que acabara la noche. No me iba a rendir con ella todavía.

Todo este lío podía solucionarse. Aunque no me había enfrentado exactamente a nada parecido antes, era un hombre de negocios. Y uno inteligente. Podríamos resolver esto de modo que mi carrera no estuviera en peligro.

Sintiendo un rayo de esperanza, tomé otro sorbo de bourbon y levanté la vista hacia la televisión que colgaba en la pared de azulejos azules tras la barra. Casi me atraganto con la bebida. La esperanza que sentía se extinguió rápidamente al ver un rostro familiar en la pantalla.

Anderson Bradley.

Se me heló la sangre al ver su pelo negro y sus ojos, aún más negros.

A pesar de oír su nombre ocasionalmente en la prensa, hacía años que no lo veía en persona. Y con razón.

Agucé el oído para escuchar lo que le decía a la entrevistadora, que lo miraba con ojos de cordero degollado. No estaba seguro de si iba a pedirle que se casara con ella o si se lo iba a follar allí mismo en directo. Intenté ignorar la distracción y centrarme en las palabras de Anderson.

—Estoy muy entusiasmado con esto, Debra. Se ha hecho esperar mucho tiempo. Un proyecto personal.

Me pregunté de qué estaría hablando con esa amplia sonrisa en la cara y ese brillo familiar en los ojos que significaba que tramaba algo malo. No tuve que preguntármelo mucho tiempo antes de que mostrara un libro en sus manos. Un libro con su cara en él, con la misma sonrisa que lucía ahora. Apenas tuve tiempo de leer las palabras blancas impresas en negrita que destacaban en la portada

antes de que el camarero pusiera el partido de hockey de esta noche.

De la calle a Wall Street.

Saqué rápidamente el móvil del bolsillo y tecleé el título del libro en Google, golpeando impaciente con el pie el peldaño inferior del taburete mientras esperaba a que se cargaran los resultados de la búsqueda. Por fin apareció una lista de enlaces y artículos de noticias. Pulsé el primero y descubrí que este libro era exactamente lo que temí cuando lo mostró. La autobiografía de Anderson. La historia de su vida, desde su infancia hasta el presente, como un exitoso agente de bolsa.

Cualquier otra persona compraría este libro pensando que le daría las claves del éxito. La motivación que necesitan para triunfar. Para mí, contenidas en sus 380 páginas, había oportunidades para destruir mi vida y la reputación que tanto me desesperaba proteger. Y por la que ya estaba luchando, especialmente ahora con este lío con Sadie.

Necesitaba saber qué ponía en ese libro.

Ahora mismo.

Capítulo 29

SADIE

¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Gabriella, con voz suave y precavida al otro lado de la línea.

El sonido del tráfico del atardecer me rodeaba mientras caminaba por las manzanas cercanas a mi edificio, creando una melodía extrañamente reconfortante de pasos arrastrados y bocinazos. No sabía cuánto tiempo llevaba fuera. Lo único que sabía era que, después de lo de hoy, necesitaba dar un paseo y hablar con mi mejor amiga.

—No estoy segura —dije en voz baja, apoyándome contra la pared de cristal del edificio de apartamentos. Me puse la mano sobre mi inexistente tripa, intentando sentir algo. Obviamente no una patadita, sino la sensación de que esto era *real*. De que esto estaba pasando. El impacto aún no se me había pasado, tanto por el hecho de estar embarazada como porque Jeremiah fuera el padre.

Todavía podía ver la palabra *embarazada* como si estuviera grabada en mi campo de visión, haciendo que todo lo demás perdiera importancia. Junto a ella, aún veía esa horrible mueca de desprecio en el rostro de Jeremiah cuando se enteró de que era el padre. Mi corazón se resquebrajaba un poco más cada vez que reproducía sus crueles palabras.

Me había temblado la voz al contarle todo a Gabriella, no porque temiera que me juzgara, sino por el dolor que me causaba todo aquello. Al principio se quedó de piedra. Absolutamente impactada.

Pero en cuanto salió de su estupor silencioso, se emocionó por el bebé, a pesar de que el padre fuera un imbécil, como había dicho a gritos por teléfono. Me sorprendió que los transeúntes no oyeran su voz atronadora.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites. Lo que sea.

—Gracias. Ojalá estuvieras aquí.

—Yo también. ¿Se lo has dicho ya a Erica?

—No, eres la primera a la que he llamado. Se lo diré pronto.

—Bueno, es un honor. ¡Voy a ser tía! —chilló emocionada.

—Te quiero, Gabs. Gracias por escucharme.

—Yo también te quiero, Sadie. Hablamos pronto.

Colgué y miré mi teléfono sonriendo. A pesar de las circunstancias, su entusiasmo hizo que mi preocupación disminuyera un poco. Seguía aterrorizada por lo que estaba por venir. Mi vida era un desastre. No era precisamente el escenario ideal para traer un bebé al mundo, pero sabía que tenía buenos amigos que me apoyarían. Eso era todo lo que necesitaba.

Bueno, y un apartamento nuevo y más barato.

Y probablemente un trabajo nuevo.

Y dinero suficiente para pagar mis deudas *y* prepararme para la llegada de un bebé.

Suspiré. Tendría que solucionarlo pronto. Me rugieron las tripas, indicándome que era hora de cenar. Me separé de la pared y doblé la esquina hacia las puertas del vestíbulo. Saludé al portero y crucé el vestíbulo a paso rápido y con la cabeza baja, no fuera a ser que me cruzara con Jeremiah. Pero cuando las puertas del ascensor se abrieron y salí, me quedé petrificada.

Allí estaba él, con el mismo traje azul entallado de hoy, apoyado en la pared junto a mi puerta. Resultaba casi irritante lo impecable que estaba, incluso después del día que habíamos tenido. No tenía ni un pelo fuera de su sitio. Solo por una vez, me encantaría verlo desaliñado o que perdiera la compostura. Incluso en Dallas, achispado por una botella de vino, seguía estando de ensueño. Maldito sea por ser tan guapo.

Tragué saliva mientras debatía si huir, pero entonces sus penetrantes ojos azules se encontraron con los míos. La tormenta de antes se había disipado, y ahora había algo distinto en su mirada mientras me observaba. Remordimiento. Ese pequeño destello de humanidad me hizo caminar hacia él.

Se separó de la pared al acercarme, todavía con las manos metidas en los bolsillos. —¿Podemos hablar? —preguntó suavemente.

—No tenemos nada de qué hablar —dije con frialdad mientras rebuscaba las llaves en el bolso.

—Sadie, por favor...

—No estoy de humor para que usted me pase por encima. —Saqué las llaves del bolso y las introduje en la cerradura. Antes de que pudiera girarlas, Jeremiah puso su mano sobre la mía. Lo miré bruscamente, intentando mantener mi gélida compostura.

—Por favor, entremos. Solo quiero hablar. Quiero pedirle perdón.

Arqueé una ceja y me mofé. —¿Usted? ¿Pidiendo perdón?

—Mire, a pesar de lo que pueda pensar de mí, soy capaz de sentir remordimiento. Y no soy tan orgulloso como para no pedir perdón cuando meto la pata.

Lo miré un momento más, perdida en sus ojos azules y en sus palabras, que parecían sinceras. Con su mano aún sobre la mía, giré la llave y empujé la puerta. Le hice un gesto con la cabeza para que entrara.

Dejé el bolso en la mesita de la entrada y me dirigí al sofá. Jeremiah vaciló un instante, preguntándose si debía sentarse conmigo, que estaba con la espalda recta y la barbilla en alto. Puede que le hubiera dejado entrar, pero mis sentimientos seguían siendo un revoltijo de ira y confusión.

Inspiró profundamente y se sentó conmigo en el sofá, asegurándose de dejar un buen par de palmos entre nosotros. Incluso con esa pequeña distancia, aspiré su intenso perfume e intenté no derretirme ante su aroma. Maldito sea por ser tan guapo. Y maldito sea por oler tan bien.

—He pasado todo el día pensando en cómo la he tratado —dijo en voz baja—. Me he portado como un imbécil.

—Eso es quedarse corto —mascullé.

Ignoró mi comentario mordaz y continuó: —Me asusté tanto cuando me dijo que estaba embarazada que me puse a la defensiva de inmediato. Cuando uno está en mi... posición, es difícil confiar en la gente. Es difícil saber qué quieren *realmente* de uno. Probablemente por eso tiendo a esconderme tras mi trabajo. Es más blanco o negro.

—Es una forma de vida muy triste —dije suavemente.

Se encogió de hombros. —Es la única que conozco, la verdad.

Asentí, un gesto para hacerle saber que aceptaba sus disculpas. Nunca entendería lo que era ser multimillonario o una persona con

poder, pero intenté ponerme en su lugar. Era verdad lo que decían: la cima es un lugar solitario.

—¿Cómo se encuentra usted? —preguntó.

Me encogí de hombros. —Igual. No lo sé. Supongo que esto explica los ataques de náuseas que he tenido.

Él asintió antes de mirar por la ventana que había detrás de mí. La oscuridad se había instalado, dejando que las luces de la ciudad compitieran con las estrellas. Parecía sumido en sus pensamientos antes de volverse de nuevo hacia mí.

—¿Qué necesita de mí? —preguntó.

Su pregunta me pilló desprevenida; su sinceridad me envolvió como un cálido abrazo. Pero una parte de mí seguía rechazándolo. Seguía cuestionándolo. ¿A qué venía esa amabilidad repentina? ¿Solo intenta protegerse, pensando que yo podría hacerlo público? Lo estudié brevemente, intentando comprenderlo.

—Nada —dije, aunque era mentira. Necesitaba mucho, pero este era un lío en el que me había metido yo solita. El bebé no. Claramente, eso era cosa de dos. Pero el hecho de estar endeudada en un apartamento que técnicamente no era mío era un problema que me correspondía resolver a mí.

Él ladeó la cabeza, sin creerme del todo.

—Tengo que pedir cita con el médico. —Me encogí de hombros—. Supongo que iré viendo sobre la marcha. No sé muy bien qué estoy haciendo. Todo esto es nuevo. —Miré alrededor del apartamento y suspiré—. Aterradoramente nuevo —susurré.

Tensó y relajó la mandíbula mientras seguía mi mirada por mi hogar temporal.

—También tengo que irme de aquí. Este apartamento es demasiado —dije, dejando que mis pensamientos fluyeran como una especie de lista de tareas pendientes.

Pareció ligeramente sorprendido. —¿Pero a dónde irá?

—Oh, tengo una amiga que probablemente me deje quedarme en su casa.

Erica era esa amiga, aunque aún no le había contado nada de esto. Sabía que me acogería sin dudarlo, pero odiaba pedírselo. Era una de mis mejores amigas, pero tenía sus propios problemas de confianza en lo que respectaba a la riqueza y el estatus. Al provenir ella misma de una familia adinerada, había rechazado esa parte de sí misma durante mucho tiempo por muchas de las razones por las que Jeremiah se escondía tras su trabajo.

—Al menos hasta que encuentre un apartamento que pueda permitirme. Buscaré un estudio o algo así. Los bebés no necesitan mucho espacio, ¿verdad? —Me reí suavemente, intentando aligerar el ambiente.

—No va a irse a vivir al apartamento de nadie —dijo Jeremiah con tono tenso.

—Eso no depende de usted.

—Deje que la ayude —dijo, acercándose un poco más en el sofá.

Lo miré con recelo.

—Venga a quedarse conmigo —continuó, cubriendo mi mano con la suya con delicadeza—. Tengo una habitación de invitados con una cama California King que tiene vistas a Central Park. También tiene baño propio, con bañera de hidromasaje incluida. Mi chef privado

puede cocinarle todas las comidas saludables que usted y el bebé necesiten. Deje que la cuide.

Todo sonaba como un sueño, pero los sueños siempre eran demasiado bonitos para ser verdad.

—¿A cambio de qué? —pregunté tajante.

—A cambio de que, por ahora, esto quede entre nosotros —dijo.

Arqueé una ceja inquisitiva.

—Si esto saliera a la luz, se armaría un buen lío. La prensa se daría un festín y el mundo me quemaría en la hoguera. ¿Se imagina si se enteran de que me estaba acostando con mi asistente y la he dejado embarazada? Me arruinaría.

Sus palabras fueron duras y me dolieron más de lo que me gustaría. Más de lo que él pretendía. Pero tenía razón. Sería el mayor escándalo del año, y yo no tenía ningún interés en ser el centro de atención.

¿Lo entiende, verdad? —preguntó Jeremiah, apretando mi mano.

Asentí solemnemente.

—Es que el primer año de negocio es crucial. No puedo fastidiarlo.

—Lo entiendo —dije, con la voz apenas por encima de un susurro.

Dolía, pero *sí* lo entendía. Era poco lo que pedía cuando él quería ofrecernos tanto a mí y al bebé. Me resultaba extraño lo dispuesta que estaba a aceptar que él cuidara de mí. Normalmente, era yo quien cuidaba de todo el mundo. Quizá fuera porque pensaba en el bebé. O quizá porque me gustaba la idea de pasar más tiempo con él.

—Gracias —dijo él aliviado—. Por ahora, nuestra relación y este embarazo deben mantenerse en secreto.

Mi cerebro se quedó bloqueado en una palabra, haciendo que mi corazón palpitara tontamente más de lo que me gustaría admitir.

—¿Relación? —pregunté.

—No le dé vueltas. —Me dio unas palmaditas en la mano antes de levantarse del sofá, dejándome llena de preguntas y de grandes esperanzas que sabía que podían desmoronarse fácilmente. Abrí la boca para indagar más, pero me lo pensé mejor.

Paso a paso.

—Haré que alguien venga este fin de semana a por sus cosas.

—La verdad es que no tengo mucho. Puedo hacerlo yo.

—Ni hablar. —Hizo un gesto restándole importancia.

La comisura de mi labio se curvó en una sonrisa. La primera que tenía en prácticamente todo el día. Me levanté del sofá y empecé a acompañarlo hacia la puerta.

—También puedo llevarla a su cita con el médico. Si quiere.

Lo volví a mirar, intrigada por este cambio repentino en él. Era muy distinto al hombre de hace unas horas. Así era como quería que fuera el padre de mi hijo. Esta versión de él.

—Eso estaría bien. —Le sonreí.

Me puso la mano en la mejilla y me miró. Me dejé llevar y me apoyé en su mano.

—Buenas noches —murmuró antes de retirar la mano y salir por la puerta.

Quizá todavía hubiera esperanza para él.

Capítulo 30

JEREMIAH

Después de marcharme del apartamento de Sadie la noche que le pedí perdón y le propuse que se mudara conmigo, pasé los dos días siguientes investigando quiénes eran los mejores obstetras de la ciudad de Nueva York. Ella no me lo había pedido, pero me bastaba con mirar sus ojos verdes, encendidos por una mezcla de preocupación y miedo en una danza frenética, para ver lo perdida que se sentía.

En realidad, no me había pedido nada en los pocos días que habían pasado desde que entró temblando en mi despacho con esa prueba de embarazo que cambió nuestras vidas para siempre. Quizás era por orgullo o por terquedad. O quizás porque yo me había portado de forma tan imbécil que sabía que era mejor no pedirme nada, a pesar de que yo fuera el padre de su bebé. De *nuestro* bebé.

Sea como fuera, estaba decidido a darle todo lo que necesitara. Quería cuidar de ella. Ahora que habíamos llegado al acuerdo de que esto seguiría siendo un secreto, sentí un alivio inmenso al ver que estábamos en la misma sintonía. Ella lo entendía. Nunca debí dudar de que lo haría. En los escasos dos meses que llevaba conociendo a Sadie, parecía entenderme mejor que la mayoría de la gente.

Tras encontrar al obstetra con mejores reseñas de la ciudad, hice una llamada y concerté una cita para Sadie. Con cuidado, omití mi nombre. Aunque los médicos eran discretos y debían cumplir ciertas leyes de privacidad, no estaba tan seguro de que el personal de recepción fuera tan propenso a seguir esos mismos procedimientos.

Un descuido con el nombre en un almuerzo con una amiga, y mi nombre saldría en los periódicos. Por suerte, no me preguntaron, y pude conseguir una cita para hoy mismo.

Pero aún tenía que decírselo a Sadie.

Cuando llegué a la oficina, ella ya estaba en su mesa, repasando su ordenador. Al verme acercarme, me dirigió una mirada curiosa, a la que respondí con una cálida sonrisa. Probablemente se preguntaba por qué su lista de tareas pendientes era una cuarta parte de lo habitual. No necesitaba que se agotara ahora que estaba al inicio de su embarazo. Además, mis días de poner a prueba si estaba a la altura del desafío de ser mi asistente personal habían terminado.

—Hoy hay poca carga de trabajo —dijo, con la mirada volviendo al resplandor de la pantalla del ordenador.

—Sí, bueno. Tienes mucho...

Casi digo «un bebé que criar», pero me detuve a tiempo.

—...muchas cosas de las que ocuparte —terminé.

Ella se rió suavemente.

—¿Puedes venir un momento a mi despacho? —pregunté, echando un vistazo casual a la oficina. Ahora que teníamos un secreto aún más grande que ocultar que el simple hecho de haber dormido juntos, tenía la guardia alta. Pero nadie parecía prestar atención a nuestra rutina habitual. Al fin y al cabo, ella *era* mi asistente.

Sadie asintió y se levantó de su mesa. Llevaba un vestido de tweed rosa pálido que realzaba su piel clara, y juraría que resplandecía más de lo habitual. Quizás fuera el embarazo, o quizás es que era así de hermosa, maldita sea. Se echó el pelo castaño sobre el hombro y caminó hacia mí. Mis ojos la recorrieron como solían hacer, pero se

detuvieron en su vientre. Por supuesto, aún no se notaba ninguna curva.

Todavía.

Sentí una breve punzada de pánico, sabiendo que no podría ocultar su embarazo para siempre. Podría intentar algunos trucos con la ropa para camuflar la tripa, pero al final no habría forma de esconderlo. Lo aparté de mi mente. *Una cosa cada vez.*

La seguí a mi despacho, cerrando la puerta con suavidad tras de mí. La última vez que estuvimos aquí, ambos nos habíamos dicho palabras hirientes de las que no estaba seguro de que pudiéramos recuperarnos. Y, sin embargo, aquí estaba ella. Dándome otra oportunidad.

—He concertado una cita para hoy.

—¿Una cita? —preguntó, arqueando una ceja con curiosidad mientras se acomodaba en el sillón frente a mi escritorio.

Me senté frente a ella, desabrochando los botones de la chaqueta de mi traje azul marino y acomodándome en mi silla.

—He encontrado a una obstetra brillante. No está lejos. En el Upper East Side.

—¿Ha buscado usted una doctora para mí? —preguntó sorprendida.

Me pregunté si estaría irritada conmigo. Si me habría pasado de la raya.

—Simplemente sé que está abrumada. Quería hacer algo para ayudar.

—Pero ya está haciendo mucho, Jeremiah.

—Apenas nada.

—Me va a dejar mudarme con usted. Me está dando tregua en el trabajo.

—Y voy a acompañarla a la cita de hoy… —dije con una sonrisa tranquila.

Ella abrió ligeramente los ojos.

—¿Si le parece bien? —pregunté con vacilación.

—Por supuesto. ¿Pero es *hoy*? —Se removió nerviosa en el asiento, colocándose un mechón de pelo tras la oreja.

—Es un momento tan bueno como cualquier otro. —Me encogí de hombros.

Ella asintió. Sabía que era mucho para ella. Para los dos. Esperaba no estar presionando demasiado. Solo quería hacer todo correctamente.

—Gracias —dijo con una sinceridad que se reflejaba en sus ojos, ahora empañados por las lágrimas.

—Eh, eh. No llores —dije suavemente, alargando la mano sobre mi escritorio como una invitación para que ella uniera la suya a la mía. Puso la suya con delicadeza en el centro de mi palma y me dejé embriagar por ese roce de calidez.

—Es que... está haciendo mucho por mí.

—Por *nosotros* —aclaré—. Por el bebé.

Tres horas más tarde, Sadie y yo le comunicamos a Tanya, en recepción, que salíamos para una reunión y para almorzar. Ella asintió, sin mostrar ninguna señal de que aquello fuera inusual. No lo era. Lo hacíamos todo el tiempo, solo que esta vez mentíamos al respecto. Sadie pareció soltar un pequeño suspiro de alivio cuando las puertas del ascensor se cerraron, envolviéndonos en la intimidad.

—No pasa nada —le aseguré, posando mi mano en la parte baja de su espalda antes de retirarla cuando las puertas se abrieron al vestíbulo.

Fuimos en mi coche oficial al alto edificio de ladrillo blanco donde teníamos la cita. Sadie alzó la vista hacia el pintoresco edificio, leyendo el nombre de la doctora en las letras doradas junto a la puerta. En ese momento, a los dos nos golpeó la realidad de lo que estábamos a punto de hacer. De lo real que se estaba volviendo todo esto.

—¿Estás lista? —pregunté con una soltura que fingí a pesar de mis nervios.

—¿Cómo puede estar tan tranquilo con esto? —preguntó ella, sacudiendo la cabeza mientras yo le abría la puerta de cristal del edificio.

—No lo estoy. Solo intento que te sientas mejor —Le guiñé un ojo.

Ella se rió suavemente antes de ponerse de puntillas.

—Gracias —me susurró al oído antes de presionar sus labios contra mi mejilla y pasar por mi lado.

En el vestíbulo, nos sentamos en uno de los sofás azul claro mientras Sadie rellenaba el papeleo. Observé a los recepcionistas con atención, pero no mostraron ninguna señal de saber quién era yo. Aun así, me mantuve discretamente de espaldas a ellos, salvo por algún vistazo ocasional por encima del hombro. Sadie llevó su carpeta con los documentos a la ventanilla de cristal y pronto nos llamaron para pasar.

En la sala de exploración, una enfermera tomó las constantes vitales de Sadie y charló amablemente sobre el hecho de que este fuera su

primer embarazo y lo emocionante que era. Pareció tranquilizar a Sadie, y deseé poder darle un billete de cien dólares solo por su amabilidad. Hizo que Sadie se hiciera otra prueba de embarazo en el baño antes de llevarla de vuelta para que se reuniera conmigo en la sala. Poco después, entró una mujer con el pelo azabache recogido en una larga trenza y ambos nos enderezamos un poco en el asiento.

—Hola, soy la doctora Lambert. Usted debe de ser Sadie —dijo cálidamente, tendiéndole la mano.

Sadie se presentó y le estrechó la mano, antes de que la doctora se girara hacia mí y me ofreciera la suya.

—Soy Jeremiah —dije, buscando en sus ojos algún signo de reconocimiento, pero por suerte no dejó traslucir nada. O tenía una cara de póker impresionante o no me conocía. Esperaba que fuera lo segundo.

—Veo en sus papeles que es su primer embarazo. ¡Qué momento tan emocionante! —dijo la doctora Lambert, sonriéndonos con entusiasmo a ambos mientras se sentaba en un taburete giratorio—. Según su prueba y lo que ha compartido en los formularios, el bebé tiene unas seis semanas.

Sadie se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos. Seis semanas sin saber nada. Le sonreí para darle seguridad.

La doctora continuó: —El bebé tiene más o menos el tamaño de un guisante. —Levantó la mano, juntando dos dedos para mostrarnos lo pequeñito que era.

—Vaya —dije, sacudiendo la cabeza—. Es tan pequeño.

Sadie se llevó las manos al vientre mientras bajaba la mirada con ternura, con los ojos empañados. Fue un momento precioso. Guardé una instantánea mental. La doctora Lambert nos dejó un momento para asimilarlo todo mientras seguía sonriendo, probablemente acostumbrada a ver este momento en todos los padres que pasaban por allí.

—Es pronto y seguro que resulta abrumador, pero ¿tienen alguna pregunta para mí? —preguntó la doctora Lambert, mirándonos a Sadie y a mí.

Las preguntas empezaron a brotar de mí inesperadamente. Pregunté por los alimentos que debía evitar, las vitaminas prenatales que debía tomar, qué síntomas vigilar. Eran todas las cosas que había leído por encima en los resultados de búsqueda cuando buscaba médico, y ahora todas volvían a mí en un torrente de curiosidad. La doctora respondió pacientemente a mis preguntas mientras Sadie me miraba con una pequeña sonrisa en los labios.

Una vez que hubo respondido a todas mis preguntas, y a las de Sadie cuando ella lograba meter baza, dijo:

—Haremos que vuelva en la semana doce para su primera ecografía.

Eso era dentro de seis semanas. Parecía una eternidad. Ya me sentía impaciente por saber que veríamos al bebé por primera vez.

—Mientras tanto, disfruten del momento. Felicidades a los dos.

Sadie y yo le dimos las gracias y ella salió de la sala con un pequeño saludo.

—Es increíble —dijo Sadie, con una amplia sonrisa—. Gracias por encontrarla.

—Faltaría más —Asentí.

—Y usted ha estado increíble. ¿Cómo sabía que tenía que hacer todas esas preguntas?

—Un poco de lectura ligera —respondí encogiéndome de hombros.

Ella sacudió la cabeza con asombro antes de que yo la ayudara a bajar de la camilla de exploración.

Encontramos una cafetería cerca de la consulta para almorzar, después de que insistiera en que Sadie comiera algo. Ahora comía por dos, le recordé. Ella puso los ojos en blanco, pero acto seguido pidió una ensalada, un sándwich de pollo a la plancha, patatas fritas y un té helado descafeinado. Me reí entre dientes antes de pedir una sopa de tomate, un sándwich de queso fundido y un té verde. Nos instalamos en una mesa situada en el rincón junto a la ventana y unas estanterías que albergaban una variedad de diarios encuadernados, artículos de papelería y algunos libros.

Mientras esperábamos la comida, sentí que se me encogía el estómago cuando mis ojos se posaron en el libro de Anderson en el estante de madera que teníamos al lado. Casi me había olvidado de él con todo lo que estaba pasando. Cogí un ejemplar del estante mientras Sadie sorbía su té helado descafeinado y admiraba la papelería. Intenté parecer despreocupado, sin rastro de pánico, mientras pasaba las páginas, buscando cualquier rastro de mí en la letra impresa.

—¿Qué está buscando? —preguntó Sadie con inocencia, sin tener ni idea de que yo tenía un pasado con el autor.

En ese preciso instante, mis ojos aterrizaron en un párrafo y la boca se me secó de inmediato. Se me quedó el estómago vacío.

¿Ese bastardo ni siquiera me ha cambiado el nombre?

Cerré el libro y lo devolví rápidamente al estante sin decir palabra. Antes de que Sadie pudiera preguntar nada, llegó nuestra comida como por una especie de intervención divina. Intenté apartar a Anderson y su libro de mi cabeza, a pesar de que me miraba desde la estantería, mientras observaba a Sadie, que masticaba alegremente sus patatas fritas.

Esto era lo que importaba. Anderson no merecía mi tiempo.

Capítulo 31

SADIE

Me apoyé contra la lisa pared blanca del apartamento, observando cómo dos hombres de la empresa de mudanzas entraban con carretillas y me miraban expectantes. Aunque le había dicho a Jeremiah que no necesitaba ayuda para subir mis cosas —o la falta de ellas— a su casa, él insistió.

—¿Por dónde empezamos, señorita? —preguntó uno de los hombres, mirando alrededor del apartamento como si intentara evaluar cómo jugar una partida de Tetris con los muebles—. Solemos empezar con las piezas más grandes, como el sofá o los muebles del dormitorio.

—Eh, bueno, todo eso se queda —dije con una sonrisa tímida. Me separé de la pared donde estaba apoyada y señalé las pocas cajas de cartón que se alineaban en el pasillo detrás de mí—. Esto es todo lo que me llevo.

Los dos hombres se miraron entre sí, confundidos, antes de mirarme a mí.

—Sé que les han contratado para una mudanza dentro del edificio, pero técnicamente este no es mi piso. Venía amueblado. Solo tengo ropa y algunos adornos.

Maldito Jeremiah por ponerme en esta situación algo incómoda. No quería que ninguno de los otros inquilinos lo viera ayudando con la mudanza por si levantaba sospechas o preguntas. Lo entendía,

aunque todavía no me sentaba bien en el estómago eso de ser su pequeño secreto sucio. Al menos, así es como se sentía.

—Está bien entonces —dijo el otro hombre.

Hicieron rodar sus dos carretillas y las cargaron con las cajas, llenas en su mayoría con mi ropa y zapatos, y algunos recuerdos. Los oí susurrar entre ellos mientras la luz de la mañana se derramaba sobre el suelo de madera.

—Teníamos todo el día reservado para esta mudanza...

—¿Qué hacemos ahora?

Me aclaré la garganta cortésmente. —Sé que no es mucho. Se les compensará igualmente por la jornada completa de trabajo —dije con un gesto tranquilizador. Salía del bolsillo de Jeremiah de todos modos, y sabía que a él no le importaría.

Ambos parecieron animarse ante eso y empezaron a cargar más rápido; pronto salieron del apartamento, llevándose todas mis pertenencias en un solo viaje. Resultaba extraño estar aquí de pie, sin nada propio, en el apartamento de un extraño que se había convertido en mi hogar en solo unos pocos meses. Agradecí en silencio al lugar por haberme acogido cuando necesitaba desesperadamente un sitio donde quedarme. Cuando necesitaba desesperadamente que mi vida cobrara sentido.

Si nunca me hubiera mudado aquí, nunca habría tenido ese encuentro fortuito con Jeremiah fuera del trabajo. Sin eso, me preguntaba si habríamos acabado aquí de todos modos, ahora que mis cosas iban camino del ascensor hacia su casa. Sonreí ante el pensamiento. No podía creer que estuviéramos dando este siguiente

paso, y que yo hubiera dejado que él me convenciera. La cautela que solía arrastrar se había disipado cuando él entró en mi vida.

Mi móvil vibró en la encimera de la cocina, cerca de mí.

Jeremiah: *¿Vienes?*

Sonreí ante esas dos palabras. Tan simples y, sin embargo, invitándome a este capítulo totalmente nuevo.

Yo: *Voy de camino.*

Eché un último vistazo al apartamento antes de salir por la puerta y cerrar con llave tras de mí.

Cuando Jeremiah abrió la puerta de su apartamento, me sorprendió verlo con un pantalón de chándal negro y una camiseta a juego que se ajustaba a sus músculos. Tragué saliva con dificultad, dedicándole un saludo nervioso desde el umbral. Él se limitó a reír entre dientes antes de dar un paso atrás y hacerme un gesto para que pasara.

—Bienvenida a casa —dijo con una sonrisa.

—Gracias. —Me reí suavemente, entrando en la casa. Solo había estado aquí aquella noche en la que irrumpí, y verlo a la luz del día lo hacía parecer mucho más grande. Lo observé todo con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres que te lo enseñe? —preguntó.

—Claro.

—Todas tus cosas están ya en tu habitación.

—*Todas* mis cosas —dije con sarcasmo—. Sabes que podría haberlo hecho yo sola.

—Lo sé, pero no deberías tener que hacerlo.

Me llevó más allá del salón, donde había llegado a conocerlo bastante bien, especialmente en el sofá. Me guio hasta la cocina,

que era prácticamente del tamaño de mi antiguo apartamento. Azulejos blancos en espiga cubrían las paredes entre las encimeras de mármol negro y los brillantes y modernos armarios blancos. Justo al lado de la cocina estaba el comedor, con una gran mesa rectangular de piedra rodeada de sillas tapizadas en color crema. Las paredes estaban cubiertas con un papel pintado oscuro y el techo adornado con una lámpara de araña dorada de estilo midcentury.

Continuamos por el pasillo a la izquierda, que conducía a su dormitorio. Era extraño saber que habíamos tenido tanta intimidad y que, sin embargo, nunca antes hubiera estado aquí. Era tal como esperaba, con cortinas gruesas que hacían juego con la estructura de la cama tapizada en color carbón, adornada con mesitas de noche de mármol blanco libres de cualquier desorden. Era moderno, minimalista, sexy. Era puro Jeremiah.

Después de enseñarme el resto de su baño privado, volvimos por el pasillo hacia el otro ala del ático. Me quedé asombrada de cómo parecía que no se terminaba nunca. Había dos baños más, incluyendo un aseo y un baño de invitados más pequeño, el cuarto de la colada, un despacho y, finalmente, mi habitación al final del pasillo.

Jeremiah se detuvo ante la puerta cerrada y me miró, con una sonrisa asomando a sus labios.

—¿Qué? —pregunté con curiosidad, arqueando una ceja.

—Nada. —Sacudió la cabeza—. Solo espero que te guste...

Empujó la puerta lentamente y solté un pequeño grito ahogado mientras mis ojos lo asimilaban todo. Era completamente diferente a su habitación, con su cama de dosel dorada y vaporosas cortinas

blancas cayendo sobre la parte superior. Las sábanas eran de un blanco inmaculado y estaban cubiertas por un edredón mullido en el que me daban ganas de zambullirme. A cada lado de la cama había mesitas de noche de madera blanca con dos pequeñas lámparas doradas. Cortinas traslúcidas adornaban las ventanas, dejando pasar la suave luz de la mañana que calentaba los suelos de madera. Era la habitación más bonita que había visto en mi vida.

—Jeremiah... —dije, mirándolo con asombro—. Es perfecta.

—Hice que mi diseñadora viniera a trabajar en ella los últimos días. Quería que te sintieras como en casa.

Mientras lo miraba sin palabras, me di cuenta de que *él* se sentía como mi hogar.

Di un paso hacia él y le rodeé el cuello con los brazos, alzando la vista hacia sus ojos que me observaban expectantes. Parecía un niño en Navidad esperando la reacción de sus padres ante un regalo hecho a mano. Era otra faceta de él que estaba descubriendo. Quería asegurarle que esto era más que suficiente.

—Gracias —susurré antes de ponerme de puntillas y presionar mis labios contra los suyos.

Mi cuerpo se fundió con el suyo, deseoso; mi lengua recorrió sus labios, abriéndose paso. Él deslizó la suya contra la mía lentamente antes de apartarse y mirarme.

—Estás contenta con ella, ¿eh? —preguntó con un rictus de sonrisa.

Puse los ojos en blanco antes de apretar mi cuerpo más contra el suyo y volver a atraer su boca a la mía, ansiosa por saborearlo de nuevo. Mientras nuestras lenguas se movían rítmicamente, sus manos descendieron, posándose en la base de mi espalda mientras

las yemas de sus dedos presionaban contra la fina tela de mi camiseta de tirantes. Su boca dejó la mía, recorriendo con besos mi mandíbula y bajando de nuevo por el lateral de mi cuello. Sus manos resbalaron hacia abajo, rodeando la parte trasera de mis pantalones cortos vaqueros, sus dedos rozando el dobladillo deshilachado.

Mientras su boca seguía lamiendo y provocando mi cuello, mis manos se desviaron hacia abajo. Ansiosa, deslicé la mano por la cintura de su chándal y rodeé su erección. Él dejó escapar un gemido bajo antes de susurrarme al oído.

—Vas directa al grano, ¿verdad? —Se rió entre dientes, y su aliento cálido me provocó escalofríos por la espalda.

Empecé a mover la mano arriba y abajo por su longitud. Lentamente al principio, antes de moverme más rápido. Su firmeza en respuesta hizo que mi interior doliera por sentirlo, y mis muslos ya empezaban a estar húmedos.

—Sadie —jadeó contra mi oído.

Fue suficiente para que me flaquearan las rodillas, pero seguí adelante, bombeando arriba y abajo su miembro más rápido. Sus manos agarraron mi trasero con más fuerza antes de tantear hasta que sus dedos deshicieron el botón, seguido de la cremallera, empujando los pantalones fuera de mis caderas. A continuación, tiró con avidez de mi culotte de encaje, bajándolo de un movimiento rápido. Me quedé sin aliento por lo rápido que me dejó medio desnuda. Y por cómo su miembro palpitaba en mi mano.

Retiré la mano, deslizando su pantalón de chándal por sus caderas hasta que cayó en un montón al suelo. Él salió de ellos de un paso y me agarró las caderas, guiándome hacia la cama. Mientras nos

movíamos como uno solo, me quité la camiseta por la cabeza. Sus ojos cayeron inmediatamente sobre el sujetador que recogía mis pechos, con los pezones erguidos bajo el encaje. Alargué la mano hacia atrás y desabroché el cierre, lanzando el sujetador a un lado apresuradamente. Ansiosa por que no hubiera nada entre nosotros.

Me empujó contra la cama mullida. Mis rodillas cedieron en el borde mientras caía hacia atrás. Me apoyé sobre los codos para contemplarlo por completo. Los músculos marcados. Su firme dureza. La facilidad con la que se quitó la camiseta por la cabeza, revelando su abdomen tonificado. Aspiré aire silenciosamente, con los ojos cayendo sobre su miembro en un deseo mudo.

Dio un paso adelante antes de subir sobre mí, cada movimiento intencionado y lento, como si saboreara mi cuerpo desnudo que se retorcía bajo él. Se agachó, con su pelo oscuro cayendo sobre su frente mientras tomaba mi pecho en su boca. Succionó suavemente, arrancándome un gemido bajo. A medida que su boca se volvía más firme, sus labios rodearon mi pezón mientras su lengua giraba a su alrededor, posicionó sus brazos a cada lado de mí.

Mis rodillas se abrieron aún más a cada lado, suplicando por él. Apartó los labios de mi pecho y se bajó sobre sus codos, de modo que su rostro quedó a apenas unos centímetros del mío. Nuestras respiraciones eran entrecortadas, sincronizándose mientras nuestros ojos se encontraban y permanecían fijos. Bajó la mano y rodeó su miembro con los dedos, guiándolo hacia mi entrada. Se hundió en mí lentamente, y se le cortó la respiración al mismo tiempo que a mí. Sus ojos azules se oscurecieron mientras empujaba lentamente más profundo dentro de mí.

Sostuve su mirada mientras él se retiraba despacio, centímetro a centímetro, antes de hundirse de nuevo. Era la sensación más divina y embriagadora. Nunca habíamos estado tan cerca. Tan sincronizados. Era como si nuestros cuerpos fueran uno solo, sintiendo cada pequeña pulsación de placer en el ritmo pausado que él mantenía. Me estreché con fuerza a su alrededor, mis manos rodeando su espalda baja, atrayéndolo más profundo dentro de mí.

Él soltó un gemido gutural y yo empecé a temblar a su alrededor mientras el sonido llenaba mis oídos. Mis dedos se hundieron en su piel, acercándolo aún más. Preguntándome si podía estar incluso más profundo. Como respuesta, se enterró más en mí antes de salir de un movimiento rápido y volver a hundirse en mi interior con urgencia. Bombeó más rápido, chocando contra mi clítoris incipiente.

Grité de placer mientras ambos llegábamos a un final explosivo. Mojado con su semen, continuó moviéndose dentro de mí lentamente mientras su miembro palpitaba.

—Joder —dijo antes de desplomarse sobre mí.

Nos quedamos allí sin aliento.

—Ahora que vas a vivir aquí, no sé cómo voy a contenerme —susurró contra mi cuello. Solté una risita, arqueando la espalda ante la idea, apretando mis pechos contra su pecho desnudo. Él se apoyó en el codo y me miró con expresión seria.

—Hablo en serio, Sadie. Si te *necesito*, te *tendré*.

Tragué saliva ante el delicioso pensamiento antes de atraer su boca a la mía para la segunda ronda.

Capítulo 32

JEREMIAH

Buenos días —dije desde la mesa del comedor mientras mis ojos recorrían el conjunto de dormir rosa a rayas de Sadie. Era el mismo que le había quitado la noche anterior antes de devorarla. Aunque su barriguita apenas empezaba a notarse, sus pechos parecían haber duplicado su tamaño. Era como si necesitara restricciones físicas para mantenerme alejado de ella.

—Buenos días —dijo ella con voz somnolienta, entrando en la cocina con paso suave.

—El café está listo —le grité.

—Gracias —respondió ella, reuniéndose conmigo en la mesa del comedor con la misma taza con huellas dactilares que parecía usar siempre. Una tacita ecléctica comparada con mis juegos de blanco y cristal que se alineaban en los armarios. Sadie apenas tenía nada cuando se mudó aquí hace un mes, pero las cosas que trajo le daban un toque de color al apartamento.

Se acomodó en la silla frente a mí, dando un sorbo al café mientras el vapor subía para besar su rostro lozano. Abrió su libro de *Qué se puede esperar cuando se está esperando* y comenzó a leer. Sonreí para mis adentros antes de volver a bajar la vista hacia mi teléfono, navegando por las noticias de la mañana. Esta rutina matutina nuestra se había convertido en una de mis partes favoritas del día, aparte de volver a vernos aquí después del trabajo, cuando la tensión sexual acumulada que habíamos tenido que reprimir en la

oficina llegaba a su punto crítico y sentíamos que íbamos a explotar si no hacíamos algo al respecto.

Una vez que terminé con el teléfono, me dirigí a la cocina para preparar torrijas, el antojo de la semana de Sadie. La semana pasada fue una tortilla de queso pepperjack con chiles verdes. La anterior, gofres belgas. Por suerte, mi chef personal había dejado preparado todo lo necesario para sus estados de ánimo siempre cambiantes en lo que respecta al desayuno.

—Torrijas, ¿verdad? —pregunté desde la cocina mientras abría el frigorífico.

—Sí. El bebé sigue empeñado en ello. Con extra de azúcar glas, por favor —respondió ella.

Me reí entre dientes y empecé a sacar la mezcla de huevo con azúcar moreno y canela, junto con el pan brioche de rebanada gruesa. Mientras empezaba a empapar el pan, Sadie entró en la cocina y dejó su taza vacía en el fregadero.

—Echo de menos esa segunda taza —suspiró con nostalgia antes de subirse a la encimera de mármol negro.

—Lo sé, pero ya has oído a la doctora. Tienes que limitar la ingesta de cafeína —puse el pan empapado en la sartén caliente sobre el fuego, y el huevo chisporroteó con fuerza.

—Quizá si no me hubieras mantenido despierta la mayor parte de la noche, no estaría tan cansada —dijo ella en tono juguetón.

—Tienes razón. Necesitas descansar. Según lo que he leído, deberías dormir al *menos* ocho horas.

—Entonces supongo que tendremos que empezar antes —dijo ella, mordiéndose el labio inferior.

Me reí a carcajadas. —Eres insaciable —negué con la cabeza mientras daba la vuelta al pan en la sartén.

—¡No puedo evitarlo! ¡Son las hormonas! —rio ella.

Me giré hacia ella, acercándola al borde de la encimera, donde me rodeó el cuello con los brazos; sus pechos turgentes se presionaron contra la tela sedosa de la parte superior de su pijama.

—¿Estás segura de que no soy *yo*? —pregunté, inclinándome y besando su mandíbula.

—Oh, *definitivamente* tienes algo que ver —respondió.

Podría poseerla allí mismo sin problemas. Mi creciente erección me lo suplicaba, pero nos arriesgaríamos a llegar tarde al trabajo. Gemí mientras apartaba a regañadientes la boca de su suave piel.

—Tienes que comer —dije con firmeza.

—Qué mandón —esbozó una sonrisa burlona.

Desayunamos allí mismo en la cocina, con Sadie sobre la encimera y yo apoyado a su lado; las torrijas prácticamente se deshacían en mi boca. Echaría de menos este antojo en particular.

Cuando terminamos, lavé los platos mientras ella iba a prepararse para el trabajo. Nuestra rutina era prácticamente la misma cada mañana. Ella salía hacia la oficina una hora antes que yo para no levantar sospechas. Lo mismo ocurría después del trabajo. Uno de los dos salía antes y esperaba ansioso en casa a que llegara el otro.

Salió de su habitación treinta minutos después, con su pelo pelirrojo recogido en un moño alto y un vestido recto de color crema. Silbé al verla. Ella me restó importancia con una risita antes de calzarse unos tacones blancos que traía en la mano. Admiré las curvas de su trasero mientras se agachaba para hacerlo.

—Deberíamos saltarnos el trabajo —dije.
—¿Ahora quién es el insaciable? —preguntó ella arqueando una ceja. Caminé hacia ella y la atraje contra mí. Se estiró y me dio un mordisquito en el labio inferior.
—Te veo luego —dijo, apartándose y cogiendo su bolso.
—¡Provocadora! —le grité riendo.
Su risa la siguió hasta que la puerta se cerró tras ella. Hoy iba a ser un día difícil. Poco me imaginaba yo...
Llegué a la oficina una hora después de que Sadie se fuera, con la ducha fría como única opción para calmar la excitación con la que me había dejado. Mientras recorría el pasillo hacia mi despacho, noté que me seguían miradas curiosas. Me aclaré la garganta y mantuve los hombros erguidos, tratando de no darle importancia, pero algo pasaba. Le hice un gesto con la cabeza a Sadie al pasar por su lado y entré en mi despacho.
Encendí el ordenador y me sorprendió ver que la bandeja de entrada de mi correo electrónico estaba atestada de mensajes sin leer del departamento de informática. Con curiosidad, abrí uno con el asunto: *Quizás quiera ver esto...*
Se me revolvió el estómago al ver una cadena de correos de esta mañana entre algunos de los empleados. En el hilo, estaban especulando sobre Sadie y yo. Un empleado suponía que nos estábamos acostando. Otro que yo le pagaba por sexo. Otro sugería que me estaba chantajeando para que le subiera el sueldo porque nos acostábamos. Otro aventuraba que estaba embarazada de gemelos.

Con el corazón empezando a acelerarse, seguí abriendo los diversos correos que me había enviado el informático, con más hilos de cotilleos sobre mi relación con Sadie. Todo estaba allí para que yo lo viera porque habían tenido la estupidez de comunicarse a través del servidor de trabajo, al cual sabían de sobra que yo tenía acceso. O al menos figuraba en la letra pequeña de sus contratos.

Cerré todos los correos. Había visto suficiente, y los rumores se volvían más disparatados a medida que seguía leyendo. Solté un largo suspiro y me eché hacia atrás en la silla, tratando de ordenar mis pensamientos.

¿Cómo se habían enterado de lo nuestro? Habíamos tenido *mucho* cuidado. Calculábamos rigurosamente nuestras horas de llegada y salida para no entrar ni salir nunca juntos. Incluso en el apartamento, nunca se nos veía juntos. Por lo que ellos sabían, Sadie seguía viviendo en el piso de abajo, sobre todo porque yo me había hecho cargo del pago de su Airbnb para no levantar sospechas entre los demás inquilinos o el personal. Aquí en el trabajo, siempre que Sadie entraba en mi despacho, las persianas estaban subidas y la puerta abierta. Estábamos siempre a la vista de cualquiera que pasara. Nuestros correos electrónicos mutuos eran estrictamente profesionales. Simplemente no lo entendía.

Todo había ido de maravilla, y ahora estos rumores lo destruirían todo.

Tenía que hablar con Sadie, pero no iba a llamarla aquí cuando sabía que todos nos vigilaban como halcones. Miré por la puerta y la vi en su mesa charlando con Tanya. Parecía ajena a los correos que habían estado circulando. Aún no debía de saberlo.

Salí de mi despacho, dedicándole a Tanya un frío asentimiento que hizo que se irguiera un poco más. Ignoré el hecho de que no estuviera donde debía estar y me dirigí a Sadie.

—Tengo una reunión a la hora del almuerzo a la que necesito que me acompañes.

—Sí, por supuesto —dijo Sadie, interpretando su papel de asistente solícita.

Caminé hacia el ascensor, apenas dándole tiempo a recoger sus cosas. Oía sus pasos apresurados mientras intentaba seguir el ritmo de mis largas zancadas. Entré en el ascensor; ella me alcanzó justo cuando unos susurros apagados entraron tras nosotros antes de que las puertas se cerraran.

—Eso ha sido raro —murmuró Sadie.

—Lo *saben* —dije bruscamente, pulsando el botón del vestíbulo.

—Espera. ¿Qué? —preguntó ella con sorpresa.

—Lo saben —repetí—. Se han estado enviando correos sobre nosotros. Especulando. Difundiendo rumores.

—¿Qué clase de rumores? —preguntó Sadie preocupada, con sus ojos verdes recelosos.

—Del tipo que dicen que nos estamos acostando y que estás *embarazada*. —Mi voz bajó a un susurro en esa última palabra mientras mis ojos recorrían el vientre de Sadie. No se le notaba nada. Simplemente parecía que quizá hubiera desayunado mucho.

Las puertas del ascensor se abrieron y salí rápidamente hacia las grandes puertas de cristal que daban a la calle, donde mi coche oficial ya me esperaba. Un lugar privado donde podríamos llegar al fondo de esto. Sadie me siguió rápidamente, salió a la calle y se

subió al asiento trasero. Cerré la mampara de privacidad que nos separaba de la parte delantera antes de girarme hacia ella, que estaba sentada con los ojos como platos.

—Lo *saben*. Y quiero saber cómo —dije, entrecerrando los ojos.

—¿Crees que es culpa *mía*? —preguntó ella, arqueando las cejas.

—Yo no se lo he dicho a nadie. Así que, ¿de qué otra forma podrían haberse enterado?

—Jeremiah —empezó ella, buscando mi mano con calma—. Mis dos mejores amigas son las únicas que lo saben, y ellas *nunca* traicionarían mi confianza. Además, no conocen a nadie de la oficina. No tiene sentido.

—Quizá la gente simplemente haya atado cabos. He tenido que ir corriendo al baño unas cuantas veces. También he estado hipersensible a los olores últimamente, sobre todo en la sala de descanso. He tenido que irme un par de veces. ¿Te puedes creer que Tanya trajo ensaladilla de huevo un día? —Su rostro perdió el color ante el recuerdo.

Negué con la cabeza. —Es imposible que alguien haya estado prestando tanta atención. O se lo has dicho tú o tus amigas.

—No puedo creer que me acuses de haber dicho nada —espetó ella, recuperando el color en las mejillas a causa de la rabia—. Ni que mis amigas lo hayan hecho. Confío en ellas ciegamente.

—Pues yo no. No las conozco. Joder, si apenas te conozco a ti.

La forma en que el rostro de Sadie decayó ante esas últimas palabras me indicó que me había pasado de la raya. Me arrepentí de lo que dije de inmediato, pero estaba demasiado enfadado para pedir perdón.

Sadie ni siquiera me dio la oportunidad antes de soltar sus propias y punzantes palabras. —Eres increíble, ¿lo sabes? —dijo con dureza—. Actúas como si no hubiéramos pasado los últimos meses juntos. ¡Maldita sea, hemos vivido juntos el último mes! ¿Y no me *conoces*? —Se rio con amargura.

—Tal vez tú no me conozcas a *mí*. Pero yo a *ti* sí. Eres un abusón. Un obseso del control —continuó—. No puedes controlar a todo el mundo en tu vida, estén o no en tu nómina. Estas cosas pasan. ¿De verdad pensabas que la gente no iba a hablar? No es que pudiéramos ocultar esto para siempre. Tienes que dejarlo pasar.

Tenía razón, y yo lo sabía. Solo que no pensé que tuviéramos que lidiar con todo esto todavía. Pensé que teníamos tiempo.

—Creo que es mejor que no vengas a la cita para la ecografía hoy —murmuró suavemente.

Aquello me causó una brecha interna. Los dos llevábamos semanas esperando esta cita. Abrí la boca para protestar, pero Sadie se limitó a negar con la cabeza.

—Necesito espacio —dijo.

Abrió la puerta del coche y la cerró tras de sí. Lo único que pude hacer fue observar cómo regresaba al edificio. Deseaba poder ir tras ella y arreglar esto, pero no podía. No bajo las miradas vigilantes que pesaban tanto sobre mí. Sobre nosotros.

Capítulo 33

SADIE

Luché contra las lágrimas mientras cruzaba el vestíbulo de vuelta al ascensor, donde acababa de descubrir que en la oficina sabían lo de Jeremiah y lo mío. Aunque acababa de decirle que *se aguantara*, no era capaz de cruzar las puertas correderas doradas sabiendo que estaban a punto de llevarme a una sala llena de susurros y miradas de juicio. En su lugar, me dejé caer en un sofá cercano e intenté recobrar la compostura.

Miré a través de las puertas de cristal y vi que el coche de la empresa se había ido, y Jeremiah con él. Sacudí la cabeza frustrada. Había sido *yo* quien dijo que necesitaba espacio, así que ¿por qué me molestaba tanto que me lo diera? Su ausencia era palpable mientras el frío del vestíbulo me calaba la piel. Me estremecí ligeramente, pasándome las manos por los brazos erizados de vello.

No lograba entender cómo habíamos pasado de la cercanía que hemos compartido esta mañana desayunando torrijas a esta distancia que ahora se sentía como un abismo entre nosotros. Todo había ido tan bien. Perfecto, incluso.

Aunque al principio dudé cuando Jeremiah me propuso mudarme con él, le había cogido gusto a compartir el mismo espacio. Sí, era difícil mantener lo nuestro en secreto en la oficina, o para el mundo entero, en realidad. Pero también tenía algo de emocionante. Incluso de sexy. Quizá fueran solo mis hormonas, o el hecho de

tener que contenerme cuando estábamos en el trabajo, pero me volvía loca. Ya estaba loca por él, pero ahora rozaba la adicción.

Cada vez que nos reuníamos tras un largo día en la oficina, era quitarse la ropa, las manos en el pelo y los labios sobre la piel en el mismo instante en que uno de los dos cruzaba la puerta. Tenía razón. Yo *era* insaciable. Especialmente después de pasar horas viendo cómo se movía con tanta confianza en su traje, con sus músculos marcándose bajo la tela mientras caminaba por la oficina. O cuando me pillaba con sus ojos azules puestos en mí, oscurecidos por el deseo. Una tormenta perfecta en la que quería perderme allí mismo. O cuando su mano rozaba discretamente el dobladillo de mi falda. Era un milagro que hubiéramos mantenido el tipo con la temperatura tan alta que alcanzábamos cuando estábamos en la misma habitación.

Y no era solo el sexo. Había empezado a conocer de verdad a Jeremiah. El lado dulce que vi de él en Dallas no era más que el principio; las capas estaban empezando a desprenderse. Descubrí que tenía diferentes risas. Una carcajada genuina y sonora que a veces lograba arrancarle y otra ante la extravagancia de un reality de citas. Una risa sarcástica que me llegaba a los oídos como una mueca burlona. Una risa baja que me enviaba un escalofrío por la espalda. Todas ellas eran música para mis oídos.

Me di cuenta de que poseía algo más que trajes, y que le gustaba llevar pantalones de chándal por el apartamento. Unos grises se convirtieron pronto en mis favoritos, sobre todo cuando deambulaba sin camiseta. Le quedaban perfectos en la cadera, revelando esa V profunda que me había llevado a más orgasmos de los que había

experimentado en toda mi vida. Además de estar increíblemente sexy, el chándal y las camisetas que usaba lo hacían parecer más relajado. Más *real.*

Y me había estado cuidando. Desde aquel día en que se presentó en mi apartamento con una disculpa y yo me convencí de que no lo aceptaría tras nuestra pelea, se había hecho un hueco de nuevo en mi vida y no había dejado de cuidarme desde entonces. Me preparaba el desayuno cada mañana con la ayuda de su chef personal, a quien había ordenado cocinar platos sustanciosos y nutritivos para mis comidas y cenas. Me preparaba baños con velas bordeando la bañera y aceites esenciales relajantes, a los que a menudo le invitaba a unirse conmigo.

Había estado leyendo mi libro sobre bebés, aprendiendo todo lo necesario sobre el embarazo y lo que vendría después. Para alguien a quien le aterraba de muerte ser padre, lo estaba haciendo de maravilla, y eso que el bebé ni siquiera había llegado todavía.

Pero ahora, Jeremiah había tenido que ir y echarlo todo a perder.

¿Por qué tenía que ponerse así?

Sabía que los rumores por la oficina no eran ideales, especialmente cuando ambos habíamos acordado mantener esto en secreto. Sabía cuánto se jugaba él. La prensa jugaba sucio. Podían adorar a una persona un día y cancelarla al siguiente, causando daños irreparables en sus vidas. En sus negocios. Pero nuestro secreto tendría que salir a la luz tarde o temprano. ¿No? ¿O es que Jeremiah se avergonzaba tanto que yo y el bebé seríamos siempre un secreto?

De repente, sentí que no era lo suficientemente buena para él. ¿No me lo había dejado claro desde que empecé en este trabajo? Pero yo había hecho progresos desde entonces, encontrando mi lugar y defendiéndome, no solo con él, sino con otros en la oficina. Quizá era por el bebé que había encontrado esta fuerza recién descubierta. Quería que él o ella estuviera orgulloso de mí como madre, aunque a veces significara enfrentarme a su padre. En aquellos momentos de nuestras tontas riñas por reuniones o citas, por muy frustrado que estuviera Jeremiah, siempre había un atisbo de orgullo. Quizá solo me lo había imaginado.

Una sola lágrima cayó ante el pensamiento antes de que me la secara rápidamente. Miré alrededor del vestíbulo por miedo a que alguien estuviera ya especulando sobre por qué estaba aquí abajo sola llorando. Me levanté rápido y salí de nuevo por las puertas del vestíbulo para pedir un taxi. Solo necesitaba un tiempo lejos de la oficina y de todo el lío que albergaba. Tenía previsto almorzar temprano de todos modos, así que bien podría relajarme sola antes de ir a la cita de la ecografía.

Hice que el taxista me dejara en la misma cafetería en la que Jeremiah y yo habíamos comido después de nuestra primera cita médica. Tras pedir, busqué una mesa en un rincón y miré hacia la misma mesa en la que habíamos comido aquella vez. Estaba ocupada por una pareja claramente encadilada el uno con el otro. Apostaría a que estaban en su tercera cita. Mi corazón anhelaba tener lo que ellos tenían, pero solo lo quería con Jeremiah.

Comí mi crema de brócoli y queso y mi panini de verduras sumida en mis propios pensamientos; las conversaciones de los demás clientes

se desvanecían en un murmullo sordo. No podía creer que hubiéramos estado aquí hacía solo seis semanas, después de saber que, efectivamente, estaba embarazada. En aquel momento, el bebé tenía el tamaño de un guisante. Según mi libro de bebés y la aplicación de Jeremiah que consultaba semanalmente, ahora el bebé tenía el tamaño de una ciruela. Era difícil de imaginar. Me puse la mano sobre el vientre y la mantuve allí con una mezcla de amor e incredulidad.

Una hora después, estaba de nuevo en la sala de espera de la consulta del médico, esperando a que me llamaran e hipercentrada en el hecho de que Jeremiah no estaba sentado a mi lado. Estaba a la vez enfadada y triste, sabiendo que ambos habíamos contribuido a alejarnos hoy. Seguía sin haber superado que me hubiera culpado de habérselo contado a alguien que no fueran mis dos mejores amigas, a las que ni siquiera conocía, pero a las que ya había juzgado como poco fiables. ¿De verdad esperaba que pasara por todo esto sin hablar con nadie?

Aun así, la culpa empezó a corroerme por el hecho de que él no estuviera aquí, pero antes de que pudiera llamarlo, la técnica de ecografías me llamó a la sala. Una vez que me hube puesto una bata rosa, me tumbé en la camilla de exploración mientras la técnica aplicaba un gel transparente sobre mi vientre desnudo. Me estremecí por el frío antes de acomodarme de nuevo en la camilla, mirando ansiosamente la pantalla.

La técnica movió el transductor por mi vientre, hasta que se detuvo y señaló la pantalla.

—Eso —señaló una mancha blanca—, es su bebé.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Vaya —susurré asombrada.

—Voy a tomar unas cuantas fotos ahora y luego podremos escuchar el latido.

Asentí, con los ojos fijos en la pantalla. En nuestro bebé.

Si pensaba que aquello era especial, nada podría haberme preparado para el sonido de su corazón llenando la habitación. Entonces no pude contener las lágrimas. Dejándolas caer, me empapé del sonido de la vida que sonaba como una melodía. No se parecía a nada que hubiera experimentado jamás.

Después de mi cita, lo único que quería era ir junto a Jeremiah y contárselo todo. La culpa me consumía por dentro por haberlo rechazado y no haber dejado que experimentara lo que yo experimenté en aquella sala. Le había arrebatado un momento importantísimo. Estaba desesperada por que volviéramos a estar en sintonía, no solo por nosotros, sino por nuestro bebé, que ahora era mucho más real.

Mientras caminaba por la acera buscando un taxi que me llevara de vuelta a la oficina para verlo, pasé por delante de una librería. En el escaparate, en un estante, estaba el mismo libro que Jeremiah había cogido en nuestra comida de hacía semanas. El mismo que vi en la cafetería mientras almorzaba hoy. Esta vez, algo en el rostro del hombre de la portada me llamó. Me detuve y empujé la gran puerta de madera para entrar.

Encontré el libro de tapa dura en una mesa con un cartel de autobiografías. Algo en la cara de Jeremiah cambió cuando vio este libro, como si se hubiera quedado sin sangre. Cogí el brillante libro

negro y le di la vuelta para leer la contraportada buscando alguna pista del porqué. Leí que trataba sobre un exitoso corredor de bolsa de Nueva York que se había hecho a sí mismo, que venía de la nada y tuvo que luchar para hacerse un hueco en la Gran Manzana. Fruncí los labios y me encogí de hombros, pensando que sería solo otro libro de autoayuda.

Aun así, la curiosidad me hizo abrir el libro y hojear las páginas. Me detuve en seco al ver el nombre de Jeremiah impreso en blanco y negro. Manteniendo el libro abierto, miré más de cerca como si mis ojos me estuvieran engañando, pero no. Allí estaba el nombre de Jeremiah, su nombre completo, devolviéndome la mirada. Llevé rápidamente el libro a la caja, lo pagué y me acomodé en un sillón orejero en un rincón de la tienda.

Abrí el libro de nuevo, escaneando las páginas en busca de cualquier mención a Jeremiah, y había bastantes. Demasiadas para sentarme aquí a leer durante horas. Estaba a punto de cerrar el libro y guardarlo para más tarde, pero me frené en seco en uno de los párrafos. Sentí como si el corazón se me quedara de pronto atrapado en la garganta antes de caer al suelo. Volví a leer las palabras para asegurarme de que no me estaba volviendo loca, pero no había error en la letra impresa.

Saqué el móvil con dedos temblorosos y llamé a Gabriella.

—¡Hola, mami! ¿Qué tal la ecografía? —preguntó, emocionada. Había estado esperando con ansias este día, haciéndome prometer que la llamaría justo después.

—Tiene antecedentes penales —solté en voz alta antes de taparme la boca con la mano, avergonzada, al ver que otros en la librería me

miraban. Algunos con curiosidad, otros molestos. Al fin y al cabo, estábamos en una librería. Cerré el libro y me dirigí a la puerta, necesitando aire fresco y asustada por cualquier arranque que pudiera tener.

—¿Quién? ¿El bebé? —preguntó Gabriella con una risita.

—No. Jeremiah —siseé por el teléfono.

Capítulo 34

Jeremiah

Llevaba la última hora caminando de un lado a otro en mi despacho, con las persianas bajadas y la puerta cerrada, ya que estaba solo. Era plenamente consciente de mi soledad mientras esperaba cualquier señal de que Sadie regresara a la oficina; aguzaba el oído ante cualquier sonido de pasos que se aproximaran. Pero nunca hubo un golpe en la puerta ni el sonido familiar de su voz al otro lado.

Llevaba horas fuera. Yo había vuelto al trabajo sin ella, desmintiendo nuestra historia de que íbamos a una reunión con almuerzo temprana. Tuve que enfrentarme yo solo a los susurros y a las miradas curiosas mientras caminaba por el pasillo, rodeado de empleados idiotas que eran demasiado cobardes para acercarse y preguntar la verdad por sí mismos. Por muy estoico que intentara mantenerme, sentía que me desmoronaba bajo el peso de todo.

Cuando Sadie me dejó en el coche oficial tras soltarme aquellas palabras mordaces, le pedí a mi chófer que me llevara por la ciudad

sin ningún destino en particular. Durante el trayecto, esperaba tener noticias de Sadie, que me dijera que había cambiado de opinión sobre lo de no dejarme ir a la cita de la ecografía. Estaba muy equivocado. Cuando vi que el reloj del salpicadero marcaba las once, la hora de su cita, supe que hablaba en serio cuando decía que necesitaba su espacio. Debería haberlo sabido por la expresión de su mirada penetrante; sus ojos eran de un verde bosque profundo cargado de dolor. Había ido demasiado lejos. Otra vez.

No es que quisiera herirla, pero últimamente parecía ser lo único que se me daba bien hacer. Era como si perdiera el control cuando mi vida no estaba en mis manos, y últimamente se me escapaba entre los dedos como arena. Cuanto más intentaba aferrarme a ella, controlarla, más rápido se escurría. Primero, con la noticia del bebé y ahora con la noticia de que toda la oficina lo sabía, no reconocía mi vida como mía.

Suspiré pesadamente, dejándome caer en la silla de mi escritorio. Mi impaciencia resultaba agotadora. Alargué la mano hacia el teléfono que estaba sobre la mesa, pero la pantalla carecía de notificaciones. No había ni rastro de Sadie. Debatí conmigo mismo si llamarla, pero recordé lo que había dicho.

Necesito espacio.

Sabía que debía respetar eso. Sin embargo, no podía esperar aquí ni un minuto más. La presión del exterior de mi oficina parecía estrecharse sobre mí. Quería irme a casa. Quizá cuando Sadie llegara a casa, estuviera dispuesta a hablar de esto. Estaba ansioso por saber cómo había ido la cita. Aún más ansioso por ver las imágenes que probablemente le habrían dado en la ecografía. Sabía

que no debía esperar mucho. El bebé apenas tendría el tamaño de una ciruela, pero no por ello dejaba de ser emocionante.

Apagué el ordenador y me levanté de la silla, alisándome el traje negro y abrochándome la chaqueta. Me ajusté la corbata y ladeé el cuello hacia ambos lados. Era como si estuviera a punto de ir a la guerra. Caminé hacia la puerta y respiré hondo antes de abrirla y salir fuera. El escritorio de Sadie seguía vacío. El resto de la oficina guardó silencio abruptamente. Aquel silencio me cabreó.

Caminé por el pasillo hasta el centro de la sala, me aclaré la garganta y me mantuve firme. Casi todos me miraron con recelo desde sus puestos, pero había unos cuantos con una leve mueca de satisfacción asomando a sus labios. Estaban disfrutando de que mi vida se estuviera desmoronando poco a poco. Tenía ganas de borrarles de un guantazo esas expresiones de la cara, pero ya estaba en suficientes problemas. No podía permitirme una demanda.

—Soy consciente de lo que se dice por la oficina —dije en voz alta mientras giraba lentamente para encontrarme con los ojos de todos —. Tengo todos y cada uno de los correos electrónicos que se han enviado con respecto a Sadie Lane y a mí.

Oí varios jadeos audibles y vi cómo a algunos se les abrían los ojos de par en par. Resultaba satisfactorio verlos inquietarse. No era de extrañar que quisieran ridiculizarme o arruinar mi vida difundiendo rumores. Yo era el jefe malvado.

El capullo del jefe.

Pero también se lo estaban haciendo a Sadie. Alguien que siempre se había portado bien con todo el mundo, incluso en exceso. Pensarlo me cabreó aún más.

—Tenedlo en cuenta la próxima vez que queráis especular sobre la vida personal de vuestro jefe.

Dicho esto, di media vuelta y caminé hacia el ascensor. Sabía que en cuanto se cerraran las puertas, no harían falta correos electrónicos de ida y vuelta. Los chismorreos llenarían la sala en mi ausencia. Que así fuera. Al menos, por ahora, se limitaban a la oficina.

O eso creía yo…

Al salir del ascensor, me esperaba una mujer con un elegante traje de pantalón negro. La fulminé con la mirada al pasar de largo; sabía exactamente quién era: una reportera del *New York Times.*

—Perdone —me llamó, y el *clic-clac* de sus tacones resonó detrás de mí.

Seguí caminando, pero eso no impidió que me siguiera. Que hiciera preguntas.

—¿Es cierto que va a ser padre?

—¿Es cierto que la madre es una empleada?

—¿Es esa empleada su asistenta?

—¿Qué opina Recursos Humanos al respecto?

—¿O es que eso no se aplica cuando usted es el director general?

—¿Cómo influye su relación en la política de la oficina?

—¿Le pagó para que se acostara con usted?

La última pregunta hizo que me diera la vuelta bruscamente para encararla. Tenía la grabadora en alto, a pocos centímetros de mi cara, ansiosa por captar cualquier cosa que tuviera que decir. Sentí cómo la rabia empezaba a treparme por el cuello mientras miraba a la mujer pequeña y rubio platino que tenía ante mí, que tenía toda la intención de arruinarme la vida, pero la reprimí. Sabía que no debía

montar una escena cuando la prensa estaba de por medio. Además, todo el mundo en el vestíbulo estaba observando la escena que se desarrollaba ante ellos.

—No tengo nada que comentar en este momento —dije con calma.

Atravesé las grandes puertas de cristal del edificio y caminé hacia mi coche oficial que me esperaba. Mi tabla de salvación. La reportera me siguió hasta la puerta del coche, acribillándome a preguntas. Era implacable. No fue hasta que le cerré la puerta en las narices cuando su voz se desvaneció mientras el coche se alejaba del bordillo. Mi chófer me miró receloso por el espejo retrovisor.

—¿A dónde, señor? —preguntó.

—A casa. Y rápido. Antes de que tenga oportunidad de seguirnos.

Él asintió, pisando el acelerador.

Sabía que la prensa acabaría enterándose de la historia. Simplemente no me di cuenta de lo pronto que ocurriría. Alguien les había ido con el cuento, probablemente por una suma considerable. Fruncí el ceño, mirando por la ventana cómo la ciudad pasaba como un borrón. ¿Cómo había podido ocurrir esto? Tenía que haber sido Sadie a quien se le escapó accidentalmente y no se acordaba. Leí que existía el cerebro del embarazo. O quizá sus amigas no eran tan de fiar como ella pretendía.

Sucediera como sucediera, ya no había forma de pararlo. Era como un incendio forestal que no iba a hacer más que extenderse. Tenía que adelantarme a esta historia, darle un enfoque positivo. Era la única manera de asegurarme de que mi empresa no se hundiera, y mi reputación con ella.

Cuando el coche oficial se detuvo ante la entrada de mi edificio, le pedí al chófer que comprobara los alrededores antes de abrir la puerta. Cuando consideró que estábamos a salvo de la reportera con pelo de hada, abrió mi puerta y yo entré apresuradamente por la puerta ya abierta del edificio. Era como si el portero supiera que necesitaba escapar. Le di un asentimiento de agradecimiento mientras entraba en el vestíbulo. Aquí no había ni rastro de la reportera. Tendría que hablar con recepción para actualizar las medidas de seguridad.

Estaba a punto de dirigirme allí cuando vi una cara familiar a unos metros, en el bar. Reconocería esos ojos sin alma en cualquier parte, y ahora me miraban por encima de un vaso de whisky que seguramente ocultaba una sonrisa tortuosa.

Anderson.

Era el peor momento posible, y sabía que no era casualidad. No creía en las casualidades, sobre todo cuando se trataba de él. Me acerqué a grandes zancadas, notando cómo sus ojos me observaban con deleite, como un gato que juega con un ratón muerto. Lástima que no captaran ese lado retorcido cuando le fotografiaron para su libro. Nadie lo compraría.

—Anderson —dije con un cabeceo mientras me acercaba a él, que estaba sentado en una pequeña mesa circular. Qué casualidad encontrarte aquí.

—¿A que sí? —preguntó, dándole un sorbo al whisky. Cuando bajó el vaso, esa familiar sonrisa de serpiente se deslizó por sus labios, enviándome un escalofrío por la espalda. Su pelo negro engominado

combinaba con el vacío de sus ojos, como si estuviera hablando con el mismísimo diablo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, yendo directo al grano.

Se reclinó en su silla y estiró los brazos, disfrutando claramente de mi impaciencia por saber por qué demonios volvía a entrar en mi vida en este momento.

—Pensé que mi viejo amigo se alegraría más de verme después de todo este tiempo —dijo con voz arrastrada—. ¿Cómo te ha ido, colega?

—Bien —mascullé.

—Se rumorea por ahí que has dejado preñada a una de tus empleadas. Jeremiah Mason, ¿padre? —Se rió entre dientes—. Pobre crío. —Sacudió la cabeza antes de dar otro sorbo de whisky.

—Ten cuidado, Anderson —gruñí, apretando los puños a los costados.

—Tema delicado, ¿verdad? —preguntó con inocencia, mirando mis puños.

Estaba disfrutando con esto. Una cosa era que lo supiera la oficina, o incluso que la prensa me acosara. Pero que Anderson lo supiera… eso era mucho más aterrador que cualquier otra cosa.

—Mira, he tenido un día de mierda y lo último que necesito es que tú lo empeores.

—No creo que yo pudiera empeorar tu vida más de lo que ya está. ¿O sí? —Su sonrisa de serpiente regresó.

Rencogí los dientes. Te lo advierto…

—Oh, no. Estoy temblando con mis Prada.

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta para marcharme. Nunca debería haberle seguido el juego, sabiendo que haría la misma mierda de siempre. Debería haber pasado de largo, pero no habría venido aquí después de tanto tiempo si no tramara algo. La idea me revolvió el estómago.

—Solo quiero saber… ¿valió la pena? —me gritó cuando me alejaba.

Me detuve en seco al oír la mención a Sadie. Ni siquiera tuvo que pronunciar su nombre para que su burla me llegara, filtrándose en mí como veneno. Odiaba que supiera que existía. Se me paró el corazón al saber que ella podría ser un peón en cualquier juego que él estuviera jugando.

—Debe de tener un coño de primera categoría para arriesgarse a perderlo todo por él.

Todo en mi interior quería darme la vuelta y pegarle un puñetazo en la cara. Quería matarlo. En lugar de eso, me di la vuelta y lo encaré con calma, contando lentamente hasta tres. No iba a darle la satisfacción de verme perder el control, por mucho que se empeñara en verme estallar. Pensé en lo que Sadie había dicho en el coche antes.

Déjalo pasar.

—Me alegro de verte, Anderson —dije, sin un ápice de sinceridad.

Pareció desconcertado por un momento, sorprendido de no haber podido afectarme. Le di las gracias internamente a Sadie. Se bebió el resto de la copa de un trago y se levantó de la silla.

—Parece que el *coño* eres tú —dijo mientras pasaba a mi lado, dándome un empujón con el hombro.

Mantuve la posición y lo vi caminar hacia las puertas del vestíbulo. Exhalé un suspiro de alivio, pero fue breve al ver hacia quién caminaba Anderson.

Sadie.

Capítulo 35

SADIE

Después de mi llamada con Gabrielle, en la que prácticamente tuvo que convencerme para que no hiciera ninguna locura, deambulé por Central Park durante una buena hora, perdida en mis pensamientos. El pesado libro de tapa dura con la cubierta brillante pesaba en mi bolso como una losa. Las palabras escritas en su interior lo hacían aún más pesado mientras caminaba junto al lago. No lo había vuelto a abrir por miedo a lo que pudiera leer, pero también porque sabía que tenía que hablar con Jeremiah.

Junto al libro descansaba un pequeño montón de ecografías. La ironía del contenido de mi bolso era suficiente para hacerme reír o llorar. Ambas cosas las había hecho a lo largo del día.

Gabrielle tenía razón al decirme que él se merecía que le diera la oportunidad de explicarse. Hoy en día la gente puede escribir cualquier cosa y publicarla, sea verdad o no. Ya sea en la prensa o en los libros. Aunque ese hombre, Anderson, afirmara que era una historia real, Gabrielle señaló que siempre había dos versiones. Si no, tres. O más.

Encontré un banco vacío frente al agua y me senté; me rugían los pies en los tacones blancos de charol que ahora me resultaban asfixiantes. Me dolían los arcos de los pies. Tendría que invertir en un buen par de manoletinas, porque los tacones y el embarazo no se llevarían bien por mucho más tiempo.

Me quedé mirando el agua, tan lisa que reflejaba las nubes dispersas del cielo, ahora teñidas de rosa y violeta por el sol poniente. Respiré hondo e intenté alejar las palabras que se repetían una y otra vez en mi cerebro, diciéndome que tal vez no conocía a Jeremiah en absoluto. Tal como él había dicho que quizá no me conocía a *mí* apenas unas horas antes.

Oí sus palabras resonar en mi cabeza dolorida.

Mierda, apenas te conozco.

Lo mismo digo, pensé.

Era una tontería pensar que lo había aprendido todo sobre él en tan poco tiempo. Quizá era porque todo con él había ido a mil por hora, desde la primera noche que lo conocí y me acosté con él, pasando por nuestro romance continuo en la oficina, hasta estar embarazada de su hijo. Todo había sido un torbellino que yo intentaba seguir. Los dos lo hacíamos. En medio de toda esa locura, habíamos sido capaces de encontrar esos momentos en los que realmente nos veíamos. Pero estaba claro que yo no lo había visto *todo.*

Observé cómo una mamá pata se metía contoneándose en el lago, el agua ondulando hacia fuera mientras sus patitos la seguían con cautela. Cada uno metía una patita diminuta, naranja y palmeada antes de nadar para seguir a su amada y confiable líder. Sería muy tierno si no me estuviera cuestionando todo sobre traer un bebé al mundo, sobre todo ahora que estaba descubriendo la verdadera cara de su padre.

El sol se ocultó más tras los edificios, y los ventanales de cristal se reflejaban unos en otros como si mantuvieran una conversación tranquila. Sabía que era hora de volver a casa, si es que eso era lo

que era. Por muy asentada que me sintiera viviendo con Jeremiah en su lujoso ático con vistas a este mismo parque, había algo en el fondo de mi mente que susurraba que todo aquello me lo podían quitar. Que podía ser temporal. Quizá era el miedo de mi relación anterior, o tal vez el miedo a lo desconocido con un hombre del que me estaba enamorando de una forma que me resultaba extraña.

Nunca había sido tan libre. Tan temeraria. Tan apasionada.

Pero ya no era la antigua Sadie, y tenía que enfrentarme a Jeremiah cara a cara.

Cogí el bolso, me lo colgué al hombro y caminé hacia la salida del parque. Quince minutos después, me encontraba ante el imponente edificio de apartamentos de cristal. Respiré hondo antes de cruzar la puerta abierta. Di las gracias al portero, como siempre, pero me detuve en seco al ver a Jeremiah junto a los ascensores. Estaba apoyado en la pared con el mismo traje de antes.

¿Me había estado esperando?

Mis ojos se clavaron en él, encontrándose con los suyos, desesperada por leer sus pensamientos desde el otro lado de la estancia. No vi por dónde iba y choqué de frente con alguien. Compungida, empecé a balbucear disculpas antes de levantar la vista. Se me cortó la respiración al darme cuenta de que estaba cara a cara con un hombre al que ya había visto antes. De hecho, su cara estaba plasmada en la portada del libro que llevaba en el bolso. Me lo coloqué con cuidado detrás de mí con un poco de vergüenza.

—Vaya, hola —dijo él, con una voz que era casi un ronroneo mientras sus ojos me recorrían.

—Hola —dije, y la voz se me quebró un poco en la garganta. Era tan guapo como en la foto de su libro, si no más en persona. Era alto, de complexión delgada, y vestía un traje marengo y una camisa negra que hacía juego con sus ojos. Por muy oscuros que fueran, bailaban de deleite al cruzarse con los míos, atrapándome en su trance.

—Soy Anderson. Anderson Bradley —dijo con una sonrisa que se dibujó en sus labios mientras me tendía la mano.

—Sadie —dije, estrechando ligeramente su mano tendida.

—¿Vive usted aquí? —preguntó, echando un vistazo al vestíbulo con indiferencia mientras pasaba el pulgar distraídamente por mis nudillos antes de soltarme la mano.

—Sí. —Me salió más como una pregunta, preguntándome si debía dar detalles de dónde vivía a un desconocido. Miré rápidamente detrás de él y vi a Jeremiah observando nuestra interacción desde lejos. Me pregunté qué estaría pensando dada la expresión estoica de su rostro.

—Bueno, puede que tenga que mudarme solo por la oportunidad de volver a encontrarla —dijo Anderson con una sonrisa pícara.

Sentí que las mejillas se me ponían rosas, y un tinte de culpa por el rubor que él me estaba provocando con su encanto cuando Jeremiah estaba justo al otro lado del vestíbulo. Me reí suavemente y sacudí la cabeza, dejando que su flirteo me envolviera. Odiaba admitirlo, pero me sentía bien al ser admirada por alguien tan ligero y sencillo. Era un contraste absoluto con el melancólico Jeremiah que había dejado en el coche ese mismo día. El que me esperaba ahora.

—Ah, esa es una risa que podría escuchar todos los días.

—Es usted todo un seductor, ¿verdad? —pregunté, arqueando una ceja.

—Solo cuando estoy con la chica más guapa del lugar. —Se encogió de hombros—. En serio, está radiante.

Reprimí una sonrisa, recordando que ese resplandor se debía muy probablemente al embarazo, pero sin decirlo, acepté el cumplido de todos modos. Podría haber mencionado al bebé. *Debería* haberlo hecho. Pero últimamente mi cuerpo me resultaba tan extraño, como si no fuera mío. Aunque Jeremiah me decía lo guapa que estaba y me lo demostraba porque no podía quitarme las manos de encima, que un desconocido guapo me dijera que estaba bonita era un subidón de confianza que no sabía que necesitaba.

Volví a mirar más allá de Anderson y vi a Jeremiah entrar en un ascensor; las puertas doradas se cerraron. Fruncí un poco el ceño. No iba a esperarme. ¿Seguía molesto por nuestra discusión de antes? ¿O porque se perdió la ecografía? ¿O estaba molesto porque yo hablaba con Anderson? Fuera como fuera, sentí que me invadía la irritación porque me hubiera dejado allí tirada.

—¿Pasa algo? —preguntó Anderson, siguiendo con la vista mi mirada hacia donde Jeremiah había estado momentos antes.

—No, nada. —Esbocé una sonrisa forzada—. Pero me tengo que ir ya.

—Bueno, ha sido un placer conocerla, Sadie —dijo él, con una voz tan suave como la canción de jazz que sonaba bajito por los altavoces.

—Igualmente —dije, pasando a su lado hacia los ascensores. Sentía sus ojos clavados en mí a cada paso que daba.

Arriba, al abrir la puerta del apartamento, me encontré a Jeremiah paseando por el salón con las manos a la espalda. Su chaqueta de traje estaba tirada en el sofá y su camisa blanca desabrochada por fuera del pantalón, toda arrugada. Tenía las cejas juntas bajo su pelo despeinado y los labios apretados en una línea de reflexión. No me había oído entrar.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunté, entrando en el apartamento y cerrando la puerta con fuerza a mi espalda.

Levantó la vista sobresaltado, antes de que una frialdad se filtrara en sus ojos, ya de por sí azul gélido, mientras me recorría con la mirada. No dijo nada. Simplemente siguió caminando de un lado a otro.

—¿Por qué no me has esperado? *Sé* que me has visto en el vestíbulo.

—Sí, hablando con *él* —dijo con una expresión de asco en el rostro.

—¿Con él? —me mofé—. ¿El tipo del vestíbulo?

Estaba celoso. Odiaba que eso me hiciera sentir bien. También odiaba que le hiciera aún más sexy verlo así.

Céntrate, Sadie.

Detuvo su paseo frenético para mirarme. —No quiero que vuelvas a hablar con él —dijo con firmeza, señalándome con el dedo. Me entraron ganas de mandarlo a paseo por sus palabras autoritarias.

—Hablo en serio —reiteró.

—Ha sido amable —dije poniendo los ojos en blanco y cruzándome de brazos.

Jeremiah soltó una carcajada y sacudió la cabeza despacio.

—*¿Amable?* No pensarías que es amable si supieras quién es *en realidad.*

—*Sé* quién es. —Metí la mano en el bolso y saqué el libro. Los ojos de Jeremiah se abrieron de par en par al verlo. Me acerqué a él a grandes zancadas y estampé el libro contra su pecho ancho—. Es a *ti* a quien no conozco.

—Sadie... —empezó, mientras apretaba el libro contra su pecho y yo retrocedía lentamente, buscándole los ojos para hallar una pista sobre quién era de verdad. La frialdad de su mirada se había disuelto en una muda preocupación. Dio un paso hacia mí, alargando la mano, pero evité su contacto.

—*No* —dije tajante—. No puedo creértelo. Diciéndome que no me conoces a *mí*, cuando tenías toda una vida paralela de la que nunca has hablado. ¿Cómo te *atreves*?

—Iba a decírtelo.

—¿Cuándo? —pregunté—. ¿Cuando estabas leyendo ese mismo libro en la cafetería hace semanas?

—No lo estaba leyendo. Apenas le eché un vistazo.

—¿Por qué no me dijiste que lo *conocías*?

—Lo hice. En Dallas.

—¿Te refieres a cuando hablabas de amigos que te arrastraban al infierno ida y vuelta? —recordé la conversación en el tejado y cómo Jeremiah se había quedado callado, sin querer ir más allá.

—Sí.

—Esa noche no me dijiste *nada* sobre ese tal Anderson ni sobre que fueras un criminal —dije, levantando las manos exasperada.

—No era el momento adecuado —dijo Jeremiah con suavidad.

—Bueno, pues dímelo ahora. Me merezco saber con quién voy a tener un hijo.
—Fue hace una vida, Sadie —dijo con indiferencia, poniendo los ojos en blanco y soltando el libro sobre el sofá como si no fuera la bomba que acababa de estallar. Estaba intentando escaquearse.
—Oh, no hagas eso. No actúes como si esto fuera *nada.* ¿Acaso no creíste que era importante compartir esa «nada» con la madre de tu hijo? ¿O es que todavía no *confías* en mí?
—Todavía nos estamos conociendo. —Se encogió de hombros.
—¡Ya hemos pasado esa fase! ¡La pasamos en cuanto me pediste que me mudara aquí porque voy a tener un hijo tuyo! —grité.
—Estás poniendo a prueba mi paciencia... —dijo Jeremiah con voz cortante.
—Un niño también lo hará —dije—. Así que más vale que aprendas a manejar mejor la incomodidad.
Él cerró la boca ante eso. La derrota se reflejaba claramente en su rostro.
—Ahora. —Señalé con la cabeza el rostro sonriente de Anderson que nos miraba desde el sofá—. Explícamelo.

Capítulo 36

JEREMIAH

Sadie me miró con las manos en las caderas, aunque la mirada afilada de sus ojos se había suavizado hasta convertirse en otra cosa; sus ojos verdes suplicaban las respuestas que se merecía. Respuestas que me preguntaba si podría darle sin que saliera corriendo. Teníamos algo muy bueno entre manos. Claro que a veces era turbulento, pero siempre volvíamos a encontrar nuestro equilibrio. Incluso con la prensa enterándose de lo nuestro y los periódicos seguramente reuniendo fuentes y rumores para publicar la próxima historia asombrosa, sabía que podríamos solucionarlo.

Pero este asunto de que Anderson volviera a mi vida. A *nuestras* vidas. No estaba seguro de cómo íbamos a salir de esta, especialmente cuando yo había dejado fuera tanto de mi pasado. Sin duda, ella nunca volvería a mirarme de la misma forma. De cualquier manera, la verdad tenía que salir a la luz.

Me senté en el sofá, junto al libro de Anderson con su estúpida cara mirándome desde la brillante portada negra.

—Siéntate —dije, dando palmaditas en el sofá a mi lado. Sadie vaciló un momento antes de ceder y tomar asiento. Respiré hondo y cerré los ojos, reuniendo mis recuerdos para contárselos.

Intenté seguirle el ritmo a Anderson mientras prácticamente corría por la concurrida acera de Manhattan, abriéndose paso entre los trabajadores que regresaban a casa tras un largo día de trabajo. Pedí disculpas en su nombre mientras intentaba no perderle de vista, vigilando de reojo los oscuros nubarrones de tormenta que se acumulaban sobre nosotros. La posibilidad de lluvia era inminente, mientras se cernía sobre los imponentes rascacielos que perdían su color con la puesta de sol.

—¿Quieres ir más despacio, maldita sea? —le grité, con la voz erizada por la molestia.

Pero él siguió moviéndose, cruzando la calle ahora, zigzagueando entre el tráfico mientras los taxis tocaban la bocina ante su temeridad. Un taxi amarillo se detuvo con un chirrido de frenos cuando intenté seguirlo; el sonido y las luces me hicieron cerrar los ojos y rezar por no estar a punto de morir.

—¡Oye, pero qué cojones, tío! —gritó el conductor a través de su ventanilla bajada. Abrí los ojos, aliviado al ver que se había detenido a escasos centímetros de mí. Levanté las manos en señal de disculpa, a lo que respondió con un gesto vulgar.

Maldita sea, Anderson.

Negué con la cabeza y lo busqué, divisando su sudadera negra con capucha moviéndose rápidamente y desvaneciéndose en la noche cerrada que nos rodeaba. Corrí para alcanzarlo, ahora con cuidado del tráfico que venía de frente. Al girar una esquina me detuve de

repente, sorprendido al ver a Anderson apoyado en la pared de ladrillos de una tienda de ultramarinos.

—Por fin —jadeé, apoyando las manos en mis rodillas y negando con la cabeza.

—Debería decirte lo mismo —dijo él, poniendo los ojos en blanco—. Vamos —me hizo un gesto para que lo siguiera al interior de la tienda.

¿Qué estamos haciendo? —pregunté mientras él caminaba por el pasillo de los licores, examinando la selección en los estantes como si pudiéramos permitirnos comprar algo allí.

—Me vendría bien un poco de valor líquido —dijo con una sonrisa socarrona.

—¿Tenemos tiempo? —pregunté, preguntándome por qué demonios acababa de correr tras él por toda la ciudad—. ¿Tenemos dinero?

—Tiempo, sí —dijo, consultando su reloj—. Dinero, no.

Sacó una botella de medio litro de vodka del estante, metiéndosela por la manga de su sudadera.

—Pero ¿cuándo me ha detenido eso?

Miré alrededor de la tienda, manteniendo una expresión calmada, como si fuera un cliente más. Estaba vacía, aparte del dependiente que estaba ocupado hablando por teléfono cuando cruzamos la puerta.

—Vámonos —susurré con urgencia cuando oí al dependiente despedirse y colgar el teléfono justo al otro lado del pasillo.

Anderson asintió al dependiente mientras salíamos por la puerta, la personificación de la tranquilidad, y pronto estuvimos a salvo en la acera.

—Como quitarle un caramelo a un niño —sonrió Anderson con suficiencia, sacando la botella de vodka de su manga en cuanto estuvimos fuera de la vista del escaparate de la tienda.

—¿No podrías haberte metido unas patatas o un sándwich ahí dentro? —pregunté, arqueando una ceja.

Estaba muerto de hambre. No recordaba la última vez que había comido una comida completa y no solo saqueado la nevera de quienquiera que me estuviera alojando en ese momento. Anoche fue en casa de la madre del hijo de Anderson, que me dejó dormir en su sofá con olor a tabaco mientras él dormía en su habitación. Dormir no era exactamente la palabra adecuada. Estuvieron despiertos toda la noche, ya fuera golpeando el cabecero contra la pared o atendiendo a su bebé que lloraba.

—Comeremos esta noche —dijo él con confianza.

Desenroscó el tapón del vodka y dio un largo trago antes de pasármelo. Tomé un sorbo; el ardor bajó por mi garganta y calentó mis entrañas en la fría noche de noviembre. Sentí caer una gota de lluvia en mi mejilla y miré al cielo, ahora más violento que antes. Destellos de relámpagos estallaban entre las nubes, haciendo que todo el mundo caminara un poco más rápido, tratando de llegar a su destino antes de que estallara el caos.

—Deberíamos irnos —dijo Anderson, juzgando el cielo. Metió el vodka en el bolsillo delantero de su sudadera holgada y se puso la capucha. Yo hice lo mismo con la mía y me metí las manos en el bolsillo delantero mientras seguía a Anderson por la acera. Una vez más, él daba zancadas largas mientras yo lo seguía por detrás.

Después de unas manzanas, se detuvo y miró a izquierda y derecha. En ambas direcciones había callejones oscuros de ladrillo que estaba seguro de que no albergaban nada bueno al final de ellos.

Asintió hacia la derecha. —Por aquí —dijo, deslizándose en la oscuridad.

Lo seguí por detrás, con las sombras envolviéndome como un frío beso de pavor. La lluvia empezó a caer en gotas grandes, hasta convertirse en un aguacero torrencial sobre nosotros. Apenas podía ver a Anderson mientras caminaba delante de mí, hasta que finalmente se detuvo cerca de un contenedor azul contra la pared trasera. No había nadie más alrededor; sin embargo, podía sentir unos ojos sobre nosotros.

—Esto es una mala idea —mascullé, ajustándome más la capucha como si eso pudiera evitar que el frío de la lluvia se filtrara en mi piel.

—¿Quieres callarte y confiar en mí? —dijo Anderson molesto—. Estos tipos van a ayudarnos a ganar una pasta gansa. Se acabó lo de dormir en sofás. Se acabó lo de robar en tiendas de mala muerte. Se acabó el pasar hambre. Se acabó el vivir como unos perdedores.

Apreté los labios y asentí solemnemente. No sabía en qué nos estaba metiendo, pero una vida mejor que la que llevábamos era el lado positivo de cualquier situación en la que nos hubiera puesto esta noche.

—Estos tipos solo tienen que darnos una oportunidad —dijo Anderson, mirando alrededor del callejón.

Pronto, el sonido de la lluvia al caer a nuestro alrededor fue ahogado por el fuerte rugido de unas motocicletas. El sonido era

ensordecedor al rebotar en las paredes de ladrillo, y los faros entraron en escena. Varias Harleys se detuvieron frente a nosotros, bloqueando nuestra salida del callejón. Una sensación de inquietud empezó a roerme el estómago.

Un hombre bajó de su Harley, se quitó el casco y lo dejó sobre el asiento. Escudriñando a través de la lluvia, intenté verlo bien mientras se acercaba a nosotros. Pude distinguir que era calvo y que cojeaba ligeramente al caminar. Sin decir nada, nos rodeó a Anderson y a mí; sus ojos entornados nos miraban de arriba abajo. Pude distinguir una gran cicatriz que le recorría el lado derecho de la cara. Tragué saliva, imaginando cómo se habría hecho esa cicatriz. Podía garantizar que no fue una caída de la bici cuando era pequeño.

Mientras seguía rodeándonos como a una presa, le di un codazo a Anderson.

—¿Qué cojones es esto, tío? —susurré.

Anderson me ignoró y simplemente levantó la barbilla con su habitual arrogancia, sosteniéndole la mirada al hombre de la cicatriz.

—Markus. Este es Jeremiah —dijo, señalándome. El hombre no dijo nada, curvando el labio en una mueca de desprecio. Odiaba que supiera mi nombre ahora—. Él es de quien te hablaba. Estamos listos para hacer lo que sea necesario para unirnos al grupo.

No tenía ni idea de qué demonios estaba hablando Anderson. Le lancé una mirada, preguntándome en qué nos había metido.

Markus se rio a carcajadas mientras nos miraba. —¿Qué diablos voy a hacer yo con dos mocosos?

—No nos subestime —dijo Anderson, enderezándose un poco.

—¿Qué quieren? —preguntó Markus arqueando una ceja.
—Poder —dijo Anderson.
Satisfecho con esa respuesta, Markus me miró a mí. —¿Y tú?
Lo pensé por un momento. El poder no sonaba tan mal. Nunca había tenido ninguno en mi vida, siempre siendo víctima de las decisiones de otras personas. Había crecido a merced de un padre que no me quería y que gastaba el dinero como si yo no existiera, dejando que mi madre cargara con todo el peso. La vi trabajar horas interminables en sus tres empleos diferentes solo para mantenernos a flote, mientras mi padre se lo jugaba casi todo.
Los amigos eran difíciles de encontrar cuando la reputación de calavera de tu familia te empañaba, y además tenías una actitud de mierda. La mayoría me decía que era demasiado listo para mi propio bien, encontrándome insolente y prepotente. Si era tan listo, ¿por qué mi propia madre no me hacía caso cuando le decía que dejara a mi padre? Ella estaba cegada por el amor y eso me cabreaba. Y sin hermanos en los que confiar, me largué de allí en cuanto pude.
Anderson entendía todo eso. Él era todo lo que tenía ahora. No quería perderlo a él también, así que si tenía que aceptar aquello en lo que nos hubiera alistado, lo haría.
—Redención —dije finalmente.
Markus soltó una risita. —Buenas respuestas, chicos —dijo—. Puedo daros esas cosas. Y más. Puedo daros cualquier cosa que queráis.
Sonaba demasiado bueno para ser verdad, y sabía que lo era. La gente no te regala cosas a cambio de nada.
—¿Dónde está el truco? —solté, con las gotas de lluvia resbalando por mi nariz hasta mis labios, entreabiertos por el vaho de mi

aliento.

—Jeremiah —dijo Anderson, nervioso, en voz baja.

—Es listo, ¿verdad? —preguntó Markus con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. El truco es que primero tenéis que hacer algo por mí.

Observé a través de las cortinas de lluvia cómo Markus metía la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros y sacaba una pistola.

Pero qué cojones.

La sopesó con ambas manos como si fuera un juguete, y no algo que pudiera arrebatar fácilmente la vida a alguien. Podría arrebatarnos *nuestras* vidas fácilmente en este callejón. Dio unos pasos hacia nosotros, evaluándonos a Anderson y a mí, antes de tomar una decisión interna y entregarle el arma a Anderson. Noté que la mano de mi mejor amigo temblaba cuando Markus presionó la pistola contra su palma, cerrándole los dedos alrededor de la empuñadura. Una señal momentánea de miedo por parte de un Anderson excesivamente confiado.

Él se quedó mirando la pistola, con su pelo negro goteando sobre su frente. Intenté leer lo que estaba pensando, con mi cerebro dando vueltas, tratando de encontrar una salida a esto. ¿Nos dejaría Markus cambiar de opinión sin matarnos con la misma pistola que Anderson sostenía en sus manos temblorosas? Le supliqué internamente que dijera «no» en ese mismo momento, que le devolviera el arma a ese hombre turbio y rezara para que olvidara que existíamos.

—¿Qué necesitas que hagamos? —preguntó Anderson.

Sus palabras me llenaron de pavor. La lluvia que caía sobre nosotros era solo otra señal de que nos habíamos metido en un buen lío.

Capítulo 37

SADIE

Mientras Jeremiah me contaba lo de la noche en el callejón, la cabeza me daba vueltas. Había llevado una vida tan alejada de la que llevaba ahora que resultaba casi imposible comprender cómo podía ser la misma persona. Nunca había indagado más allá de aquella noche en Dallas, porque vi cómo se había cerrado en banda tras hablar brevemente de sus padres y de su historial con sus amigos. Por mucho que quisiera conocerlo, sabía cuándo debía retirarme. Sabía qué temas tenía el valor de abordar.

No tenía ni idea de que hubiera llegado a dormir en la calle, viviendo en sofás ajenos y preguntándose de dónde saldría su próxima comida caliente. Ni de que fuera amigo de alguien capaz de robar y sonreír al respecto. Alguien que lo involucraría con las personas equivocadas. Pero, por otra parte, yo nunca había estado tan desesperada por sobrevivir. Todos mis problemas, desde mi exnovio hasta mis deudas, me parecían insignificantes ahora.

Pero aún tenía preguntas…

Los ojos de Jeremiah se oscurecieron un tono mientras continuaba con su historia. Me encontré preparándome mentalmente para lo que venía a continuación, esperando que no fuera aquello en lo que mi mente había caído: un pozo oscuro de posibilidades.

Le hice un gesto alentador con la cabeza para que prosiguiera.

—Sabía que tenía que sacarnos de allí. Tuve que estrujarme el cerebro buscando algo. Lo que fuera. No solo para salir de aquel lugar, sino para salir vivos.

—¿Y qué hiciste? —pregunté.
—Tuve que seguir adelante actuando como si fuéramos a cumplir con el recado que Markus nos había encargado. Quería que robáramos una tienda de conveniencia local, propiedad de un hombre que le había jugado una mala pasada en algún turbio asunto de negocios. Era su intento de venganza sin que le salpicara a él, y nosotros éramos sus peones. Dijo que era nuestra iniciación.
—¿Iniciación? ¿En qué?
—En su banda callejera. —Jeremiah apretó los labios con fuerza.
Mis ojos se abrieron de par en par.
Él soltó un suspiro. —Lo sé.
—¿Y Anderson no te dijo nada de por qué estabais allí en primer lugar?
Jeremiah negó con la cabeza rotundamente. —No todos los detalles. Solo que era una oportunidad para ganar dinero rápido, algo que necesitábamos desesperadamente. No tenía ni idea de que implicaba un callejón oscuro y al líder de una banda callejera respaldado por sus matones. O que él quisiera formar parte de su banda. Sabía que estaba desesperado. Los dos lo estábamos. Solo que no sabía *cuánto* lo estaba él.
Negué con la cabeza, incrédula. Pensar que hace poco me había deleitado con el flirteo que aquel hombre me había dedicado abajo en el vestíbulo. El hombre que llevaría a su mejor amigo por un camino tan peligroso. Me sentí avergonzada por haber caído en su juego. Tenía demasiada labia para ser trigo limpio.
—¿Qué pasó después? —murmuré, con miedo a saberlo.

—Markus quería que nos reuniéramos la noche siguiente en uno de sus almacenes vacíos junto al Hudson para pulir los detalles. Supongo que lo del callejón oscuro no era más que una prueba antes de dejarnos entrar en el lugar donde operaba. Yo no tenía intención de ir. Quería largarme, tirar la pistola y no volver a hablar del tema jamás. Pero Anderson aceptó, y yo le seguí el juego porque no había forma de que Markus nos dejara marcharnos ilesos si nos negábamos. Ya estábamos metidos hasta el cuello. —Jeremiah negó con la cabeza mientras miraba por la ventana, con la mirada perdida al recordar aquella noche en esta misma ciudad.

—Lo siguiente que recuerdo es que unas luces rojas y azules empezaron a parpadear al final del callejón. Por un momento, el corazón se me aceleró, pensando ingenuamente que la policía podría salvarnos de Markus. Pero no. Anderson entró en pánico. Me metió la pistola en el bolsillo trasero de los vaqueros mientras buscaba un lugar donde esconderse. Markus ya estaba en su moto, poniéndose el casco, mientras los otros miembros de su banda aceleraban sus motores. El estruendo de sus motocicletas y el estallido de la sirena que empezó a sonar en ese momento resultaban ensordecedores. No lograba orientarme entre la lluvia, las luces y el ruido.

Me pasé las manos por el pelo, sintiendo el estrés que emanaba de Jeremiah, como si estuviera de nuevo en aquel callejón. No podía imaginar cómo se sintió, sin salida alguna. Con las paredes cerrándose sobre él.

Jeremiah suspiró mirando al techo. —Lo siguiente que supe fue que estaba corriendo detrás de Anderson bajo la intensa lluvia, con nuestras zapatillas resbalando en el cemento mojado. Corría por mi

vida. Sabía que la policía no iba a salvarnos. Estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado, y no había forma de que pudiéramos salir de aquel embrollo con palabras.

—¿Y qué pasó con Markus? —pregunté, esperando que dijera que habían quitado a ese hombre aterrador de las calles.

Jeremiah me miró de nuevo y negó con la cabeza. —Escapó. Su moto pasó rozando el coche de policía. El resto de su banda lo siguió, saliendo a toda prisa del callejón. Se dividieron en dos direcciones opuestas. El coche de policía salió disparado en una dirección. En cuanto Anderson y yo salimos del callejón, dos policías que iban a pie nos placaron contra el suelo. Como si hubieran estado esperando.

—Debían de estar siguiendo a Markus, entonces.

—Sí, y nosotros fuimos los dos idiotas a los que pillaron mientras ellos escapaban. —Jeremiah se mofó.

—Pero la pistola…

—Sí. Me la encontraron a mí.

—¡Pero tú eras inocente! —dije con frustración—. Fue Anderson quien...

—Lo sé, pero estaba en *mi* bolsillo. Nos llevaron a los dos a la cárcel por huir de la policía, pero a mí fue a quien acusaron de posesión ilegal de un arma de fuego.

—¿No cargó él con la culpa por ti?

—Qué va. —Jeremiah negó con la cabeza, chasqueando la lengua—. Además, lo perdí todo por eso. No solo perdí a mi mejor amigo, sino que mi familia se negó a verme en cuanto se enteraron de la noticia. Fueron mi única llamada desde la cárcel, pero no vinieron a pagar la

fianza. Mi madre estaba demasiado avergonzada, y mi padre tenía ahora otra razón para despreciarme además de mi simple existencia.
La voz de Jeremiah se suavizó ligeramente. —Murió cinco años después. Ni siquiera me invitaron al funeral. —No pude resistir el impulso de buscar su mano, acariciando su palma con el pulgar.
—No es que el tipo me cayera bien, pero *era* mi padre. Y mi madre... se quedó sola. Intenté ayudarla después. Le envié un cheque para liquidar su hipoteca poco después de su muerte. Mi forma de compensarla, pero nunca lo cobró. Nunca llamó. Nada. —Negó con la cabeza con una frustración triste—. Siempre tuvo demasiado orgullo.
Se me rompió el corazón por él al ver la expresión de su rostro. Una mirada que nunca me había dejado ver antes, probablemente oculta tras las capas de máscaras que solía llevar. Todo cobraba sentido ahora. Su falta de confianza en la gente. Su actitud fría en un esfuerzo por alejar a todo el mundo. Se estaba protegiendo porque nadie lo había hecho nunca. Ni su familia. Ni su único mejor amigo.
Me apretó la mano y me miró con intensidad. —¿Ves ahora por qué no quiero a Anderson cerca de ti?
Asentí.
—Es un problema, Sadie.
—¿Pero por qué intenta causar problemas ahora? ¿No debería estarte *agradecido* por haberlo salvado?
—Bueno, igual que él me lo quitó todo a mí, yo se lo quité todo a él.
Un escalofrío gélido me recorrió la espalda ante sus palabras. Ante su tono.
—¿Qué hiciste? —pregunté, con la voz apenas superior a un susurro.

—Después de cumplir mi condena en arresto domiciliario en un albergue para personas sin hogar, localicé a Anderson, que se había ido a vivir con la madre de su hijo. Intentó actuar como si fuéramos muy amigos cuando aparecí en su puerta, como si yo no acabara de cumplir una condena por su culpa, pero pronto se dio cuenta de que yo estaba allí por venganza. Se lo conté todo a su novia. Cómo había intentado iniciarnos en una banda callejera, poniendo en peligro a su hija y a ella, y que la había estado engañando con una stripper de un club cercano. Ella lo echó de casa y le quitó a su hija. Igual que yo, él lo perdió todo.

—Ella merecía saber la verdad... —dije pensativa, pero ahora comprendía el odio que probablemente bullía en el corazón de Anderson hacia su antiguo mejor amigo. Que estuviera en nuestro edificio esta noche probablemente no fuera solo coincidencia. El corazón me dio un vuelco.

—Y él se merecía todo lo demás que le vino encima. Cuando tomamos caminos separados y empezamos nuestros propios proyectos empresariales, me aseguré de ganarle en cada jugada. Los dos éramos unos parias, luchando por llegar a la cima, pero yo siempre iba un paso por delante de él en la escalera hacia el éxito. Sé que eso le reconcome, incluso a día de hoy.

Negué con la cabeza, con la comisura de los labios curvándose en una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Jeremiah.

—Es que es increíble cómo has logrado llegar a donde estás hoy. Después de la vida que has tenido. Resulta casi increíble que consiguieras salir adelante. Eres un maldito multimillonario y este

tipo escribe un libro sobre cómo convertirse en un hombre de negocios de éxito.

Miré el libro que estaba a mi lado en el sofá, con la cara sonriente de Anderson mirándonos a los dos, y rápidamente le di la vuelta. Capullo.

—No tiene tanto éxito como yo. —Jeremiah me guiñó un ojo.

—Seguro que no dejas que se le olvide.

—No. Por supuesto que no. Pero no puedo evitar sentir que ha vuelto para vengarse.

—Pero su libro, contando todos esos detalles... —reflexioné—. Seguramente estáis en paz.

—No para él —masculló Jeremiah.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo que el estómago se me revolvía. —¿Hasta dónde sería capaz de llegar para vengarse?

—Hasta donde haga falta.

—No me gusta cómo suena eso.

—A mí tampoco. Así que, por favor, mantente alejada de él. Si vuelves a verlo, evítalo a toda costa. Es una plaga, Sadie.

—De acuerdo. —Asentí con firmeza, pero su advertencia solo consiguió que me sintiera más asustada.

La gente hacía locuras cuando estaba emponzoñada con la idea de la venganza. Todo lo que había aprendido sobre Anderson lo hacía parecer alguien a quien queríamos evitar. Posiblemente, incluso alguien peligroso. Me puse la mano en el vientre por instinto. De forma protectora.

Jeremiah se dio cuenta. —Haré todo lo que esté en mi mano para protegernos de lo que sea que esté planeando —dijo Jeremiah,

poniendo su mano sobre la mía.

Parecía el momento perfecto para mostrarle exactamente qué era lo que estaba protegiendo. Lo que *ambos* estábamos protegiendo. Rebusqué en mi bolso y saqué las ecografías. Sus ojos azules se agrandaron, su tormenta se disipó rápidamente mientras su mirada se posaba en las imágenes brillantes que le tendía.

—Vaya —susurró con una incredulidad silenciosa.

—Bastante increíble, ¿verdad? —pregunté, acercándome más. Me pasó el brazo por el hombro mientras contemplábamos las primerísimas fotos de nuestro bebé.

—Increíble.

—Lo siento por no haber estado allí hoy —murmuré, acurrucando mi cabeza en el hueco de su cuello—. No me pareció que estuviera bien sin ti.

—No pasa nada. Siento haber sido un capullo. —Me besó el pelo.

—Gracias por contármelo todo —dije—. Sé que no ha sido fácil, pero todo lo que hemos pasado y los líos de los que hemos hablado solo nos han unido más.

—Lo sé —dijo él—. No me resulta fácil, así que no seas muy dura conmigo.

Me reí suavemente. —Es como sacarte las muelas.

Él soltó una carcajada, un retumbar bajo en su pecho. —Gracias por tener paciencia conmigo.

Me incorporé y le di un beso en la mejilla, sintiendo cómo su barba de siempre me hacía cosquillas en los labios antes de volver a apoyarme en su hombro. Él era mi hogar, y siempre querría volver a su lado, pasara lo que pasara.

Capítulo 38

JEREMIAH

¿Y lo hará con discreción? —le pregunté al hombre de pelo canela sentado frente a mí en mi despacho. John era un investigador privado al que había llamado ayer para una entrevista. Parecía de fiar, a juzgar por las pocas veces que había necesitado a alguien para indagar con cautela.

—Por supuesto. Seré como un empleado más. Conozco el mundo de la contabilidad lo suficiente como para saber camelarme a cualquiera de esta gente —dijo con confianza.

Asentí, juntando las yemas de los dedos con aire pensativo.

—Bien. No me importa de quién tenga que hacerse amigo y a quién deba traicionar al final para llegar al fondo de estos rumores. Le he facilitado los correos electrónicos que han circulado por la oficina.

—Sí, los he leído todos. Aunque no señalan necesariamente quién empezó los rumores, había algunos nombres clave que destacaban, y a por ellos iré primero. Con naturalidad, por supuesto.

—¿Cuándo puede empezar? —pregunté.

—¿Mañana?

—Perfecto. Nos dará tiempo a preparar un «papeleo de nueva contratación» —dije haciendo el gesto de las comillas en el aire—. Tiene que parecer legítimo.

—Desde luego.

—Le contrataré como asociado júnior.

Él asintió y empezó a recoger los correos y los expedientes de los empleados, guardándolos en su maletín de cuero marrón.

Aunque los rumores se habían apaciguado en la oficina, al menos en cuanto al envío de correos electrónicos, sabía que los murmullos y los ratos de cañas después del trabajo estaban llenos de especulaciones. La prensa aún no se había hecho eco de la noticia, pero estallaría en cualquier momento. Estaba seguro de que tenían que confirmar sus fuentes, y una de ellas estaba en esta oficina. O al menos de eso estaba convencida Sadie. Yo seguía sin estarlo tanto. Cabía la posibilidad de que a Sadie se le hubiera escapado sin querer de forma inofensiva. O cabía la posibilidad de que fueran sus amigas, quienes ella me seguía asegurando que jamás hablarían. De cualquier modo, valía la pena contratar a alguien de incógnito para que investigara a los empleados de la oficina.

—Tengo algo más que necesito que investigue —dije.

Tras encontrarme con Anderson en el edificio de mi apartamento y su enfrentamiento con Sadie, necesitaba respuestas porque mi mente me estaba llevando a lugares muy oscuros. No sabía qué se traía entre manos, pero sabía que no podía ser nada bueno si andaba rondando después de todos estos años. Si fuera solo cosa mía, me encargaría yo. Pero ahora que Sadie estaba de por medio... y nuestro bebé... no podía correr ningún riesgo.

—¿De qué se trata, jefe? —preguntó John, cerrando su maletín.

—Necesito que investigue a alguien.

—¿Nombre?

—Anderson Bradley.

John pareció desconcertado por un segundo. Si bien mi nombre era muy conocido en el mundo de los negocios, el de Anderson también lo era. Sobre todo ahora que había publicado un libro.

—Tenemos un historial común —dije, sin entrar en más detalles—. Pero últimamente ha estado merodeando y quiero saber qué trama.
—Entendido —dijo John con un asentimiento.
—Tenga cuidado con él. Es escurridizo —advertí.
—Le aseguro que yo lo soy más —dijo John, poniéndose en pie y cogiendo su maletín. Se dirigió a la puerta cerrada, la abrió y dijo por encima del hombro—: Gracias por la oportunidad, señor Mason.
Me reí para mis adentros. Un buen movimiento.
Sadie me miraba con curiosidad desde su mesa, con las cejas perfectamente arqueadas sobre sus ojos verdes, que parecían brillar más desde que hablamos la otra noche. Por mucho miedo que me diera abrirme a ella sobre mi pasado, me escuchó y no me juzgó. Debería haber sabido que no lo haría. Lo único que quería era conocerme. Al *verdadero* yo. Y no iba a salir huyendo de eso. Todavía.
—Sadie, ¿puedes venir un momento, por favor? —le pedí.
Ella asintió rápidamente y se acercó.
—Cierra la puerta, por favor —le dije.
Parecía confundida. Ya no era algo que hiciéramos, desde que empezaron los rumores sobre nosotros. Pero necesitaba hablar con ella sobre el investigador privado. Además, las persianas estaban subidas y cualquiera podía mirar hacia dentro y ver que no estaba pasando nada turbio entre nosotros.
Cerró la puerta suavemente y se sentó en el sillón frente a mi escritorio, con la coleta castaña sobre un hombro mientras me miraba expectante.

—Tenemos una nueva contratación. John. Nuestro nuevo asociado júnior. Necesito que trabajes con Recursos Humanos para preparar su papeleo de ingreso.

—Vale. No sabía que estuviéramos contratando —dijo casi como una pregunta.

—No lo estamos. En realidad es un investigador privado.

—¿Qué? —Sus cejas se elevaron al máximo.

—Trabajará de incógnito en el futuro próximo. Necesito averiguar quién ha estado difundiendo estos rumores sobre nosotros, y si tú dices que no has sido tú ni tus dos amigas, entonces supongo que tiene que de ser alguien de aquí —dije con firmeza.

—Jeremiah... —empezó ella con cautela—. ¿De verdad vale la pena todo esto? ¿Un investigador privado?

—Por supuesto que sí. Hay un traidor entre nosotros e intento desenmascararlo.

—¿Y luego qué?

—Despedirlo.

—¿Por cotillear?

———Por manchar mi reputación —dije, subiendo ligeramente el tono de voz. No entendía por qué no estaba ella más indignada con esto.

Abrió la boca para decir algo, pero cambió de opinión, apretando los labios con firmeza.

—¿Qué? —pregunté impaciente, incapaz de leer sus pensamientos.

—Es solo que no me había dado cuenta de que fuera tan importante para ti...

—Te dije lo que esto podría hacerme. A *nosotros*.

—Sí, pero pronto se me va a empezar a notar el embarazo. Puedo llevar todas las blusas vaporosas o americanas anchas del mundo, pero la tripa ya asoma. No puedo ocultarlo para siempre.

Miré hacia su vientre, como si no la hubiera visto desnuda anoche. La americana negra que llevaba ocultaba cualquier indicio de que estuviera embarazada.

——Además, se me ha duplicado el pecho. Estoy segura de que esa es otra señal delatadora.

No pude evitar sonreír ligeramente. Eran lo que más me gustaba del embarazo hasta ahora. Las mejillas de Sadie se tornaron de un tono rosa intenso al ver la expresión de mi cara.

—Eres ridículo —dijo, conteniendo una sonrisa.

—No puedo evitarlo —me encogí de hombros.

Su expresión volvió a ser seria. —Pero hablo en serio, Jeremiah. Esto va a salir a la luz.

—No tienen por qué saber que es *mío* —dije pensativo.

Ella frunció el ceño y una expresión de dolor cruzó su rostro. Sabía que había dicho lo que no debía. Algo en lo que había demostrado ser un experto con ella. Pero no intentaba herirla; solo intentaba protegernos. Bueno, proteger*me*. Intentaba proteger todo lo que había construido y la reputación que me había ganado.

—¿Cuál es exactamente tu plan? —preguntó ella, entornando la mirada. El dolor había sido sustituido por la irritación.

—No lo sé... Pensaba que teníamos un plan. Mantener esto en secreto.

—¿Y una vez que el bebé esté aquí, seguiremos manteniendo el secreto?

—No había pensado realmente tan a largo plazo, pero sí. Quizás. No lo sé.

Se echó hacia atrás en su silla y se cruzó de brazos. Sabía que lo que estaba diciendo era probablemente poco realista, pero al menos podíamos intentarlo. Pensaba que estábamos en la misma onda.

——¿O sea que nunca vas a llevar a tu hijo en brazos en público? —preguntó.

Antes de que pudiera decir nada, lanzó más preguntas.

—¿Nunca vas a tener una foto suya en tu despacho? ¿Nunca vas a decirles a tus amigos que eres padre? ¿Nunca vas a dejar que yo le hable a nadie de ti?

Me estaba desafiando, y sus preguntas eran legítimas, pero necesitaba tiempo para pensar. Pensaba que teníamos tiempo.

—Tengo que ser sensato con esto —dije, pasándome una mano por el pelo.

—¿Sensato? —Sadie se rió—. Nada de lo nuestro ha sido *sensato*. Pero no me importa. Estoy muy feliz con cómo ha salido todo. Claro, no es lo tradicional. Y no es lo que teníamos planeado, pero aquí estamos ahora. A estas alturas, lo de ser sensato ha pasado a mejor vida.

—Para mí no.

—Dios —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Estás tan atormentado por dentro. Tienes tanto *miedo* de lo que piensen los demás.

—Pues claro que lo tengo —alcé la voz—. Mira a tu alrededor. Mira lo que he construido. Pueden arrebatármelo todo por lo que la gente piense.

—No, no ocurrirá —dijo ella—. La gente hablará un poco y después saldrá otro escándalo que les importe más. Y entonces todo esto caerá en el olvido.

Parecía tan segura de sí misma, pero no conocía el mundo de los negocios como yo. Un escándalo así podía arruinar a cualquiera. Los líos en la oficina son el camino más rápido para que tus acciones caigan en picado y los clientes duden de su relación comercial.

—No lo entiendes —dije con un suspiro.

—Tal vez no, pero lo que sí sé es que tienes problemas de confianza. Y los comprendo. De verdad. Después de todo lo que me has contado, tiene sentido. Pero ¿en qué momento pasas página de tu pasado?

—No sé si puedo...

—Bueno, vas a tener que aclararte —dijo con firmeza—. Si vamos a tener este bebé juntos, tienes que trabajar en ti mismo. Me niego a criar a un niño con un padre amargado que le transmita sus propios traumas. Y me niego a ser una madre sombría y pesimista, con miedo del mundo porque tú nos ocultes. Yo creo que la mayoría de la gente es buena. Si abrieras los ojos, lo verías.

—¿Y si no lo hago...? —dije, desafiándola—. ¿Si no me «aclaro»?

Dudó un momento, tomando aire mientras me buscaba la mirada. —Entonces me iré.

Solté una pequeña carcajada por la nariz. No lo haría. No podría.

—Puedo hacer esto por mi cuenta —dijo ella, levantando la barbilla con orgullo.

Se estaba aferrando a su postura y eso me cabreó. No me gustaba que me amenazaran así. Apreté la mandíbula, reprimiendo la rabia

hirviente que me invadía.

——No, no puedes —dije—. Vives bajo *mi* techo. Aceptas *mi* dinero. Coges *mis* regalos sin rechistar. La cuna, el cambiador, la cómoda. Todo, hasta las gasas y los bodies. No tendrías nada de eso sin mí.

—Y yo que pensaba que estabas intentando construir una vida conmigo por nuestra familia. No sabía que llevabas la cuenta para echármelo en cara —murmuró.

—*Quería* hacerlo. Pero no me gusta esto... —dije, señalándola de arriba abajo.

—¿Qué?

—Esa falta de agradecimiento. —Se me puso cara de asco—. —Y yo que pensaba que no eras una interesada...

Supe que aquellas palabras eran veneno en cuanto salieron de mi boca, directas al corazón de Sadie. Vi cómo daban en el blanco y su rostro se descompuso ante la acusación.

——Vete a la mierda —dijo ella con voz temblorosa, no supe si por la rabia o la tristeza.

Quise disculparme. Retirarlo. No sentía lo que había dicho. La conocía mejor que eso. Pero mi ira tomó el mando y las palabras ya estaban dichas, y no había nada que pudiera hacer para arreglarlo. Al menos no ahora que ambos estábamos tan alterados. Tan alterados que recordé que en realidad no estábamos solos. Miré más allá de ella a través de los ventanales para ver si alguien estaba observando nuestro intercambio. Nadie parecía estar prestando atención.

——Claro, ahí es donde pones tu atención. En *ellos*. No en la mujer a la que acabas de romperle el corazón. Otra vez.

—Sadie...

——He *terminado* —se levantó de la silla—. He terminado de intentar encontrar redención en ti. Cada vez que creo ver algo bueno en ti, vas y lo echas a perder. No voy a criar a un bebé con alguien así.

Me puse en pie para seguirla, pero ella ya estaba en la puerta. Antes de abrirla, dijo por encima del hombro:

—Esto se ha acabado. Me mudo.

Y se marchó.

Capítulo 39

SADIE

Salí de la oficina envuelta en lágrimas. Parecía que se estaba convirtiendo en una costumbre. Entrar en el despacho de Jeremiah y salir llorando. Me importaba un bledo lo que la gente pensara o lo que estuvieran especulando mientras corría hacia el ascensor, aferrada a mi bolso, desesperada por salir de allí. A diferencia de Jeremiah, que solo se preocupaba por la percepción que los demás tuvieran de él. Me di cuenta de que esas opiniones siempre irían antes que yo. Antes que nuestro bebé.

Fue una comprensión desgarradora, especialmente cuando empezaba a pensar que por fin estábamos en la misma onda. Ni siquiera estábamos en el mismo libro.

Al cruzar las puertas de cristal del vestíbulo, respiré el aire fresco del exterior e intenté despejar las palabras que aún pesaban en mi corazón. Me desabroché la solapa de la americana, intentando liberarme de la sensación de asfixia que me envolvía. Saqué el móvil del bolso y llamé a Erica. Necesitaba hablar con alguien. Si alguien podía entenderlo, era ella. Había pasado por sus propios altibajos en el embarazo con un hombre con el que no parecía capaz de solucionar las cosas, hasta que finalmente, lo consiguieron.

—¿Diga? —respondió ella.

—¿Puedes quedar conmigo? —le pregunté con urgencia.

—¿Va todo bien? ¿Está bien el bebé? ¿Estás *tú* bien?

—El bebé está bien. Yo, no tanto.

—Voy para allá. —Pude oírla revolver papeles, y supuse que estaba en el trabajo, en el periódico que dirigía.
—Gracias —dije agradecida—. ¿En el sitio de siempre?
—Guárdame un sitio.
Sonreí débilmente y colgué, dirigiéndome a la cafetería cercana a la que solíamos ir. Encontré una mesa pequeña al fondo del local y pedí una infusión de menta caliente para mí y un café latte de vainilla para Erica. Pasaron quince minutos antes de verla cruzar la puerta de madera, mirando a su alrededor con preocupación. Alcé la mano y la saludé un poco antes de que caminara hacia mí, con su pelo oscuro rebotando a cada paso.
—Sadie —dijo sin aliento, sentándose frente a mí.
—¿Has venido esprintando? —pregunté con una sonrisa débil.
—¡Prácticamente! —resopló—. ¿Qué está pasando?
—Se ha acabado. Todo el asunto con Jeremiah. Se terminó —dije, manteniendo la voz firme mientras amenazaba con quebrarse.
—¿Qué? ¿Por qué? Pensaba que las cosas iban bien. —Se quitó la americana de lino blanco y la colgó en el respaldo de su silla, dejando al descubierto su piel bronceada y húmeda por el sudor.
Negué con la cabeza, mirando el vaso de papel que sostenía, cuyo calor se filtraba en mis manos. Sentí que las lágrimas me escocían en los ojos, pero me esforcé por contenerlas.
—Yo también lo pensaba, pero cada vez que las cosas vuelven al buen camino, él nos descarrila de nuevo.
—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó Erica, con los labios fruncidos en un ligero gesto de desaprobación.

—Siempre tuvo la intención de mantenernos a mí y al bebé en secreto. No solo ahora, sino incluso después de que nazca el bebé.
—Pero *vives* con él. Te pidió que te mudaras. Compartís un hogar, estáis construyendo una vida. No lo entiendo.
—Tiene miedo al escándalo. A lo que le hará a su negocio. A su reputación.
—Porque ser padre acaba con una carrera. —Erica puso los ojos en blanco.
—Parece que así lo cree cuando él es el padre del hijo de su asistenta cazafortunas. —Se me quebró la voz al recordar sus palabras, y las lágrimas se convirtieron en sollozos silenciosos.
Erica cogió frenéticamente servilletas del dispensador de la mesa y me las tendió.
—No ha dicho *eso* —dijo impactada.
Asentí. —¿Acaso no lo soy? —Levanté las manos al aire—. Vivo en su ático sin pagar alquiler y dejo que me compre ropa y todas las cosas que el bebé necesita. Quiero decir, no anda muy desencaminado...
Empecé a dudar de mí misma, aunque mis intenciones nunca fueron quitarle nada a Jeremiah. Solo quería estar con él, y creía que el hecho de que me cuidara era su forma de demostrar que estaba preparado para formar una familia.
—Para ya —dijo Erica con firmeza mientras me secaba los ojos con una servilleta.
Me dio un momento para recomponerme, observándome con atención.
—¿Cómo lo solucionasteis Marco y tú? —pregunté.

Erica dio un sorbo a su latte, pensativa, antes de volver a mirarme.
—Nos llevó tiempo, ya sabes. Nuestra situación era diferente. Yo le oculté nuestro bebé porque tenía miedo. Pero al final la verdad salió a la luz, como siempre ocurre, y tuvimos que trabajar en nuestra mierda. Teníamos nuestro propio equipaje a cuestas, pero nos dimos cuenta de que nos queríamos lo suficiente, y a nuestro bebé lo suficiente, como para que funcionara.
Asentí, dando otro sorbo al té. Parecía tan fácil para ellos, pero yo estuve allí cuando ella estaba pasando por eso. Sabía que fue de todo *menos* fácil. Erica había pasado por su propio infierno, pero encontró su final feliz. Me costaba creer que pudiera ocurrir lo mismo conmigo y Jeremiah. El rayo no cae dos veces en el mismo sitio.
—Sé que te duele —dijo Erica suavemente—. Pero también sé cuánto deseabas todo eso de la familia feliz con él. Quizá aún no haya terminado. Tómate un tiempo. Piénsalo bien.
—Ya —murmuré, sintiéndome más confundida que nunca.
—Sabes que te apoyaré de cualquier manera, y tu bebé ya es muy querido por mí y por la tía Gabrielle. Te cubrimos las espaldas, Sadie.
Alargó la mano sobre la mesa y me dio un apretón cariñoso. Le dediqué una mirada de agradecimiento justo cuando su teléfono vibró sobre la mesa.
—Mierda —dijo, cogiéndolo y mirando la pantalla—. Me necesitan de vuelta en el periódico.
—Vete, vete. —Le hice un gesto para que se marchara.
—¿Segura?

—Sí. Estaré bien.

—Vale —dijo, poniéndose de pie. Rodeó la mesa y me dio un fuerte abrazo—. Gracias por el café. Llámame luego.

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora y la vi coger su chaqueta y el bolso antes de serpentear entre las mesas de madera hacia la salida de la cafetería. Me sentía mejor. Respiré hondo y con voz temblorosa, decidida a resolver todo este asunto. Cogí mi té y me dirigí hacia la puerta. Paré un taxi y fui a Central Park, buscando el mismo banco del parque donde había estado observando a los patos.

Me alivió encontrarlo vacío y me acomodé en el banco bañado por el sol, con la madera caliente contra mí. No había patos a la vista, lo que me hizo sentir aún más sola. Pero para eso estaba allí. Para estar a solas con mis pensamientos. Y con mis lágrimas al parecer, porque empezaron a caer de nuevo. Las dejé fluir en silencio, sosteniendo mi cabeza entre las manos.

Sentí que el banco crujía cuando alguien se sentó a mi lado. Avergonzada, me sequé rápidamente las lágrimas antes de levantar la cabeza. Me quedé sin aliento al ver a Anderson sentado a mi lado, mirando fijamente hacia el lago. ¿Qué demonios hacía él aquí? Una oleada de miedo me invadió al recordar la advertencia de Jeremiah.

Como si sintiera mi mirada, se volvió hacia mí, ofreciéndome una cálida sonrisa.

—Tome —dijo, metiéndose la mano en el bolsillo. Me puse un poco en guardia, pero me relajé cuando vi que era un pañuelo lo que sacaba del bolsillo. Negué ligeramente con la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, con la voz cargada de preocupación.

—D-debería irme —tartamudeé—. No debería estar aquí.

Pareció confundido por un momento, pero como si se diera cuenta de algo, volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo y asintió con complicidad.

—Ya veo que Jeremiah le ha hablado de mí —dijo.

—Sí, lo hizo.

—O puede que solo le haya contado *su* versión de las cosas. —Se encogió de hombros con naturalidad, apoyándose de nuevo en el banco y volviendo a mirar hacia el lago.

No dije nada y seguí su mirada.

—Siempre ha sido un buen mentiroso, ese Jeremiah —dijo Anderson —. Por eso ya no somos amigos.

—¿Qu-qué? —pregunté, secándome las lágrimas restantes de las mejillas.

—Jeremiah me metió en muchos problemas cuando éramos más jóvenes. Robos, mentiras, involucrarnos con la gente equivocada. Éramos jóvenes y estúpidos, desesperados por sobrevivir en la ciudad. Haces cosas estúpidas cuando tienes hambre y no tienes hogar.

Sonaba exactamente igual que la historia que me contó Jeremiah, solo que los papeles estaban intercambiados. Sabía que debía levantarme e irme, sabiendo todo lo que había oído sobre Anderson, pero parecía tan amable. Tan convincente.

—¿Le habló de la banda callejera? —preguntó, mirándome con una sonrisa débil.

—Sí.
—Menos mal que yo tenía demasiado miedo para seguir adelante con aquello. Si lo hubiera hecho, quién sabe dónde estaría ahora. Dónde estaríamos los dos.
—¿*Usted* tenía miedo?
—Oh, sí —dijo con un movimiento de cabeza, como recordando. Se rio para sus adentros mientras se acomodaba más en el banco, pasando el brazo por detrás de mí. De repente fui hiperconsciente de su presencia, y se me erizó el vello de los brazos—. Parece que fue hace una puñetera eternidad. Todo era tan ridículo.
—Sabe, intenté hacer las paces con él hace unos meses —continuó Anderson.
—¿De verdad? Él no me dijo eso —dije con sorpresa.
—Dudo que lo hiciera. No le entusiasmaba la idea. Rechazó mi intento de volver a ser amigos. Teníamos una historia común, ¿sabe? —Una mirada de nostalgia inundó los ojos oscuros de Anderson—. Pero Jeremiah... siempre tiene que *odiar* a alguien. Hay mucha rabia en él. Se alimenta de ella.
Odiaba cómo encontraba consuelo en sus palabras. Cómo estaba de acuerdo con ellas. Jeremiah estaba atrapado en su pasado, asustado del mundo. Alejando a todos los que estaban en él. Cocinándose en sus propios recuerdos de ira.
—Si es usted una chica lista, que creo que lo es, lo dejará —dijo Anderson, con el pulgar acariciando suavemente mi hombro.
Se sentía mal y reconfortante al mismo tiempo. Mis entrañas estaban destrozadas. Por si no estaba ya confundida, la versión de

los hechos de Anderson me hacía cuestionarlo todo. Quizá Jeremiah era peor de lo que yo pensaba.

Cuando salí de la cafetería, me inclinaba por intentar solucionar las cosas con él. Como siempre hacíamos, para poder construir la vida que había imaginado para nosotros. La vida que pensaba que ambos habíamos imaginado. Pero Anderson estaba plantando semillas de duda en mi mente, y cada una brotaba y se extendía lentamente. Me parecía injusto para con Jeremiah, dejar que un casi extraño tuviera este tipo de influencia sobre mí.

—Es usted una mujer hermosa, Sadie —dijo Anderson, con sus palabras suaves como la seda mientras deslizaba su mano por mi hombro y volvía a subir en caricias reconfortantes.

—G-gracias —susurré, sintiéndome congelada en el banco, aunque una parte de mí gritaba que corriera.

—Se merece a alguien que vea eso —continuó—. Con *esa* sonrisa. Buen corazón. Ese *cuerpo*. —Silbó mientras sentía sus ojos recorrer mi figura lentamente.

—Podría tener a quien quisiera —dijo, inclinándose más, con su aliento cálido contra mi mejilla—. Diablos, podría tener el maldito mundo entero si eligiera al hombre adecuado que la amara lo suficiente como para dárselo. No debería elegir al que la hace llorar.

Me puse rígida al darme cuenta de lo cerca que estábamos. Podía oler su colonia, tan sensual como él, en cada inspiración pesada. El corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho.

Esto no estaba bien.

Se inclinó aún más, alargando la mano para girar suavemente mi rostro hacia el suyo. Busqué en sus ojos negros con temor para

encontrar alguna verdad en ellos, pero no hallé nada. No eran los penetrantes ojos azules a los que estaba acostumbrada. Los que yo quería. Eché la cabeza un poco hacia atrás dispuesta a decirle que parara.

Pero, de repente, su mano fue apartada bruscamente de mi cara mientras lo levantaban del banco y lo lanzaban sobre la hierba.

Capítulo 40

JEREMIAH

Anderson me miró con desprecio desde donde yacía en la hierba. Sabía que no se quedaría ahí mucho tiempo. Yo estaba listo para él, subiendo los puños y separando los pies en una postura firme. Sadie se levantó apresuradamente del banco, con una expresión de horror en el rostro. Intenté ignorar la preocupación grabada en sus facciones mientras se llevaba las manos a la boca.

—Levántate —gruñí. El aire de diversión en los ojos negros y sin alma de Anderson no hizo más que cabrearme. Estaba disfrutando con esto. Él *quería* esto.

Se puso en pie y se sacudió el traje con indiferencia. Con dos dedos, se quitó con frialdad una brizna de hierba verde del hombro.

Me miró de arriba abajo. —Me preguntaba cuándo aparecerías —dijo con una mueca de suficiencia—. De verdad que no deberías dejar que se aleje así. Nunca se sabe quién puede estar esperando. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Sadie, que permanecía detrás del banco como si fuera un escudo, con su cabello pelirrojo ondeando bajo la suave brisa.

—No hables de ella. Ni siquiera la mires —gruñí, todavía con los puños en alto.

—Ya he hecho ambas cosas —ronroneó Anderson—. Me gusta lo que veo. —Su mirada se desvió hacia Sadie, recorriéndola lentamente con los ojos.

Ella hizo un ligero gesto de asco mientras se cruzaba de brazos, como si intentara protegerse de su avidez.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Anderson, fingiendo preocupación —. Estábamos tan cerca de tener un momento especial hace un instante... hasta que este gilipollas nos ha interrumpido. —Señaló con el pulgar en mi dirección.

Sadie se limitó a negar con la cabeza antes de mirarme. Había una mezcla de preocupación y arrepentimiento en su rostro. Tragué saliva con dificultad, intentando que no se me notaran las emociones. Aunque había impedido que Anderson se propasara con ella, no se me revolvió menos el estómago al ver lo que estaba pasando mientras me acercaba al banco del parque. Odiaba que la hubiera tocado. Su mano en el hombro de ella. Odiaba que incluso hubiera tenido la oportunidad de estar tan cerca de su precioso rostro, respirando su mismo aire. No se merecía nada de ella, ni una palabra. Ni una mirada. Ni un roce. Ni un pensamiento.

Debería haber sabido que se las ingeniaría para encontrarla. Al igual que yo había contratado a un investigador privado, estaba seguro de que Anderson tenía sus propios métodos para vigilarnos a ambos, aunque probablemente mucho más turbios que el camino que yo había tomado. Me ponía los pelos de punta pensar que podría haberla puesto en peligro por culpa de aquellos con quienes él se relacionaba. Si hubiera corrido tras ella antes, cuando salió furiosa de mi despacho, todo esto se podría haber evitado.

En lugar de eso, me quedé en mi despacho dándole vueltas a todo lo que John me había revelado y a la discusión con Sadie que vino después. Pensé que contarle todo sobre Anderson y lo poco de fiar que es este maldito mundo le haría ver por qué teníamos que mantener lo nuestro en secreto. Pero solo sirvió para alejarla. Ella

quería más de mí, pero yo no sabía si podía darle lo que quería sin perderlo todo.

Finalmente había salido a buscarla, pasando por el apartamento solo para encontrarlo vacío. Sentado en el sofá, me devané los sesos intentando pensar adónde podría haber ido. No conocía a sus amigos y no tenía forma de contactar con ellos. Por suerte, recordé que me había hablado de este lugar en el parque donde le gustaba ver a los patos. Tras mirar en un par de sitios, me sentí aliviado al verla en el extremo este del lago, pero entonces vi que no estaba sola. Anderson había llegado primero.

Mientras me acercaba rápidamente, me cabreó que estuviera sentada allí. Me preguntaba cuánto tiempo llevarían hablando. Solo podía imaginarme las mentiras que estaría soltando para retenerla allí. Para hacer que desconfiara de mí. Entonces él se acercó más, pasando el brazo alrededor de ella. Donde debería estar *mi* brazo. Quise gritar. Decirle que corriera. Luego él se acercó todavía más y vi rojo. Lo siguiente que supe fue que estaba corriendo un esprint y él estaba en la hierba.

—No sé por qué la mantienes escondida, Jeremiah. Yo desde luego no lo haría —dijo Anderson, ladeando la cabeza—. Con un culo así y unos labios que dan ganas de morder.

Sus palabras me hirieron como balas. No quería oír ni una palabra más sobre ella saliendo de su boca. Di un paso adelante rápidamente y lo empujé en el pecho con ambas manos. Tropezó hacia atrás, soltando una carcajada mientras recuperaba el equilibrio.

—¿Eso es todo lo que tienes? —se burló—. Quizá, después de todo, no merezca la pena. Aunque tendría que follármela para averiguarlo.
—Cierra la puta boca —gruñí, acercándome de nuevo.
—Tiene pinta de saber dulce. —Anderson se pasó la lengua por los dientes lentamente mientras miraba a Sadie. Ella dio un paso atrás hacia el lago, incómoda. Con su atención en otra parte y mi rabia hirviendo, me abalancé y le lancé un puñetazo con todas mis fuerzas. Mi puño chocó contra su mejilla con un golpe seco, y su cabeza se giró violentamente hacia un lado.
Sadie gritó y dio un paso al frente. —¡Basta! —Se llevó las manos a las mejillas, horrorizada, con la mirada saltando de mí a Anderson.
Pude ver que los transeúntes se detenían para ver qué pasaba, pero no me importó. Todo en lo que podía concentrarme era en Anderson y en la ira que palpitaba por mi sangre. Una ira que llevaba creciendo mucho, mucho tiempo.
—Ahí está —dijo Anderson, frotándose la mejilla mientras me sonreía—. *Ese* es el Jeremiah que yo conozco. Eres de la calle. Deja que el mundo lo sepa.
Se dio la vuelta, con los brazos extendidos, como invitando al público a contemplar una pelea que llevaba años fraguándose. Era como si él fuera el domador, pero yo era el puto león.
Rodeé su posición, con los puños en alto y listo para golpear de nuevo. Él siguió mis movimientos lentamente, con los ojos encendidos de diversión mientras subía sus propios puños.
—Me lo quitaste todo —dije, con voz baja mientras seguía rodeándolo como a una presa para el matadero.

—¡Ja! Tú estabas en aquel callejón conmigo. Nadie te obligó a estar allí —dijo Anderson, sin dejar de observar. Esperando.

—Se suponía que eras mi amigo. Confié en ti. Cargué con las *culpas* por ti.

Se encogió de hombros con indiferencia, como si lo que hice por él no me hubiera costado nuestra amistad. Mi familia. Mi vida. Y ahora, estaba aquí para llevarse más. Mi reputación. Mi carrera. Y posiblemente, a Sadie.

Esto último hizo que me lanzara contra él. Mis pies levantaron tierra al hundirse en el suelo. Lo placajee y cayó al suelo. Un gruñido escapó de su estómago por el impacto. El grito ahogado de Sadie se perdió entre los gritos de la multitud que empezaba a congregarse cerca.

Las manos de Anderson empujaban mis hombros, intentando apartarme. Mantuve mi peso sobre él, inmovilizándolo. Él lanzó la rodilla hacia arriba, quitándome de encima. Rodé hacia un lado mientras él trepaba sobre mí, con su puño en alto antes de descargarlo con fuerza contra mi boca. El impacto me hizo castañear los dientes. Inmediatamente, el sabor metálico de la sangre se filtró contra mi lengua.

Los gritos de Sadie llenaron el aire.

—¡Parad! ¡Quitádselo de encima! —Se lanzó hacia delante, agarrando la chaqueta de Anderson. Tiró de él, pero él no se movía.

—¡Sadie! ¡Vete! —le ordené. Lo último que necesitaba era que ella saliera herida. Que el bebé saliera herido.

La multitud a nuestro alrededor había crecido, acercándose para ver qué ocurría. Algunos incluso vitoreaban. Espoleándonos. Otros

tenían los móviles fuera, sin duda sacando fotos y vídeos para su propio entretenimiento. Algunos parecían aterrorizados.

Con los ojos puestos en Sadie, que estaba a su espalda, Anderson volvió a levantar el puño. Giré la cabeza rápidamente, recibiendo el impacto en la mandíbula. Un chasquido resonó en mi cráneo mientras reprimía las lágrimas. Sadie se agarró el vientre, retrocediendo.

Anderson fue a por otro golpe, pero esta vez yo estaba preparado.

Antes de que pudiera asestar otro golpe, le bloqueé la mano con un brazo mientras mi otra mano golpeaba su estómago. Se quedó sin aire de golpe mientras caía sobre la hierba a mi lado. Intentó rodar para alejarse de mí, sujetándose el estómago, pero me puse de rodillas rápidamente. Levanté el puño y hundí su cara en la hierba; se oyó un crujido. El sonido reverberó en mis oídos como una melodía sorda que llevaba años anhelando escuchar. Quería oírlo de nuevo.

Mi puño chocó contra su ojo, dejando su cuerpo retorciéndose en la hierba por el impacto. El golpe envió un dolor vibrante desde mis nudillos hasta el brazo, pero no me importó. No había terminado.

Los gritos agudos y suplicantes de Sadie llegaron a mis oídos. —¡Jeremiah! ¡Basta! ¡Por favor!

Si tan solo pudiera parar. Mi ira me alimentaba y nada podía apagar el fuego. Anderson me miró, con sangre goteando de su nariz. El lado izquierdo de su cara estaba rojo y el derecho cubierto de hierba verde. No había remordimiento en sus ojos. Solo pura maldad. Y una pequeña sonrisa en sus labios.

Supe entonces que no se detendría ante nada. Nunca dejaría de venir a por mí. A por mi trabajo. A por Sadie. No permitiría que me lo quitara todo de nuevo. No dejaría que me quitara a *ella*. No podía perderla.

Levanté los nudillos ensangrentados para un último golpe de redención, pero, antes de que pudiera asestarlo, unos brazos fuertes me rodearon, poniéndome en pie.

—Muy bien, chicos. Ya vale —gruñó una voz profunda, esforzándose por tirar de mí.

De repente tuve visiones de aquella noche hace tantos años, cuando salimos del callejón para encontrarnos con la policía esperándonos. ¿Se estaba repitiendo la historia todos estos años después?

—¡Soltadme! —grité, intentando zafarme. Miré a ambos lados y vi a dos hombres, gruñendo mientras intentaban sujetarme. Retenerme. Otro par de hombres mantenían a Anderson en el suelo, por si intentaba tomar represalias. Escupí sangre en su dirección mientras lo ponían en pie. Se quitó de encima a los dos hombres con un movimiento de hombros y levantó las manos en señal de rendición. Observándome con esa misma sonrisa, se sacudió la hierba del traje.

—¡Aléjate de mí! —grité, siguiendo luchando contra los firmes agarres que me retenían.

Él solo soltó una risita antes de abrirse paso entre la multitud y desaparecer tras los espectadores. Yo estaba temblando de adrenalina y rabia. Tras un momento, los hombres me soltaron, retrocediendo con cautela. Respiré hondo, pasándome la mano por el pelo. La boca me pulsaba de dolor y los nudillos me dolían a los costados.

La multitud empezó a disiparse. El espectáculo había terminado. Era un milagro que no hubiera aparecido la policía. Mientras el lugar se vaciaba, levanté la vista y vi a Sadie mirándome con una expresión tensa. Mis ojos bajaron hasta la mano que había colocado de forma protectora sobre su vientre. Se me cayó el alma a los pies, hasta el fondo del lago que había tras ella. ¿Acababa de espantarla?

Al encontrarme con sus indescifrables ojos verdes, me pasé la mano por la boca, dejando un rastro de sangre. Me encogí un poco de dolor al apartarla. Ella dio unos pasos preocupados hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó, alargando la mano y tocándome la barbilla. Sus ojos inspeccionaron de cerca mi labio partido antes de tomar mi mano entre las suyas para revisar los nudillos ensangrentados que seguramente estarían amoratados para el día siguiente.

Asentí lentamente.

—Vamos a llevarte a casa —dijo suavemente, tomando mi otra mano y entrelazando sus dedos con los míos. Quizá, después de todo, no la había espantado.

Capítulo 41

SADIE

Guié a Jeremiah por el parque, con su brazo rodeándome mientras yo le servía de apoyo. Respiraba con dificultad y renqueaba un poco, pero seguí cargando con su peso lo mejor que pude. Mantuve la vista atenta por si aparecía Anderson mientras avanzábamos entre la exuberante vegetación, sin salirnos de las sinuosas aceras. No pronunciamos ni una palabra.

Cuando por fin salimos del parque, el sol de media tarde caía con fuerza sobre nosotros. La gente nos miraba con una curiosidad preocupada. Alcé la vista hacia Jeremiah; tenía la cara llena de moratones y restos de sangre seca. Teníamos que salir de allí. Me ajusté su brazo sobre los hombros y lo arrastré hacia el bordillo, donde saqué la mano frenéticamente. Pasaron unos cuantos taxis antes de que uno se detuviera a nuestro lado.

Ayudé a Jeremiah a subir al taxi, ignorando las miradas de inquietud del conductor, antes de deslizarme a su lado. Le di al chófer la dirección del apartamento. Él se limitó a asentir y arrancó. Estaba a poca distancia. Era un trayecto que yo había hecho a pie muchas veces, pero esta vez no lo lograríamos caminando. No en el estado en que estaba Jeremiah.

Él miraba por la ventanilla del coche con la mirada perdida. Busqué su mano en su regazo y la sostuve con delicadeza. Solté un suspiro largo y tembloroso. No podía creer lo que acababa de pasar. Había sido una de las experiencias más aterradoras de mi vida. Ver a

Jeremiah ensangrentado y golpeado. Ver su rabia. Ver a su rival ser tan insensible y cruel.

Ni siquiera debería haberle dedicado un segundo a Anderson. Debería haberme marchado en cuanto se sentó a mi lado en aquel banco, pero era una serpiente. Era un experto en propagar su veneno con las mentiras que tejía y sus palabras melosas. La situación casi llegó demasiado lejos antes de que Jeremiah la detuviera. Me sentía estúpida. Culpable por haber provocado una pelea, aunque sabía que su pasado común había tenido un peso aún mayor en lo sucedido.

El taxi se detuvo ante el edificio de apartamentos, que resplandecía bajo la luz del sol. Pagué al conductor y ayudé a Jeremiah a salir del coche. El portero nos vio a través de las puertas de cristal y se apresuró a abrirlas con expresión preocupada.

—¿Se encuentra bien el señor Mason? —preguntó, dirigiéndose a mí mientras nos acercábamos.

—Lo estará —asentí—. Por favor, avise a seguridad de que no dejen entrar en el edificio a un tal Anderson Bradley.

El portero asintió y se dirigió a la recepción. Estaba segura de que Jeremiah ya habría tomado medidas de seguridad, pero tenía que cerciorarme. No quería a Anderson ni a nadie relacionado con él cerca de nosotros. Era difícil saber en quién confiar mientras guiaba a Jeremiah por el vestíbulo hacia los ascensores. Anderson me había estado vigilando él mismo o había encargado a alguien que lo hiciera. Si no, ¿cómo se explicaba que apareciera por arte de magia en el parque? Esa sensación me inquietaba y me hacía evitar el

contacto visual con cualquiera que nos mirara. Jeremiah seguía en silencio; su respiración apenas empezaba a calmarse.

Ya dentro del apartamento, lo llevé al salón, que era lo más cercano. Con un pequeño gruñido, aparté su brazo de mis hombros y lo ayudé a sentarse en el sofá. Se recostó, descansando las manos sobre el abdomen, con los nudillos de una de ellas cubiertos de sangre. Tenía los párpados pesados mientras clavaba la mirada en mí, que estaba de pie frente a él. Observé su rostro hinchado. Su labio partido había empezado a formar costra. Odiaba verlo así.

—¿Estás bien? —preguntó, con la preocupación reflejada en sus ojos mientras buscaba los míos con desesperación.

No pude evitar soltar una carcajada.— ¿Que si *yo* estoy bien? Mírate, Jeremiah.

Una pequeña y leve sonrisa asomó a sus labios. —Estoy bien.

—No lo *pareces*. Deja que te limpie.

Me apresuré al cuarto de baño para coger unas toallas húmedas, toallitas antisépticas y vendas. Cuando regresé, Jeremiah intentaba incorporarse para sentarse recto, haciendo muecas de dolor con cada movimiento.

—Quieto, quieto —dije, corriendo hacia él.

Dejé el botiquín en la mesa de centro antes de volverme hacia él. Lo ayudé a sentarse y lo apoyé contra el respaldo del sofá. Este hombre iba a acabar conmigo. Meterse en una pelea y luego intentar hacerlo todo él solo.

—Relájate y ya está —le dije con firmeza, entornando los ojos.

Él se limitó a asentir y apoyó la cabeza en el respaldo.

Me arrodillé en el suelo a su lado y tomé su mano ensangrentada entre las mías. Cogí una toalla húmeda y empecé a limpiar con cuidado la sangre de sus nudillos. Se estaban hinchando rápidamente y, aun sin la capa de sangre, estaban rojos por el impacto. Las imágenes de él golpeando a Anderson inundaron mi cerebro. Había sido aterrador en aquel momento, pero ahora veía que me estaba protegiendo.

Normalmente, esa mierda de machito me daría repelús. Pero ver a Jeremiah luchar por mí era algo totalmente distinto…

Ignorando la punzada de deseo que sentí por él en ese instante, me giré y cogí las toallitas antisépticas. Al abrirlas, lo miré con cautela.

—Puede que esto escueza —dije.

Él asintió y cerró los ojos mientras yo pasaba la toallita por sus nudillos. Su mandíbula se tensó ligeramente por el dolor y se le entrecortó el aliento. Terminé rápido y le vendé la mano. Me la llevé a los labios y besé suavemente cada nudillo. Sus ojos azules, antes cansados, agudizaron la mirada mientras observaba mi boca presionada contra él. Tragué saliva con dificultad, removiéndome un poco mientras me apoyaba sobre los talones.

Cogí una toalla de la mesa de centro y me senté a su lado en el sofá. Él giró la cara hacia mí. Le limpié la barbilla con la toalla, eliminando la sangre seca de su barba de pocos días. Luego evalué su labio partido. Un corte profundo le cruzaba el centro del labio inferior. Lo rocé con suavidad.

—¿Te duele? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Mentiroso —dije con una risa suave.

Él soltó una risita, cuyo eco grave me recorrió entera. Se me encogieron los dedos de los pies al oírlo. Intenté distraerme del deseo creciente que sentía en mi interior. No estaba en condiciones para lo que yo quería que me hiciera. Hice amago de alcanzar el botiquín para recogerlo todo, pero los dedos de Jeremiah me rodearon el brazo.

Lo miré con curiosidad y vi en sus ojos, tan claros como el cielo azul del exterior, el mismo anhelo. Iba a decir algo, a protestar contra lo único que ambos deseábamos en aquel momento, pero él levantó su mano vendada y pasó el pulgar por mis labios. Me quedé sin palabras.

Con la otra mano, me apartó el pelo con suavidad hasta que sus dedos tocaron la piel desnuda de mi cuello. Cerré los ojos ante su contacto mientras me atraía hacia él. No fue hasta que estuvimos a escasos centímetros de besarnos que lo miré con seriedad.

—Pero tu boca… —susurré preocupada.

—Estará bien. Además, hay muchas otras cosas que podemos hacer que no requieren mi boca.

Sus palabras me recorrieron la columna, haciéndome estremecer. Sus labios apenas rozaron los míos, provocándome un deseo egoísta de más, pero me contuve. La desesperación que sentía por él estaba reprimida, lo que hacía que fuera difícil frenarme. Eso, y la forma en que había apaleado a aquel imbécil por mí. Mi cuerpo lo suplicaba a gritos.

Busqué sus brazos y le quité la chaqueta con cuidado antes de desabrochar cada uno de los botones de su camisa, besando la piel que iba quedando al descubierto a mi paso. Mi boca se demoró en la

cinturilla de sus pantalones y pude ver su erección marcándose a través de ellos. Mientras me cernía sobre él, levanté la vista con una pequeña sonrisa. Le bajé la cremallera y le quité los pantalones, seguidos de los calzoncillos. Él soltó un suspiro tembloroso mientras yo me ponía de rodillas.

Sin apartar mis ojos de los suyos, llevé la lengua a la base de su erección, recorriendo lentamente su miembro hacia arriba. Me detuve en la punta, saboreándolo mientras mi lengua giraba a su alrededor. Él se agarró al borde del sofá, con su mano vendada más cerca de mí, recordándome lo que había hecho por mí. Se me hizo la boca agua por él mientras lo rodeaba con la mano por la base. Apreté suavemente al abrir la boca, deslizándome sobre el glande. Él emitió un gemido sordo de satisfacción que hizo que la cara interna de mis muslos palpitara.

Mientras mi mano se desplazaba lentamente a lo largo de su longitud, succioné la punta, deleitándome con su sabor. Al bajar la mano, mi boca la siguió. Despacio. Recorriéndolo centímetro a centímetro, mi saliva cubrió su miembro. Rítmicamente, mi mano y mi boca entablaron una danza mientras subían y bajaban por su polla.

—Sadie —susurró con voz ronca mientras su mano encontraba suavemente la parte posterior de mi cabeza.

Gemí al oír mi nombre en sus labios. Solté su polla y recorrí con las manos desde sus rodillas hasta sus muslos, clavándole las yemas de los dedos con desesperación. Mi boca siguió moviéndose de arriba abajo, tragando tanta longitud como era capaz. Sus dedos estaban enredados en mi pelo mientras llegaba al fondo de mi garganta.

Gimió, sujetándome la cabeza con un poco más de firmeza. Sentí cómo el encaje de mis bragas se humedecía al oír su placer. Ante la esencia salada que reposaba en mi lengua mientras lo lamía. La desesperación en sus dedos mientras se hundían frenéticamente en mi cabello. Era una tortura llena de placer, saborearlo y, al mismo tiempo, necesitar egoístamente más. Solté un pequeño quejido al sentirme cada vez más excitada.

Jeremiah me soltó la cabeza y me miró desde arriba, con el pecho subiendo y bajando con rapidez. Deslicé mi boca por su miembro una última vez antes de subir a tomar aire. Pasé la lengua por la punta y él soltó un grito ahogado. Su mirada se oscureció mientras se inclinaba hacia delante de repente. Me agarró con firmeza por los costados, atrayéndome más hacia el sofá. Sus manos buscaron frenéticamente el dobladillo de mi vestido. Sus dedos lo encontraron y tiraron de él; la suave tela rozó mi piel mientras me lo sacaba por la cabeza.

Sus ojos se posaron en mis pechos, apenas contenidos por el sujetador de encaje negro. Sus manos buscaron mi espalda, encontraron el cierre y lo desengancharon con facilidad. Mis pechos quedaron al descubierto ante él. Aún no me había acostumbrado a su turgencia, pero últimamente él no parecía tener suficiente. Rozó las puntas de sus dedos sobre ellos tan suavemente que parecía el roce de una pluma. Me estremecí ante la delicadeza de su tacto y al ver lo cerca que estaba su verga mientras él permanecía sentado al borde del sofá.

Me mordí el labio al ocurrírseme una idea. Me incliné hacia delante para que mis pechos desnudos rozaran su polla, que aguardaba

expectante. Él tomó aire silenciosamente mientras me veía juntar mis pechos, rodeando su dura longitud. Se deslizaba con facilidad contra mi piel suave mientras yo me movía lentamente arriba y abajo. Él gemía mientras veía su propio espectáculo privado de placer con los ojos entrecerrados.

Como si necesitara más, empujó las caderas hacia arriba hasta que la punta de su polla asomó por encima de mis pechos. Bajé la boca y rodeé la punta con la lengua.

—Joder —susurró mientras observaba maravillado.

Retirando la boca, le sonreí, bajando mis pechos por su miembro y volviendo a subir para encontrarme de nuevo con su punta. Con cada deslizamiento por su polla, me moría de ganas de volver a saborearlo. De oírle gemir. Quería darle todo lo que se merecía.

Como él quisiera.

Capítulo 42

JEREMIAH

Me retorcía en el sofá mientras Sadie seguía moviendo sus pechos perfectos de arriba abajo por toda la longitud de mi miembro. Se deslizaba con facilidad entre su amplitud hasta encontrarse con sus labios carnosos, que lo recibían con un beso húmedo y un movimiento circular de su lengua. Era la visión más deliciosa que mis ojos habían contemplado jamás. Mantenía sus ojos verdes fijos en mí, como si disfrutara del gesto de puro placer que seguramente tendría grabado en el rostro.

Presionó las palmas contra los laterales de sus pechos aún más, apretándolos alrededor de mi polla, que ahora latía con fuerza. Bajó la cabeza un poco más y su boca me rodeó todavía más. Empujé las caderas hacia arriba, llenándole más la boca y deleitándome con la sensación de su calidez envolviéndome. Sus dientes me rozaron ligeramente y la sensación me provocó un escalofrío por la columna.

El dolor de cada moratón, raspadura y corte parecía desaparecer a medida que todo mi cuerpo se concentraba en sus pechos y su boca.

Trabajaban juntos a la perfección. Por muy bien que se sintieran, deseaba desesperadamente saborear ambos.

Me incliné hacia delante y puse las manos en sus costados; mis pulgares rozaban la parte exterior de sus pechos. La atraje hacia mí, y cada centímetro de su piel rozó mi miembro completamente duro. Se mordió el labio, que aún brillaba por haber estado succionando y lamiendo mi polla, mientras colocaba las piernas a ambos lados de mí. Su tanga de encaje negro era la única y fina barrera entre nosotros.

Puse la mano en la parte superior de su espalda, inclinándola hacia ella para que sus pechos quedaran justo donde yo quería. Acerqué mi boca a ellos, besando ligeramente alrededor de cada pezón rosado. Dejó caer la cabeza hacia atrás y su melena pelirroja rozó la parte superior de mis muslos mientras apoyaba las manos en mis rodillas.

Abrí la boca y moví la lengua en círculos alrededor de su erguido pezón antes de rodearlo con los labios y succionar suavemente. Dejó escapar un gemido bajo mientras se contoneaba ligeramente sobre mi regazo. Sus yemas se clavaron en la parte superior de mis muslos cuando pasé al otro pezón, tomándolo con hambre en mi boca. Arqueó más la espalda, dándome un bocado generoso. Mi mano rodeó con firmeza su otro pecho, masajeando su carne turgente con necesidad.

Mientras una mano sostenía su espalda, la otra bajó por el centro de su vientre hasta que mis dedos alcanzaron el suave encaje de su tanga. Los pasé por encima de la tela, sintiendo cómo su humedad la empapaba. Soltó un gemido entrecortado ante mi tacto. Su

cabeza seguía echada hacia atrás mientras mi boca continuaba saboreando la dulce piel de sus pechos. A medida que mi lengua se movía, mis dedos también lo hacían.

Con dos dedos sobre el encaje, realicé movimientos lentos y circulares. Ajustó sus caderas a ambos lados de mí, suplicando más en silencio. Aumenté la presión de mis dedos, que seguían frotándola. Soltó un gemido y levantó la cabeza de golpe para mirarme. Aparté los labios de su pezón y le sonreí con pereza. Tenía los ojos empañados por el placer.

Acomodé la mano para que mi palma rodeara ahora su clítoris a través del encaje, mientras mis dedos exploraban el delicado dobladillo de su tanga. Soltó un suspiro estremecedor cuando alcancé la piel bajo el fino tejido y recorrí los labios de su hendidura. Con un dedo la acaricié, sintiendo su lubricación mientras la separaba lentamente. Continué rodeándola con la palma mientras mi dedo exploraba sus labios hinchados y suplicantes.

Abrió un poco más las piernas y sus manos agarraron mis muslos con fuerza por detrás. Sabía lo que quería. Hundí mi dedo corazón en ella y mi polla latió ante la calidez húmeda con la que se encontró. Lo flexioné hacia arriba dentro de ella lentamente mientras mi palma aumentaba la presión contra su clítoris. Gruñó al empezar a mover las caderas despacio, frotándose contra mi mano.

Con la otra mano, subí y la rodeé por la nuca, sujetándola con firmeza. Introduje otro dedo en ella, explorando sus paredes con un movimiento circular. Empecé a deslizar ambos dedos hacia fuera antes de entrar de nuevo. Mis dedos se volvían más resbaladizos a medida que se movían más rápido. Podía sentir cómo algo crecía en

su interior mientras mi palma chocaba contra su clítoris y mis dedos buscaban desesperadamente más.

Se inclinó hacia delante, pegando su frente a la mía mientras veíamos cómo mis dedos entraban y salían de ella. Sentí que su agarre se estrechaba a mi alrededor.

—Córrete para mí —susurré con voz ronca.

Gimoteó.

Busqué su clítoris con el pulgar y presioné con firmeza. Su espalda se arqueó y empecé a trazar círculos, siguiendo el ritmo de mis dedos en su interior. Sus gemidos aumentaron mientras apretaba su frente contra la mía. Inspiré su aliento dulce y agitado mientras veía cómo sus ojos se clavaban en los míos por el placer.

Su cuerpo se retorció contra mi mano y sentí cómo se estrechaba alrededor de mis dedos antes de tensarse por completo. Me agarró los muslos con fuerza y soltó un gemido gutural mientras se liberaba alrededor de mi mano. Su cuerpo se sacudió, como olas rompiendo contra la orilla. Miré hacia abajo para ver mi mano brillando con su esencia. Sus ojos siguieron a los míos mientras se reclinaba sobre mí sin aliento. Cerré los ojos y la abracé mientras seguía a horcajadas sobre mí.

Mientras su respiración se calmaba contra mi oído, sentí que su mano subía por mi muslo y rodeaba mi erección. Abrí los ojos cuando levantó la barbilla de mi hombro antes de mirarme con el deseo rebosando en su mirada verde. Sin soltar mi miembro, levantó las caderas y mi mirada cayó sobre la tela negra que aún estaba apartada a un lado, revelando sus labios relucientes. Me lamí los labios con anticipación mientras ella descendía lentamente.

Se detuvo justo cuando mi punta rozó su humedad, ansioso con el líquido preseminal por sentir cómo me rodeaba. Me miró antes de acercar su boca a la mía. Separé ligeramente los labios cuando deslizó su lengua en el mismo instante en que se dejaba caer sobre mi polla. Gemí, y el sonido ronco envolvió su boca y vibró entre nosotros. Se hundió más en mí mientras sus manos se agarraban al respaldo del sofá.

Soltó un largo suspiro de placer en mi boca mientras empezaba a restregarse contra mí lentamente. Mis manos encontraron sus caderas y las apretaron con fuerza, queriendo más de ella. Necesitando más de ella. Quería estar tan profundamente dentro de ella que de algún modo nos doliera desear más. Mis yemas se clavaron en la carne de la parte superior de su trasero mientras la presionaba con más fuerza contra mí.

Se apartó de nuestro beso solo para buscar mi labio inferior con los dientes y tirar de él suavemente antes de echar la cabeza hacia atrás mientras un gemido escapaba de sus labios. Empezó a moverse más rápido, con el clítoris rozando mi pelvis. Seguí su velocidad con las manos, atrayéndola y empujándola.

—Jeremiah —dijo con voz entrecortada y la garganta ronca.

El sonido de mi nombre en sus labios hizo que se me tensaran los huevos. Sentía que estaba a punto de explotar ya. Estiré el brazo y agarré su larga melena pelirroja, enrollándola entre mis dedos y dándole un tirón. Gritó cuando la atraje hacia mí, con cada centímetro de mi ser enterrado en ella. Se quedó allí, moviendo solo las caderas en una danza rítmica sobre mí. Rodeándome. Sentí su clítoris endureciéndose contra mí.

Sus pechos se balanceaban con su cuerpo, con los pezones rosados y erguidos. Alargué la mano y tomé uno entre mis dedos, haciéndolo rodar con brusquedad. Soltó un pequeño grito. Estaba cerca. Levanté ligeramente las caderas, dándole más de mí. Pude sentir cómo sus paredes empezaban a temblar alrededor de mi polla palpitante. Movía las caderas más rápido ahora, deslizándose desesperadamente contra mí. Solté su pelo y ella se inclinó hacia delante para que sus hermosos pechos botaran ante mi cara.

Su respiración se aceleró mientras sus manos rodeaban la parte posterior de mi cabeza, hundiendo mi rostro en su generoso pecho. Lamí y moví mi lengua contra ellos mientras ella empezaba a perder el control. Sus movimientos eran rápidos mientras succionaba su sexo contra el mío.

—Joder —exclamó en un susurro contra mi oído, y eso fue todo lo que necesité oír.

Mi miembro dio un respingo dentro de ella antes de explotar contra sus paredes apretadas. Gritó mientras temblaba de placer. Su cuerpo palpitaba a mi alrededor mientras yo seguía enterrado en lo más profundo de ella. Sus movimientos de fricción empezaron a disminuir a medida que ambos liberábamos lo que nos quedaba. Nos quedamos allí, hechos un ovillo y sin aliento, mientras yo seguía saboreando cómo me rodeaba.

Pasado un rato, despegó su piel húmeda de la mía y se acurrucó en mi regazo. Le acaricié la cabeza mientras ella pasaba los dedos suavemente por mi pecho desnudo.

—Recuérdame que me meta en peleas más a menudo —susurré burlón.

—Por favor, no lo hagas —rio ella suavemente.

Solté una carcajada y le besé la coronilla. Dejé escapar un profundo suspiro. Nunca me cansaría de esto. El sexo fenomenal. La forma en que nos quedamos enredados el uno en el otro después. Nuestros cuerpos cansados, pero de alguna manera suplicando más para después.

—Lo siento —dije, echándonos encima una manta que había cerca.

Se la subió por encima del hombro y se acurrucó contra mí antes de levantar la vista. Lo decía en serio. Lo sentía. La había hecho pasar por un infierno y, aun así, seguía aquí, en mis brazos. No me lo merecía. Sentir su piel contra la mía. Sentir su aliento besando suavemente mi hombro. Sentirme perdido en el bosque de su mirada.

—No quiero perderte —susurré.

—Jeremiah... —dijo ella suavemente, llevándose la mano a mi mejilla.

—Te quiero a ti. Quiero a este bebé.

—Yo también. Yo también te quiero a ti —murmuró, girándose para besar la palma de mi mano con sus labios rosados.

—Solo que ha sido mucho lo que hemos tenido que gestionar, ¿sabes?

Ella asintió.

—Solo intento encontrar mi lugar. Puedo hacerlo mejor. *Quiero* hacerlo mejor. Quiero ser el hombre que necesitas.

Se giró y pegó su mejilla a la mía una vez más, buscando mis ojos con los suyos. Tan cerca, podía ver la pequeña lluvia de pecas en el puente de su nariz. Perfecta. Era perfecta.

Sabía que quería creerme, pero podía ver una pequeña pizca de duda tras su mirada. Y probablemente estaba a punto de empeorarlo con lo que estaba pensando.

—Creo que deberías dejar el trabajo —dije.

—¿Qué? —preguntó, desconcertada.

—Sería más seguro así. Menos ojos puestos en nosotros. —Mi pulgar acarició la suave piel de su cara, intentando tranquilizarla.

Retiró la mano de mi mejilla y me miró con la vista afilada. En alerta. Tomé sus dos manos entre las mías y las apreté con suavidad—. No te preocupes. Puedes seguir quedándote aquí. Yo te cuidaré. Me encargaré de todo —dije con firmeza—. Y no, no creo que seas una interesada —añadí rápidamente.

Ella frunció el ceño ligeramente—. No lo sé... —dijo.

—Solo creo que nos ahorraría más especulaciones. Acabaría con los rumores.

—Y no arruinaría tu imagen... —dijo, arqueando una ceja pelirroja.

—Eso también —admití con timidez—. Aunque es más que eso. Quiero protegernos. Proteger *esto*. —Miré nuestros cuerpos aún entrelazados en el mismo lugar donde nos unimos por primera vez.

—No estoy segura de esto, Jeremiah —dijo ella de forma especulativa.

—Por favor. Solo piénsalo.

—Sí. Lo pensaré. —Se acomodó de nuevo contra mi pecho y nos quedamos sentados en silencio mientras el sol se ocultaba tras el horizonte de la ciudad.

Capítulo 43

SADIE

¿Adónde vas? —preguntó Jeremiah con una sonrisa despreocupada. Seguía tumbado en la cama, su torso cincelado al descubierto mientras se apoyaba en las almohadas mullidas como nubes apoyadas contra el cabecero. Intenté no distraerme con lo increíblemente atractivo que estaba, despeinado y con esa sonrisa adormilada. Casi eran las once de la mañana y nos habíamos quedado dormidos. Aun así, costaba salir de las sábanas frescas y de su cálido abrazo, una reconfortante yuxtaposición.

Lo miré a través del gran espejo apoyado en la pared. Uno que habíamos utilizado las dos últimas noches mientras él me tomaba como quiso y yo a él. Cada vez dormía más en su habitación. Una comodidad conveniente a la que me estaba acostumbrando.

—Quedo con Erica en el parque —dije mientras ajustaba el cierre de mi pendiente—. Vamos a hacer un pequeño picnic.

—Mmm —asintió mientras se incorporaba. Hizo una mueca leve.

—¿Estás bien? —pregunté, acercándome rápidamente a su lado.

Me hizo un gesto para que me apartara—. Estoy bien. Solo un poco dolorido.

—Pues no te levantes. Quédate —dije, sentándome al borde de la cama y posando mi mano en su pecho. Él se acomodó de nuevo entre las almohadas.

Su labio estaba cicatrizando, pero la costra de la herida era una brecha reseca. Su cara lucía moratones. Se había tomado el día libre para evitar preguntas sobre su aspecto tras la pelea con Anderson en el parque. Yo dije en la oficina que teletrabajaba para poder cuidar de sus heridas.

—¿Tendrás cuidado? —preguntó, con las cejas alzadas de preocupación.

—Por supuesto —respondí—. No creo que Anderson vaya a molestarme pronto. Probablemente aún se esté lamiendo las heridas.

—No me importaría que te quedaras a lamer las mías —dijo con una sonrisa pícara.

Me reí—. Necesitas descansar.

—No es lo que dijiste anoche.

Me mordí el labio y negué con la cabeza. Era incansable. Era un milagro poder seguirle el ritmo. Agradecí las hormonas del embarazo. Y lo sexy que estaba.

Observé cómo sus ojos bajaban hasta mi boca y se ensombrecían. Sabía exactamente lo que pensaba y me recorrió un escalofrío de emoción.

—Ni se te ocurra pensarlo —dije con brusquedad—. Llegaré tarde.

Gimió exageradamente.

—Quédate en la cama. Volveré antes de que te des cuenta para "cuidar" de tus heridas —hice comillas con los dedos en el aire.
—Bieeeen —suspiró.
Me levanté de la cama y me incliné para darle un beso rápido en los labios.
—Que te diviertas —dijo, apretándome la mano.
Cuando empecé a alejarme, una idea me asaltó y me giré en la puerta.
—La conocerás pronto, ¿verdad? ¿Y a Gabriella también? —pregunté con esperanza.
—Claro —dijo. Fue la palabra menos convincente que había oído, pero intenté ignorar cómo mi corazón se hundía en el estómago. Todavía no había conocido a mis dos mejores amigas. Yo no había conocido a ninguno de sus amigos. Ni a ese que había mencionado brevemente. Kevin. Me preguntaba cuándo uniríamos nuestras vidas, si es que llegaba a ocurrir.
Le sonreí débilmente y salí de la habitación.
Durante el paseo al parque, estaba en alerta máxima. A pesar de lo que le había dicho a Jeremiah sobre Anderson, no me sentía del todo segura. Ya me había encontrado antes. Incluso dos veces. Apreté mi cesta de picnic con fuerza mientras bajaba por el sendero hacia la zona de césped. Pero no había rastro de Anderson, cuyos ojos morados aún no podía sacarme de la cabeza. Tampoco vi a nadie sospechoso por los alrededores. Quienes veía iban con sus familias o corriendo. Suspiré aliviada cuando vi a Erica sentada en una gran manta de picnic a cuadros amarillo pálido. Saludó con la mano al verme.

—¡Hola! —dije, arrodillándome y dejando mi cesta antes de abrazarla.
—¡Hola, cariño! ¡Y hola, bebé! —dijo cálidamente al posar su mano en mi vientre.
Reí suavemente—. ¿Dónde está Josie? —pregunté mientras empezaba a desempacar la cesta.
—Está con Marco teniendo un día de papá e hija en el zoo —Erica sirvió limonada en dos vasos de plástico transparentes—. Es su sitio favorito. Esos pingüinos monos tienen hechizada a esa niña.
Sonreí, esperando que ocultara mis pensamientos mientras divagaban sobre qué clase de padre sería Jeremiah para nuestro hijo. ¿Lo llevaría al zoo, al museo o a comer fuera? ¿O arruinaría ese secreto que me pidió guardar la infancia que había imaginado? ¿Qué clase de infancia sería?
—Deberíamos llamar a Gabriella —dije, sacando el móvil del bolso.
—Sin duda. Estamos tardando en tener una charla de chicas —dijo Erica, recogiéndose un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja.
Apoyé el teléfono contra la cesta y marqué el número de Gabriella. Tras unos timbrazos, su cara apareció en la pantalla, fresca y sonriente desde su salón. Tenía el pelo oscuro recogido en un moño desordenado y llevaba su camiseta universitaria vintage favorita.
—¡Hola, chicas! —dijo emocionada—. ¿Qué estáis haciendo?
—Hacemos un picnic —dije, dando un sorbo a la limonada.
Gimió—. Uf. Qué envidia. Daría lo que fuera por estar allí.
—Finge que estás aquí —dijo Erica, metiéndose una uva en la boca mientras se recostaba y recibía el sol que besaba su piel bronceada.
—Sadie, ¿cómo está el bebé? —preguntó Gabriella.

Puse una mano sobre mi vientre, tirando del vestido vaporoso que llevaba para mostrar mi creciente barriga—. ¡Bien! —dije.

—¡Ah, estás más grande que la última vez que te vi! De la forma más mona posible, claro.

—Gracias —sonreí, recostándome en la manta y cogiendo un puñado de galletas saladas.

—¿Y cómo está Jeremiah? —preguntó Gabriella.

Erica me observó con atención mientras masticaba silenciosamente un trozo de queso.

—Está bien —dije, con la voz un tono más aguda. Sabía que mis amigas me veían el juego.

Gabriella alzó una ceja escéptica.

—No sé —suspiré—. Las cosas han ido bien. *Muy* bien. Al menos estos dos últimos días.

—Desde que le dio una paliza a ese imbécil… —dijo Erica meneando la cabeza.

Las había llamado a ambas la mañana siguiente y les había contado toda la horrible historia. No se lo podían creer.

—Sí, pero siento que intenta hacer mi mundo más pequeño… —dije vacilante.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, quiere que deje mi trabajo.

—¿Qué? —preguntó Gabriella sorprendida.

—¿Por qué? —siguió Erica.

—No sé —me pasé la mano por el pelo frustrada—. Cree que así evitaremos el escándalo. O al menos suavizará el golpe si ya no trabajo para él.

—Vale… pero llevas años trabajando allí… —Gabriella frunció el ceño —. ¿Qué se supone que harás ahora?

—Dijo que cuidaría de mí —me encogí de hombros.

—¿Mientras tú… qué? ¿Te quedas en su torre todo el día?

—Supongo. No sé. Es como si me quisiera solo para él ahí arriba. Parte de mí lo disfruta, la verdad. Cuando estamos solo nosotros dos entre las paredes de su apartamento, se siente tan bien. Tan natural. Pero también sé que necesito más que eso.

—Sí. ¡Y el bebé! —dijo Erica con expresión confusa—. ¿Se supone que os quedáis ahí para siempre? Es como un cuento de hadas jodido.

Solté un suspiro de frustración—. Lo sé. No sé qué hacer.

—Bueno, ¿qué sientes por él? —sugirió Gabriella.

—Como una tonta enamorada —reí suavemente—. No puedo creer que me esté enamorando de un tipo como él.

"Enamorando" no era la palabra correcta. Estaba segura de que había tropezado fuerte y llevaba un tiempo en caída libre. Jeremiah simplemente me hacía algo.

—¿Un multimillonario guapo? —rio Erica.

—No es solo eso —dije con un leve movimiento de cabeza—. Nunca he tenido una relación tan intensa con nadie. Es un sube y baja. Ha tenido los momentos más altos de mi vida, pero también los más bajos. Y no pensé que pudiera bajar más tras mi última relación.

Me reí de mí misma—. Ni siquiera sé si esto *es* una relación. Me importa Jeremiah. Profundamente. Incontrolablemente. Tiene una intensidad silenciosa, pero también es cálido y juguetón. Me cuida.

Quiero decir, echó a patadas a ese imbécil. Sé que haría lo que fuera para protegerme.

—¿Pero cuántas veces me has llamado llorando? —preguntó Gabriella con cautela.

—Lo sé. Somos un desastre —pasé mis manos por mis mejillas frustrada—. Parece que estoy hecha para relaciones complicadas. Vosotras visteis lo que pasó con Nick.

—Gilipollas —murmuró Erica entre dientes.

—Exacto —asentí—. Éramos un desastre. Tóxicos. Pero esto con Jeremiah es diferente.

—¿En qué? —preguntó Gabriella.

—Con Nick, era un mentiroso. Un infiel. Pero tenía tanto miedo de empezar de nuevo con alguien que ignoraba lo evidente. Me empeñé e intenté que funcionara.

Suspiré.

—Quizá estoy haciendo lo mismo con Jeremiah.

—Jeremiah no es Nick —me recordó Erica.

—Y tú no eres la misma Sadie de antes —dijo Gabriella.

—Pero Jeremiah tiene defectos. Muchos —recordó Erica.

Asentí—. Pero con él, no tengo miedo de empezar de nuevo. Tengo miedo de perderlo *a él* —admití pensativa mientras bajaba la vista a mi vaso de limonada. Contuve las lágrimas.

Esa era la diferencia entre él y Nick. Amaba la idea de Nick y la relación que quería que tuviéramos. Pero me estaba enamorando de Jeremiah.

—Entonces quizá no lo abandones todavía —dijo Erica con un suave codazo.

—Las cosas ya no son blanco o negro —dijo Gabriella—. Ahora hay un bebé en escena. *Tu* bebé. *Su* bebé también. Merece conocer a su hijo.

Si es que lo quería.

—Jamás lo apartaría —dije suavemente—. Solo que no sé si asumirá nunca el papel de padre con todo su corazón. Y por eso, no sé si podemos continuar nuestra relación. O lo que sea que seamos.

Me quedé callada un momento y miré a lo lejos del parque. Observé a unos padres mientras seguían a su niña gateando por la hierba, persiguiendo una mariposa. Se tomaban de la mano mientras sus miradas amorosas seguían cada movimiento. Me dolió el corazón al pensar cuánto deseaba que fueran Jeremiah y yo.

—Creo que quiero más de lo que él puede dar —dije, aún observando a la familia—. Y creo que él quiere más de lo que estoy dispuesta a dar. La presión por ser lo que él quiere es demasiada. Quizá simplemente no soy la persona para él…

El pensamiento me partió el corazón.

—Tienes que decirle eso —dijo Erica suavemente, poniendo su mano en mi hombro.

—Solo habla las cosas, ¿vale? —dijo Gabriella.

Asentí y di otro sorbo a la limonada. Solté un largo suspiro y me puse una sonrisa forzada.

—Basta de hablar de mí —dije meneando la cabeza—. ¿Qué tal vas tú, Gabby?

Una lenta sonrisa se extendió por sus labios mientras nos miraba a Erica y a mí.

—¿Qué? —preguntó Erica con sospecha.

—Puede que tenga noticias… —bromeó.

Mi corazón dio un vuelco, preguntándome qué sería. Gabriella guardó silencio, manteniendo la sonrisa. Disfrutaba provocándonos.

—¿Qué? —pregunté alto, deseando sacárselo a la fuerza por el teléfono.

—¡Me mudo a la Gran Manzana, nena! —gritó.

Erica y yo chillamos fuerte y nos abrazamos celebrando la noticia. Pronto estaríamos todas juntas. Era el lado bueno de mi vida en este día sin nubes.

Capítulo 44

JEREMIAH

La oficina estaba vacía, lo cual no era de extrañar, ya que faltaba poco para las 7 de la mañana y los empleados se habían vuelto un poco más laxos desde que los rumores sobre Sadie y yo habían empezado a circular por la oficina. Era como si ya nadie se sintiera tan intimidado como antes por la información que tenían sobre mí. Me cabreaba. Mi estilo siempre había sido ejercer el poder a través del miedo y la intimidación, y parecía que ese poder se estaba desvaneciendo.

Pero hoy dejaría pasar el hecho de que no hubiera nadie aquí con dos horas de antelación intentando impresionarme. Porque tenía una reunión con John, el investigador privado que había contratado la semana pasada. Había llamado ayer tarde por la noche diciendo que tenía noticias. Tenía que ser bueno para haber desenterrado algo en solo un par de días.

Me había marchado del apartamento sin despedirme de Sadie. Seguía durmiendo y se la veía tan pacífica cuando la he mirado esta

mañana... No quería molestarla. Después de la semana que habíamos tenido, entre nuestra propia pelea, la trifulca con Anderson en el parque y el resto del fin de semana haciendo el amor para reconciliarnos, lo mejor para ella y para el bebé era que durmiera un poco.

Además, sabía que el hecho de que yo contratara a un detective privado era un tema delicado. Ella simplemente no podía entender mi necesidad de respuestas. Deseaba que comprendiera que también lo hacía por ella. Alguien quería hundirme, y ella era simplemente una víctima colateral en este lío.

He entrado en mi despacho y me he sentado a mi escritorio, con las entrañas gritando por el café que no he tenido tiempo de preparar esta mañana. Mientras esperaba a que llegara John, tamborileaba con los dedos sobre la superficie de madera brillante de mi mesa, escudriñando la oficina vacía a través del ventanal. Intentaba averiguar quién podía estar detrás de estos rumores, pero era imposible. Todo el mundo tenía un motivo. Así eran las cosas cuando tenías dinero y poder. La gente hacía casi cualquier cosa por probarlo o por destruirte.

Unos golpes en el marco de la puerta me han sacado de mis pensamientos. He levantado la vista y he visto a John con su maletín y una sonrisa de labios apretados.

—John. Gracias por reunirse conmigo tan temprano —he dicho, levantándome para estrecharle la mano, que él ha sostenido con firmeza.

—No es ninguna molestia. Madrugo mucho. Hago mi mejor trabajo por las mañanas.

He asentido, indicándole con un gesto que se sentara frente a mí.
—Bien, dijo que tenía noticias... —he comenzado, ansioso por obtener respuestas.
—Así es. Creo que le parecerá interesante que los dos asuntos que me pidió investigar están relacionados.
He fruncido el ceño, intentando comprender lo que me estaba diciendo. Al ver mi expresión de desconcierto, ha colocado su maletín en la silla de al lado y ha hecho clic en los cierres. Ha levantado la tapa de cuero desgastado y ha sacado un montón de fotos brillantes. Me ha pasado una por el escritorio. He mirado la foto de la barra de un hotel con dos personas sumidas en una conversación. Me he dado cuenta al mirar más de cerca sus rostros. Anderson y Tanya.
—Tiene un espía, Sr. Mason —ha dicho John, colocando más fotos sobre mi mesa.
Las he ojeado con incredulidad mientras John ponía otro montón de papeles sobre mi escritorio.
—¿Qué es esto? —he preguntado.
—Correos electrónicos entre los dos. He indagado un poco. Parece que Anderson contrató a Tanya para vigilarle de cerca durante los últimos meses.
He soltado un largo suspiro mientras mis ojos recorrían los correos. Nunca pensé que Anderson participara en los rumores de la oficina, pero ahora, sabiendo que se había infiltrado en mi lugar de trabajo utilizando a mi propia recepcionista, me parecía exactamente algo que él haría. Lo que no entendía era por qué ahora. Había tenido

años para venir a por mí por cualquier venganza a la que creyera tener derecho.

He mirado otra foto de otro momento, viendo la sonrisa pícara de Tanya mientras divulgaba cualquier cosa que hubiera descubierto esa semana. He apretado los dientes. Me preguntaba cuánto le estaría pagando y si valía la pena traicionar a su amiga. Porque eso eran ella y Sadie. Amigas. Sabía que habían trabajado juntas durante años. Esto destrozaría a Sadie. Pero el dinero hacía que la gente hiciera cosas despreciables. Lo sabía demasiado bien.

—¿Qué cree que intenta hacer Anderson? —he preguntado, con las fotos y los correos emborronándose ante mis ojos. Estaba demasiado furioso para encajar las piezas. Necesitaba que John me lo explicara según su opinión experta.

Él ha respirado hondo y ha entrelazado las manos sobre el estómago mientras me miraba.

—A mí me parece un intento de hundirlo, Sr. Mason. Lo he visto antes. Supongo que quiere echarlo de su puesto de CEO, por eso contrató a alguien desde dentro para reunir cualquier cosa de valor que pudiera dañar su reputación. Según los correos, parece que contactó con Tanya justo antes de que usted asumiera su nuevo cargo aquí. Ya tenía a su infiltrada antes incluso de que se instalara en su despacho.

—Ahora bien, si los rumores son ciertos, algo que cualquier investigador privado podría averiguar fácilmente, Anderson podría utilizar este tipo de cosas y llevárselas a la junta directiva. Lo verán como un escándalo. Le obligarán a responder por sus actos. Posiblemente lo echen.

Era lo que me temía, pero peor porque Anderson estaba detrás. Por eso había presionado a Sadie para mantener todo el asunto en secreto. Ahora, sabiendo que lo había hecho, me sentía culpable por haberla culpado alguna vez de que se hubiera filtrado. Después de todo, no había sido ella. Había sido Anderson intentando sacar trapos sucios. Simplemente dio la casualidad de que estaba hurgando en el momento más oportuno.

Incluso si explicaba a la junta que lo que pasó entre Sadie y yo fue consentido y que teníamos intención de formar una familia, seguiría sin verse bien. Los accionistas no verían con buenos ojos la idea de que el CEO deje embarazada a una empleada, aunque de algún modo termine en un final feliz. La prensa se enteraría y empezaría el deterioro de mi reputación, además de perder la confianza de los clientes. Y justo cuando habíamos conseguido al más importante hasta la fecha. Vincent James todavía estaba en su derecho de romper su contrato recién firmado.

—No es el plan de derribo mejor ejecutado que he visto, pero eso es lo que es. Y creo que sé por qué... —ha dicho John, rebuscando en su maletín.

Lo he mirado con curiosidad, preguntándome hasta dónde habría llegado investigando a Anderson y si habría salido a la luz nuestro turbio pasado de cuando teníamos veinte años. Ha deslizado otro documento por mi escritorio. Lo he cogido, notando el familiar membrete de la firma. Mis ojos se han clavado en una frase que resaltaba ante mí como si estuviera subrayada en amarillo neón.

En este momento, estamos considerando otros candidatos para el puesto de CEO.

Anderson había estado compitiendo por el puesto de CEO. No tenía ni idea. En el pasado, me deleitaba persiguiendo lo que él más deseaba y ganándoselo. Pero con el tiempo dejé atrás el rencor y empecé a centrarme únicamente en los negocios por el bien de mi imperio, no por una estúpida venganza. Probablemente vio que yo obtuviera el puesto como otro desaire deliberado contra él.

—Parece que cabreó a este tipo cuando aceptó el trabajo —ha dicho John encogiéndose de hombros—. Parece un montón de molestias solo porque no consiguió el puesto.

Si él supiera...

He oído pasos viniendo por el pasillo, señales de vida de que la mañana de trabajo estaba comenzando. Como si se diera cuenta también, John ha cerrado su maletín con un clic y se ha levantado de la silla. Yo me he levantado y he rodeado mi escritorio para acompañarlo a la salida.

—Gracias, John. Realmente ha hecho su trabajo. Y a tiempo —he dicho asintiendo con satisfacción.

Le he dado un firme apretón de manos antes de salir por la puerta.

—Si me necesita de nuevo, ya sabe cómo localizarme —ha dicho junto a los ascensores antes de desaparecer tras las puertas doradas. Esperaba no necesitarle, pero era bueno tenerle en la recámara.

He vuelto a mi despacho a grandes zancadas, saludando con la cabeza a los pocos empleados que ya se estaban instalando en sus mesas. Una vez en mi escritorio, he empezado a recoger las fotos brillantes y los correos, formando montones ordenados antes de guardarlos en el cajón inferior de mi mesa. Todas las respuestas que

buscaba estaban aquí mismo. Sentía que mi ira iba en aumento al saber hasta qué punto era capaz de rebajarse la gente, incluso si eso significaba herir a sus amigos. No me hacía ninguna gracia tener que decirle a Sadie en qué había estado metida Tanya durante los últimos meses.

He empezado a caminar de un lado a otro del despacho, esperando a Sadie. Esperando a Tanya.

Momentos después, he oído la risa de Sadie resonando suavemente por el pasillo mientras se acercaba a su mesa. Ojalá hubiera estado de humor para oírla. No estaba sola. He escuchado la voz de Tanya mezclada con la suya. Hablaban de una primera cita que había tenido Tanya, o algo así. Estaba demasiado irritado para prestar atención a nada de lo que salía de la boca de esa rata.

Las he visto pasar por delante de mi despacho. Sadie se veía radiante mientras se instalaba en su mesa con uno de mis vestidos favoritos, sosteniendo su habitual té de menta. Evitaba mirar en mi dirección. Me daba cuenta de que estaba conteniendo su sonrisa habitual. Era la misma expresión hermosa que solía tener cuando estábamos cerca el uno del otro en la oficina.

Ha dejado su bolso mientras Tanya se sentaba en el borde de su mesa hablando animadamente y sosteniendo un café helado de color caramelo. Verlas juntas ha hecho que se me revolviera el estómago, sabiendo la traición que estaba ocurriendo. No podía aguantar más. He salido de mi despacho y me he plantado frente a Tanya. Al cernirme sobre ella, ha levantado la vista sorprendida, encogiéndose ligeramente.

—Jeremiah... —ha dicho Sadie en voz baja.

He levantado la mano, manteniendo los ojos fijos en Tanya. Podía sentir la rabia subiéndome por el cuello. El brillo de sus ojos me ha dicho todo lo que necesitaba saber. Sabía que la habían pillado.

—Jeremiah —lo ha intentado Sadie de nuevo—. Déjala en paz.

—Está despedida —he dicho con una mueca de desprecio que ha hecho que se me contrajera el labio superior.

—¿Qu-qué? —ha preguntado Sadie sorprendida, mirándonos a su amiga y a mí.

Tanya no ha dicho nada. Solo ha apretado su café un poco más fuerte, parpadeando hacia mí en estado de shock.

—Sí. Lo sé todo —he dicho, apretando la mandíbula.

Ella ha tragado saliva con dificultad.

—Quiero que se vaya hoy mismo. Quiero que se vaya *ahora*.

Ella ha asintido rápidamente, despegándose de la mesa de Sadie, que me miraba con una expresión de dolor y sorpresa en los ojos. He hecho todo lo posible por ignorarla. No podía flaquear ahora.

Antes de que Tanya pudiera alejarse, me he acercado a ella.

—Tendrá noticias de mi abogado. Le voy a meter una orden de alejamiento. Y no solo eso, sino también cargos por difamación. Me encargaré de que todo el mundo que conozco en esta ciudad sepa que es una víbora. No volverá a trabajar en la vida —he amenazado, señalándola con el dedo a la cara—. Se mantendrá bien lejos de mí. Y de Sadie. Nadie se mete con mi familia. ¿Entendido?

—S-sí —ha susurrado Tanya con voz temblorosa.

—Ahora, lárgate de aquí —he gruñido.

Ha pasado por mi lado y por el de la mesa de Sadie, y ha empezado a alejarse.

—¡Y dígale a Anderson que iré a por él la próxima vez que asome la nariz en mis asuntos! —le he gritado mientras se iba.

Ella ha apurado el paso, con sus tacones repicando con fuerza contra el suelo. Ha cogido su teléfono y su bolso del mostrador de recepción y ha pulsado desesperadamente el botón del ascensor sin mirar atrás ni una sola vez.

Capítulo 45

SADIE

¿Qué narices te pasa? —le pregunté a Jeremiah, intentando no alzar la voz, consciente de las miradas en nuestra dirección tras la escena que había montado. Aunque él hablaba bajo, la frialdad de su encuentro con Tanya flotaba densa en el aire. Sus ojos azules estaban gélidos mientras miraba a lo lejos, con la mandíbula apretada.

Me levanté de mi mesa para ir tras mi amiga, que esperaba impaciente ante el ascensor, colocándose nerviosa el pelo corto y oscuro tras la oreja. Di un paso hacia ella cuando Jeremiah me agarró del brazo y me detuvo. Me solté de su agarre, sintiendo cómo mi ira se filtraba hacia él.

—No lo hagas —dijo, negando firmemente con la cabeza.

—Ni hablar —dije, alejándome.

—No es quien tú crees —murmuró él a mis espaldas.

Me detuve y me giré hacia él despacio, dedicándole una mirada interrogante. Vi que su expresión se había suavizado con una

sombra de compasión mientras me miraba. Volví a mirar hacia los ascensores justo a tiempo para ver a Tanya entrar en ellos y desaparecer. Se había ido.

Jeremiah señaló con un gesto hacia su despacho y entró. Vacilé, preguntándome si aún debería ir tras mi amiga, pero aquellas palabras resonaban en mi interior.

No es quien tú crees.

Seguí a Jeremiah a su despacho, donde ya se había acomodado tras su escritorio. Estaba rebuscando en el cajón de abajo.

—Cierra la puerta —dijo con aire distraído.

Hice lo que me pidió y me senté frente a él mientras empezaba a apilar papeles sobre la mesa.

—¿Qué está pasando? —pregunté con insistencia.

Necesitaba saber por qué acababa de despedir a una de mis pocas amigas en la oficina sin darme ninguna explicación. No entendía por qué estaba involucrando a un abogado ni por qué necesitaría una orden de alejamiento. ¿Y había dicho algo sobre Anderson? Me empezó a dar vueltas la cabeza mientras esperaba a que Jeremiah hablara.

—¿Recuerdas al investigador privado que contraté? —preguntó.

—El de la semana pasada. Sí, me acuerdo —puse los ojos en blanco. Obviamente, me acordaba. Fue hace solo unos días y provocó una de nuestras mayores broncas hasta la fecha. Y el mejor sexo de reconciliación, pero eso no viene al caso.

—Me he reunido con él esta mañana.

—¿Y? —arqueé una ceja.

Jeremiah dudó antes de deslizar una foto satinada, golpeando con el dedo sobre la imagen. Me acerqué y miré la foto, preguntándome qué narices tenía que ver eso con el hecho de que acabara de avergonzar a Tanya de esa manera. Entonces la vi. Con Anderson. Me quedé sin aliento.

—¿Qué demonios es esto? —susurré.

—Estaban trabajando juntos.

—Imposible —negué con la cabeza.

—Anderson la contrató antes de que yo ocupara el puesto de director ejecutivo aquí. Quería que sacara trapos sucios sobre mí. Para que fuera su espía en la oficina.

—Pero Tanya lleva años trabajando aquí... —dije con incredulidad.

—Pero no me tiene ninguna lealtad a *mí* —sentenció Jeremiah.

—Ni a mí, por lo visto... —murmuré, mientras él deslizaba otra foto hacia mí.

Era de un encuentro diferente entre Anderson y Tanya. Reconocería ese impecable corte *bob* en cualquier parte, y Anderson no pasaba desapercibido con su figura alta y delgada y sus ojos oscuros. Ella llevaba el mismo conjunto que se puso cuando fuimos a tomar té y café la semana pasada. Negué con la cabeza con muda incredulidad mientras apartaba la foto de un empujón.

Aquellas fotos solo eran de los últimos días. ¿Cuántas veces se habría reunido con él en los meses anteriores? ¿Cuántas de nuestras conversaciones habían sido genuinas y no solo una forma de sonsacar información? ¿Fue alguna vez mi amiga de verdad o es que el sueldo de Anderson era tan bueno como para cegarla ante el hecho de que nos conocíamos desde hacía años?

Sentí que iba a devolver. Me puse la mano en el estómago y tomé aire con dificultad. Jeremiah me miró preocupado y se levantó de su mesa. Me tendió la mano.

—Ven —dijo con suavidad.

Lo miré con curiosidad, intentando no dejarme envolver por la expresión tierna que lucía mientras me observaba. Estaba ridículamente guapo, incluso cuando acababa de cabrearme. Pero ahora sabía por qué lo había hecho, y eso le hacía parecer aún mejor. Puse mi mano sobre la suya; la sensación familiar de su palma contra la mía aceleró los latidos de mi corazón.

—Vamos a que te dé un poco el aire —dijo, acariciando mis nudillos con el pulgar.

Me condujo hasta la puerta, apretando suavemente mi mano antes de soltarla. Pude sentir su contacto persistiendo en mi piel mientras abría la puerta. Aunque Tanya se había ido, todavía teníamos las miradas de toda la oficina puestas sobre nosotros. Todo gracias a Tanya. La traición dolía.

Lo único que quería era que Jeremiah me rodeara con sus brazos, pero teníamos que guardar las apariencias. Eso dolía casi tanto como la traición de Tanya. Me pregunté si alguna vez podríamos ser simplemente libres de ser quienes éramos tras la puerta cerrada de su ático.

Caminamos uno junto al otro hacia los ascensores en silencio. Al cruzar las puertas, esperaba que Jeremiah pulsara el botón del vestíbulo, pero en su lugar pulsó el de la última planta. Al poco rato, las puertas se abrieron a un pasillo bien iluminado que daba a una gran puerta acristalada que conducía a la azotea. Volvió a cogerme

de la mano, lejos de las miradas vigilantes de todos los de abajo, y me llevó fuera, ante una vista impresionante de la ciudad.

—Guau —susurré—. Nunca había subido aquí.

Él sonrió débilmente, señalando un banco cercano que estaba junto a un pequeño parterre lleno de flores amarillas, rosas y blancas. Aspiré su aroma floral mientras me sentaba junto a Jeremiah. Él se desabrochó el botón de su chaqueta gris claro y se recostó cómodamente antes de pasarme el brazo por los hombros. Me acomodé contra la solidez de su cuerpo.

—Lo siento —murmuró.

Lo miré confundida. —¿Por qué?

—Por el investigador privado. Por Tanya. Por Anderson. Por haberte envuelto en todo esto.

Ignoré la última parte porque no había nadie más con quien prefiriera estar envuelta. Esperaba que no se arrepintiera de nada de lo que había pasado entre nosotros, porque yo no lo hacía. A veces era difícil de narices, pero no me arrepentía de haber subido todos aquellos tramos de escaleras para colarme en su apartamento hace todos esos meses.

—¿Por qué contrató Anderson a Tanya en primer lugar? —pregunté, mordisqueándome el interior del labio.

—Porque con trapos sucios sobre mí, podría acudir a la junta. Los accionistas me cuestionarían y dudarían del tipo de persona en la que están invirtiendo. Podrían echarme... —dijo, negando con la cabeza.

—Pero podrías explicarles que no es el escándalo que ellos creen. Que *yo* estaba en esto tanto como tú —dije.

—No importaría —dijo con un leve movimiento de cabeza—. Para ellos sigue siendo un escándalo. Y los escándalos hacen perder dinero. Perder clientes. Perder el buen nombre.
—¿Y todo para qué? —pregunté, alzando un poco la voz—. ¿Porque Anderson no puede saciar sus ganas de venganza?
—No solo eso; él aspiraba al puesto. Pero me lo dieron a mí.
—Y cree que tú lo hiciste para vengarte de él...
—No fue así —dijo Jeremiah, buscando mis ojos con los suyos.
—Te creo —dije, apoyando la mano en su mejilla.
Él apoyó el rostro en mi mano y cerró los ojos. Nos quedamos sentados en un silencio cómodo durante un momento, mientras la brisa fresca le alborotaba el pelo oscuro. Al poco, abrió los ojos y eran dos lagunas líquidas de color azul. Se giró para besarme la mano antes de retenerla entre las suyas.
—¿Ves ahora por qué quiero que lo dejes? —preguntó.
Me quedé callada y apreté los labios.
—Esto es demasiado estrés para ti. Para el bebé.
—Estoy bien —dije con firmeza.
—Por ahora..., hasta que Anderson dé su próximo paso. Si viene a por mí, viene a por *ti*. No eres más que un daño colateral, y odio eso. *Odio* haberte puesto en esa posición —dijo con la voz quebrada.
—Tú no me has puesto en ninguna posición. Yo elegí estar en esto tanto como tú.
—Simplemente creo que sería mejor si lo dejaras y te centraras en ti y en el bebé. Puedes dejarme el estrés de este trabajo y los planes de Anderson a mí, y permitir que yo me encargue de las cosas.

—¿Estás seguro de que esto es por mí y por el bebé? —pregunté, arqueando una ceja.

Jeremiah frunció ligeramente el ceño mientras me escrutaba el rostro. —¿De qué estás hablando?

—Me dijiste que no tenía ética laboral. Que no tenía ambición. Demonios, querías que me fuera a otro departamento porque no te servía para nada...

—Sadie... —empezó él.

—Quizá por eso quieres que lo deje —dije, conteniendo las lágrimas que se me agolpaban en los ojos.

Me cogió de las manos y giró el cuerpo para quedar frente a mí.

—Eso no tiene nada que ver. Fui un capullo. Un capullo *exigente* con expectativas irreales. Es lo que tengo con todo el mundo, pero especialmente con la gente a la que intento alejar.

—¿Estabas intentando alejarme? —pregunté, mientras una lágrima rodaba por mi mejilla.

—Tenía miedo. Hice lo único que sabía hacer.

Se acercó y me quitó la lágrima con el pulgar antes de inclinarse y apoyar su frente contra la mía. —No pienso eso de ti. Ni lo más mínimo. ¿Me oyes? —dijo con firmeza.

Pensé en todo lo que había pasado últimamente y en la preocupación que se me había instalado en el corazón. Me puse la mano en el vientre, ligeramente más abultado que la semana pasada. Quizá tenía razón. Tanta preocupación no podía ser buena para el bebé, pero seguía sin saber si la decisión correcta era dejar un trabajo que conocía desde hacía años. Un trabajo en el que sabía que era buena, aunque él lo hubiera cuestionado al principio.

Pero la deuda que sentía que me ahogaba seguía en un rincón de mi mente. Sería imposible pagarla si no trabajaba. No quería traer un bebé al mundo sin tener mi vida encarrilada. Quería proveer para mi familia. Por mucho que Jeremiah quisiera que me centrara en el bebé, tenía que trabajar, fuera en la firma de contabilidad o en cualquier otro sitio.

Asentí. —De acuerdo —susurré finalmente.

—¿De acuerdo?

—Lo dejaré —dije—. Pero con una condición.

Él me miró expectante, todavía con su frente apoyada en la mía.

—Voy a buscar otro trabajo. Aún me quedan meses antes de tener al bebé y quiero sentirme realizada. Trabajar me hace sentir así. ¿Puedes entenderlo?

—Pero y el bebé...

—Estará *bien*. ¿Qué te crees que hacen las madres trabajadoras? ¿Echarse en la cama todo el día y esperar nueve meses a que llegue el bebé? No soy de cristal, Jeremiah.

—Pero no necesitas trabajar. Yo puedo cuidar de ti.

—No estamos en los años cincuenta —dije tajante.

—Es que no lo entiendo...

—Me *gusta* trabajar. Me aporta valor. No quiero renunciar a ello. Seguro que lo entiendes.

—Lo entiendo —se rió suavemente—. Mejor que la mayoría.

—Entonces, escríbeme una carta de recomendación increíble y deja que me busque otro empleo.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, apartando su rostro del mío para estudiarme, con las manos en mis brazos.

—Sí. Además, me sentiría sola en tu torre todo el día. Ya me pasa a veces.

Sus ojos se entristecieron al oír eso. Se pasó una mano por el pelo y miró por encima de los tejados de los edificios circundantes. Parecía que solo estuviéramos nosotros dos aquí arriba, pero no podía ser así para siempre. Tenía que entenderlo. Tenía que entender que yo necesitaba más.

—Está bien —dijo en voz baja.

Le sonreí, acercándome un poco más y sentándome en su regazo. Él me rodeó con sus brazos y me miró con una media sonrisa.

—Siempre has sido muy cabezota —dijo soltando una carcajada.

—Igual que tú —dije, inclinándome y dándole un mordisquito en el labio inferior.

Capítulo 46

JEREMIAH

¿Oye, cariño? —gritó Sadie desde el salón mientras yo me servía un vaso de agua en la cocina. Di un sorbo y miré por encima de la isla hacia donde estaba ella, tumbada en su rincón habitual del sofá, con una manta blanca cubriendo su incipiente barriga. Me miró con esos ojos verdes suyos, en los que bailaba una mirada familiar. O quería sexo o tenía algún antojo extraño de embarazada.

—¿Sí? —pregunté expectante, esperando que fuera sexo lo que se le antojaba.

Últimamente la cosa iba de maravilla. Tenía las hormonas revolucionadas, pero su apetito sexual se mantenía firme. Habíamos sacado la caja de juguetes eróticos que, gracias a Dios, su amiga le envió aquella fatídica noche, y habíamos usado casi todos. Sadie estaba insaciable y mis manos y mi boca no tenían suficiente de su cuerpo cada vez más flexible y curvilíneo. No quedaba ni una sola

habitación en este apartamento en la que no hubiéramos acabado desnudos.

—Creo que al bebé le apetecen unas aceitunas rellenas —dijo con una sonrisa asomando a sus labios.

Me reí y negué con la cabeza mientras me acercaba a ella. —¿Al bebé o a *ti*? —pregunté, ladeando la cabeza al tiempo que le tendía un vaso de agua.

Dio un sorbo y me sonrió con la mirada, parpadeando con coquetería. —Oye, yo no tengo la culpa de lo que el bebé considere necesario en un momento dado.

Me incliné y besé sus carnosos labios. También habían aumentado de tamaño con el embarazo, entre otras cosas por las que mi mirada se paseaba ahora mismo. Sadie soltó una risita y se subió la manta para cubrir su camiseta de tirantes escotada.

—Sé lo que estás pensando. Primero las aceitunas —dijo con una sonrisa pícara.

—Valeeee —solté un suspiro dramático y caminé hacia la mesa de la entrada—. Vuelvo enseguida.

Cogí las llaves y abrí la puerta.

—¡A lo mejor podrías traer también unos Fruit Loops! —gritó ella a mis espaldas.

—¡Hecho! —respondí riendo.

Caminé por el pasillo con una pequeña sonrisa en el rostro. Me había acostumbrado a esta rutina de ir a la tienda de la esquina casi todas las noches para comprar lo que se le antojara. Una noche fueron Lucky Charms. Otra, una cuña de queso cheddar fuerte. Otra vez fue un pastel de melocotón por el que tuve que desplazarme un poco

más lejos, a una pastelería que cerraba tarde. Podría pedirle fácilmente a mi chófer que fuera a comprar, o a mi chef privado que preparara algo, pero me resultaba satisfactorio hacerlo yo mismo.

Las cosas habían estado bien entre nosotros últimamente. Ella había dado su preaviso de dos semanas en el trabajo, para no levantar sospechas y para que también constara en Recursos Humanos de cara a su próximo empleo. Aunque yo no entendía del todo por qué no se conformaba con centrarse en su salud y en el bebé, tenía que admitir que su ética laboral me resultaba atractiva. Y pensar que alguna vez llegué a cuestionarla.

Aún no había empezado un nuevo trabajo, pero se dedicaba a enviar currículos desde la comodidad del sofá mientras yo formaba a mi nuevo asistente en la oficina. Se llamaba Luke y, aunque no era tan agradable a la vista como Sadie ni conocía todavía mis manías, parecía bastante competente. Sadie me había ayudado a encontrarlo a través de una cazatalentos que conocía.

La prensa aún no había publicado ninguna historia escandalosa sobre mí, pero probablemente se debía a que mis abogados estaban luchando con uñas y dientes para que todo se mantuviera en silencio. Quería que mi historia saliera a la luz bajo mis propios términos cuando estuviera listo. Algún día.

Había aceptado conceder una entrevista a la NBC mañana para hablar de mi puesto como CEO en la firma y para un segmento de negocios que estaban preparando. Al principio me mostré reacio a hacerlo, pero tras hablarlo con mis abogados, accedí. Nunca antes me había escondido de una entrevista de negocios. De hecho, me deleitaba dando a conocer mi nombre y alardeando de mis logros.

No me había prodigado mucho por la prensa últimamente con todo lo que pasaba conmigo y Sadie. Probablemente era hora de salir de mi escondite.

El agente dijo que sería una entrevista en directo centrada en multimillonarios hechos a sí mismos. Parecía bastante seguro, y mis abogados habían revisado el contrato cuidadosamente. Esperaba que me preguntaran cómo empecé, dónde me veía en cinco años, bla, bla. Lo de siempre. No era nada que no pudiera manejar, siempre y cuando no se metieran en mi vida personal, algo en lo que habían insistido que no harían.

La familiar luz de neón de la tienda de la esquina parpadeó cuando abrí la puerta. El timbre sonó sobre mi cabeza, atrayendo la atención del dependiente.

—¡Usted otra vez! —sonrió ampliamente.

—He vuelto —dije con una carcajada—. ¿Aceitunas?

—Segundo pasillo a la izquierda.

—Gracias. —Caminé hacia el pasillo y busqué en los estantes las aceitunas verdes. Cogí un tarro grande y lo llevé al mostrador.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el dependiente con diversión.

—Ah, mierda. ¿Fruit Loops?

—Tercer pasillo a la derecha —dijo con otra carcajada.

Le di las gracias y regresé poco después con la caja pequeña de cereales de colores. Escaneó los dos artículos sin dejar de sonreír. Probablemente pensaba que yo iba drogado o que tenía una mujer embarazada en casa. Una novia. Lo que fuera Sadie. No estaba seguro, pero desde luego era mucho más de lo que jamás había tenido en mi vida.

El dependiente embolsó los dos artículos y me entregó la bolsa con una sonrisa. —Hasta mañana —dijo con complicidad.

Solté una risita y salí por la puerta al aire fresco de la noche.

Sadie aplaudió con entusiasmo cuando entré por la puerta sosteniendo el tarro de aceitunas en una mano y los cereales en la otra.

—¡Gracias! —dijo, extendiendo las manos como una niña hambrienta.

Me reí mientras ella desenroscaba la tapa del tarro de aceitunas y se metía una en la boca. Puso los ojos en blanco mientras soltaba un profundo «mmm». El sonido hizo que mi miembro diera un respingo en mis pantalones.

—Vuelve a hacer eso y ni siquiera llegarás a los Fruit Loops —dije, inclinándome sobre ella mientras apoyaba las manos a cada lado de su cuerpo.

Se mordió el labio antes de meterse otra en la boca, emitiendo el mismo sonido.

—¡Se acabó! —dije en voz alta, cogiendo las aceitunas y dejándolas sobre la mesa antes de levantarla y cargármela al hombro.

—¡Jeremiah! —chilló ella mientras la llevaba a mi dormitorio—. ¡Los Fruit Loops!

Hice que se olvidara por completo de ellos en los dos minutos siguientes.

A la mañana siguiente, Sadie me observaba soñolienta desde mi cama, con una sonrisa de cansancio y satisfacción en los labios.

—¿Tengo la corbata derecha? —pregunté, mirándola a través del espejo, con mis ojos recorriendo el contorno de su cuerpo bajo las

sábanas de seda. Seguía desnuda desde la noche anterior.

—Estás muy elegante —afirmó ella—. Y guapo también.

—Gracias —dije, ajustándome la corbata de nuevo.

—¿Estás nervioso? —preguntó.

—Un poco —dije, girándome hacia ella mientras me abrochaba la solapa de mi chaqueta negra—. Hacía tiempo de la última.

—Lo harás genial —dijo ella para tranquilizarme.

Caminé hacia la cama y me incliné, besándola en los labios.

—Después de lo de anoche, estoy listo para cualquier cosa. —Sonreí con suficiencia antes de pasar mi lengua por sus labios.

Me apartó de un manotazo. —¡Para! ¡Vas a llegar tarde! —Soltó una risita mientras se escurría bajo las mantas, hasta que solo sus ojos verdes me devolvieron la mirada.

—Te llamo luego —dije, incorporándome y caminando hacia la puerta del dormitorio.

Cuarenta minutos después, mi chófer se detuvo ante el edificio de la cadena en pleno corazón de Times Square. Había pasado el trayecto en coche repasando preguntas y respuestas con mi nuevo asistente. Llevaba varios días ensayando mis respuestas diplomáticas y solo las estaba repasando una vez más con Luke, que escuchaba con atención.

—Lo va a bordar, señor Mason —dijo con un entusiasta asentimiento.

O bien me estaba haciendo la pelota, o yo no había perdido tanto el toque como pensaba.

—Hagámoslo entonces —dije, saliendo por la puerta del coche que mi chófer había abierto, con Luke siguiéndome por detrás como un

perrito faldero.

Dentro del estudio me reuní con la entrevistadora, una mujer a la que reconocí de las noticias. Su cabello castaño oscuro estaba cortado al estilo pixie, lo que afilaba su rostro en forma de corazón. Me estrechó la mano con firmeza mientras el agente que había concertado la cita explicaba de qué trataría la entrevista y que sería más bien una pieza de perfil biográfico. Los escuché parlotear con entusiasmo mientras una maquilladora usaba una borla para aplicarme polvos traslúcidos en la frente y me ponía más pomada en el pelo.

Cuando estuve listo para la cámara, me sentaron en un pequeño escenario bien iluminado, en un sillón orejero de felpa. Las luces me daban calor en la piel, haciendo que me removiera ligeramente en el traje. Sadie lo había elegido, diciendo que era uno de sus favoritos. Una pequeña mesa de mármol estaba junto a mí, en una configuración idéntica a la de la entrevistadora, que se estaba acomodando a pocos metros. Me sonrió de forma tranquilizadora mientras la maquilladora le daba un último retoque a su carmín rosado. Luke se acercó con un vaso lleno de agua y hielo y lo dejó en la mesa a mi lado. Le di las gracias con un asentimiento, di un sorbo y me aclaré la garganta.

—Entramos en diez —gritó alguien desde detrás de los focos.

Vi la cuenta atrás en el apuntador. Solo quedaban unos segundos para estar en televisión en directo.

La entrevista empezó lenta y constante, justo como me imaginaba que sería. Fue como ponerse un par de zapatos conocidos y navegué por las preguntas con facilidad. Expliqué cómo empecé en

una pequeña firma en Brooklyn antes de lanzarme a fundar mi propia empresa, ascendiendo entre los peces gordos de ese gran estanque que era Manhattan. Le solté la palabrería motivacional habitual sobre cómo los contratiempos solo sirven para impulsarte más lejos y otras citas que sabía que a la gente le encantarían. Luke no dejaba de levantarme el pulgar fuera de cámara.

—Y ahora, Jeremiah... —dijo la entrevistadora, con una sonrisa tímida en los labios.

Sentí que el corazón me daba un vuelco mientras esperaba lo que venía a continuación. Habíamos sido inflexibles sobre las preguntas a las que me ceñiría, pero esta entrevistadora podría tener otras ideas en mente.

—He oído el rumor de que podría haber encontrado a alguien especial en su vida… —dijo, con los ojos llenos de maliciosa diversión.

Sin dudarlo, me recosté en el sillón y le sonreí con naturalidad. —No sé qué habrá oído usted, pero estoy soltero. Me parece que la vida es más sencilla así —respondí con un encogimiento de hombros.

La entrevistadora hizo todo lo posible por ocultar su decepción, pero no sin antes decir: —Bueno, estoy segura de que acaba de hacer felices a muchas mujeres al saber que uno de los solteros más prominentes sigue estando disponible.

Di un sorbo de agua para concederme un momento y recuperar la compostura que había fingido ante las cámaras con esa última pregunta. Afortunadamente, la entrevistadora pasó a más preguntas sobre negocios.

—Dígame, ¿cuáles son algunos de los retos actuales a los que se enfrenta en los negocios? —preguntó la entrevistadora, mirándome, pensativa, con la barbilla apoyada en el puño.

—Siempre hay envidia cuando estás en la cima. El mundo de los negocios es una gran competición. Algunas personas no pueden aceptar que han perdido —alardeé con una sonrisa de confianza, pensando en Anderson y en todas las canalladas que había hecho. Esperaba que me estuviera viendo ahora mismo. Me giré hacia la cámara, mirándola directamente—. En este sector, siempre habrá alguien pisándote los talones, esperando que fracases. Por desgracia para esas personas, no se dan cuenta de que el fracaso no está en mi vocabulario.

Capítulo 47

Sadie

Abrí de par en par las altas puertas de madera del gran vestidor y entré. Me di la vuelta, conteniendo las lágrimas, mientras observaba toda la ropa de alta gama y los brillantes tacones de aguja que llenaban los percheros y estantes. Todos esos «regalos» de Jeremiah. Nada de eso importaba. Nada de esto era real.

Soltero.

¿Pero qué cojones? Había dicho que estaba soltero.

La palabra resonaba en mi cabeza como un grito en una habitación grande y vacía. Solo que se volvía más fuerte, más dolorosa cada vez que la oía y recordaba cómo salía de sus labios con tanta naturalidad. Cerré los ojos con fuerza, intentando bloquearlo todo. Unas lágrimas cálidas resbalaron por mis mejillas.

Idiota.

He sido una puñetera idiota.

Abrí los ojos de golpe y caminé rápidamente hacia el estante bajo de las paredes revestidas de madera cálida. Saqué la maleta del

estante. La maleta que Jeremiah me había comprado de camino a casa desde Dallas, insistiendo en que necesitaba algo mejor para viajar. Odiaba el hecho de que fuera a usarla precisamente ahora para marcharme de este lugar. Para dejarlo a él.

Lancé la maleta sobre el mullido suelo alfombrado. Aterrizó con un golpe seco. Abrí la cremallera de par en par antes de dirigirme a la cómoda apoyada contra la pared. Abrí el cajón superior y empecé a coger calcetines y ropa interior, lanzándolos de cualquier manera en la maleta abierta en el suelo. Vacié el resto de los cajones, agarrando la ropa que ya tenía antes de que Jeremiah llegara a mi vida. Leggins, jerséis, camisetas anchas. Algún rastro de quién era yo antes de conocerlo.

La maleta aún no estaba ni de lejos llena, y sabía que necesitaba algo más que camisetas de grupos de música y pijamas. Me levanté rápidamente y busqué entre los percheros de la ropa de trabajo. Faldas de tubo, blusas planchadas, americanas. Elegí mis favoritas. Tres conjuntos en total, y los doblé cuidadosamente en la maleta.

Aún no me habían llamado de ninguno de los currículums o solicitudes que había enviado para varios puestos de oficina por la ciudad, pero esperaba tener alguna entrevista pronto. Al menos iría armada con un atuendo impecable y una impresionante carta de recomendación de uno de los directores generales más importantes de la ciudad. Y uno de los mayores gilipollas.

¿Qué era lo que había dicho la entrevistadora?

Uno de los solteros de oro más destacados.

Se me revolvió el estómago, y no era por el bebé. Ya había pasado el primer trimestre y las náuseas matutinas eran cosa del pasado. Ni

siquiera sabía por qué las llamaban así. Deberían llamarse «náuseas de tarde». O «náuseas de noche». O «náuseas de acabo de comer una galleta».

Me puse la mano en el vientre, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho mientras más lágrimas caían de mis ojos. Esto era el desamor. El peor sentimiento de todos.

Había estado tan emocionada por ver la entrevista esta mañana... Me había instalado en el sofá con un cuenco de palomitas y zumo de naranja. No era el mejor desayuno, pero un antojo es un antojo. Tenía los nervios a flor de piel. Los mismos nervios que habían llenado la habitación cuando Jeremiah se estaba preparando esta mañana. Maldito sea por estar tan guapo con el traje que yo le dije que se pusiera.

Y maldito sea por parecer un multimillonario en la pantalla del televisor. Sentí un orgullo inmenso en el pecho al verle hablar con tanta seguridad sobre negocios. Hablaba con muchísima confianza. Ni rastro de los nervios de esta mañana. Las palabras fluían de su boca como si hubiera hecho esto un millón de veces. Con gestos de las manos a juego. Manos que me habían estrechado contra él esa misma mañana.

Su fría seguridad no flaqueó cuando la entrevistadora curioseó en su vida amorosa. Sabía que esa pregunta estaba fuera de lugar. Su abogado le había garantizado que no se hablaría de su vida personal, pero la entrevistadora *tenía* que intentarlo. Al fin y al cabo, era su trabajo. No podía culparla por intentar ser la que diera una exclusiva. La que Jeremiah se había desvivido por ocultar.

A mí.

Yo era a quien él tanto deseaba ocultar.

Me había acostumbrado a ser su secreto. Ir a la oficina a horas diferentes. Salir yo temprano y él tarde. O viceversa. No mostrar nunca afecto en público. Ni siquiera en el vestíbulo del edificio de apartamentos. Demasiada gente lo conocía. Lo observaba. Había aceptado todo eso porque Jeremiah insistía en que era para protegerme.

Pero ¿de *qué*? Ya me había enfrentado a Anderson. Ya había lidiado con la traición de una de mis amigas. Lo que pasó con Tanya me rompió el corazón. No estaba segura de qué más me podía pasar de lo que necesitara protección.

No, esto se trataba más bien de proteger su propio culo.

Su trabajo. Su reputación. Su imagen pública.

Nunca entendería cómo el hecho de que fuéramos felices y formáramos una familia pudiera verse como un escándalo. No, puede que no conozca el despiadado mundo de los negocios. Ni cómo la prensa puede jugar con tu reputación como si fuera un juguete barato que se rompe fácilmente. Pero sabía que no estábamos haciendo nada malo.

No éramos un escándalo. Estábamos formando una familia. Al menos, eso era lo que yo pensaba que estábamos haciendo.

Todo había ido tan bien las últimas semanas... Éramos felices. Pedíamos comida para llevar casi todas las noches, según el antojo que tuviera el bebé, y veíamos películas en el sofá. Sentados a la mesa del comedor por las mañanas con nuestro café y mi té, yo leyendo mi libro sobre bebés y compartiendo datos interesantes mientras él repasaba las noticias. Yo enviándolo a por recados

absurdos a la tienda de la esquina para cualquier cosa rara que quisiera comer esa noche, y él con su risita cómplice mientras salía por la puerta. Ni una sola queja.

Estaba muy lejos de estar soltero. Aunque nunca hubiéramos tenido «la charla» sobre nuestra relación, eso era lo que teníamos. Al menos, eso creía yo.

Después de ver su entrevista y su sonrisa fácil mientras pronunciaba esas palabras que fueron como un golpe en el estómago, me di cuenta de que nunca sería más que un secreto. Nunca me rodearía con orgullo con su brazo en público. Nunca me presentaría a nadie como algo más que su antigua asistente, si es que se molestaba en presentarme. Nunca me llevaría a una cena romántica donde pudiéramos cogernos de la mano sobre la mesa. Nunca hincaría la rodilla.

Lo peor de todo, nuestro *bebé* nunca sería más que un secreto.

Nunca sostendría a nuestro hijo mientras paseáramos por Central Park. Nunca pondría su nombre en el certificado de nacimiento, reconociendo a su vástago. Nunca iría a partidos de béisbol ni a recitales de danza.

Todos estos pensamientos se agolparon en mi cabeza, haciéndome caer de rodillas sobre la alfombra color crema. Solté un sollozo silencioso mientras ponía la mano sobre mi vientre cada vez más abultado. Nuestro bebé se merecía algo mejor. *Yo* me merecía algo mejor.

No podía entender cómo me veía aquí otra vez. La mujer tonta con el corazón roto, haciendo las maletas y mudándose. No podía

soportar estar en esta situación de nuevo. Tenía que organizar mi vida. Por mí. Por el bebé.

Había logrado reducir bastante mi deuda. El aumento y el mudarme con Jeremiah habían ayudado inmensamente. Odiaba tener que agradecérselo a él. Ahora, tenía que salir y hacerlo por mi cuenta. Necesitaba encontrar un trabajo. Un apartamento. Me daba miedo. Me resultaba intimidante.

Me tragué un sollozo y cerré los ojos. Me apreté el vientre con más fuerza y susurré: —Voy a cuidar de ti pase lo que pase. Todo saldrá bien.

En ese momento oí pasos sobre el suelo de madera del dormitorio. Contuve el aliento.

—¿Sadie? —llamó Jeremiah.

Odiaba lo bien que se sentía al oír mi nombre en sus labios. Sacudí la cabeza desde donde estaba sentada en la alfombra. Aunque hubiera querido hablar, no creo que hubiera podido con el nudo que tenía en la garganta. Así que me quedé callada, dejando que las lágrimas resbalaran por mis mejillas. No quería verle, y menos así. Tenía la esperanza de marcharme sin verle. Para evitar esta despedida.

Observé a través de mis ojos vidriosos y borrosos cómo su silueta llenaba el umbral del vestidor. Reprimí un sollozo. Tenía que ser fuerte.

—¿Sadie? —repitió.

Me sequé las lágrimas de las mejillas y lo miré. Sus ojos pasaron de mí a la maleta que tenía al lado, llenándose de preocupación.

—¿Qué está pasando? —preguntó, con la voz apenas por encima de un susurro.

Tragué saliva con dificultad y levanté la barbilla, aunque él seguía alzándose muy por encima de mí. —Me voy —dije con la mayor firmeza posible.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, dando un paso adelante—. ¿A dónde vas?

Alcancé la maleta y la cerré de golpe. —A cualquier parte menos aquí. —Corrí la cremallera por el lateral, cerrándola del todo.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó.

Sacudí la cabeza y solté un resoplido. ¿Se creía que era idiota? Esto era insultante. Entorné la mirada. La falta de comprensión en sus ojos azules hizo que la tristeza que sentía se transformara en ira.

—He visto la entrevista, Jeremiah —dije tajante.

—¿Ah, sí? Creo que ha ido bien. Aparte de que la entrevistadora intentara curiosear... —Puso los ojos en blanco—. Mi abogado ya se está encargando de eso.

—Por supuesto que sí —murmuré.

—¿Qué se supone que significa *eso*? —Se cruzó de brazos.

Supuse que tendría que explicárselo con pelos y señales. Me levanté de la alfombra, intentando estar más a su nivel, aunque todavía me sacaba más de treinta centímetros.

—Significa que estás tan aterrorizado por lo que *podría* pasar si se corre la voz sobre lo nuestro, que no te importa a quién hagas daño. Aunque esa persona sea yo. Aunque sea el bebé.

Se pasó la mano por el pelo con frustración y soltó un suspiro. —Pensaba que estábamos en la misma onda. Pensaba que lo

entendías.
—Yo también pensaba que lo entendía —dije, levantando las manos —. Pero oírte decir que estabas soltero en la televisión nacional cuando tienes a una mujer embarazada de... —Hice una pausa. No sabía qué era yo. No sabía cómo terminar esa frase.
—Simplemente me ha hecho darme cuenta de que no puedo seguir siendo tu sucio secretito.
—No eres eso —dijo suavemente mientras intentaba acercarse a mí. Por mucho que deseara sentir su abrazo, me aparté de un tirón. Me miró como si le hubiera dado una bofetada. Tuve que apartar la vista del dolor de sus ojos antes de que me flaquearan las fuerzas.
—Es lo que soy. Y me niego a permitir que nuestro bebé también lo sea —sentencié.
—No hagas esto —me suplicó.
—¿Cuántas veces hemos estado así? —pregunté exasperada—. ¿Cuántas oportunidades te he dado para que te saques la cabeza del culo? Y sin embargo, te empeñas en mantenerla ahí metida.
Solté un suspiro tembloroso antes de pronunciar las siguientes palabras.
—He terminado —dije. Agarré el asa de la maleta y tiré de ella hacia arriba con un chasquido fuerte. Pasé por su lado, saliendo por la puerta del vestidor hacia el hermoso dormitorio que él había diseñado para mí. Su belleza estaba empañada ahora. Apenas podía mirarlo.
—Sadie. Por favor. —Jeremiah me siguió desde el vestidor.
Me detuve y me di la vuelta bruscamente. —Ni se te ocurra. — Levanté la mano.

No pude evitar que cayera una sola lágrima, mientras sus ojos azules me recorrían, frenéticos de preocupación. Echaría de menos esos ojos. Pero tenía que hacer esto.

—No me sigas. No me llames. Necesito espacio.

Dicho esto, agarré la maleta y la hice rodar tras de mí, dejando a Jeremiah en un silencio atónito.

Capítulo 48

Jeremiah

Me quedé en el dormitorio de Sadie hasta que el cielo empezó a pasar del azul al rosa, proyectando un resplandor colorista sobre el suelo de madera de la habitación que había preparado para ella. Por la mirada que tenía al irse y por cómo le temblaba la voz, supe que no era el momento de ir tras ella como la vez anterior. En lugar de eso, me dejé caer en el suelo frío y apoyé la cabeza contra el edredón blanco que todavía olía a ella.

Cuando llegué a casa de la entrevista, no me esperaba esto. Pensé que pediríamos nuestra comida a domicilio favorita y lo celebraríamos en el sofá. Quizá el problema era precisamente ese. Quería celebrarlo escondiéndome aquí en mi ático, en lugar de salir a la ciudad. Me pasé las manos por la cara con frustración mientras dejaba escapar un profundo suspiro.

Fui un idiota al pensar que lo que dije en esa entrevista no le dolería a Sadie. Nunca habíamos hablado de *lo nuestro*. A pesar de no saber cómo llamarla, y de que ella no supiera cómo llamarse a sí misma,

sabía que éramos algo más importante de lo que yo había experimentado en toda mi vida. Soltero de profesión, con una agenda negra llena de mujeres con las que me había acostado, aquello nunca había llevado a nada parecido a lo que tenía con Sadie.

Joder, si hasta vivía conmigo. Era la madre de mi futuro hijo.

Y no era solo el hecho de que estuviera embarazada lo que me hacía querer estar con ella. No era una obligación. Una responsabilidad. Era porque ella me *veía*. Mis altibajos. Mis fallos. Nunca me había abierto a nadie como lo había hecho con ella. Y a pesar de todo, se quedó. Siguió de mi mano. Riéndose de mis chistes malos. Tocándome la cara de esa forma que solo ella sabía para consolarme. Perdiéndose en los arrebatos de pasión conmigo.

Habíamos tenido nuestros altibajos. Había creído perderla un montón de veces antes de esto, pero siempre encontrábamos el camino de vuelta el uno al otro. Y casi siempre era porque yo *sí* que no veía más allá de mis narices. Nuestra terquedad chocaba como un maldito accidente de coche, pero al final uno de los dos cedía.

Esta vez, no estaba tan seguro.

A medida que la luz del sol que se desvanecía en el suelo de su dormitorio empezaba a volverse púrpura, me despegué del suelo. Eché un último vistazo a su habitación y cerré la puerta antes de que su vacío pudiera envolverme.

El apartamento gritaba de silencio mientras recorría el pasillo. Albergaba la esperanza de verla en su sitio habitual del sofá, con esa sonrisa creciente en su rostro cada vez que le entraba un nuevo antojo de embarazada. Pero el rincón estaba vacío, su manta

favorita doblada con esmero sobre el respaldo del mullido sofá color crema.

No podía quedarme allí. Y tampoco podía ir tras ella.

Necesito espacio.

Cogí las llaves de la mesa de la entrada y salí por la puerta, cerrándola suavemente tras de mí. Pulsé el botón del ascensor y bajé unos pisos. No tenía ni idea de si Kevin estaba en casa o si andaba por África fotografiando una manada de elefantes desde la parte trasera de un Jeep. Al llamar a su puerta, esperé que respondiera. Necesitaba que mi amigo me diera sus consejos sin rodeos, aunque dolieran.

Como nadie respondía, me acerqué más. Oía a gente hablando. La televisión a todo volumen. Llamé de nuevo, golpeando con más fuerza los nudillos contra la puerta blanca.

Oí pasos al otro lado y un molesto: —Ya voy.

Kevin abrió la puerta y me miró, y el fastidio desapareció de su rostro. —¿Jeremiah! ¿Qué pasa, tío? —preguntó con una sonrisa que iluminó sus ojos color avellana.

Miré más allá de él y vi que había un grupo de tíos amontonados alrededor de la tele, todos con camisetas de fútbol y viendo el partido. No habían notado la interrupción mientras bebían sus cervezas y gritaban a la pantalla como si los jugadores pudieran oírlos. Nunca lo he entendido. Por otra parte, yo no tenía tiempo para ver deportes.

—Ah, mierda. Estás ocupado —dije, metiéndome las manos en los bolsillos con timidez—. Ya te veré luego.

—Ni hablar —me restó importancia con un gesto y abrió más la puerta—. El partido casi ha terminado. Estamos a punto de jugar al póker. Entrada de mil dólares —me guiñó un ojo.

Por mucho que apostar pareciera una buena distracción de lo ocurrido hoy con Sadie, no estaba de humor. No queriendo aguarle la noche a Kevin, fingí una sonrisa y me inventé alguna excusa para irme.

—Qué va. Tengo planes —mentí—. Solo bajaba para ver si tenías algo de leche...

Las palabras sonaron estúpidas al salir de mi boca, pero era todo lo que mi aturullado cerebro pudo idear.

—Leche, ¿eh? —preguntó Kevin, arqueando una ceja.

—Sí. Iré a la tienda de la esquina. Siento molestarte —me reí suavemente antes de darme la vuelta para irme.

—Espera —me llamó.

Confundido, observé cómo cerraba la puerta. Oí voces dentro y varios pasos. Al poco rato, la puerta se abrió y los tres tíos del sofá salieron con cara de fastidio. Pasaron por mi lado, refunfuñando entre dientes.

—¡Lo siento, chicos! —les gritó Kevin—. Seguro que dan el partido abajo en el bar. Y ya reprogramaremos la partida de póker.

Ellos gruñeron unos cuantos «sí» y «lo que sea» antes de desaparecer en el ascensor, no sin antes lanzarme un par de miradas asesinas.

—Pasa —dijo Kevin, mirándome y señalando hacia su apartamento mientras mantenía la puerta abierta.

Solté una risa por la nariz y negué con la cabeza al entrar. —No tenías por qué hacer eso —dije, señalando con el pulgar la puerta ahora cerrada.

—Sí, tenía que hacerlo. Sé cuándo algo va mal. Y algo va *muy mal* —entornó la mirada antes de dirigirse a la cocina—. ¿Cerveza?

—Sí, por favor —asentí. Nada me apetecía más.

Abrió la nevera y sacó dos botellas de cerveza, quitando las chapas azules y lanzándolas sobre la encimera blanca.

—Siéntate —dijo, señalando el sofá con la cabeza mientras se acercaba y me entregaba una cerveza. Cogió el mando y apagó el partido antes de sentarse en el otro extremo del sofá. Bebió un sorbo de cerveza y me miró con curiosidad. Yo di mi propio sorbo, sintiendo el frescor bajando por mi garganta. Me instalé en el sofá, sintiéndome ya un poco más relajado.

—Es por la pelirroja, ¿verdad? —preguntó Kevin, ladeando un poco la cabeza. Me leía como un maldito libro.

—¿Cómo lo has sabido? —suspiré.

—Porque cuando estás cabreado por negocios, tienes una cara de mala leche que asusta y quieres whisky. Ahora mismo, solo parece que estás hecho polvo.

Me pasé una mano por el pelo y miré al techo. Estaba hecho polvo.

—¿Tan mal, eh? —preguntó con una risita—. Nunca pensé que llegaría el día en que tú, Jeremiah Mason, estarías así de alterado por una mujer.

—Eso es porque yo no soy *ese* tipo de tío —gruñí antes de mirarlo—. Pero Sadie es diferente. Quiero decir, joder, ya la has visto. Pero

aparte de eso, ella es... cálida, sarcástica, testaruda, sexy, inteligente.

—¿Buena en la cama? —añadió Kevin.

—Uf. Ni me tires de la lengua —volví a gruñir.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —preguntó.

—No lo sé —bebí otro sorbo de cerveza, sintiéndome frustrado—. Se ha mudado conmigo. ¿Lo sabías?

—Joder. No. ¿En serio? —preguntó Kevin con los ojos como platos.

—Sí, hace unas semanas. Se lo pedí yo. Era lo que debía hacer... —dije pensativo. Hice una pausa antes de continuar. Me di cuenta de que no le había dicho a Kevin que iba a ser padre.

—Está embarazada —solté—.

—¡Me cago en la leche! —Kevin se atragantó con su cerveza—. ¿Por qué no me lo habías dicho? —Sus ojos estaban aún más abiertos mientras se limpiaba la cerveza derramada de su camiseta azul.

—No se lo había dicho a nadie. A *nadie*.

—Esto es increíble, tío. Vas a ser padre, joder —negó con la cabeza —. Eso no me lo esperaba.

—Ya, yo tampoco —logré reírme.

Le conté a Kevin todo lo que había pasado durante nuestro viaje a Dallas, la prueba de embarazo y la pelea que siguió, el investigador privado, Anderson, la pelea en el parque, la entrevista. *Todo.* A mitad de camino, tuvo que levantarse a por otra cerveza para los dos. Se notaba que estaba totalmente metido en la historia, como si fuera el guion de una película proyectándose en Cannes. Al oírlo de nuevo, mi desastrosa vida sí que parecía que podría llenar un cine.

Excepto que yo era el protagonista y acababa de perder a mi coprotagonista.

—Es que no consigo entenderla —suspiré—. Estaba planeando irse hoy sin decir ni una palabra. Estaba tan dolida. Tan enfadada —recordé la expresión de su cara y sentí como si el corazón se me encogiera en el pecho.

—Bueno, no puedo culparla exactamente… —dijo Kevin con cautela —. Le has dicho al mundo entero que estás soltero cuando la madre de tu hijo te está viendo desde vuestra casa.

—Es que ella no lo entiende —negué con la cabeza—. Parece que no puede separar nuestra relación, o lo que sea que sea esto, de los negocios. No entiendo por qué tienen que coexistir. Son cosas totalmente distintas.

Kevin escuchaba, pero no decía nada.

—No entiende que estoy intentando protegerla. A ella y al bebé —continué.

—¿De qué exactamente? —preguntó Kevin, arqueando una ceja.

—Del mundo. No lo sé —me encogí de hombros—. De gente como Anderson. De la opinión pública. De los juicios. Del odio en internet. De la cultura de la cancelación. De los cotilleos. De toda la mierda que conlleva tener mi apellido y ser quien soy. Ella no se apuntó a eso solo por involucrarse conmigo.

Kevin se rió y yo le lancé una mirada de fastidio.

—Pero no puedes proteger a *nadie* de eso. Es el mundo en el que vivimos —dijo—. Y que intentes controlar la vida de Sadie no ayuda a nadie.

—No intentaba controlarla... —No lo había visto así hasta ahora. Pero eso era exactamente lo que estaba haciendo. Es lo que siempre hacía. Todo tenía que salir a mi manera. No me gustaba sentir que perdía el control. Normalmente siempre sabía lo que iba a pasar. Así es como me gustaban las cosas.

Pero Sadie fue un imprevisto que no vi venir.

—Te estás portando como un gilipollas. Admítelo —dijo Kevin con una sonrisa burlona.

Puse los ojos en blanco, odiando que tuviera razón.

—Piénsalo... Si alguien intentara dictar las decisiones de tu vida, mandarías todo a la mierda —dijo.

Cierto.

—Acéptalo, tío. Ha aguantado tus tonterías mucho más tiempo del que debería —dijo Kevin con una débil sonrisa—. Está embarazada. Tiene las hormonas a tope. Sinceramente, esa mujer se merece un premio por aguantarte.

Le puse mala cara. Había captado el mensaje. No necesitaba que me lo restregara más. Pero, por otro lado, había bajado aquí porque sabía que Kevin me hablaría claro. Por eso era uno de mis pocos amigos.

Aun así, que me pusiera un espejo delante para que viera todos mis fallos estaba haciendo que este día fuera aún peor, sabiendo que Sadie no me esperaba arriba.

—¿Qué hago? —pregunté encogiéndome de hombros.

—En realidad es bastante sencillo —Kevin dejó su botella de cerveza ahora vacía sobre la mesa y se encaró conmigo—. Tienes que decidir qué es importante para ti. Si son tus negocios, que así sea. Pero

deja libre a Sadie. Deja que siga adelante y críe al bebé sin ti. Ella y el niño no necesitan cargar con tus mierdas.

Odiaba incluso considerar esa opción.

—O… —añadió significativamente. Me lanzó una mirada de complicidad—. Acepta que no puedes controlar al resto del mundo. No puedes protegerla a ella ni a ti mismo de él. Y simplemente déjate ser feliz, tío.

Capítulo 49

SADIE

Estaba doblando ropa sobre la cama cuando oí unos suaves golpecitos en la puerta. Levanté la vista y vi a Erica allí de pie, con los brazos cruzados y expresión de preocupación. Le dediqué una débil sonrisa mientras dejaba a un lado mi camiseta favorita de un grupo de música, doblada en el montón con el resto de mis camisas.

—¿Cómo estás? —preguntó con dulzura.

—Bien. Deshaciendo las maletas. —Saqué las piernas de debajo del cuerpo y las estiré.

Miré a mi alrededor; las paredes se oscurecían a medida que el sol se ponía tras los altos edificios de Manhattan. La lámpara blanca de la mesita de noche proyectaba un cálido resplandor por toda la habitación. Mi nuevo hogar por el momento. Después de dejar a Jeremiah, Erica me había ofrecido su habitación de invitados, insistiendo en que tenía espacio de sobra en el piso que compartía con su marido, Marco, y su hija, Josie. Al igual que Jeremiah, ellos

también tenían un ático, pero con unas vistas impecables del Upper West Side.

Acepté a regañadientes, al no tener ningún otro sitio a donde ir, pero aun así sentía que estaba invadiendo la intimidad de su familia. Erica me dijo que eso eran tonterías cuando saqué el tema, diciendo que *yo* también era de la familia. Aun así, me sentía como una extraña observando una vida que tanto había deseado para mí misma. Anoche, en la cena, nos sentamos todos a comer pizza directamente de la caja mientras escuchábamos a Josie parlotear sobre sus juguetes y sus princesas favoritas.

Marco estaba tan embelesado con ella como Erica. Era algo conmovedor y desgarrador al mismo tiempo mientras yo masticaba mi pizza en silencio, lamiéndome las heridas tras la bronca con Jeremiah.

No había tenido noticias suyas desde que me fui ayer por la tarde, lo cual no era de extrañar después de ordenarle que no me siguiera. Que no me llamara.

Espacio.

Eso era lo que le dije que necesitaba. Y así era. Pero eso no significaba que no le echara de menos.

Erica se acercó y se sentó a mi lado sobre el edredón de flores color rubor que cubría la preciosa cama de matrimonio. Se sentó con las piernas cruzadas con sus vaqueros desgastados y se apretó la coleta en lo alto de la cabeza. Cogió unos leggings y los dobló con esmero, poniéndolos junto a mis montones cada vez mayores. Los examinó con sus ojos verdes.

—Has conseguido meter un montón de cosas en esta maleta —dijo, echando un vistazo a la elegante maleta color crema que me había comprado Jeremiah.

—Espero haber metido todo lo necesario —dije—. Tenía tanta prisa... Estaba tan furiosa. No sabía qué hacía.

—Es comprensible —dijo asintiendo antes de mirarme—. ¿Te estás instalando bien?

—Sí —insistí—. Esta habitación es preciosa.

Lo era. Con su estructura de cama blanca acolchada y el papel pintado de rayas rosa pálido. Un gran estante ocupaba una esquina con una colección ecléctica de fotos enmarcadas y libros antiguos. Tenía el sello de Erica por todas partes.

—Me habéis abierto vuestras puertas. Nunca podré pagaros esto. Ni a Marco ni a Josie tampoco.

—¿Estás de broma? Josie está emocionadísima de tener aquí a su tía Sadie. Y ya sabes que Marco también te quiere mucho.

Sonreí, antes de que se me cayera el alma a los pies al recordar que Jeremiah nunca había conocido a mis amigos. Nunca había conocido a las personas más cercanas a mí.

—¿Qué pasa? —preguntó Erica frunciendo el ceño.

—Es que... lo tenéis todo solucionado —dije encogiéndome de hombros—. Tú, Marco, Josie. No puedo evitar sentir un poco de envidia.

—Oye —dijo suavemente, tomando mi mano entre las suyas. Evité su mirada mientras me fijaba en sus uñas pintadas de color burdeos —. Tardamos un tiempo en llegar hasta aquí. Lo sabes. Tú estuviste

ahí para mí cuando lo estaba pasando mal. Así que, deja que yo esté aquí para ti.

Me apretó la mano con ternura y la miré a través de las lágrimas.

—Es que le echo de menos —susurré con la voz quebrada.

—Lo sé —dijo, atrayéndome para darme un abrazo. La abracé fuerte, dejando que las lágrimas corrieran por mis mejillas.

Sí que le echaba de menos. Solo lo había dejado ayer, pero de alguna manera parecía que había pasado una vida entera. Aún podía ver el dolor en sus ojos. La confusión cuando me encontró en pleno proceso de abandonarle.

¿Pero qué esperaba?

Me hizo daño. Otra vez. No sabía cuánto más podía aguantar.

—Siento interrumpir —dijo Marco asomando la cabeza por la puerta, mirándonos con cautela.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Erica con curiosidad.

—Alguien ha venido a verte —dijo él, con una sonrisa asomando en las comisuras de los labios.

Erica y yo nos miramos. Me dio un vuelco el corazón pensando que quizá Jeremiah estaba aquí. Me levanté de la cama a regañadientes y seguí a Erica fuera del dormitorio, por el pasillo, hasta el gran recibidor. Me quedé helada al ver quién era.

Gabriella estaba allí de pie sosteniendo a Josie con un brazo, con la otra mano en el asa de su gran maleta de color rosa fucsia. Erica y yo soltamos dos chillidos agudos y corrimos hacia nuestra mejor amiga. Ella soltó su propio chillido, y nuestro entusiasmo resonó por toda la estancia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté emocionada mientras la abrazaba con fuerza.

—He venido a ver mi nueva casa —dijo con una sonrisa de oreja a oreja mientras me pasaba el brazo por los hombros—. Me mudo aquí. ¿Te acuerdas, tonta?

—Tonta —repitió Josie, mientras se removía en brazos de Gabriella.

Erica le lanzó una mirada a Gabriella antes de estallar en carcajadas.

—¡Huy! —dijo Gabriella, tapándose la boca con la mano y con los ojos oscuros chispeantes—. Tendré que vigilar lo que digo ahora que estoy aquí.

—Es que no me puedo creer que estés... *aquí* —dije asombrada mientras me separaba de su abrazo y la observaba de arriba abajo, con la mano en su hombro. Parecía que acababa de bajar de un avión, con leggings, una sudadera de cuello redondo y zapatillas de deporte. No podía creer que estuviera aquí. Nos había dicho que se mudaba hacía semanas, durante nuestro picnic en el parque, pero no me imaginé que vendría tan pronto para ver pisos.

—Ven aquí, Josie —dijo Marco entrando en la habitación, tendiendo los brazos hacia su hija, cuyos ojos castaños bailaron al sonido de su voz. Ella soltó una risita y fue hacia él antes de que él la hiciera girar por el aire. Se echó el pelo oscuro hacia atrás antes de sonreírnos.

—Dejemos que mamá y vuestras tías charlen un rato. —Nos guiñó un ojo y se llevó a Josie por el pasillo hacia su habitación.

—¡Venid! ¡Sentaos! —nos dijo Erica, mirando a su marido irse con una expresión de amor. Nos guio al salón, donde todas nos dejamos caer en el mullido sofá, mientras el atardecer se asentaba tras los grandes ventanales detrás de nosotras.

Gabriella nos contó con entusiasmo todo sobre el piso que había encontrado por internet y lo sorprendida que estaba de haberlo conseguido en este mercado. Era una mudanza más temprana de lo que había previsto, pero tenía que lanzarse a por el sitio. Había volado para echarle un vistazo en un viaje rápido de fin de semana.

—Y bien, ¿qué tal es el piso? —pregunté.

—Bueno, aún no he ido a verlo. Quería venir aquí primero para ver cómo estabas —dijo, poniendo la mano sobre mi hombro.

—¡Gabriella! No tenías por qué hacer eso —dije negando con la cabeza.

—Claro que sí. Eres mi mejor amiga. —Miró a Erica—. Tú también. Además, ¿puedo quedarme aquí a dormir esta noche? Técnicamente aún no tengo dónde caerme muerta.

Erica se rió. —¡Claro que puedes! ¡Podemos montar una fiesta de pijamas!

Pasamos la siguiente hora montando una cama enorme con mantas sobre la mullida alfombra del salón, rodeándonos de cojines. Erica pidió comida china a domicilio y todas nos pusimos el pijama antes de darnos un festín en el suelo. Estar con mis amigas casi me hizo olvidar a Jeremiah.

Casi.

Mientras Gabriella sorbía un fideo de su caja de Lo Mein, me miró. —¿Cómo estás, tía? Después de todo lo que pasó ayer...

Le había enviado un fragmento de la entrevista de Jeremiah, a lo que ella respondió con emoticonos vulgares antes de decirle que me había mudado.

—Voy tirando —dije, cogiendo un rollito de primavera y dándole un mordisco; el crujido me inundó los oídos.
—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Con el bebé y todo eso? —preguntó.
—Tendré que apañármelas. —Me encogí de hombros—. Por mi cuenta... —añadí en voz baja.
Miré a mi alrededor, a aquel precioso ático que no era realmente mi hogar. No tenía a dónde ir. Ni trabajo. De repente sentí una oleada de impotencia. Sofoqué un sollozo, presionando el dorso de la mano contra mi boca.
—Venga ya —dijo Erica suavemente mientras se acercaba, y Gabriella se arrimaba por el otro lado. Me rodearon con sus brazos mientras lloraba por lo que me parecía la millonésima vez. Esto ya me estaba cansando. Mi maldita montaña rusa de hormonas tampoco ayudaba.
—No quiero hacerlo sola —dije—. Quería hacerlo con *él*. —Ni siquiera era capaz de pronunciar el nombre de Jeremiah en voz alta.
—Es que no creo que él llegue a ser nunca el hombre que necesito que sea. O que merezco. Ya he pasado por todo ese rollo de los novios de mierda. En serio, no me puedo creer que esté aquí otra vez. Excepto que, esta vez, con un bebé. No puedo dejar que mis decisiones le afecten a él o a ella. —Me puse la mano en el vientre —. Tengo que asegurarme de elegir a alguien que sepa ser un buen padre o que, al menos, esté dispuesto a intentarlo con todas sus fuerzas. Si ese no puede ser Jeremiah, entonces simplemente tendré que estar sola…
—No estás sola —aseguró Gabriella mientras ponía la mano sobre la mía y me la acariciaba con el pulgar.

Le dediqué una sonrisa débil. —Vosotras ni siquiera llegasteis a conocerle... —resoplé—. Yo veía tantas cosas buenas en él. Es honesto hasta la médula, sin darse cuenta de que a veces eso puede hacerme daño. O a otros a su alrededor. Trabaja muchísimo. Demasiado, pero es algo que me encanta de él. Tiene una gran capacidad de superación. Las cosas por las que ha pasado... — Negué con la cabeza, pensando en todo lo que había ocurrido cuando prácticamente vivía en la calle. No era de extrañar que estuviera roto. Ojalá hubiera tenido la fuerza para arreglarlo, pero no dependía de mí.

—Es fuerte. Valiente. Es todo lo que desearía ser yo... —dije—. En un mundo perfecto, nos equilibraríamos el uno al otro.

—Pero también os peleáis… como todo el tiempo —dijo Erica con cautela.

—Lo sé —susurré.

Odiaba que las dos personas más cercanas a mí nunca tuvieran la oportunidad de ver lo que yo veía en él. Solo estaban allí para recoger los pedazos.

Miré hacia mi vientre, acunándolo suavemente mientras las manos de mis amigas también lo sostenían.

—Este pequeño se merece algo mejor —murmuré.

—Tú también te mereces ser feliz —dijo Gabriella.

Respiré hondo y asentí. —Lo sé. —Chasqueé la lengua—. Lo seré. Con el tiempo. Solo necesito centrarme y poner mi vida en orden. Tengo que encontrar un trabajo. Tengo que pagar mis deudas. Tengo que buscar un piso. —Levanté las manos y empecé a contar con los dedos cada tarea.

—Puedes vivir conmigo —dijo Gabriella—. Si el piso sale adelante, estaré aquí en dos semanas.

—No podría...

—¡Claro que podrías! —Me quitó importancia con un gesto—. ¡Ya sabes que seré la mejor compañera de piso y la mejor tía!

La miré, con lágrimas asomando a mis ojos ante su oferta.

—No vas a pasar por esto sola —dijo.

—Gracias —dije asintiendo con incredulidad—. Pero me mudaré en cuanto haya pagado mi deuda.

—No hay prisa. Tómate todo el tiempo que necesites. Para eso están los amigos.

Capítulo 50

Jeremiah

He cogido mi café del extremo del largo mostrador de mármol mientras los baristas trabajaban afanosamente detrás, espumando leche y gritando los nombres de los clientes. He dado las gracias rápidamente, sin que nadie me oyera, y me he dado la vuelta para salir, no sin antes echar un vistazo a la cafetería. Este era el lugar al que solía enviar a Sadie a recoger mi pedido de café, un americano con hielo y vainilla.

En las mesas, hombres y mujeres con trajes de negocios mantenían reuniones o consultaban sus teléfonos mientras daban sorbos a sus cafés. He buscado su melena pelirroja, pero no había ni rastro de ella entre la multitud. Era una estupidez pensar que estaría aquí, cuando me apostaría lo que fuera a que se mantenía lo más lejos posible de cualquier lugar donde yo pudiera estar. He soltado un pequeño suspiro y he empujado la puerta de la cafetería para salir a la acera, donde el aire fresco me ha acariciado la cara.

He inhalado el aire puro. El otoño ya estaba aquí. Siempre lo noto por el cambio en el ambiente. He levantado la vista hacia los árboles. Pronto cambiarían a tonos cálidos de naranja y rojo. Otro recordatorio de Sadie. Fantástico.

Me preguntaba qué estaría haciendo ahora. Dónde estaría. He pensado en nuestro bebé creciendo. Odiaba no estar allí para ser testigo de ello. Aunque no pudiera verlo a él o verla a ella, podía sentirlo. Podía sentir el amor que Sadie sentía como madre. Sin eso, me sentía vacío.

Los últimos días sin ella han sido algo más que solitarios. Ha habido un vacío. Era negro y frío, un recordatorio cruel de todo lo que he hecho mal. De todo lo que he hecho para alejarla. Era culpa mía.

He sacudido la cabeza y he empezado el breve trayecto por la acera hacia la oficina. Normalmente era mi santuario. Mi lugar para evadirme y perderme en el trabajo. Ahora, al levantar la vista hacia el edificio acristalado, no he sentido nada más que pavor.

Enderezando los hombros como si me preparara para algún tipo de batalla, he empujado la pesada puerta de cristal. He subido en el ascensor hasta el punto donde me ha escupido en la guarida de la gente que me odiaba. Normalmente, esto no me molestaría. Me daría fuerzas. Para ser más mezquino. Más duro. Pero hoy, simplemente resultaba agotador.

He forzado una sonrisa tensa y he caminado a grandes zancadas hacia mi despacho, donde he cerrado la puerta y he bajado las persianas. No soportaba mirar hacia el escritorio de Sadie, que ahora ocupaba Luke, a quien solo he alcanzado a saludar con un breve asentimiento al pasar. Esperaba que ya me conociera lo suficiente,

después de unas semanas trabajando para mí, como para saber cuándo mantenerse alejado.

No me había dado cuenta de lo mucho que daba por sentado tener a Sadie sentada frente a mí cada santo día. Incluso cuando no nos pillábamos intercambiando miradas anhelantes, me quedaba absorto observándola. La forma en que fruncía el ceño cuando leía un correo electrónico especialmente farragoso. La forma en que se inclinaba hacia el resplandor de la pantalla del portátil. Quizá necesitaba gafas. La forma en que mordisqueaba la punta de su bolígrafo cuando estaba sumida en sus pensamientos, con sus ojos verdes perdidos en dondequiera que estuviera su mente.

Me he pasado la mano por el pelo con frustración, mientras ese anhelo familiar que sentía desde que salió por la puerta de su dormitorio hace unos días empezaba a aflorar. He mirado a mi alrededor en el despacho, a las paredes llenas de galardones y a los estantes con más de lo mismo. No tenía ni una sola foto aquí. Todo parecía tan estéril. Sin sentido.

¿Cuándo se volvieron insignificantes miles de millones de dólares y un maldito imperio?

Solo llevaba aquí dos minutos y ya quería marcharme, como si las paredes se me echaran encima con recordatorios de la vida que me estaba perdiendo. Me he levantado rápidamente de la silla. Esta ha golpeado el ventanal detrás de mí mientras me dirigía a la puerta. La he abierto de golpe, haciendo que los ojos cautelosos de Luke se posaran en mí, junto con los del resto de la oficina. Me he aclarado la garganta.

—Estaré fuera de la oficina hoy —he dicho con firmeza, sin entender por qué sentía la necesidad de dar explicaciones a nadie allí. Nunca lo había hecho.

Nunca me había tomado el más mínimo tiempo para hablar con nadie de aquí. Al observar sus expresiones de confusión, me he dado cuenta de que no sabía el nombre de ni una sola persona. He mirado cada uno de sus escritorios y he visto las vidas que tenían fuera de la oficina, que ofrecían un vistazo de quiénes eran. Había fotos de amigos en Central Park, recién nacidos, fotos familiares junto al árbol en Navidad. Había dibujos coloridos de figuras de palitos con palabras ilegibles en letras mayúsculas y minúsculas. Había figuritas alineadas junto a los teclados y trofeos de sóftbol y pickleball.

Egoístamente, me había paseado por la oficina restregándoles a todos que yo era el dueño del lugar. Que era el dueño de *ellos.* Nunca me tomé el tiempo de conocer a nadie de aquí, aparte de la información que recopilaba para despedirlos o mantenerlos en el puesto. Por primera vez en mi vida, eso me ha molestado.

Al mirar a mi alrededor ahora, me he dado cuenta de que cada uno de ellos tenía una vida fuera de este edificio.

Todos, menos yo.

Toda mi vida era este edificio. O al menos lo era, hasta que alguien se marchó y se llevó un pedazo de mí consigo. Tenía que encontrarla. Tenía que arreglar las cosas. Y la primera forma de hacerlo era reconocerla. A ella. A nuestro bebé.

He respirado hondo y he soltado el secreto al que me había estado aferrando. —Me tomo un día familiar.

La sala se ha quedado en un silencio sepulcral mientras todos me miraban sorprendidos, con la boca abierta, procesando lo que estaba diciendo. He querido salir huyendo, pero me he quedado quieto. Tenía que hacer esto. Enfrentarme a lo que tanto me asustaba.

—Es verdad lo que habéis oído. Sobre lo que habéis enviado correos —he dicho mientras me atusaba las solapas de mi traje azul marino con incomodidad—. Sadie y yo vamos a tener un bebé...

He visto cómo a algunos se les abrían los ojos como platos, pero he intentado ignorar las miradas de sorpresa que me atravesaban.

—Y si alguien tiene algún problema con eso, puede marcharse —he dicho, fijando mi mirada en todos y cada uno de ellos.

La oficina era un zumbido de silencio. Entonces, el murmullo de un susurro se ha filtrado desde el fondo de la sala. Otro a mi derecha. He dejado que los suaves murmullos bañaran mis oídos mientras todos seguían mirando. He tragado saliva con dificultad. Preparándome, he contenido el aliento para el linchamiento verbal que anticipaba.

Pero entonces lo he oído. Un chillido de entusiasmo. Un aplauso. El sonido de las sillas arrastrándose hacia atrás mientras la gente se levantaba y caminaba hacia mí. Confuso, he mirado dos veces lo que estaba ocurriendo ante mis ojos.

Uno de los asociados me ha dado una palmada en la espalda, diciendo: —¡Enhorabuena, señor Mason!

—Nos alegramos mucho por usted —ha dicho otro.

—Me encantaría organizar el baby shower de Sadie —ha exclamado otra con una gran sonrisa en la cara.

Mi corazón ha hecho algo inusual. Ha *sentido* aprecio por la gente de esta oficina.

No tenían motivos para ser tan amables cuando yo había sido tan cruel, y sin embargo allí estaban, genuinamente felices por mí. Por Sadie. Por el bebé. No me esperaba esto. Era otro recordatorio de que Sadie había tenido razón todo el tiempo. Lo nuestro no debería ocultarse. Debería celebrarse. Quizá me había estado atormentando por nada.

Eso solo me ha dado más ganas de verla.

He dado las gracias efusivamente a todos en la oficina. Por primera vez con ellos, mi sonrisa ha llegado a mis ojos mientras les estrechaba la mano. He dejado atrás el parloteo emocionado de la oficina para ir a buscar a Sadie. Tenía que hablar con ella.

En cuanto he salido del edificio, he sacado el teléfono y he marcado su número. Ha sonado dos veces antes de saltar el buzón de voz. Me había ignorado. Lo he intentado de nuevo. Y otra vez. Y otra más. He seguido caminando sin rumbo por la acera, sin tener un destino real en mente. Ella no podría evitarme para siempre.

He continuado caminando y llamándola al mismo tiempo. Sabía que era desesperado, pero no me importaba. He colgado y estaba a punto de volver a marcar cuando algo me ha detenido. Al otro lado de la calle, en un quiosco, había un periódico con mi cara estampada en la portada. Se me ha dado un vuelco el estómago. No me he molestado en mirar el tráfico mientras cruzaba hacia el quiosco. Un taxi me ha pitado ruidosamente mientras pegaba un frenazo, casi atropellándome. No me ha importado. El conductor ha gritado algo desagradable por su ventanilla mientras yo seguía hacia el quiosco.

He arrancado el periódico del estante de alambre y he leído rápidamente el titular en grandes letras de molde sobre mi foto:

El multimillonario CEO Jeremiah Mason deja embarazada a su joven asistente, engaña y miente sobre su pasado.

Joder.

He abierto el periódico por la primera página, con el corazón atronando en el pecho. Todo lo que había mantenido en secreto, desde mi turbulento pasado hasta el embarazo de Sadie, estaba impreso en tinta negra sobre blanco para que lo leyera el maldito mundo entero. Estaba echando humo. ¿Cómo ha podido mi abogado permitir que esto saliera? Habíamos estado trabajando incansablemente para mantener mi nombre fuera de la prensa, a menos que fuera estrictamente por negocios.

Pero ahora no podía centrarme en eso. La noticia ya era pública.

He ignorado al dependiente del quiosco que decía que tenía que pagar el periódico. Le he hecho un gesto de desdén y le he dado la espalda, con los ojos recorriendo la página. Era malo. Peor incluso. Era absolutamente mordaz. Me ha hervido la sangre al leer la palabra *exconvicto*. Ni siquiera había pisado la cárcel. Esto era una sarta de mentiras. Más palabras han flotado ante mí como globos explotando frente a mi cara.

Mujeriego.

Escándalo.

Aventura en la oficina.

He cerrado el periódico, sin querer leer ni una palabra más. El dependiente ahora me estaba gritando. He sacado la cartera y le he

lanzado un billete de veinte dólares antes de dedicarle un gesto vulgar por encima del hombro mientras me alejaba.

Podía sentir que la gente me lanzaba miradas. Algunos de ellos llevaban el periódico bajo el brazo. El juicio era evidente en sus rostros. *Esto* era lo que yo había querido evitar. Lo que había pasado arriba en la oficina era una anomalía. Un cuento de hadas. Lo que estaba experimentando ahora en medio de la ciudad era la vida real.

Tenía que llamar a Sadie antes de que leyera el artículo. Estaba seguro de que Anderson estaba detrás de esto. Quería arrebatármelo todo. No permitiría que Sadie formara parte de eso.

He marcado su número tres veces más, y me ha sorprendido oír el clic al otro lado de la línea, pero nadie ha dicho nada. He apartado el teléfono de mi oreja y he mirado la pantalla con incredulidad. El tiempo de llamada seguía corriendo. Ella estaba ahí.

—¿Sadie? ¿Estás ahí? —he preguntado frenéticamente, sin poder creer que hubiera conseguido contactar con ella.

—Por favor, si estás ahí. Solo escúchame, ¿vale? —he suplicado, apretando el periódico en mi mano mientras bajaba la vista hacia mi estúpida cara devolviéndome la mirada.

—¿Qué pasa, Jeremiah? —ha preguntado ella en voz baja. Distante.

—Ha salido un artículo. *El* artículo. Ese al que tanto temía —He bajado la vista al periódico y lo he arrugado con frustración en mi mano.

—No te lo creas. Por favor. No te creas ni una palabra —he dicho, con la voz entrecortada—. Es Anderson. Está con sus viejas mierdas de siempre. ¿De acuerdo?

He oído un suspiro tembloroso al otro lado de la línea antes de que hablara. —Ninguna historia de amor debería ser así de difícil.

Y entonces se ha oído un clic. Se ha cortado.

¿Amor?

Capítulo 51

Sadie

Colgué el teléfono y miré a mi alrededor, recorriendo la sala de espera y a los demás candidatos que me lanzaban miradas curiosas. Les dediqué una sonrisa débil antes de bajar la vista hacia el currículum que sostenía entre las manos, teniendo cuidado de que los bordes del papel no se doblaran. Me resultaba difícil por lo mucho que me temblaban las manos tras la llamada de Jeremiah. Había llamado varias veces esta mañana, pero las había ignorado todas. En parte porque había estado en entrevistas de trabajo. En parte porque no sabía qué decirle.

Le había dicho que necesitaba espacio, y él me lo había concedido durante los últimos días. No es que me hubiera aportado mucha claridad, aparte de hacerme ver que le echaba de menos más y más a cada minuto que pasaba. Tenía a mi favor la distracción de estar viviendo en casa de Erica. Poder hablar con mi mejor amiga hasta altas horas de la noche. Jugar con Josie en su cuarto de juegos de

princesa. Estar en una parte de la ciudad distinta a la de mi trabajo en la firma de contabilidad y el apartamento de Jeremiah.

Aun así, incluso sin su presencia constante, seguía viéndolo en todo lo que hacía. En todos los sitios a los que iba. Era frustrante lo fácil que cualquier cosa me recordaba a él. La mayor de todas fue la primera patada que sentí anoche. Fue la sensación más surrealista del mundo. Me llevé la mano al vientre para hacerle saber que estaba ahí mientras una lágrima me resbalaba por la mejilla. Fue un momento a la vez feliz y triste. Feliz porque era una sensación increíble. Triste porque Jeremiah se lo estaba perdiendo.

Había pasado tantas tardes con la mano apoyada en mi estómago, esperando cualquier señal de vida del bebé. Cada vez, me miraba decepcionado mientras yo le pasaba una mano reconfortante por su pelo oscuro.

—¿Sadie Lane? —llamó la recepcionista a través de la puerta de cristal que mantenía abierta.

—¡Aquí! —dije, sintiéndome como si estuviera de vuelta en el instituto y el profesor estuviera pasando lista. Me miró con un deje de diversión mientras daba golpecitos en su carpeta con el bolígrafo. Murmuré algo para mis adentros mientras me levantaba de la silla y caminaba hacia donde ella esperaba. Me miró de arriba abajo antes de hacerme un gesto para que la siguiera. Habría jurado que sus ojos se detuvieron en mi vientre, que había intentado camuflar lo mejor posible con un top negro de estilo peplum y una falda a juego. Pero ya no había mucho que hacer al respecto. Estaba embarazada de cinco meses. La barriga ya era evidente. Sabía que eso

perjudicaba mis posibilidades de conseguir un trabajo, pero no me impedía seguir intentándolo.

Ahora, si tan solo pudiera ignorar la mirada crítica de esta recepcionista. Y superar la llamada de Jeremiah, que me había dejado alterada. No debería haberla cogido. No justo antes de esta entrevista. Simplemente pensé que tal vez era una emergencia. Quizás lo era. Para él.

Sabía que una parte de mí solo quería oír su voz.

Mientras seguía a la recepcionista por el pasillo, pensé qué demonios podría haber en el artículo del que hablaba. Estaba tan alterado al teléfono. Incluso asustado. Creo que nunca le había oído así. Tenía que ser algo malo. Realmente malo.

¿Y qué había dicho yo sobre el «amor»?

No podía pensar en nada de eso ahora. No mientras me conducía al despacho donde me entrevistarían hoy. Se llamaba Dean Handler y era el director general de una pequeña empresa de IA. Le dediqué una sonrisa al entrar en su despacho, esperando que sus ojos se mantuvieran en mi cara mientras le tendía la mano. Me la estrechó con firmeza.

—Sadie Lane —dije—. Encantada de conocerle.

—Mmm —dijo él con brusquedad, sin molestarse en levantarse de la silla del escritorio. Me hizo un gesto para que me sentara en la silla frente a su mesa antes de despedir a su recepcionista con un movimiento de mano.

—Bien, señorita Lane. He revisado el currículum que envió... —dijo Dean mientras me miraba por encima de sus gafas. Sus ojos

marrones no mostraban impresión alguna mientras apretaba los labios en una línea fina.

—Ah, estupendo, también tengo otra copia aquí —dije, colocándola sobre su escritorio.

Pareció molesto por mi entusiasmo, pero intenté ignorarlo mientras erguía los hombros.

—Estuvo en su última firma de contabilidad durante años. ¿Qué pasó? —preguntó sin rodeos.

——Aunque adquirí una experiencia muy valiosa, decidí probar un camino diferente —dije. No tenía *nada* que ver con el hecho de que hubiera tenido un romance secreto con mi jefe y acabara quedándome embarazada de su hijo.

—¿Y ese camino es la IA? —preguntó, arqueando una ceja—. ¿Tiene alguna experiencia en inteligencia artificial?

—Bueno, no, pero el puesto es para asistente personal, y sé cómo hacer eso a nivel experto —dije con confianza. Metí la mano en mi bolso y saqué la carta de recomendación que Jeremiah me había redactado la semana pasada—. Tengo mi carta de recomendación de mi antiguo jefe...

—Jeremiah Mason —me interrumpió con frialdad—. Sí, vi la carta junto al currículum que envió.

Asentí. Supongo que para algunas personas existe eso de estar demasiado preparada. Parecía irritar a Dean Handler. ¿O era otra cosa lo que le irritaba de mí? Me removí incómoda en el asiento. De repente me pregunté si tendría algo que ver con el artículo por el que Jeremiah me había llamado. Tenía que conseguirlo.

—Su carta era ciertamente elogiosa —dijo Dean, con una expresión ilegible en el rostro.

—Sí, bueno, pasamos mucho tiempo juntos mientras él se hacía cargo de la empresa.

—Estoy seguro de que sí.

No me gustó el tono que empleó.

—¿Me he perdido algo? —pregunté ladeando la cabeza.

—No. Creo que con esto concluye nuestra entrevista, señorita Lane.

—Pero...

Hizo un gesto hacia la puerta y la misma recepcionista que me había acompañado estaba allí para indicarme la salida. Me levanté del asiento y me di la vuelta para irme, sin molestarme en despedirme del imbécil que estaba detrás del escritorio. Esa había sido mi peor entrevista hasta ahora, y la mañana había estado llena de desastres. Pasé por delante de la recepcionista con impaciencia, conociendo el camino de salida, y salí a la acera jadeando por el aire que tanto necesitaba.

¿Qué *demonios* acababa de pasar ahí dentro?

Tenía que encontrar ese artículo. Ahora mismo. Tal vez tuviera algo que ver con cómo habían ido mis entrevistas esta mañana, que habían ido de mal en peor.

Miré calle arriba y calle abajo y divisé un quiosco en la esquina. Caminé hacia allí rápidamente; se me revolvió el estómago cuando vi la cara de Jeremiah mirándome desde la portada del periódico. No me había dicho que fuera noticia de primera plana. No es que yo le hubiera dado muchas oportunidades de decir nada. Cogí rápidamente el periódico y puse unos billetes sobre el mostrador.

Encontré un banco cercano y me dejé caer, sosteniendo el periódico boca arriba en mi regazo. Recorrí con la vista su rostro, que ocupaba casi toda la página, a excepción del titular que gritaba encima. Pensé que me iba a poner enferma. Abrí el periódico de un tirón y empecé a leer el artículo, el que Jeremiah había intentado desesperadamente evitar que saliera a la luz. No lo comprendí hasta ese momento. Aquello era invasivo y estaba plasmado en la portada de los periódicos más populares de Nueva York para que todo el mundo lo leyera.

El artículo afirmaba que había estado en una banda callejera y que era un exconvicto. Era una mentira descarada, y una que solo Anderson contaría. El muy mentiroso asqueroso. Por supuesto, nunca admitiría que le había *tendido una trampa* a su mejor amigo para que él cargara con la culpa. Jeremiah ni siquiera había estado nunca en prisión, por lo que la afirmación de que era un exconvicto era una patraña.

Quienquiera que hubiese escrito esto tenía los datos equivocados, pero no era sorprendente si su fuente era Anderson. Aunque su nombre no figuraba en el artículo, la «fuente anónima» apestaba a él. Según la fuente, *Jeremiah era violento, despiadado y cruel, y por eso ha tenido tanto éxito en el mundo empresarial. No le importa la gente. Pasará por encima de cualquiera para llegar a donde quiere ir. Su propia familia lo repudió por ello.*

Se me rompió el corazón por Jeremiah. Su pasado había vuelto para atormentarlo de la peor manera. Una red enredada de mentiras impresa en tinta negra sobre blanco para que todos la leyeran. Anderson debía de estar desesperándose si había acudido a la

prensa. Me preguntaba cómo un hombre podía estar tan obsesionado con vengarse, incluso después de tantos años. Pensé que su pelea en el parque habría sido suficiente para que se alejara. Pero ahora me daba cuenta de que no se detendría.

Seguí leyendo hasta la parte sobre el romance secreto de oficina de Jeremiah con su «joven asistente», es decir, yo. Aunque no aparecía mi nombre, sabía que mucha gente podría deducir fácilmente quién era yo. Odiaba cómo la historia convertía nuestra relación en algo sucio. Yo nunca lo vi así. Jamás. No creía que Jeremiah lo hiciera tampoco, pero ahora veía cómo la gente podía retorcerlo para convertirlo en lo que fuera que vendiera en los quioscos. Sus miedos tenían sentido ahora.

Tenía que encontrarle.

Doblé el periódico y lo metí en el bolso. Marqué el número de Jeremiah, pero saltó el buzón de voz. Me levanté del banco para parar un taxi. Por suerte, uno se detuvo junto al bordillo enseguida. Probablemente el conductor sintió lástima de mí, dada mi barriga redondeada. Le di la dirección de la empresa de contabilidad, con la esperanza de encontrar a Jeremiah allí.

Cuando llegué, me quedé mirando el edificio de cristal, preguntándome cómo era posible que solo hubieran pasado unas semanas desde que renuncié, cuando me parecían años. Dentro, en el vestíbulo de la planta baja, nadie me cuestionó mientras me dirigía hacia los ascensores. Recibí algunas miradas curiosas, pero había trabajado allí durante tantos años y me llevaba bien con todo el mundo, desde el personal de seguridad hasta la recepción principal.

Esperé conteniendo el aliento mientras el ascensor subía, preparándome para ver a Jeremiah. Los nervios empezaron a aflorar, haciendo que el corazón me latiera con fuerza. Las puertas no tardaron en abrirse y salí. Le dediqué a la nueva recepcionista un asentimiento de confianza, pasando de largo antes de que pudiera detenerme. Noté que casi todos los ojos estaban puestos en mí mientras caminaba por el pasillo hacia el despacho de Jeremiah. Vi a su nuevo ayudante, Luke, en mi antiguo escritorio.

—Sadie —dijo sorprendido.

—¿Está aquí? —pregunté, mirando hacia la puerta cerrada de Jeremiah.

—No. Me temo que no. —Sacudió la cabeza con pesar.

—¿Sabes cuándo volverá? —pregunté decepcionada.

—Dijo que se tomaba un día para asuntos familiares —se encogió de hombros Luke.

¿¿Un día para asuntos *familiares*? No estaba segura de haberle oído bien.

—¡Sadie! —chilló alguien, haciéndome levantar la vista mientras una de las socias júnior corría hacia mí. Me estrechó en un abrazo.

—Simone. Hola —dije, pero más como una pregunta.

—¡Nos hemos enterado de la noticia! —dijo entusiasmada.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —pregunté confundida.

—¡Vais a tener un bebé! —Aplaudió emocionada.

—¡Estamos muy contentos por los dos! —dijo Luke con una cálida sonrisa, mientras más gente de la oficina se reunía alrededor.

—Sabía que pasaba algo entre vosotros dos —dijo Simone con una sonrisa pícara—. Y cuando Jeremiah nos lo contó a todos con tanto

orgullo esta mañana, casi no pude contenerme.

—¿É-él os lo contó? —dije, con la voz quebrada.

—¡Sí, se lo dijo a todo el mundo esta mañana! —Sonrió antes de añadir—: Bien por ti, chica. Jeremiah está *cañón*. —Soltó una risita. Otras empleadas se unieron y me lanzaron miradas de complicidad.

No podía dar crédito a nada de esto.

Capítulo 52

JEREMIAH

La brisa fresca soplaba sobre el lago, dejando su frío contra mi rostro mientras exploraba el parque con la mirada. El sol amenazaba con ponerse pronto y todavía no había encontrado a Sadie. Busqué el móvil en mi bolsillo para comprobar la hora, solo para recordar que se había quedado sin batería. Suspiré frustrado mientras volvía a guardarlo en el bolsillo de mi chaqueta. Me abroché el botón superior para evitar que el gélido aire otoñal me mordiera.

Me dirigí por el sendero serpenteante hacia una pequeña fuente rodeada de bancos. Fue entonces cuando la vi: su familiar melena pelirroja caía sobre el respaldo de un banco. Aceleré el paso al acercarme a ella. Apoyé la mano suavemente en su hombro.

—Sadie… —dije, sintiendo que el alivio me inundaba.

Pero desapareció pronto cuando la mujer se giró y me lanzó una mirada de confusión. No era Sadie. Y no parecía precisamente contenta de que mi mano estuviera en su hombro.

—¿Perdone? —dijo con brusquedad.

Retiré la mano rápidamente y las levanté en señal de defensa. —Le pido disculpas. Pensé que era otra persona.

Ella soltó un bufido antes de coger su bolso del banco y alejarse a paso ligero. La vi marcharse y suspiré antes de sentarme. El banco aún estaba caliente por el lugar donde la desconocida había estado sentada. Miré al cielo y sacudí la cabeza ante las nubes que se congregaban, oscuras y grises. Un reflejo de cómo me sentía.

El día había pasado de mal a peor. Durante todo el día había estado recibiendo llamadas de la prensa. Correos electrónicos de mi abogado. Mensajes preocupados de Luke. Lo ignoré todo, hasta que mi móvil decidió que él también había tenido suficiente y se apagó. Ojalá fuera tan fácil para mí desconectar del mundo. Pero no lo era.

El artículo seguía ahí fuera, y seguro que vendrían más. Quizás no para la portada, pero sí artículos de seguimiento del escándalo sensacionalista que Anderson había sembrado. Solo para recordar a la gente el desastre que era mi vida. Me incliné hacia delante y me pasé las palmas de las manos por la cara.

Me preguntaba si Sadie lo habría leído. Por supuesto que sí. Todo Nueva York lo había hecho. Y si por casualidad no lo había hecho, estaba seguro de que alguien se lo habría contado todo. Solo esperaba que ella me conociera mejor de lo que el redactor me retrataba. Un exconvicto. Un tirano. Un mujeriego. Un imbécil codicioso que no se detendría ante nada para salir adelante, sin importar a quién hiciera daño.

Tal vez algo de eso fuera cierto. O al menos lo había sido. No era ningún exconvicto, pero sí había sido codicioso. Un poco demasiado

ambicioso. Vengativo cuando se trataba de quitarle todo a Anderson. Había utilizado a las mujeres para el sexo y pasaba a la siguiente. Me apoderaba de empresas con la fuerza y el miedo como armas. Qué demonios, el artículo no estaba *tan* alejado de quien solía ser yo.

Antes de Sadie.

Y ahora la había arrastrado a este lío. Me alivió ver que su nombre no figuraba en el periódico, pero aun así no debía de ser fácil para ella. Ver su vida personal plasmada en las portadas para el entretenimiento ajeno. Su relación conmigo. Su embarazo.

Esto era un puto desastre.

Me levanté del banco de repente y me dirigí al camino que llevaba a la calle y a mi apartamento. Necesitaba estar en la intimidad de mi hogar con un bourbon en la mano mientras intentaba poner orden en todo.

Mientras caminaba hacia mi edificio, vi a un montón de paparazzis afuera armados con sus cámaras mientras el portero de siempre intentaba ahuyentarlos a través del cristal. Se me hundió el estómago. Debería haber estado preparado para estas sanguijuelas, desesperadas por más. Desesperadas por una foto mía.

El portero me vio desde el otro lado de la calle y me hizo un gesto cómplice con la cabeza. Estaba listo. Comprobé el tráfico antes de cruzar corriendo la concurrida calle, subiéndome la chaqueta sobre la cabeza mientras él abría rápidamente la puerta para que yo entrara. Sin embargo, los paparazzi estaban preparados. Sus gritos excitados llenaron mis oídos mientras se empujaban unos a otros, golpeándome con sus cámaras mientras pasaba corriendo.

—¡Jeremiah!

—¿Qué tiene que decir en su defensa?

—¿Cómo fue la cárcel?

—¿Es niño o niña?

—¿Fue consentido?

Sus preguntas resonaron en mis oídos mientras agradecía rápidamente al portero y me dirigía a los ascensores. Una vez a salvo dentro, solté un suspiro agitado y me bajé la chaqueta. El agotamiento me golpeó como una tonelada de ladrillos. Me apoyé contra la pared de espejos del ascensor y agaché la cabeza. Podía sentir el peso de todos mis errores, desde hacía veintitantos años hasta el presente, presionando sobre mis hombros.

Había estado tan absorto ocultándolos que pasé por alto lo único que importaba.

Sadie.

Le había pasado por encima en un esfuerzo por asegurarme de que hiciera todo a *mi* manera, afirmando que yo era quien mejor lo sabía. Afirmando que conocía este mundo mejor que ella y que debía seguir mi ejemplo. Pero mira adónde nos ha llevado eso. Tomar decisiones *por* ella solo la había alejado. ¿Y por qué no iba a hacerlo? No le di espacio para respirar. No me extraña que me dejara. No me extraña que *ellos* me dejaran.

Todo el mundo se iba.

Sadie.

Nuestro bebé.

Mis padres.

Sadie y el bebé no eran más que otro par de grietas en mi ya destrozado corazón. Me pellizqué el puente de la nariz con cansancio. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, el tintineo llenó el silencio de la fortaleza que me había construido aquí arriba, en la cima del mundo. No estaba seguro de poder soportar estar aquí solo esta noche.

Pero cuando salí del ascensor, me di cuenta de que no lo estaba.

Allí estaba Sadie, apoyada contra la pared junto a mi puerta. Aspiré una bocanada de aire, reprimiendo las lágrimas que me escocían en los ojos. Era un bálsamo para la vista. Como volver a casa, y no me refería a mi apartamento. Mis ojos la recorrieron con preocupación, hasta que se posaron en su vientre. Ya se le notaba mucho. Solo habían pasado un par de días desde la última vez que la vi, pero parecía haber dado el estirón.

Lo único que quería era correr hacia ella y abrazarla con suavidad. Acariciar su barriga pequeña y redonda. Pero vacilé. No quería espantarla. No estaba seguro de por qué estaba aquí.

Ella me miró y juraría que había alivio en sus ojos brillantes.

—Te he estado buscando… —dijo ella suavemente—. He intentado llamarte una y otra vez.

Metí la mano en el bolsillo y saqué el móvil. —Se me ha gastado la batería.

Ella asintió.

—Yo también te he estado buscando —dije, volviendo a guardar el teléfono en el bolsillo y dando un paso cauteloso hacia ella. Pareció que se le cortaba la respiración ante mi acercamiento. Me detuve en seco.

—¿Quieres pasar? —pregunté, señalando la puerta de mi apartamento.
—Claro. —Se apretó los dedos nerviosa—. Tengo mi llave. Solo que no sabía si debía usarla…
Asentí con tristeza. Odiaba que ya no sintiera que este era su hogar.
Giré la llave en la cerradura y abrí la puerta de par en par. Ella pasó por mi lado y se quedó dubitativa en el salón. Mientras ella miraba hacia cualquier parte menos a mí, dejé las llaves sobre la mesa de la entrada y la miré de reojo. Estaba tan hermosa como siempre, pero su rostro resplandecía aún más. Tenía las mejillas sonrosadas, que complementaban su melena cobriza, que le caía sobre un hombro. Todavía no podía creer cuánto había cambiado su cuerpo. Incluso vestida toda de negro, podía ver la silueta de su curva perfecta.
Quería abrazarla. Besarla. Simplemente estar cerca de ella.
Como si sintiera mi mirada, sus ojos esmeralda encontraron los míos. La inseguridad en ellos me hizo doler por dentro.
—Hoy he pasado por la oficina —dijo en voz baja—. Me he enterado de lo que dijiste…
Me quedé sorprendido. Si me hubiera quedado allí, no nos habríamos cruzado.
—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella, ladeando la cabeza y mirándome con curiosidad.
—Porque nunca debió ser un secreto. Tú. El bebé. Nosotros. Nada de eso. —Di un solo paso hacia ella, como probando si estaba bien.
Ella tragó saliva con fuerza, levantando un poco la barbilla. Su gesto habitual cuando intentaba mantenerse fuerte. No pude evitar

reprimir una sonrisa, sabiendo lo bien que la conocía. Era más fuerte de lo que nunca le había reconocido. Ahora lo veía.

—He leído el artículo —dijo sombría.

—Ya veo —dije, más como una afirmación que como una pregunta.

Ella asintió.

—¿Y? —pregunté, con la voz temblorosa.

—No me creo ni una palabra —dijo ella con firmeza.

Solté un profundo suspiro de alivio. —¿No?

—No. —Me dedicó una débil sonrisa—. Anderson es un imbécil. Y uno desesperado, además.

Levanté las cejas en señal de acuerdo antes de acortar más la distancia entre nosotros.

—Pero ahora el mundo sabe lo nuestro… —dijo ella.

—No importa. —Sacudí la cabeza.

Ella me miró sorprendida.

—Te quiero, Sadie. —Puse mis manos suavemente en sus brazos, deslizándolas hacia abajo hasta que encontraron sus manos. Las sujeté con fuerza.

Parpadeó un par de veces mientras mis palabras calaban en ella. —¿M-me *quieres*? —susurró, con los ojos buscando los míos.

—Te quiero. —Sonreí—. Y quiero cuidar de ti, pero no de una manera que te haga sentir pequeña. Quiero que ocupes espacio. Quiero que seas quien eres. Que hagas lo que quieras. Y quiero adorarte por ello porque es lo que te mereces.

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas mientras apretaba los labios con fuerza en un esfuerzo por contenerlas. Pasé los pulgares

por sus nudillos suaves, saboreando el contacto que creía haber perdido.

—Sé que la he fastidiado. Una y otra vez. Pensaba que intentaba protegerte, pero solo acabé haciéndote daño. Me mata. Mirando atrás, fui un idiota. Solo miraba por *mí*. Por *mis* intereses. Es lo que siempre he hecho porque tenía que hacerlo. Pero entonces apareciste tú…

Me incliné y pegué mi frente a la suya, estirando la mano para secar las lágrimas que ahora rodaban por sus mejillas. Sostuve su rostro suavemente entre mis palmas.

—Tú lo cambiaste *todo* —susurré.

—Jeremiah… —dijo ella en voz baja, cerrando los ojos, y fue como una melodía perfecta para mis oídos.

—Quiero compensártelo. Quiero demostrarte quién soy —dije con insistencia—. La pregunta es, y lo que debería haber preguntado más a menudo, ¿qué es lo que quieres *tú*?

Sus ojos se abrieron lentamente y encontraron los míos. Era una visión hermosa.

—Quiero esto. Todo esto. —Ella levantó su mano y buscó la mía, mientras su otra mano caía sobre su vientre, acunándolo suavemente.

—Oh, gracias a Dios —solté antes de atraerla hacia mí para darle un beso.

Ella soltó una risita, y su risa me acarició los labios. Era el sonido del perdón. La besé diez veces más en los labios antes de que ella se apartara, dedicándome esa sonrisa pícara habitual de la que nunca tenía suficiente.

—¿Significa esto que vas a dejar de ser tan imbécil? —preguntó ella, arqueando una ceja.

Me eché a reír. —¿No has oído nada de mi discurso? —le pregunté.

Ella me sonrió de oreja a oreja. —Sí, solo me estaba asegurando.

Sacudí la cabeza ante su comentario antes de inclinarme para besarla de nuevo, pero ella me detuvo, poniendo una mano suave sobre mi boca. La miré con curiosidad.

—Yo también te quiero —susurró antes de retirar la mano.

La rodeé con mis brazos mientras sus palabras sanaban las partes rotas de mi ser, atrayéndola para un beso largo.

Capítulo 53

SADIE

Te quiero.

Las palabras de Jeremiah se repetían en mi mente como una canción que no podía sacarme de la cabeza. Eran tres sílabas sencillas pronunciadas por el hombre complicado que ahora me estrechaba entre sus brazos. El mismo hombre al que me di cuenta de que también quería desde hacía tiempo, aunque no lo hubiera admitido hasta ahora. Me había lanzado de lleno a esto con él, dejando a un lado mis miedos para ver a dónde nos llevaba.

No importaba que nos hubiéramos conocido en aquellas circunstancias. Ni que nos hubiéramos precipitado como dos adolescentes viviendo su primer romance de verano, completamente perdidos en el momento. Ni que hubiéramos tenido un embarazo sorpresa que nos cambiaría la vida. Ni que estuviéramos lidiando con un hombre vengativo anclado en el pasado.

Estaba dentro.

Por completo.

Deslicé las manos por la espalda de Jeremiah hasta llegar a su nuca, hundiendo los dedos en su pelo grueso y oscuro. Lo atraje más hacia mí, absorta en el instante. Necesitaba que estuviera más cerca. Necesitaba que me cautivara.

Retiró la cabeza, interrumpiendo nuestro beso, y me buscó los ojos como si se preguntara si aquello estaba bien. Pude ver el mismo anhelo en aquel azul profundo, mientras se cuestionaba si yo lo deseaba de la misma manera. Respondí a su pregunta silenciosa

volviendo a presionar mi boca contra la suya, con desesperación. Mi lengua se deslizó contra la suya, saboreándolo mientras me abría paso. Soltó un suspiro entrecortado al separar los labios, correspondiéndome con el mismo ímpetu.

Sus manos subieron por mi espalda, con los dedos amasando mi piel mientras me acercaba más a él. Me derretí en sus brazos fuertes, mi cuerpo atraído hacia el suyo como si regresara a casa. Mis dedos, aún enredados en su pelo, trazaron el camino hacia su rostro perfecto. Sentí su marcada mandíbula al bajarlos por su cuello hasta el cuello de su camisa.

Mientras nuestras bocas se movían como una sola, desabroché el primer botón de su camisa. Luego el siguiente. Y el siguiente. Se la quité de encima; sus manos solo abandonaron mi cuerpo para escurrirse de las mangas antes de volver a encontrar las curvas de mis caderas. Deslicé mis manos por su torso, mis palmas deleitándose en su piel suave y sus músculos tensos.

Tenía que verlo. Contemplarlo por completo. Al separarme de nuestro beso, rodeé ligeramente su labio inferior con los dientes, tirando un poco antes de soltarlo. Sus ojos se oscurecieron de placer ante el mordisco. Mi mirada recorrió su pecho tonificado, bajó por sus abdominales, hasta las líneas que se perdían en la cinturilla de sus pantalones. Un fuego empezó a brotar entre mis muslos. Los apreté con fuerza, con los ojos fijos en el lugar donde terminaba aquella «V» profunda.

Levantó las manos, recorriendo mis brazos con los dedos antes de agarrarlos con firmeza. Me guio hasta la mesa de la entrada, a apenas unos metros, y se detuvo en cuanto mi espalda tocó el

borde. Sus dedos trazaron mi blusa, deteniéndose en mis pechos antes de encontrar el dobladillo. Agarró la tela y me la quitó por la cabeza, tirándola al suelo detrás de él. Estaba prácticamente a la altura de mis pechos, que se desbordaban de mi sujetador negro, que ya me quedaba pequeño.

Agachó la cabeza y besó el encaje exterior que abrazaba las curvas de mis pechos. Su aliento era fresco al rozarme, haciendo que mis pezones se irguieran. Soltó un gruñido grave que vibró en mi interior. Sentí que el líquido empezaba a acumularse en mi centro. Sus dedos se colaron bajo el encaje de mi sujetador, rozándome los pezones. Solté un suspiro que fue casi un gemido.

—Te he echado de menos —susurró con los labios contra mi clavícula—.

—Yo también te he echado de menos —le susurré de vuelta, sin aliento.

Rodeó cada pezón y los amasó suavemente entre dos dedos, haciéndome jadear. Eché la cabeza hacia atrás y mi pelo golpeó la pared. Esto dejó mi cuello a merced de su boca y él aprovechó la oportunidad, recorriendo mi clavícula con la lengua y subiendo por mi cuello hasta la mandíbula mientras sus dedos aumentaban la presión en mis pezones. Gemí, revolviéndome contra la mesa y tirando el cuenco donde guardo las llaves.

Ignorándolo, llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador, necesitando más. Los ojos de Jeremiah se agrandaron cuando mis pechos quedaron libres del encaje. Le dediqué una sonrisa pícara mientras me bajaba los tirantes por los brazos y lo tiraba a un lado. En cuestión de segundos, su boca rodeó mi pezón.

Succionando. Besando. Haciendo círculos con la lengua. Gruñí, viendo cómo su boca perfecta se movía con pericia.

Mientras pasaba al otro pecho, sus manos bajaron por mis costados hasta encontrar la cremallera lateral de mi falda. La pinzó y tiró de ella, rozando mi piel desnuda con la palma de la mano mientras la bajaba. Cayó al suelo, a mis pies, y le di una patada rápida para apartarla.

Al darse cuenta de que solo llevaba el tanga de encaje, Jeremiah retiró lentamente la boca de mi pezón, succionándolo mientras lo hacía hasta dejarlo erecto y pidiendo más. Se detuvo un segundo, bebiéndome con la mirada, hasta que volvió a abalanzarse sobre mí. De un manotazo, barrió el resto de lo que había sobre la mesa al suelo. El teléfono, los libros y mi bolso cayeron con estruendo sobre el parqué. Jadeé cuando me agarró de las caderas y me subió a la mesa, ahora vacía.

Rápidamente buscó la delicada tela de mi tanga y tiró de ella, deslizándola por mis piernas. Cuando volvió a erguirse, le agarré las caderas y tiré desesperadamente de sus pantalones, queriendo liberar su erección que tensaba la tela. Él bajó la mano y soltó el cierre y la cremallera, facilitándome la tarea de quitárselos. Siguieron sus calzoncillos, dejándome sin aliento al contemplar su longitud. Me lamí los labios con anhelo.

Alargué la mano hacia su miembro, acariciando la punta con la palma, ya húmeda por la anticipación, antes de rodearlo con la mano. Le di un apretón suave, atrayéndolo hacia mí. Un gruñido profundo escapó de sus labios. Sin dejar de mirarlo, me llevé esa misma mano a la boca y me lamí la palma. Sus ojos me observaban

con hambre mientras bajaba la mano para volver a su encuentro. Deslicé la humedad de mi mano sobre él mientras me acercaba al borde de la mesa y abría las piernas.

La mirada de Jeremiah se nubló al observar los escasos centímetros que nos separaban. Mi cuerpo temblaba de anticipación mientras empujaba sus caderas hacia mí. Sus manos me sujetaron la zona lumbar mientras la punta me rozaba. Abrí más las piernas, suplicándole que me diera lo que necesitaba.

Sin apartar sus ojos de los míos, se hundió en mí, pulgada a gloriosa pulgada, hasta que no pudo llegar más lejos. Envolví su cintura con mis piernas, manteniéndolo allí mientras lo atraía para besarlo. Gimió en mi boca cuando me froté contra él, apretando su firme trasero con fuerza. Él empujó sus caderas hacia delante, hundiéndose un poco más y haciéndome retorcer. Mis piernas flaquearon, soltándolo para que pudiera salir y volver a entrar con fuerza. Solté un pequeño grito contra su boca abierta.

Separó su boca de la mía y la situó junto a mi oído.

—Quiero oírte gritar. Una y otra vez —dijo en un susurro ronco que me dio un escalofrío por toda la columna.

Me agarró las caderas con más fuerza aún cuando empezó a embestirme. Toda la mesa temblaba bajo mi cuerpo. Rechiné los dientes al sentir cómo me llenaba una y otra vez, el sonido de su cuerpo contra el mío compitiendo con los gritos que no podía contener. Mis piernas temblaban, colgando laxas a ambos lados de su cuerpo, débiles de placer.

Jeremiah se salió por completo y el vacío que sentí fue abrumador, pero solo duró un segundo hasta que volvió a embestirme. Gruñó,

subiendo las manos de mis caderas hacia mis pechos. Los apretó con firmeza, con sus pulgares rodeando mis pezones. Solté un gemido rasposo, mis manos buscaron a ciegas hasta dar con la pared de detrás. Presioné las palmas con fuerza contra ella mientras me apoyaba, aceptando todo lo que me estaba dando.

Sus manos abandonaron mis pechos, bajando por mi abdomen hasta que sus dedos exploraron entre mis piernas. Presionó dos dedos contra mí, moviéndolos en círculos. Se me pusieron los ojos en blanco antes de fijar la vista en su mano, que se movía al ritmo de sus embestidas. Empecé a temblar a su alrededor. Mis piernas estaban inestables.

—Quiero que llegues por mí, Sadie —dijo entre dientes, con la mirada encendida.

Me sentía cada vez más húmeda, al borde del abismo solo por el sonido de su voz.

Sus dedos se movían más rápido contra mi clítoris mientras continuaba embistiéndome. Mis manos lo buscaron, rodeándole el cuello. Presioné mi frente contra la suya, obligándolo a mirar hacia abajo. Nuestra respiración era pesada mientras contemplábamos la unión de nuestros cuerpos, temblorosos y mojados.

—Joder —susurró, y la palabra me atravesó como un líquido cálido.

Me apreté con fuerza a su alrededor antes de liberar todo lo que tenía dentro. Solté un grito mientras hundía la cabeza en su hombro, mi cuerpo retorciéndose a su alrededor mientras él me daba una última embestida antes de explotar. Se quedó hundido en mí mientras sentía cómo liberaba hasta la última gota de su esencia en mi interior, con un gemido profundo escapando de su garganta.

Sin aliento, me apoyé en él, y sus brazos me rodearon ligeramente. Como si estuviera demasiado cansado para seguir en pie, me estrechó contra él y me levantó de la mesa. Me llevó hasta el sofá y me dejó suavemente antes de desplomarse a mi lado. Me subí a su regazo, con nuestros cuerpos desnudos y húmedos pegándose el uno al otro.

—De verdad que te he echado de menos. —Me sonrió con una expresión perezosa.

Me reí suavemente.

—Pero en serio, Sadie… —dijo, poniéndose serio mientras me acariciaba la mejilla con el dorso del dedo—. No puedo estar sin ti.

—Creo que yo tampoco puedo estar sin ti —dije negando levemente con la cabeza. No es que lo creyera. Lo sabía.

—Vuelve a vivir conmigo —dijo—, por favor.

Le busqué la cara y vi lo sincero que era. Cómo lo decía de corazón.

—Quiero hacer esto bien —susurró, inclinándose para darme un beso en la frente.

Asentí. —Está bien.

—Y vuelve a trabajar conmigo.

Me quedé sorprendida. Después de todo, quería que volviera cuando él mismo había insistido en que era mejor que me marchara. Fruncí el ceño, confundida.

—Lo sé, lo sé. —Suspiró—. Es que echo de menos que estés allí. Y eres buena en lo que haces.

Sus palabras me llenaron de orgullo, pero no estaba segura de si era una buena idea. Aún teníamos mucho que resolver, y quizá él había tenido razón. El trabajo y las relaciones rara vez se mezclan bien.

—O no —dijo rápidamente—. Sé que te alejé…
—No es eso —respondí—. Es que hoy he tenido una entrevista para un trabajo que me gustaba mucho.
—¡Eso es genial! —dijo con entusiasmo.
—Sí. —Suspiré—. Pero no creo que me cojan.
Recordé el desastre de entrevistas que había tenido ese día. Era poco probable. Y quizá no quería trabajar para alguien que me juzgaba tan rápido.
—Bueno, si me llaman, prometo darles unas referencias excelentes. En serio. Solo quiero que seas feliz, sea donde sea.
Le sonreí y se lo agradecí con un beso rápido en los labios. Se sentía muy bien sentirse vista. Valorada. Especialmente por el hombre al que tanto quería. Habíamos recorrido un largo camino.

Capítulo 54

JEREMIAH

Unos fuertes golpes en la puerta hicieron que me incorporara rápidamente en la cama. Palpé frenéticamente el colchón a mi lado, pero mi corazón se calmó cuando mi mano encontró a Sadie, que respiraba plácidamente junto a mí. Solté un suspiro profundo y miré alrededor de la habitación, preguntándome si lo habría soñado. Me acomodé de nuevo junto a Sadie, rodeándola con el brazo y deleitándome con su suave piel. Cerré los ojos para volver a quedarme dormido, pero los golpes sonaron otra vez. Esta vez más fuertes. Más urgentes.

—¿Pero qué cojones...? —murmuré entre dientes, incorporándome de nuevo.

A través de los grandes ventanales, veía que el cielo estaba oscuro. Unas nubes purpúreas colgaban bajas. El sol aún no había salido. Sadie se agitó a mi lado, se puso boca arriba y me miró con ojos somnolientos.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz ronca.

—No lo sé —dije, retirando las sábanas y buscando mis pantalones de chándal.

Los encontré en el suelo y me los puse, seguidos de una camiseta negra arrugada, justo cuando los golpes sonaron de nuevo y oí lo que parecían gritos procedentes de la puerta principal.

—Jeremiah —dijo Sadie, sentándose en la cama y aferrándose a las sábanas mientras miraba hacia la puerta del dormitorio—. ¿Quién

hay ahí? —preguntó, y echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche. Marcaba las 5:07 a. m.

—Voy a ver —dije molesto.

Caminé deprisa por el pasillo hacia el gran vestíbulo, donde ya podía oír claramente voces fuertes que atravesaban la puerta.

—¡NYPD! ¡Abran la puerta!

Se me encogió el corazón de repente, pensando que había habido algún tipo de emergencia. Con quién, no lo sabía. Pensé en mi madre. Quizá le había pasado algo y yo era el único familiar al que avisar. O quizá le había ocurrido algo a Kevin en algún trabajo. Desbloqueé rápidamente la puerta y la abrí de par en par, con el corazón a mil por hora.

Me encontré con cuatro agentes de policía. Tragué saliva al darme cuenta de que aquello no era una emergencia familiar.

—¿Jeremiah Mason? —preguntó uno de los agentes, examinándome de arriba abajo.

—Sí. Soy yo —asentí—. ¿De qué se trata?

Otro agente dio un paso al frente. —Hay una orden de arresto contra usted. Tiene que venir con nosotros.

Parpadeé un par de veces, tratando de asimilar si le había oído bien.

—Creo que han cometido un error —dije, negando con la cabeza.

—Puede hacerlo por las buenas o por las malas. De cualquier modo, viene con nosotros.

Sentí como si el suelo desapareciera bajo mis pies mientras veía al agente sacar las esposas de su cinturón. Oí el arrastrar de las zapatillas de Sadie por el pasillo y miré en su dirección, intentando calmar el pánico que seguramente se reflejaba en mi cara. En

cuanto vio a los agentes y las esposas, corrió hacia mí frenéticamente.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó, mirando a los agentes con sus ojos verdes muy abiertos mientras se ceñía el albornoz.

—Señorita, necesito que se mantenga atrás—. —Uno de los agentes levantó la mano en señal de advertencia.

—¡Ni hablar! —escupió ella—. ¡Ha debido de haber un error!

—Señorita, por favor —suplicó el mismo agente, clavando la mirada en su barriga.

Sadie se puso las manos sobre el vientre de forma protectora y asintió solemnemente, como si comprendiera que él no quería tener que ponerle las manos encima. Se quedó a mi lado mientras yo me giraba y dejaba que los agentes me pusieran el metal frío de las esposas en las muñecas. Sabía que era mejor no discutir.

—Jeremiah Mason, queda usted arrestado. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra ante un tribunal... —dijo el agente, apretando ligeramente las esposas.

Sus palabras me sonaron a cantinela. Ya las había oído antes. Hacía veintitantos años.

Sadie miraba con los ojos llorosos. Odiaba que tuviera que presenciar aquello. Cuando los agentes empezaron a sacarme por la puerta hacia el rellano, la miré y entrecerré los ojos.

—Todo va a salir bien, cariño —le dije—. Solucionaré esto.

—No... no lo entiendo... —tartamudeó, siguiéndonos fuera.

—Yo tampoco —dije—. Pero llegaré al fondo del asunto. Llama a Erica. Llama a Gabriella. Diles que vengan a buscarte.

—Ya es suficiente —dijo el agente, dándome un empujón hacia delante.

Eché la cabeza hacia delante, pero no sin antes echar un último vistazo a la expresión de pánico en la cara de Sadie mientras se aferraba desesperadamente a su vientre. La preocupación me invadió mientras los agentes me metían en el ascensor. Sadie estaba embarazada de cinco meses. Este tipo de estrés no era bueno ni para ella ni para el bebé. Necesitaba a alguien con ella. No quería que estuviera sola.

—Por favor, díganme de qué se trata —supliqué mientras el ascensor empezaba a bajar, al igual que mi estómago—. Mi novia... está embarazada. No puedo dejarla así.

Era la primera vez que la llamaba así. No eran las circunstancias que me esperaba.

Los agentes de policía me ignoraron, mirando al frente con la espalda rígida. Sacudí la cabeza con frustración, ajustando las muñecas en las esposas, que se me clavaban en la piel. Estaba indefenso. No había nada que pudiera hacer ahora mismo. Solo tenía que llegar a la comisaría y hacer mi llamada. Mi abogado sería la primera persona a la que marcaría. Todo esto tenía que ser algún tipo de confusión.

A menos que...

Apreté la mandíbula ante el presentimiento que me recorría el cuerpo.

Anderson.

Tenía que estar detrás de esto.

Bastardo.

No le bastó con hacerme arrestar hace tantos años, incriminándome por su delito. Su diabólico afán de venganza no cesaría nunca. Ahora lo veía. Me preguntaba qué me tendría reservado esta vez. El pensamiento me roía incesantemente mientras bajaba impotente en el ascensor.

Pronto se abrieron las puertas y los agentes me sacaron del ascensor al vestíbulo. Afortunadamente, no había muchos inquilinos despiertos todavía, pero los que estaban sentados a las mesas tomando café contemplaban la escena con cara de asombro. Intenté evitar el contacto visual mientras el único sonido en el inmenso vestíbulo eran nuestros pasos.

El portero me miró preocupado mientras abría la puerta y nos dejaba pasar.

—Señor Mason —dijo con pánico. Yo me limité a mirar de frente, manteniendo la cabeza alta mientras salíamos a la acera, donde más gente se detenía a mirar.

En el bordillo había dos coches de policía; las luces rojas y azules rebotaban en el edificio acristalado que había tras de mí mientras un agente abría la puerta. Me puso la mano en la cabeza y me guio con firmeza al interior del vehículo. Él y otro agente subieron a la parte delantera. Una sirena sonó detrás de nosotros, procedente del otro coche patrulla y, en respuesta, el agente que conducía mi coche accionó el interruptor. Las sirenas bramaron al unísono mientras nos alejábamos de la acera, lejos de la muchedumbre curiosa de primera hora de la mañana. Lejos de Sadie, que probablemente seguía arriba en estado de shock. Esperaba que hiciera lo que le había dicho y llamara a sus amigas. No la quería cerca de nada de esto.

Veinte minutos más tarde llegamos a la comisaría. El agente al mando me llevó al interior, donde pasó por delante de las oficinas y me condujo por un pasillo tenuemente iluminado y flanqueado por puertas metálicas. Se detuvo ante la última de la izquierda y la abrió, indicándome que entrara. Tuve recuerdos de los interrogatorios de hace tantos años. Aunque no había estado en esa sala exacta, todas eran iguales.

Estériles. Silenciosas. Prácticamente vacías, salvo por una pequeña mesa de madera y dos juegos de sillas. Todo atornillado al suelo. Una luz parpadeante que colgaba del techo. Un gran espejo que yo sabía que en realidad era un cristal espía. Una cámara en la esquina superior derecha con la luz roja parpadeando.

Hacía el mismo frío que recordaba, y tomé asiento en la silla que el agente señaló sin mediar palabra.

—¿No tengo derecho a mi llamada telefónica? —pregunté con frialdad.

El agente me miró con una mueca de diversión asomando a sus labios.

——Ya habrá tiempo —dijo antes de salir de la sala.

Le vi marchar, con los ojos prácticamente lanzando puñales a su espalda. Disfrutaba con ese poder. Me conocía este juego. Me dejaría aquí para reunirse con sus compañeros al otro lado de la ventana y verme sudar. Pero no iba a darles esa satisfacción. Yo no había hecho nada malo.

Sin reloj, no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado antes de que la puerta se abriera de nuevo y un hombre de pelo plateado, con un traje negro que le quedaba mal, entrara con una carpeta

bajo el brazo. Lo examiné con desdén mientras se sentaba frente a mí a la mesa.

—Señor Mason —dijo, colocando la carpeta sobre la mesa y observándome con sus ojos grises—. Soy el detective Benson.

—Sigo esperando mi llamada, detective —dije, tamborileando impaciente con los dedos sobre la mesa de madera. Todavía tenía las muñecas unidas por las esposas.

—Por supuesto, por supuesto. —Me restó importancia con un gesto, lo cual me cabreó. ¿Dónde narices estaba el procedimiento que debían seguir?—. Esto no llevará mucho tiempo —sonrió, fingiendo tranquilidad.

Me eché hacia atrás en la silla y apreté los labios, observando con atención cómo el detective abría la carpeta que tenía delante y empezaba a revisar los papeles. Me pregunté si su táctica consistía en repasarlos tan despacio, chupándose el pulgar para separar las hojas, para llevar mi impaciencia al límite. Me negué a caer en la trampa y me concentré en mi respiración.

Mientras esperaba a que llegara al quid de este arresto, intentaba no pensar en Sadie en el apartamento, probablemente caminando de un lado a otro con una ansiedad que podría desgastar el suelo de madera. Tenía que volver con ella. Tenía que decirle que todo estaba bien, aunque en ese momento no lo pareciera en absoluto. Apreté la mandíbula mientras el deseo de obtener respuestas me consumía. ¿Qué demonios tramaba Anderson ahora?

—Ah, aquí está —dijo el detective, golpeando con el dorso de la mano el papel que sostenía. Lo dejó junto a la carpeta abierta de color verde oliva hacia la que se desviaron mis ojos.

—Este es su expediente, señor Mason —dijo el detective, como intuyendo la pregunta en mi mirada—. Parece que se metió en una situación bastante turbia antes de convertirse en un gran director general de Manhattan.

Me quedé callado. Intentaba provocarme.

El detective Benson se limitó a sonreírme con paciencia antes de mirar el papel que había apartado. Deslizó el dedo por el texto hasta que se detuvo en unas palabras resaltadas en amarillo neón.

—Markus Roane —dijo, leyendo la página.

El nombre me golpeó como un puñetazo en el estómago, pero me limité a levantar la barbilla y mirarle con indiferencia.

—¿Le suena de algo? —preguntó el detective, arqueando una ceja mientras me observaba.

Me encogí de hombros. —Era un pandillero de mi barrio cuando era niño. Movía drogas y armas.

Omití la parte que el detective ya sabía. Que me habían pillado saliendo del callejón tras una reunión con Markus, ocultando una de sus armas. Todo figuraba en el expediente que teníamos delante.

—¿Por qué? —pregunté, mirando al detective Benson.

Me estudió un momento, como intentando calarme. Yo me limité a apoyarme en el respaldo de la silla y a esperar a que rompiera el silencio que ahora se cernía entre nosotros. Al detective no parecía molestarle. De hecho, podía ver cómo algo crecía tras sus ojos fríos, como si estuviera a punto de soltar el remate de un chiste.

—Porque está en la sala de al lado afirmando que usted le pagó medio millón de dólares para que pusiera a Anderson Bradley bajo tierra.

Capítulo 55

SADIE

Caminaba de un lado a otro por el salón del apartamento, aunque sentía que las piernas me iban a fallar en cualquier momento. No había dejado de temblar desde que la policía se llevó a Jeremiah de aquí, sin dar ninguna explicación. Me estaba devanando los sesos pensando de qué podría tratarse. ¿Sería por la pelea del parque de hace semanas? Quizá Anderson había presentado cargos ahora, pero aquello no parecía tener sentido. Él era igual de culpable. ¿Habría salido mal algún negocio? Tal vez se había metido en la cama con quien no debía, pero Jeremiah no hacía chanchullos cuando se trataba de su imperio. Quería mantener su reputación impecable. Eso lo sabía yo muy bien.

Suspiré y miré por los grandes ventanales hacia la ciudad que se extendía abajo. Ya había salido el sol y las aceras estaban muy concurridas. Me parecía injusto que la vida siguiera adelante cuando la mía se desmoronaba. Tenía que hacer algo o me volvería loca. Mientras esperaba a que llegaran Gabriella y Erica, caminé por el pasillo hacia el despacho de Jeremiah. Encendí la luz del techo, iluminando la penumbra de la estancia con sus paredes paneladas en verde oliva y sus estanterías y escritorio de madera oscura integrados. Era oscuro, temperamental y sexy. Era la viva imagen de Jeremiah.

Empecé a abrir los cajones del gran escritorio de madera que presidía el centro de la habitación. Por suerte, estaban sin cerrar

mientras abría cada uno y hurgaba entre su contenido. Tenía que haber algo aquí que pudiera ayudarme.

Entonces se me ocurrió una idea. El abogado de Jeremiah. Nunca lo había conocido, pero intenté recordar su nombre. Fruncí el ceño al abrir el cajón superior del escritorio, donde había pilas de papeles pulcramente ordenadas y separadas por clips. Levanté cada montón y mis ojos los repasaron rápidamente, hasta que se posaron en un contrato con un bufete jurídico.

Ted Gillis.

Ese era su abogado.

Recorrí la página con la mirada hasta llegar al pie de página, donde estaban los datos de contacto de Ted. Marqué rápidamente su número con el móvil y esperé conteniendo el aliento mientras me arrodillaba en el suelo de madera del despacho.

—Diga, habla Ted Gillis —respondió con firmeza, aunque se le notaba el sueño en la voz.

—¡Ted! —dije, frenética—. Soy Sadie. Sadie Lane. Soy la... de Jeremiah... —No estaba segura de qué decir, así que hice una pausa momentánea. Sin terminar la frase, continué—: Necesito su ayuda. La policía se ha presentado esta mañana temprano y se ha llevado a Jeremiah bajo custodia. Con esposas y todo. No han querido responder a ninguna de mis preguntas. No sé qué hacer —dije con la voz temblorosa mientras me pasaba una mano por mi larga melena pelirroja.

—Vaya, no he sabido nada de él. ¿Hace cuánto ha sido esto?

—Hace unos treinta minutos —contesté.

—A estas alturas ya debería haber recibido una llamada —De repente, su tono cambió al de alguien en estado de alerta—. Iré a la comisaría inmediatamente.

—Muchísimas gracias, señor Gillis —dije agradecida antes de colgar.

Justo en ese momento, oí sonar el teléfono en la mesa de la entrada, al final del pasillo. Me levanté rápidamente y corrí hacia aquel sonido estridente. Lo cogí al quinto tono.

—¿Diga? —respondí con impaciencia, preguntándome si sería Jeremiah.

—Hola. Llaman de recepción. Tenemos aquí a dos visitas que piden subir.

Tragué saliva con dificultad. ¿Quién podía ser a estas horas? Sentí una oleada de miedo al pensar que podría ser Anderson.

—¿Quiénes son? —pregunté con la boca seca.

—Tengo aquí a una tal Gabriella y a una tal Erica. Se las ve bastante insistentes.

Solté un suspiro de alivio al recordar que las había llamado.

—Sí. Sí, por supuesto —dije—. Por favor, hágales subir.

—Así se hará. Gracias por la confirmación.

Colgué y empecé a pasear de nuevo por el recibidor. Poco después, llamaron a la puerta y, al abrir, me encontré a mis mejores amigas con cara de preocupación. Ambas estaban despeinadas y llevaban chándal, como si acabaran de saltar de la cama para venir directas aquí.

—Oh —sollocé, dejando salir todas mis emociones contenidas.

Dieron un paso al frente y me rodearon con sus brazos, fundiéndome en un fuerte abrazo mientras yo lloraba.

—Ya estamos aquí, Sadie —susurró Gabriella.

—Gracias —logré responder entre susurros.

—Anda, ven —dijo Erica, cogiéndome de la mano y guiándome hacia el sofá.

Mientras caminábamos, ambas observaban el ático con los ojos muy abiertos, asombradas por la gran lámpara de araña del techo y el amplísimo salón a doble nivel. Me di cuenta de que nunca habían estado aquí hasta ahora.

—Vaya *pedazo* de casa —dijo Gabriella, sacudiendo la cabeza mientras miraba a ambos lados hacia los largos pasillos.

—Es preciosa —añadió Erica, dejándose caer en el sofá y dando palmadas en el sitio a su lado.

Me hundí junto a ella y encogí las piernas debajo del cuerpo.

—A ver, ¿qué está pasando? —preguntó Erica con una ceja levantada.

—No... no lo sé —balbuceé—. Nos hemos despertado esta mañana con la policía en la puerta y se han llevado a Jeremiah. Ha sido horrible —Las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—Vale. Tienes que serenarte, Sadie —dijo Gabriella con firmeza, estirando el brazo para apretarme la mano.

Asentí y me sequé las lágrimas. Respiré hondo y de forma temblorosa antes de contarles todo lo ocurrido, incluida mi conversación con el investigador privado.

—¿Aún no has sabido nada de él? —preguntó Erica, pasándose el pulgar por la barbilla, pensativa.

—No —negué con la cabeza—. Acabo de llamar a su abogado y va de camino a comisaría.

—Muy bien. Entonces la ayuda está en camino —dijo para tranquilizarme.

—¿Me llevaríais a la comisaría? —les pregunté a las dos.

—Por supuesto —dijeron al unísono.

Tras mirar mi bata, corrí al armario. Me puse rápidamente unos vaqueros anchos y una sudadera antes de reunirme con ellas en la puerta. Cogimos los ascensores hasta el vestíbulo, donde el portero me vio. Me miró con nerviosismo.

—¿Está bien el señor Mason? —preguntó cuando nos acercamos.

—Voy de camino a verle ahora mismo —dije asintiendo, dándome cuenta de que él lo había visto todo. Junto con cualquier otro que estuviera en el vestíbulo en ese momento. Pobre Jeremiah.

Abrió la puerta y detuvimos rápidamente un taxi. Al poco rato llegamos a la comisaría. Sentí que me invadían los nervios. Nunca había estado en una comisaría. Era exactamente tan espantosa como imaginaba, sobre todo cuando me acerqué al mostrador y me encontré con uno de los agentes que se habían llevado a Jeremiah hacía unas horas.

—Me gustaría ver a Jeremiah Mason —dije con toda la firmeza de la que fui capaz, con Gabriella y Erica a mi lado.

—Lo siento. No se permiten visitas —dijo con frialdad, casi sin mirarme.

Sentí que se me encogía el corazón. Gabriella se aclaró la garganta para decir algo, con una mirada feroz, pero se vio interrumpida por la puerta que se abría a nuestra espalda. Nos giramos y vimos entrar a un hombre con un traje gris impecable y pelo rubio cenizo. Entró con decisión y se puso a nuestro lado. Apoyó las manos firmemente

en el mostrador, dominando la estancia. Exigiendo la atención del agente.

—Soy Ted Gillis, el abogado de Jeremiah Mason. Voy a verle ahora mismo.

Ni siquiera era una petición. El agente suspiró frustrado, sabiendo que no podía rechazar a *esta* visita. Pulsó el timbre de la puerta e indicó a Ted con la cabeza que entrara por la puerta lateral.

Erica, Gabriella y yo caminamos hacia una fila de sillas contra la pared y nos sentamos. Me sentí un poco mejor sabiendo que Jeremiah tenía allí a alguien que de verdad podía ayudarle. Odiaba que llevara ya horas allí metido, mientras le hacían quién sabe qué.

Quince minutos después, me dio un vuelco el corazón al ver a Ted salir por la puerta, seguido de Jeremiah. Parecía cansado, con el pelo aún revuelto por el sueño y los labios apretados en una línea fina. Me levanté rápidamente y corrí hacia él, y sus ojos azules se iluminaron. Me lancé a su encuentro, rodeándole el cuello con los brazos.

—¿Estás bien? —le pregunté antes de sellar mis labios contra los suyos.

—Ahora sí —Me sonrió—. Lo siento muchísimo, Sadie. Odio que haya pasado esto. ¿Estás *tú* bien?

—Yo estoy bien —Le quité importancia y solté una risita suave. Era a *él* a quien habían arrestado.

—Gracias por llamar a Ted —dijo, estirando la mano para tocarme la cara. Me incliné ante la caricia de su pulgar.

—Hizo muy bien en hacerlo —dijo Ted, poniéndose a su lado—. Se negaban a dejarle hacer su llamada —añadió mirándome.

—Capullos —masculló Jeremiah, antes de dirigirse a Ted—: Anderson Bradley está detrás de esto. Ha debido de pagar a Markus para que mienta. Otra de sus estratagemas para hundirme.

—¿Markus? ¿*El* Markus? —pregunté preocupada, mirando a Jeremiah. Conocía ese nombre. Sabía lo peligroso que era. No podía creer que siguiera causando problemas después de tanto tiempo.

—No pasa nada —Jeremiah asintió, bajando la mano por mi brazo hasta entrelazar sus dedos con los míos. Me apretó la mano con suavidad.

—Llegaré al fondo del asunto —dijo Ted con un gesto de confianza —. Le llamaré pronto.

Jeremiah le estrechó la mano con firmeza antes de verle salir por la puerta con la misma seguridad con la que había llegado. Le seguí con la mirada mientras Gabriella y Erica se acercaban por detrás.

—Vosotras debéis de ser las mejores amigas de Sadie —dijo Jeremiah con una sonrisa afable, como si no acabara de pasar una mañana infernal.

Ambas se presentaron y se me hinchó un poco el pecho de felicidad. Había estado esperando este momento. El lugar no era el ideal, pero al menos las personas que más me importaban se conocían por fin.

—¿Por qué no nos largamos de aquí y vamos a desayunar? Invito yo —dijo él con una sonrisa de oreja a oreja.

Ellas le devolvieron la sonrisa antes de que él se diera la vuelta para abrirnos la puerta. Ambas me lanzaron miradas de embeleso cuando él no miraba, ante lo cual solté una carcajada y puse los ojos en blanco. Los cuatro salimos de la comisaría a la luz del sol y al aire fresco del otoño.

Caminamos por la manzana hasta un local de desayunos cercano donde todos pedimos tortitas y un plato enorme de beicon. Erica y Gabriella hablaban con entusiasmo, ansiosas por soltar historias vergonzosas sobre mí que hacían que Jeremiah soltara carcajadas profundas. Ni siquiera me importó. Vernos a todos juntos me hacía demasiado feliz como para que me molestara que mis amigas se burlaran de mí cariñosamente.

Apoyé la cabeza en el hombro de Jeremiah y le miré mientras escuchaba con una sonrisa divertida en sus labios perfectos. Me devolvió la mirada y sus ojos tenían ese brillo familiar. Se inclinó y me dio un beso rápido en los labios antes de volverse hacia Gabriella, que nos contaba todo sobre su nuevo apartamento.

Después del desayuno, nos despedimos, prometiendo volver a reunirnos todos pronto. Jeremiah les paró un taxi a cada una, pagando generosamente a los conductores antes de despedirlas con la mano. Mientras desaparecían de la vista, me cogió de la mano y empezamos a pasear por la acera.

—Todo va a salir bien, Sadie —dijo en voz baja.

Le miré esperanzada. —¿Lo prometes? —pregunté.

—Lo prometo —Se detuvo y me miró fijamente—. Voy a zanjar este asunto con Anderson antes de que nazca el bebé.

No sabía qué quería decir con eso, pero no hice preguntas. En su lugar, me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla. Creía en él. Sabía que iba a estar bien. Sabía que *nosotros* íbamos a estar bien. Los tres.

—Mientras tanto, vamos a llevarte a casa —murmuré antes de levantar la mano para parar un taxi.

Capítulo 56

JEREMIAH

Las puertas del ascensor se abrieron a un vestíbulo austero y de decoración minimalista, con suelos negros y brillantes y paredes empapeladas en gris paloma. Mis zapatos de piel susurraron contra el suelo mientras caminaba hacia la recepcionista, que estaba sentada tras el mostrador de mármol negro al fondo de la sala. Me ajusté el traje al detenerme frente a ella y me aclaré la garganta.

Ella levantó la vista y me analizó con sus ojos marrones, de arriba abajo, desde mi pelo hasta el traje negro entallado que llevaba puesto. El favorito de Sadie. Ella insistió en que me lo pusiera hoy.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó la recepcionista, enrollando un mechón de su pelo castaño alrededor del dedo mientras me miraba a través de sus largas pestañas.

—Sí, he venido a ver a su jefe —dije, apoyándome con naturalidad en el mostrador mientras dejaba el maletín en el suelo, a mi lado. Sabía que probablemente tendría que usar mis dotes de persuasión y flirteo para entrar, porque no había ninguna posibilidad de que Anderson me dejara pasar así como así.

Ella se inclinó hacia delante, luciendo su vestido de escote pronunciado en color rosa palo. Sin embargo, mantuve mis ojos en los suyos, sabiendo exactamente lo que estaba haciendo. Estaba cayendo en el juego que yo le proponía. Tenía la intención de usar aquello en mi beneficio.

—¿Y usted es...? —preguntó, con la comisura de sus labios rosados elevándose ligeramente.

—Alguien con quien su jefe querrá hablar.
—¿Ah, sí? —arqueó una ceja con curiosidad.
—Soy alguien bastante importante —estiré el cuello con dramatismo.
—Seguro que sí —rio suavemente—. Pero lo siento, tendrá que concertar una cita.
Le dediqué una sonrisa divertida. —Créame. Querrá verme —me incliné hacia delante, presionando las palmas de las manos contra la fría superficie del mostrador.
Me estudió un instante antes de alargar la mano hacia el teléfono que tenía al lado y pulsar un botón. —Señor Anderson. Hay alguien aquí para verle —dijo, manteniendo sus ojos coquetos fijos en mí.
Su sonrisa desapareció al escuchar al otro lado de la línea, y luego se dio la vuelta, dándome la espalda con gesto avergonzado.
—No, ya se lo he dicho, pero insiste —dijo, tapando el auricular con la mano mientras me miraba de reojo. Sin decir nada más, se volvió hacia mí y colgó el teléfono.
Unos instantes después, la puerta de cristal esmerilado a su derecha se abrió y Anderson salió con paso firme y aire irritable. Me separé del mostrador y me puse erguido. Sus ojos oscuros se clavaron en mí. Rápidamente se dirigió a su recepcionista, que observaba con cautela desde su escritorio.
——Llama a seguridad —ordenó.
Vi cómo los ojos de la recepcionista pasaban del flirteo a la precaución mientras me evaluaba.
—Esto no llevará mucho tiempo —dije, levantando la mano y haciéndole una señal para que no se moviera. Ella miró de Anderson a mí con la mano planeando nerviosamente sobre el teléfono.

——Jasmine… —advirtió Anderson, mirándola a ella y al teléfono.
—Creo que te convendría tener esta conversación, Anderson —dije con frialdad—. En privado —añadí, señalando hacia la puerta por la que acababa de salir.
Abrió la boca para decir algo, pero la cerró rápidamente antes de mirar a Jasmine, que todavía no sabía qué hacer. Él le hizo un pequeño gesto con la cabeza, como si retirara a sus perros de presa. Ella apartó la mano y observó el duelo de miradas entre los dos hombres que tenía delante.
Anderson asintió de mala gana hacia la puerta y la abrió. Cogí mi maletín y le seguí por el largo pasillo hasta el despacho del fondo. Era casi idéntico al vestíbulo, con los mismos suelos oscuros y paredes grises. Una vez que estuvimos ambos dentro, cerró la puerta tras de sí.
—¿De qué se trata? —preguntó, midiéndome mientras permanecía de pie en el centro de su despacho. Sus ojos negros eran afilados. Alerta. Listos para otra pelea. Por mucho que me hubiera gustado volver a darle un puñetazo en la cara, mantuve la compostura.
—He venido por una sola razón —dije con calma—. Para dejar nuestras mierdas atrás. Esta ridícula competición tiene que acabar.
Anderson se burló.
—Hablo en serio —dije con firmeza—. Te quiero fuera de mi vida. Para siempre.
—¿Y qué te hace pensar que dejaré de ir a por ti? —espetó con una mueca de desprecio.
Pasé por su lado hacia los sillones orejeros de cuero que estaban frente a su gran escritorio. Me senté y coloqué mi maletín sobre la

superficie de madera de su mesa, sin importarme qué papeles desordenaba. Hice clic en los cierres dorados y lo abrí.

—Te sugiero que te sientes —dije, señalando el sillón vacío de su escritorio.

Dudó un momento antes de rodear a regañadientes su escritorio y sentarse frente a mí. Sus ojos pasaron de mí al maletín. Saqué la carpeta negra de su interior y se la deslicé.

—¿Qué es esto? —preguntó, con la mirada clavada en la carpeta negra que hacía juego con sus ojos.

—Ábrala —dije, encogiéndome de hombros, tras haberlo tuteado antes, pero manteniendo ahora una distancia profesional cargada de veneno.

Se inclinó hacia delante y abrió la tapa. Sus ojos recorrieron las fotos brillantes que había encima. Eran las fotos de él y Tanya que me había entregado mi investigador privado.

—Así que tuve una cita con una jovencita guapa —se encogió de hombros—. Resulta que trabajaba en tu oficina.

—Siga mirando —dije con frialdad.

Puso los ojos en blanco y apartó las fotos. Debajo había una pila de correos electrónicos impresos.

—Su «jovencita guapa» no era muy lista. Enviaba correos utilizando nuestro servidor del trabajo. Tengo que decir que le pagó una suma considerable para que me espiara. ¿Quién iba a decir que estaba tan desesperado? —pregunté con una sonrisa divertida.

—Ah, y debajo de esos correos están los que se intercambió con la prensa. Resulta que es bastante fácil descubrir quién es una «fuente

anónima» —levanté los dedos haciendo el signo de las comillas en el aire.

—Eso no son delitos —dijo encogiéndose de hombros, apartando los papeles.

—Ah, pero es difamación. Mi abogado puede probarlo fácilmente —sonreí—. Y eso no es todo. Ni siquiera ha llegado aún a la mejor parte —miré la carpeta que estaba entre nosotros.

Él volvió a cogerla de mala gana y encontró otra pila de papeles.

—Esos son los mensajes de texto entre usted y Markus Roane —dije, observando cómo la nuez de Anderson subía y bajaba con nerviosismo—. ¿Quién iba a saber que seguíais siendo amigos después de todos estos años? No había leído nada sobre eso en su librito. Pero, claro, solo le eché un vistazo por encima. La redacción no era gran cosa —dije, fingiendo una indiferencia casual.

—Pero *esto* —señalé los papeles que tenía en la mano—, esto ha sido entretenido.

Observé cómo los ojos vacíos de Anderson se llenaban de pavor mientras leía los mensajes que se había enviado con Markus. John se había pasado los últimos días investigando todo lo posible sobre Anderson tras mi arresto. Había encontrado más que suficiente para meterle en un buen lío. Estos mensajes eran la prueba de que me había tendido una trampa, lo que le supondría una buena temporada en prisión. Yo lo sabía. Y por la forma en que me miraba ahora, él también lo *sabía*.

—Si vuelve a entrometerse *alguna vez* en mis asuntos. Si vuelve a acercarse *alguna vez* a mí. O a Sadie. O a cualquier persona que yo conozca, llevaré esto a la policía. Y el baile que usted y yo nos

hemos traído todos estos años tendrá su final en el juzgado —me incliné hacia delante y entrecerré la mirada—. Se lo digo ahora mismo: no acabará bien para usted.

Levantó la barbilla, fingiendo un orgullo que se desvanecía ante mis ojos.

—No sé usted, pero yo prefiero pasar página —dije, recostándome en el sillón—. Le sugiero que deje de intentar destruirme antes de que eso le destruya a usted.

Se mantuvo en silencio mientras sus ojos recorrían de nuevo los papeles y volvían a mí. Estábamos en un punto muerto. No había salida.

—Lárgate de mi despacho —dijo con voz baja.

Asentí y me levanté de la silla. —Puede quedarse con todo eso. Como recordatorio de lo que puedo hacerle. De todos modos, tengo varias copias —me di la vuelta y me dirigí a la puerta, abriéndola y saliendo sin mirar atrás al cascarón de hombre que acababa de dejar.

Al salir del edificio, sentí que el peso que había cargado todos estos años se levantaba de mis hombros. Miré hacia el edificio de piedra, tan frío como el hombre que albergaba, y le dije un adiós interno de corazón. Sabía que no tendría que volver a ver a esa escoria nunca más. Sonreí para mis adentros. Ese capítulo de mi vida había terminado y uno nuevo estaba empezando.

Me deslicé en el asiento trasero de mi coche oficial que me esperaba e indiqué al chófer que regresara al apartamento. Le envié un mensaje a Sadie por el camino. Cuando llegamos, ella estaba en la

acera con un vestido veraniego de flores amarillas que resaltaba su piel clara. Sonrió al verme. Abrí la puerta y le devolví la sonrisa.

—¿Estás lista para ir a ver al bebé? —pregunté emocionado, saliendo del coche.

Ella me miró y rio. —¡Sí! —Cogió mi mano y la ayudé a subir al coche antes de deslizarme yo tras ella. Le dimos al conductor la dirección de la consulta del médico y nos acomodamos en el asiento trasero; mi brazo buscó su lugar alrededor de ella.

—¿Se ha solucionado lo de Anderson? —preguntó con cautela, mirándome.

—No volverá a molestarnos —le aseguré.

Soltó un largo suspiro y apoyó la cabeza en mi hombro. Besé su pelo cobrizo.

—Menos mal —susurró.

Media hora después, ambos mirábamos maravillados el monitor. Era la primera vez que veía a nuestro bebé en persona, y ya había crecido mucho desde la última vez que Sadie vino aquí. Se me saltaron las lágrimas al ver los brazos y las piernas ya pronunciados, pero no fue hasta que oí el latido del corazón cuando las lágrimas rodaron por mis mejillas. Sadie me miró con ternura mientras me apretaba la mano, y el sonido del *pum, pum, pum* llenó la habitación. Era el sonido más hermoso que había oído jamás.

De camino a casa, entre mi asombro y mi emoción, hice que el conductor parara en una boutique de bebés que vi por la ventana. Sadie se rió y observó cómo yo salía disparado del coche, que aún no se había detenido del todo, hacia la boutique.

—¿Qué haces? —me gritó.

—¡Quédate ahí! ¡Vuelvo enseguida! —grité a mis espaldas.
Entré en la boutique y la dependienta me saludó amablemente.
—¡Bienvenido! ¿Necesita ayuda para encontrar algo? —preguntó.
—Creo que lo sabré en cuanto lo vea —respondí con una sonrisa.
Me dedicó una sonrisa de complicidad antes de volver a sus notas tras el pequeño mostrador.
Deambulé por la tienda, asimilándolo todo de verdad. Hasta hoy no me había dado cuenta de cuánto había cambiado mi vida. Y para mejor. Estaba libre de Anderson. Tenía a la mujer de mis sueños esperando en el coche. Íbamos a tener un bebé pronto. Era abrumador.
Deslicé los dedos por un perchero de ropa de bebé. Todo era tan pequeño. Tan delicado. De repente, mi mano se detuvo en una pequeña percha de madera. La saqué del perchero y miré el vestido de tul rosa que colgaba de ella. Era este. Le sonreí, sintiendo que las lágrimas asomaban de nuevo.
Supe en mi corazón en ese mismo instante que íbamos a tener una niña. Habíamos rechazado la oferta del técnico de averiguar el sexo, pero yo lo sabía.
El amor que sentía por ella creció allí mismo mientras llevaba el vestidito hacia el mostrador, cogiendo un par de patucos a juego por el camino.
—Parece que ha encontrado lo que buscaba —dijo la dependienta, tomando con cuidado ambas prendas de mis manos.
—Así es —dije con una sonrisa mientras miraba por la ventana hacia donde esperaba Sadie.

Capítulo 57

SADIE

Retiré las sábanas de un tirón y rodeé con la pierna el largo cojín de lactancia que me protegía como un capullo junto a Jeremiah, que dormía profundamente a mi lado. Suspiré y me desenredé de él para darme la vuelta y mirarlo. Escuché su respiración pausada y constante, y casi le habría guardado rencor por dormir tan plácidamente si no estuviera tan guapo. Acerqué la mano y se la puse suavemente en la cara, sintiendo cómo el roce de la barba incipiente me hacía cosquillas en la palma. Le sonreí, preguntándome con qué estaría soñando para tener esa ligera sonrisa en los labios.

Este era mi propio sueño hecho realidad. Los últimos tres meses habían sido tranquilos y apacibles mientras nos preparábamos para la llegada del bebé. Desde que terminó la disputa con Anderson, habíamos podido disfrutar de verdad de mi embarazo y de esta nueva etapa que empezábamos juntos. No me había dado cuenta de lo distraída que me había tenido el lío que ese hombre horrible trajo a nuestras vidas hasta que se marchó. Era como si nunca hubiera existido. Se jubiló anticipadamente y se mudó a las Bahamas, según la prensa. Me sentía tranquila sabiendo que no tendría que volver a ver esos espantosos ojos negros que podían pasar de la astucia al vacío en un abrir y cerrar de ojos.

Jeremiah parecía menos estresado ahora que su pasado ya no intentaba darle caza. Por fin había podido darle carpetazo. Se percibía cierta calma en él. Había pasado más tiempo en casa,

dejando que la oficina se encargara de las cosas en lugar de intentar controlarlo todo personalmente. Sabía que para él significaba mucho ceder ese pequeño ápice de control. Disfruté teniendo a mi lado a Jeremiah mientras preparaba el nido.

Aún no había encontrado trabajo. No era precisamente la candidata ideal, dado que salía de cuentas de un momento a otro. No podía culparlos. De hecho, no me importaba haber tenido estos meses libres. Prepararse para el bebé era un trabajo de por sí. Estaba siendo agradable asimilarlo todo. Volvería a trabajar algún tiempo después de que naciera el bebé. Jeremiah me dijo que regresara al bufete donde había trabajado durante años y donde estos últimos meses me había unido mucho a mis antiguos compañeros. El escándalo, de alguna manera, nos había unido más a todos.

Entre la organización de todo el ático debido a mi repentino impulso de despejar un espacio que ya de por sí era minimalista, habíamos montado la cuna del bebé en la habitación de Jeremiah. También habíamos pasado mis cosas a su armario y a su mesita de noche. Llevaba meses durmiendo en su cuarto. Era una tontería seguir viviendo en la habitación de invitados. Aunque era preciosa y significaba mucho porque lo había hecho por mí, no lo tenía a *él*.

Mientras lo miraba ahora, con la mano todavía apoyada en su cara, sonreí para mis adentros y me acerqué más. Sus ojos se abrieron lentamente y estudiaron mi rostro.

—¿Qué miras? —susurró con voz ronca por el sueño.

Me reí suavemente—. Solo te estoy admirando.

—Qué rara eres —dijo él con una sonrisa pícara.

Le di un empujón juguetón mientras intentaba reacomodarme en una posición cómoda. Gruñí al girarme sobre la espalda y luego de nuevo sobre el costado. Suspiré frustrada, sintiéndome como una ballena varada atrapada en las arenas movedizas de esta nube de cama. Por muy hermoso que estuviera siendo el embarazo, también estaba enorme y no me acostumbraba al tamaño que había alcanzado. Tenía los pies hinchados. Me dolían las caderas. Sentía que tenía seis barbillas extra. Jeremiah siempre me aseguraba que no era así cuando me ponía emocional y acomplejada.

Ahora, me observaba forcejear con ese brillo de diversión tan familiar en sus ojos. La misma mirada que tenía cada mañana cuando intentaba salir de la cama, retorciéndome impotente. Le lancé una mirada fulminante mientras volvía a ponerme boca arriba.

—Te estás divirtiendo, ¿verdad? —pregunté.

—Solo un poco —se rio antes de incorporarse en la cama, y dejó que las sábanas cayeran para revelar su torso esculpido. Juraría que se ponía más sexy a medida que yo engordaba. No era justo, aunque mis ojos se dirigieran directamente a sus músculos.

—Deja que te ayude —dijo, deslizando suavemente la mano bajo mi espalda mientras me agarraba la mano con la otra. Me ayudó a incorporarme hasta quedar sentada y me ayudó a echarme hacia atrás para poder apoyarme en el cabecero.

—Gracias —dije, soltando un suspiro fatigado.

Apoyé las manos en mi barriga redonda, como si fuera una mesa.

—Probablemente deberíamos hacer algunos estiramientos esta mañana —sugirió.

Gemí. Apenas podía sentarme y este hombre quería que hiciera estiramientos.

—Lo sé, lo sé —levantó las manos en señal de defensa al ver la cara que le puse—. Pero es importante mantener los ligamentos sueltos. Te ayudará con el parto.

Odiaba que tuviera razón. Pero también me encantaba que supiera esas cosas y que me ayudara con mis estiramientos cada mañana y cada noche. Realmente era el mejor compañero. Me alegraba tanto no haberme rendido con él, ni que él se hubiera rendido conmigo.

Pasamos los siguientes treinta minutos haciendo estiramientos en la esterilla de espuma que guardábamos enrollada junto al armario. Gruñí y sudé durante toda la sesión, pero tuve que admitir que después me sentí mejor. Incluso el bebé dio su aprobación, porque hubo una mezcla de pataditas dentro de mi barriga. Jeremiah y yo nos sentamos allí, en la esterilla, con las manos presionadas contra mi piel desnuda, asombrados por el baile acelerado que tenía lugar en mi interior. Cada vez que sentía una patada, se le humedecían los ojos. Sentía que mi corazón se rompía y se recomponía cada vez.

Este hombre había pasado por mucho. Debido a su falta de confianza, nunca pensó que sería capaz de amar o de tener una vida con sentido. Y, sin embargo, aquí estaba.

—Deberíamos salir a cenar cuando vuelvas del trabajo —sugerí.

—Conozco el sitio perfecto —dijo con una sonrisa cómplice.

—Qué ganas. —Me incliné hacia delante y presioné mis labios contra los suyos, mientras sus manos cálidas seguían acunando suavemente mi vientre, que sobresalía entre nosotros.

Mientras Jeremiah estaba en el trabajo, terminé de dar los últimos toques a la habitación del bebé. Me senté en el centro de la alfombra mullida de color crema que llenaba casi toda la habitación y miré a mi alrededor. Era perfecta. Con sus paredes de color verde salvia claro y cortinas de lino vaporosas que dejaban entrar la luz del sol suavemente. La cuna de madera clara estaba pegada a la pared del fondo y sobre ella colgaba un móvil de nubes blancas y esponjosas. La cómoda a juego estaba contra otra pared, decorada con una cesta de peluches y una foto enmarcada de Jeremiah y mía. Erica nos la había hecho un día en el parque. Yo tenía los ojos cerrados, riendo, y él me miraba con tantísimo amor. Era mi foto favorita.

Esta habitación de tonos neutros estaba llena del amor que sentíamos por nuestro bebé, de quien Jeremiah estaba convencido de que era una niña. No habíamos querido que el médico nos lo confirmara, solo por mantener ese elemento de sorpresa. Parecía apropiado, dado el comienzo de nuestra relación y cómo había estado llena de sorpresas. Aun así, Jeremiah me decía que simplemente tenía una corazonada. El vestidito rosa que había comprado por capricho hacía meses colgaba en el armario de la habitación. Y su par de patucos rosas a juego en el estante de abajo. Me hacía sonreír cada vez que entraba allí.

Alrededor de las cuatro de la tarde, me di una ducha larga y empecé a arreglarme. Hacía tiempo que no me ponía guapa de verdad, pero como esta podría ser nuestra última cita nocturna en una temporada, eché el resto. Me puse rulos calientes en mi pelo pelirrojo recién secado y me maquillé un poco más de lo habitual.

Fui al armario y encontré un vestido negro premamá que me había comprado Gabriella. Me lo puse, con solo un pequeño forcejeo, y me estudié en el espejo. Era un vestido precioso, sencillo, pero que se ceñía a mi figura curvilínea y a mi gran barriga. Sonreí para mis adentros antes de ir al baño a quitarme los rulos.

A las cinco y media en punto, Jeremiah entró por la puerta y se detuvo en seco cuando me dirigí hacia él desde el pasillo. Se llevó la mano al corazón y sacudió la cabeza.

—Estás preciosa —murmuró, recorriéndome con la mirada mientras yo caminaba hacia él. Me puso las manos en las caderas y deslizó los pulgares arriba y abajo por la tela del vestido.

—Gracias —dije, sintiendo que me ardían las mejillas. Todavía conseguía hacerme sonrojar.

—Tal vez no deberíamos ir a cenar... —dijo, con sus ojos azules oscureciéndose.

—Oh, ni hablar —dije riendo—. ¡El bebé tiene hambre!

—Papá también... —dijo con voz sugerente.

—¡Jeremiah! —le di un golpe juguetón.

Él soltó una carcajada profunda y me ofreció su brazo para que me enganchara.

—Vamos a daros de comer a ti y al bebé —dijo, guiándome hacia la puerta.

Treinta minutos después, el coche de la empresa se detuvo frente a uno de nuestros restaurantes favoritos. Era un local italiano de lujo, con pasta fresca artesanal y postres deliciosos. Se me hacía la boca agua incluso antes de sentarnos en nuestra pequeña mesa a la luz de las velas. Pedimos nuestros platos favoritos de siempre, junto con

una botella de sidra espumosa que burbujeaba en nuestras copas de champán.

Él levantó su copa y yo alcé la mía, brindando suavemente.

—Un brindis —dijo—. Por ti, cariño. Por ser tan resiliente y fuerte. Por ser la madre con la que cualquiera soñaría, por amar y cuidar a nuestro bebé, que aún ni siquiera ha llegado al mundo. Nos has cuidado a todos. No sé dónde estaría sin ti.

Sentí que los ojos se me humedecían, pero contuve las lágrimas de felicidad que se formaban mientras miraba al hombre que amaba.

—Mis momentos favoritos han sido los pequeños vislumbres que tengo de ti cuando crees que nadie te mira. Cuando hablas con tu barriga, como cuando haces las cosas cotidianas, como doblar los bodies pequeñitos o cuando te relajas en la bañera. O cuando bailas por la cocina mientras cocinas, cantando canciones de cuna. Eres increíble, Sadie.

Negué con la cabeza, sin saber qué decir. Nadie me había dedicado nunca palabras tan amables, y casi sentía que habíamos cerrado el círculo desde que nos conocimos. En lugar de cuestionarme o analizarme por sus propios miedos, me estaba elogiando y poniéndome en un pedestal.

—Voy a echar de menos la barriga —dijo, con la mirada cayendo hacia mi vientre con nostalgia.

Puse mi mano sobre ella y dije: —Bueno, quizá podamos repetir esto algún día.

Me miró, ligeramente sorprendido, antes de darme un asentimiento seguro. —Sin duda —dijo.

Después de comer demasiada pasta y probar un bocado de cada postre del menú, decidimos dar un paseo por la noche fría y bañada por la luna. Estaba empezando el invierno y, aunque el aire picaba, me sentaba bien en la cara mientras comenzábamos nuestro paseo, bien abrigados en nuestros abrigos. Jeremiah me rodeó con el brazo y su mano se deslizaba arriba y abajo por mi brazo para mantenerme caliente.

—¿Seguro que no hace demasiado frío? —preguntó preocupado.

—No, estoy bien. Te lo prometo —dije para tranquilizarlo.

En ese momento, alguien que iba con prisa me golpeó en el hombro, haciéndome retroceder ligeramente. Antes de que yo pudiera siquiera reaccionar, Jeremiah se dio la vuelta y le espetó: —¡Oye, mira por dónde vas!

El tipo levantó las manos en señal de disculpa y siguió caminando rápidamente en la otra dirección.

—Gilipollas —masculló, mientras se giraba para que continuásemos nuestro camino.

Me reí y sacudí la cabeza. Al fin y al cabo, seguía siendo Jeremiah. El hombre del que me enamoré, con sus defectos y todo lo demás. Pero no me importaban esos destellos protectores que a veces captaba. Sabía que simplemente significaba que iba a ser un padre increíble. Ferozmente cariñoso y protector.

Capítulo 58

JEREMIAH

¿Qué te parece esto? —preguntó Kevin, sosteniendo un portabebés.

—Ya tenemos uno —dije.

Suspiró con frustración mientras se pasaba una mano por su pelo castaño claro. Sus ojos continuaron recorriendo la tienda. Observé con diversión lo en serio que se lo estaba tomando. Este soltero que vivía su vida de ensueño como fotógrafo de renombre y se acostaba con mujeres diferentes en cada sesión, estaba comprando en la sección de bebés como si le fuera la vida en ello. Un rato antes, le había hecho una foto con el móvil mientras sostenía dos bodies, debatiéndose entre ellos con el ceño fruncido.

—¿Y esto? —preguntó, cogiendo un calienta biberones.

—Ya tenemos uno —repetí.

—¿Qué demonios se supone que voy a comprarle al bebé si ya lo tenéis todo? —preguntó con una pizca de fastidio en la voz.

—No es culpa mía que te perdieras la fiesta del bebé. —Me encogí de hombros.

—¡Estaba en la maldita África! —dijo exasperado mientras dejaba el calienta biberones de golpe en el estante.

Me reí por lo bajo.

—Por cierto, ¿qué tal fue? —preguntó.

—Estuvo genial. Las amigas de Sadie nos organizaron una fiesta estupenda en un sitio de brunch en el Soho —dije, siguiéndole al siguiente estante para que continuara examinando.

Realmente fue todo un acontecimiento. Erica y Gabriella habían insistido en organizarle una fiesta, aunque Sadie se mostraba reacia. No le gustaba mucho ser el centro de atención, pero yo me puse del lado de sus amigas, diciendo que era importante celebrarlo por ella y por el bebé. Después de todo, había sido un camino muy largo hasta llegar a donde estábamos. Ella había pasado por mucho. Se merecía que la colmaran de cariño.

—Bueno, me alegro. Si alguien se lo merece, es Sadie —dijo Kevin, lanzándome una mirada significativa.

—¡Oye! —levanté las manos en defensa—. Ya he espabilado.

—Mmmm... —Se rió, cogiendo un chupete con forma de osito—. Ya era hora.

—Ese ya lo tenemos —dije con una sonrisa de satisfacción porque sabía que le fastidiaría.

—¡Oh, vamos! —dijo, tirando el chupete de vuelta al estante.

Miró a su alrededor, pensativo. —Me pregunto si tendrán algún body que diga *mi padre es un capullo*...

—Ja —reí con sarcasmo.

Caminó hacia un perchero de bodies que ya había revisado antes y, finalmente, sacó una percha de la fila. Era un body color crema con patitos amarillos estampados. Era perfecto porque a Sadie le encantaba ir al parque a ver los patos en el lago. Le di un asentimiento de aprobación y él suspiró aliviado, metiéndoselo bajo el brazo.

—Salgamos de aquí de una vez —dijo.

Solté una carcajada y le seguí hasta el mostrador donde pagó. Mientras la cajera envolvía con cuidado el body en papel de seda

brillante, Kevin me miró y sonrió.
—¿Qué? —pregunté arqueando una ceja.
—Nada. —Se encogió de hombros—. Es que no puedo creer que estemos aquí comprando cosas para bebés. Nunca pensé que llegarías a este punto, tío.
—Lo sé. —Asentí. A mí también me costaba creerlo a veces. Y más difícil aún creer que pudiera ser así de feliz.
—Estoy orgulloso de ti. —Me dio una palmada en la espalda antes de coger la pequeña bolsa que la cajera le entregó. Le dio las gracias y salimos a la calle, al aire gélido. Me ajusté el abrigo y me lo abotoné hasta arriba.
—Otro invierno en Nueva York —masculló Kevin, haciendo lo mismo con su abrigo—. ¿Qué te parece si vamos a tomar una cerveza? —preguntó.
—¿Por qué no? —sonreí—. Nos servirá para entrar en calor.
Kevin asintió e iba a parar un taxi cuando mi teléfono sonó en el bolsillo del abrigo. Lo saqué y vi que era Sadie. Pulsé el botón verde y me lo puse en la oreja.
—Hola, cariño —dije.
—No te asustes —dijo ella con calma.
El corazón se me encogió y se me aceleró al mismo tiempo. —¿Qué pasa? —pregunté, temiendo lo peor.
—He roto aguas —dijo emocionada—. Ha llegado el momento.
—¡Dios mío! —prácticamente grité. Kevin me miró confuso mientras sostenía la puerta del taxi abierta. Corrí hacia él. —Voy para casa —dije frenético.

—No, no. Gabriella y yo estamos bajando ya hacia el coche —dijo ella—. Reúnete con nosotros en el hospital.

—¿Estás segura? —pregunté, exhalando un pequeño suspiro de alivio porque su amiga estuviera con ella. Habían ido a tomar el brunch antes y tenían planes de pasar el resto del día tranquilas, viendo películas de chicas en el sofá. Yo había puesto a mi chófer en espera las últimas semanas, para que estuviera a disposición de Sadie por si alguna vez lo necesitaba.

—Sí. Ella tiene mi bolsa del hospital y estamos bajando en el ascensor ahora mismo —me aseguró.

—Vale. Te veré allí —dije, haciendo gestos a Kevin para que se diera prisa y subiera al taxi. Me miró preocupado, pero se deslizó en el asiento.

Terminé la llamada y entré tras él.

—¿Qué está pasando? —preguntó con urgencia.

—Sadie está de parto —dije con los ojos muy abiertos.

—¡Joder! —Se inclinó hacia delante y le dijo al conductor que nos llevara rápido al hospital.

Quince minutos después, el coche frenó junto a la acera y salté del taxi a toda prisa. Kevin bajó la ventanilla y me gritó: —¡Buena suerte, tío! —Le hice un gesto con la mano y entré corriendo por las puertas del hospital.

Golpeaba el suelo con el pie impaciente mientras el ascensor me subía a la séptima planta, donde estaba el área de obstetricia. Cuando se abrieron las puertas, vi a una enfermera acomodando a Sadie en una silla de ruedas mientras Gabriella estaba al lado.

Cuando su amiga me vio, me hizo señas frenéticamente. La saludé rápido, me arrodillé a la altura de Sadie y le cogí la mano.

—¿Estás bien? —pregunté preocupado.

—Estoy bien —dijo con una sonrisa que rápidamente se convirtió en una mueca de dolor.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —exclamé.

Cerró los ojos con fuerza.

—Es solo una contracción —dijo la enfermera con voz tranquilizadora —. ¿Supongo que usted es el padre?

Me puse de pie, sin soltar la mano de Sadie, que ahora me apretaba los dedos con fuerza. Hice una pequeña mueca antes de responder a la enfermera.

—Sí. Jeremiah Mason. Soy el padre —dije entre dientes porque Sadie apretaba cada vez más.

La enfermera parecía divertida, como si hubiera visto esto cientos de veces.

—Se le pasará pronto —dijo, más dirigida a mí que a Sadie, que ya estaba aflojando el agarre—. Vamos a llevarla a una habitación, ¿les parece?

Asentí con ganas.

Gabriella se inclinó y le dio un tierno beso a Sadie en la frente humedecida. —Tú puedes con esto, nena. ¡Me muero por conocer al bebé! ¡Te quiero!

Sadie la miró agradecida mientras la enfermera la llevaba por un pasillo largo flanqueado por habitaciones. Caminé a su lado, sintiendo que estaba en una especie de sueño. Sabía que este día llegaría, pero ahora que estaba aquí, me parecía surrealista. A pesar

de las contracciones, Sadie parecía tranquila. Preparada. Me sentía maravillado por ella.

La enfermera y yo ayudamos a Sadie a ponerse un camisón de hospital verde menta y a meterse en la cama. Me aparté y dejé espacio a la enfermera para que conectara a Sadie a los monitores. El corazón me latía con fuerza en el pecho y el cerebro se me llenaba de preguntas. A pesar de los libros sobre bebés que había leído, me preguntaba por cada detalle. Qué significaban las líneas del monitor. Qué significaban los pitidos. Qué hacía la enfermera mientras decía números al azar en voz alta para sí misma. Nada podía prepararme realmente para esto.

—El bebé viene rápido —dijo la enfermera, volviéndose hacia mí—. Voy a buscar a la doctora.

Asentí, con los nervios en la garganta. Vi marchar a la enfermera con preocupación.

—Jeremiah —dijo Sadie suavemente.

La miré tumbada en la cama, con su preciosa melena pelirroja cayendo sobre los hombros y sus ojos verdes cansados por las constantes contracciones que la atravesaban. Estaba tan guapa... Corrí a su lado y le cogí la mano, acariciándola suavemente con el pulgar.

—¿Estás bien? —pregunté, examinándola.

—Mmmm —asintió, haciendo una pequeña mueca—. No te muevas de mi lado.

—Nunca —le aseguré. No pensaba irme a ninguna parte. Le apreté la mano suavemente.

En ese momento, entraron la doctora Lambert y la misma enfermera. Me reconfortó saber que estaba ella, ya que nos había atendido durante todo el embarazo. Sabía que Sadie se sentía segura con ella. Yo también.

—Parece que este bebé tiene muchas ganas de conoceros —sonrió la doctora Lambert mientras se ponía los guantes de látex. Le dio algunas instrucciones a la enfermera y acercó un taburete a los pies de la cama, indicándole a Sadie que se deslizara un poco hacia abajo. Ayudé a acomodarla antes de que mi mano encontrara la suya de nuevo, entrelazando nuestros dedos.

La hora siguiente fue un borrón. Fue casi como una experiencia extracorpórea, salvo que mis sentidos lo percibían todo. Tenía los oídos llenos de la respiración profunda y los gemidos de Sadie, y de las palabras de ánimo de la doctora. Tenía la mano dolorida y sudada por el fuerte agarre de Sadie, mientras que con la otra le acariciaba el pelo con suavidad. La observaba con admiración mientras apretaba los dientes y apoyaba los pies con fuerza contra la cama, dándolo todo en cada empujón.

—Respira —dije en tono relajante, pasando la yema de los dedos por su frente empapada—. Tú puedes, cariño.

Me miró con inseguridad, con el rostro enrojecido en pura agonía cuando le dio otra contracción que le provocó un temblor en todo el cuerpo. Me sentí impotente en ese instante, queriendo quitarle el dolor. Pero me mantuve tan calmado como pude y le sonreí con orgullo.

—Tú puedes —repetí con más firmeza—. Mantén la respiración constante. Baja el tono de voz. No te tenses.

Ella asintió y apretó los dientes mientras la contracción la recorría.
—Piensa que es como una colina. Ya casi estás al otro lado.
Soltó un grito gutural al cerrar los ojos y me apretó la mano hasta dejármela dormida.
—Empuja, Sadie —la animó la doctora.
—Estamos muy cerca de conocer a nuestra niña —dije suavemente, inclinándome para besarle la frente. Mantuve mi cara cerca de la suya mientras la doctora le decía que empujara otra vez. Sadie volvió a gritar y todo su cuerpo se tensó al empujar antes de desplomarse de nuevo en la cama sin aliento. Lo había logrado. La doctora sonrió mientras nos miraba.
—¡Es una niña! —exclamó con fuerza.
Sadie soltó un sollozo profundo mientras hundía su rostro contra el mío. Se me llenaron los ojos de lágrimas al instante y sollocé junto a ella, besándola entre las lágrimas saladas.
—Lo has conseguido, cariño. Lo has conseguido. Estoy tan orgulloso de ti —le dije contra los labios.
Segundos después, un llanto agudo llenó la habitación y ambos nos giramos para ver cómo la doctora levantaba a nuestra pequeña en brazos, envolviéndola con cuidado en una manta. Era el sonido más hermoso que jamás había escuchado y, entonces, vi lo más bello que había visto en mi vida cuando la doctora nos trajo con cuidado a nuestra pequeña y la puso en brazos de Sadie. Era el ser más increíble que jamás había contemplado.
—Oh... —suspiré con voz temblorosa mientras la observaba por completo. Sus pequeños dedos de las manos y de los pies. Su

mechón de pelo castaño rojizo. Sus labiecitos. Su nariz diminuta. Era preciosa, igual que su madre.

Perfecta. Simplemente perfecta.

Sadie la miraba con la misma incredulidad, apretándola contra su piel desnuda y llorando en silencio mientras besaba la parte superior de su delicada cabecita. Estas eran mis chicas. Mi vida. Mi mundo. Justo aquí, en esta habitación.

Mientras miraba a nuestra hija, prometí que siempre cuidaría de ella. Que siempre la protegería. Que siempre estaría a su lado.

Siempre.

Capítulo 59

SADIE

Me desperté con los pequeños gorgoteos y ruiditos que venían del moisés a mi lado. Sonreí al abrir los ojos y encontrar a nuestra hija recién nacida envuelta en una manta blanca y rosa. Me incorporé en la cama aturdida por el sueño y la cogí, estrechándola entre mis brazos. Tenía los ojos fuertemente cerrados, pero abría y cerraba la boquita en lo que parecía ser una sonrisa sin dientes.

—Hola, Ayah —susurré mientras contemplaba su carita.

Sus párpados temblaron ligeramente hasta que volvió a cerrarlos. Sacudí la cabeza. Me tenía completamente maravillada. Tenía rasgos míos y de Jeremiah en su rostro perfecto en forma de corazón. Recorrí con mis dedos suavemente el vello de su cabecita. Ella emitió un suave ruidito y se acurrucó contra mi piel.

Miré alrededor de la habitación en penumbra y vi a Jeremiah durmiendo profundamente a mi lado en la cama. Era nuestra primera noche en casa después de que nos dieran el alta en el hospital la mañana anterior. Se sentía bien estar de vuelta. Con Ayah. Con él. Tenía razón. Íbamos a tener una niña, y ahora estaba aquí, en mis brazos.

Le sonreí al ver cómo sus labios se curvaban en una sonrisa de vez en cuando. Me pregunté con qué estaría soñando. Volví a mirar a Ayah, que se removió ligeramente en su mantita antes de acomodarse de nuevo. Se sentía irreal sostenerla, mientras miraba al hombre al que amaba junto a nosotras. Esto era todo lo que

deseaba. Casi parecía demasiado bueno para ser verdad, de no haber pasado por todo lo que pasamos.

Jeremiah parecía haber nacido para ser padre. Por la forma en que me guio durante el parto, sin soltarme la mano ni un segundo. Pude sentir su amor a través del inmenso dolor que experimenté con cada contracción. Con cada empuje. Estuvo justo a mi lado durante todo el proceso. Era como si se hubiera leído algún tipo de libro de bebés sobre cómo hacerlo todo a la perfección.

Él se había encargado de la mayoría de los cambios de pañal en el hospital y también aquí en casa. Lo hacía mejor que yo, ajustando las tiras con maestría. Me había ayudado a ducharme en la gran cabina del baño principal cuando sentía que las piernas me iban a fallar, lavándome el pelo con ternura. Todavía estaba muy cansada y dolorida por el parto. El médico me dijo que estaría así unos días, si no gran parte de la semana.

Cogía a Ayah en cuanto tenía ocasión, y verlos hacía que se me ensanchara el corazón. La forma en que la miraba era suficiente para hacerme llorar. Era un milagro que no se hubiera despertado ya para tomarla en sus brazos. Ni siquiera podía sentir celos por lo hermoso que era el vínculo entre ellos, y acababa de empezar.

Miré por los grandes ventanales de nuestro dormitorio hacia el cielo negro, donde las únicas luces provenían de los edificios cercanos. Centelleando y compitiendo con las estrellas. Nubes grises colgaban bajas en el cielo, con promesa de lluvia. O posiblemente nieve. Eché un vistazo al reloj de la mesilla de noche. Eran casi las cuatro de la madrugada.

—¿Qué hace nuestra niña? —susurró Jeremiah en la oscuridad, sacándome de mis pensamientos.

Observé la sonrisa soñolienta que tenía en el rostro mientras nos miraba. A sus dos chicas.

—Creo que solo quería un arrumaco —dije suavemente, acariciándole la mejilla con el dorso del dedo.

—Mmm —Jeremiah rodó hacia nosotras y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¿Contento de estar en casa? —pregunté, pensando en el pequeño sofá en el que había dormido durante dos noches en el hospital.

—No te lo imaginas —se rió entre dientes—. Pero todo ha valido la pena.

Deslizó su brazo debajo de mí y yo apoyé la cabeza en su hombro, con Ayah todavía sobre mi pecho. Los dos nos quedamos allí en silencio, viéndola respirar.

—Es perfecta —susurró Jeremiah. Creo que era la trigésima vez que lo decía desde que nació. Me encantaba oír esas palabras, cargadas de adoración.

—Lo es —susurré.

—Tú también lo eres —dijo en voz baja, acomodando la cabeza para mirarme. Le busqué los ojos, que brillaban en la oscuridad, y le di un beso suave.

—De verdad. Estoy tan orgulloso de ti. Lo has logrado. Has traído a nuestro ángel al mundo —dijo, antes de apoyar la barbilla suavemente sobre mi cabeza.

Momentos después, su pecho subía y bajaba rítmicamente. Su cercanía empezó a adormecerme de nuevo. Con cuidado, volví a

dejar a Ayah en su moisés junto a la cama, procurando no despertarla ni a ella ni a Jeremiah, antes de acomodarme contra su pecho una vez más. Los tres caímos en un sueño profundo.

Nos despertamos unas horas después con los llantos suaves de Ayah. La metí en la cama y le di el pecho, mientras Jeremiah me acariciaba el pelo con los dedos, todavía somnoliento.

—Está nevando —susurró.

Miré hacia las ventanas y, efectivamente, una suave ráfaga de nieve flotaba hacia la ciudad abajo, depositándose pacíficamente en el alféizar de la ventana. Era una estampa mágica. Sentí que se me saltaban las lágrimas.

—Eh, tranquila —dijo Jeremiah con dulzura, volviéndose hacia mí—. ¿Estás bien?

—Solo estoy feliz —dije, sonriendo a través de las lágrimas.

—Yo también —Me besó—. Yo también.

Vimos caer la nieve durante unos minutos antes de que Jeremiah saliera de la cama y nos arropara con otra manta a Ayah y a mí; ella ahora dormía sobre mi pecho después de la toma. Lo miré con curiosidad.

—Voy a prepararte el desayuno —Me guiñó un ojo antes de salir de la habitación con el pantalón de chándal que más me gustaba cómo le quedaba. Le sonreí mientras se marchaba y luego me hundí en las almohadas, siguiendo con la mirada cómo la ciudad se volvía blanca por el invierno. Era como si la nieve estuviera cubriendo nuestro desastroso pasado, derritiéndose para dar paso a algo nuevo.

Poco después, Jeremiah regresó a la habitación equilibrando una bandeja blanca. La dejó con cuidado en la mesilla de noche y luego

flexionó los dedos hacia él, un gesto silencioso pidiéndome a Ayah. Me reí entre dientes y la levanté de mi pecho para entregársela. La cogió con delicadeza y la acunó en sus brazos. Le dio un beso en la frente antes de señalar la bandeja del desayuno.

—Come —ordenó suavemente.

Me puse la bandeja en el regazo y contemplé el festín. Había dos huevos a la plancha con sal y pimienta, patatas salteadas con pimiento y cebolla, bacon de pavo y un bol pequeño con fruta. Olía de maravilla y me rugieron las tripas. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta ese momento. La lactancia me estaba agotando.

—Tienes proteínas, grasas saludables y nutrientes de las frutas y verduras. Zumo de naranja por el toque dulce. Ah, y tus vitaminas postnatales también —dijo Jeremiah, acunando a Ayah con suavidad.

—Gracias —susurré, maravillada por lo buen hombre que era.

—Después de comer, duerme un poco, ¿vale? —Se inclinó y me dio un beso en la cabeza.

—¿Pero qué pasa con...? —Miré a Ayah, dormida en sus brazos.

—Acaba de comer. Estará bien. La llevaré a su habitación y tendremos un poco de tiempo de contacto piel con piel. Tú necesitas descansar.

—Eres demasiado bueno conmigo —dije, antes de dar un bocado al bacon.

—Te lo mereces.

Los vi salir de la habitación, a él y a nuestra pequeña, antes de terminarme el plato y el zumo de naranja, junto con las vitaminas.

Con el estómago lleno, aparté la bandeja y me desplomé en las mullidas almohadas. Mi cabeza apenas las había rozado cuando ya estaba dormida de nuevo.

Cuando me desperté una hora más tarde, salí de la cama con cuidado, quejándome ligeramente por el dolor. Me puse la bata de felpa y me calcé las zapatillas para combatir el frío invernal que se colaba por la ventana. Salí del dormitorio y, al no ver rastro de Ayah ni de Jeremiah, seguí por el pasillo hacia su habitación. Oí unos murmullos suaves que venían del interior.

Me detuve en el umbral y observé cómo Jeremiah le leía un libro de rimas infantiles mientras la sostenía en el hueco de su brazo. Ella estaba definitivamente dormida, pero eso no le impidió entregarse al máximo, cambiando la voz para cada personaje. Era la cosa más conmovedora que había presenciado jamás. No pude evitar soltar una risita cuando puso una voz tan aguda que nunca le había oído antes.

Levantó la vista de repente al oír mi risa y sus mejillas se tiñeron de rojo. Sonrió con timidez mientras cerraba el libro con cuidado.

—No, no pares —dije, entrando en la habitación.

—Creo que ya se ha dormido, y sé por la cara que pones que nunca voy a olvidar esa vocecita.

Me puse la mano sobre la boca y reprimí una carcajada. Él puso los ojos en blanco y llevó a Ayah a su cuna, depositándola con suavidad. La envolvió con cuidado en una mantita de muselina y se reunió conmigo en la puerta.

—Se te da muy bien —le dije—. ¿Seguro que no has hecho esto antes?

—¿El qué? —preguntó, poniéndose las manos en las caderas—. ¿Tener un bebé con una desconocida preciosa que conocí por una caja de juguetes sexuales?

—¡Jeremiah! —exclamé con los ojos como platos, antes de taparme la boca por mi voz chillona.

Él se rió para sus adentros antes de ponerme la mano en la espalda y guiarme fuera de la habitación. —Salgamos de aquí antes de que despiertes a nuestra pequeña —dijo.

Me llevó al sofá, donde me hizo sentar y subió mis piernas sobre las suyas. Me quitó las zapatillas y empezó a masajear con los nudillos el arco de mi pie. Gemí de placer y eché la cabeza hacia atrás.

—Vaya, ese es un sonido que voy a echar de menos estas próximas semanas —dijo con picardía.

—Órdenes del médico —dije con un suspiro dramático, sin muchas ganas de esperar las próximas seis semanas—. Pero aceptaré estos masajes de pies en cualquier momento.

Me sonrió mientras cogía mi otro pie y empezaba a pasar el pulgar desde el talón hasta los dedos. Se sentía glorioso después de haber pasado los últimos meses caminando como un pato con mi barriga creciente. Miré el monitor de vídeo sobre la mesa de centro y vi que Ayah dormía profundamente.

Parecía que lo único que haríamos durante un tiempo sería comer y dormir, como si estuviéramos en una extraña distorsión temporal de felicidad posparto. Pero me gustaba. Hacer todo esto con Jeremiah. Se había tomado las próximas semanas libres en el trabajo para quedarse en casa conmigo y con el bebé. La oficina estaba en

buenas manos, especialmente ahora que todos habían visto el lado más humano de Jeremiah. El hombre que yo conocía y amaba.

—Estoy tan feliz de que estés aquí conmigo —murmuró mientras me miraba, con las manos quietas sobre mi pie descalzo—. Casi te pierdo. Casi pierdo *esto*.

—Pero no fue así —dije con tono tranquilizador, mientras retiraba las piernas de su regazo y me sentaba junto a él. Le puse la mano en la mejilla con ternura.

—Lo sé —Sacudió la cabeza, como espantando los malos pensamientos—. Solo odio pensar que me habría perdido todo esto.

—¿Es todo lo que pensabas que sería? —pregunté, buscando sus ojos azules.

—No se parece en nada a lo que esperaba. Es intenso. Creo que sobre todo por el amor que siento por Ayah. Y por ti. Simplemente hace que todo sea tan... *real*. Sé que será más desafiante que cualquier trabajo que haya tenido. Pero es mejor de lo que jamás imaginé.

Asentí, de acuerdo con cada palabra, aunque de alguna manera seguía maravillada de que el hombre que tenía delante fuera mío. El padre de mi hija. El amor que tanto había deseado en la vida. No alcanzaba a comprender cómo la vida me había traído hasta aquí. Como si me leyera el pensamiento, se inclinó y me besó suavemente la frente, asegurándome que aquello no era un sueño.

Capítulo 60

JEREMIAH

Me desperté en el sofá y estiré los brazos antes de incorporarme. Miré a mi alrededor con los ojos todavía pegados. Fuera seguía nevando; motas blancas que caían suavemente contra el cielo gris cubierto de nubes. Me levanté del mullido sofá color crema y me acerqué a los grandes ventanales para contemplar la ciudad, que ahora estaba cubierta por un manto blanco.

Respiré hondo y sonreí al ver la ciudad que tanto amaba. Esta era una de mis épocas favoritas del año, cuando caía la primera nieve en Manhattan. Había pasado muchas noches aquí arriba, a solas, viendo caer el primer copo de nieve, aunque nunca se lo admitiría a nadie. Probablemente no me creerían de todos modos.

Bostecé y me froté los ojos para despabilarme, preguntándome cuánto tiempo habría dormido. Debían de haber pasado unas cuantas horas si la ciudad ya estaba cubierta de escarcha blanca. No había ni rastro de Sadie, aunque nos habíamos quedado dormidos juntos de mi forma favorita: con su cabeza apoyada en mi pecho. Me encantaba pasar los dedos por su pelo suave, aspirando su cálido aroma a vainilla.

Entonces oí un crujido al otro lado del sofá y, con curiosidad, fui a ver qué era. Mi mirada se posó en Ayah, que se movía en sueños en la pequeña cuna portátil que nos habían regalado en la fiesta del bebé de Sadie. Erica nos la había comprado, insistiendo en que era un regalo del cielo poder llevarla a cualquier parte. Miré el pequeño

moisés de malla blanca con todo mi mundo resguardado en su interior.

—Vaya, hola, pequeña —susurré, inclinándome y rozando suavemente la mejilla de Ayah con el dorso del dedo—. Tenía la piel tan suave... Sus mejillas estaban rosadas.

Sus ojos se abrieron poco a poco y soltó un largo bostezo con su diminuta boca desdentada. Se me ensanchó el corazón con solo verlo. Parpadeó un par de veces y movió la cabeza de un lado a otro, intentando ponerse cómoda. Al mirar sus ojos grises, me pregunté de qué color acabarían siendo. Azules o verdes. Esperaba que fueran como los de Sadie.

—Ya te tengo —dije suavemente—. La levanté del moisés y la sostuve con un brazo mientras con el otro la liberaba del arrullo. Estiró ligeramente sus bracitos, feliz de verse libre de la manta que la envolvía. Yo lo llamaba «camisa de fuerza», lo que siempre hacía reír a Sadie.

—Ven a ver la nieve conmigo —dije, hundiendo el rostro en el hueco de su cuello y aspirando su perfecto olor a recién nacido. La llevé hasta la ventana y la giré para que mirara los suaves copos que caían fuera. Sabía que en realidad no podía ver nada de lejos, quizá unos treinta centímetros, pero esperaba que pudiera *sentir* la magia. Yo, desde luego, podía *sentir* el frío. Recordé que debía subir la calefacción.

—Esta es mi época favorita del año —le dije—. La mayoría de la gente odia la nieve, pero a *mí* me encanta. Cómo cubre la ciudad, convirtiéndola en un paraíso invernal. Aunque las fiestas a menudo me ponían triste. Me hacían sentir solo. Aun así, podía sentir la

magia de todo ello, aunque no tuviera con quién compartirla. Pero ahora... —Miré hacia abajo y vi que se chupaba los dedos.

—Ahora te tengo a ti para compartirla. Y a tu madre. Tu maravillosa y hermosa madre. —Se me hinchó el pecho de emoción solo con pensar en Sadie y al ver tanto de ella en el bebé que sostenía en mis brazos.

En ese preciso instante, oí un grito de sobresalto de Sadie que venía de nuestro dormitorio. Sentí como si me hubieran dado un golpe y me hubieran dejado sin aire, imaginando lo peor. El rostro de Anderson cruzó mi mente por una fracción de segundo antes de que lo desechara, sabiendo que se había ido hacía mucho tiempo. Pero aun así, quizá se había hecho daño de alguna manera. Sujeté a Ayah con más fuerza y caminé rápidamente por el pasillo para buscar a Sadie, con cuidado de no tropezar con la preciosa carga que llevaba en brazos. Por fin llegué al dormitorio, con la respiración agitada y los ojos frenéticos mientras buscaba por la habitación.

Mi mirada se posó en ella, sentada en el borde de la cama. Estaba de espaldas a mí, con su pelo castaño cayéndole por la espalda en ondas.

—¿Sadie? —pregunté con cautela, caminando rápidamente hacia ella.

Giró la cabeza lentamente, con los ojos muy abiertos al encontrarse con los míos. Parecían dos grandes esmeraldas mientras yo buscaba respuestas en ellos. Se llevó la mano a la boca, incapaz de decir nada. Fue entonces cuando la vi. La pequeña caja de terciopelo negro en sus manos. Su mirada dejó la mía y volvió a caer sobre el

brillante anillo de compromiso que resplandecía sobre el cojín de terciopelo granate dentro de la caja.

El mismo anillo que yo había elegido hacía apenas tres días en la joyería, cuando me propuse pedirle matrimonio. Qué demonios, creo que me lo había propuesto hacía tiempo, pero algo aquella mañana me dijo que fuera a comprar un anillo. Había pasado horas escudriñando las vitrinas, intentando encontrar el anillo perfecto para ella. El dueño había cerrado todo el establecimiento para que pudiéramos tener una cita privada, y tuvo paciencia mientras yo deliberaba.

Sus amigas no habían servido de ninguna ayuda. Las había llamado pidiendo alguna pista sobre lo que a Sadie podría gustarle. Tras superar sus chillidos de emoción, admitieron que no tenían ni idea de lo que su amiga querría para un anillo de compromiso. Ni una forma. Ni un tamaño. Ni un color. Nada.

Dijeron que la idea del matrimonio nunca había surgido con Sadie ni en sus relaciones anteriores, lo que me rompió el corazón y me llenó de orgullo al mismo tiempo. Yo era la primera persona que llegaba tan lejos con ella. Era un honor que no me tomaría a la ligera. Se lo aseguré antes de colgar y dirigirme a la joyería.

Después de tomarme mi tiempo para elegir, me decidí por un anillo de platino con un diamante incoloro de talla marquesa de cuatro quilates en el centro. A cada lado del diamante había otros dos diamantes más pequeños. Vi los tres diamantes como una forma de simbolizar nuestra familia. Nuestra historia, que desembocó en nuestro bebé, que yo sabía que podía llegar en cualquier momento en aquel entonces. Y así fue. Muchas horas después.

Cuando volví al apartamento a última hora de aquella mañana, Sadie estaba en un brunch, dándome la oportunidad de esconder el anillo. Escondí la cajita en el estante superior del armario de nuestro dormitorio principal antes de salir con Kevin hacia la tienda de bebés. No esperaba que Sadie lo encontrara, ya que apenas podía alcanzar los estantes de abajo, sobre todo con la barriga entorpeciendo el paso. Tampoco esperaba que se pusiera de parto ese día, pero así estaban las cosas.

Me froté la nuca con nerviosismo.

—No se suponía que debías encontrar eso...

—Se cayó del estante superior del armario —dijo ella con aire de culpabilidad—. No lo estaba buscando. Lo prometo. Solo intentaba subir la bolsa del hospital y se vino abajo.

—Eh, eh, no pasa nada —dije, dejando a Ayah en el moisés junto a la cama y acercándome al lado de Sadie.

Tragó saliva, pasando el pulgar por el anillo.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes esto? —preguntó en voz baja.

Le sonreí.

—Lo compré el día que te pusiste de parto.

—Oh... —Soltó un sollozo silencioso; una lágrima resbaló por su mejilla mientras volvía a mirar el anillo.

—¿Te gusta? —pregunté nervioso.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó en voz alta, y Ayah se sobresaltó antes de volver a dormirse. Sadie se llevó las manos a la boca, como intentando guardar silencio—. Es la cosa más bonita que he visto en mi vida.

Me hizo feliz saber que había tomado la decisión correcta. Aunque esta no era exactamente la propuesta que tenía en mente, el momento había llegado. Y, para ser sincero, era casi perfecto. La primera nevada. Sadie, cómoda con su bata favorita, con la cara lavada y hermosa en el hogar que compartíamos. Nuestra preciosa niña justo aquí con nosotros. Inspiré profundamente y me puse de rodillas.

Ella soltó un pequeño jadeo y se llevó ambas manos a la boca, abandonando el anillo en su regazo. Reprimí la sonrisa que quería estallar en mi rostro y alargué la mano hacia la caja que estaba sobre sus piernas. La sujeté entre mis manos y la miré; ella me observaba con sorpresa.

—Sadie, entraste en mi vida de la forma más inesperada. De verdad, escalaste veinticuatro pisos para llegar hasta aquí —dije con asombro.

Se rio suavemente mientras más lágrimas corrían por su rostro.

—Nunca habría esperado encontrarte entrando a robar. A la mujer más hermosa que he conocido jamás.

—Créeme, yo tampoco te esperaba a ti.

—Pero esa sorpresa era lo que mi vida necesitaba. Siempre sé lo que va a pasar. Es como me gusta vivir. Tener el control. Como estoy seguro de que sabes... —Entorné la mirada, captando un atisbo de sonrisa en sus hermosos labios.

—Tú cambiaste todo eso. Lo pusiste todo patas arriba y mi vida dio un vuelco total. No sabía ni dónde tenía el norte. Pero te vi a *ti*. Y supe que quería seguirte a donde fueras.

—Nadie me había desafiado nunca como tú lo has hecho. Me has puesto en mi sitio más veces de las que puedo contar, algo que nadie se había atrevido a hacer realmente. Me asustaba. Me entusiasmaba. Me haces ser responsable de mis actos.

—No siempre fue fácil... —Intentó guiñar un ojo, pero acabó llorando más. Fue una de las cosas más adorables que había visto nunca. Negué con la cabeza, sonriendo al ver cuánto espacio ocupaba esta mujer en mi corazón.

—De algún modo aprendiste a amarme. Con todas mis faltas y defectos. Me has guiado de vuelta a la persona que quiero ser. Me has guiado de vuelta a un corazón que late. Uno que pensaba que se había congelado hacía tiempo por mi pasado. Pero aquí está, descongelado y lleno de amor por ti. Te quiero, Sadie.

Tomé su mano entre las mías y le di un suave apretón.

—No solo me has dado tu amor, sino que me has dado el mejor regalo que jamás podría imaginar. —Miré hacia Ayah, que dormía profundamente en su moisés. Me asombraba lo mucho que podía dormir.

—Quiero compartir mi vida contigo, Sadie. Si tú quieres, por supuesto. Prometo que quiero pasar el resto de mi vida haciéndote feliz a ti y a Ayah. Es la misión de mi vida.

Saqué el anillo de la caja y busqué su mano izquierda.

—Sadie Lane, ¿quieres casarte conmigo? —pregunté, esperanzado.

Sus ojos verdes se volcaron en los míos como un lago en un bosque de pinos. Todo lo que habíamos pasado estaba en su mirada, reproduciéndose para mí como una película en el cine. Era *nuestra*

historia. Desordenada. Complicada. Hermosa. Esperanzadora. Podría verla una y otra vez, siempre que ella estuviera en ella.

—Sí —dijo ella con un hilo de voz. Levantó la mano temblorosa—. ¡Sí! —dijo más alto, rompiendo a llorar de nuevo.

Deslicé con cuidado el anillo en su dedo; el diamante captó la luz y proyectó un prisma de arcoíris contra las paredes. Era perfecto. Estaba hecho para ella. Al igual que ella estaba hecha para mí.

Se dejó caer al suelo, arrodillándose a mi lado y me rodeó el cuello con sus brazos. Nos fundimos en un fuerte abrazo mientras la nieve caía tras los cristales y Ayah dormía plácidamente junto a nosotros. No podría haber habido un momento más perfecto para la vida imperfecta que había llevado durante tanto tiempo.

Epílogo

SADIE

¿Quieres darte prisa? —reprimí una risita mientras tiraba de la mano de Jeremiah.

—Solo me estoy asegurando de que esté dormida de verdad —susurró él, echando un último vistazo a Ayah, que dormía en su cuna.

—Está *realmente* dormida —tiré de él con más fuerza hasta que ambos estuvimos fuera de la habitación.

El hecho de que fuera un buen padre no hacía más que volverlo más sexy, razón por la cual mi mano bajó de inmediato a su cinturón. Él miró hacia abajo mientras mis manos manipulaban la hebilla, antes de arquear una ceja y dedicarme esa sonrisa de suficiencia que me debilitaba las rodillas.

—Alguien está impaciente hoy… —dijo con un chasquido de lengua.

—No tenemos mucho tiempo antes de que se despierte —insistí—. Así que date prisa y quítate los pantalones. —Me di la vuelta y empecé a caminar hacia nuestro dormitorio.

Oí los pasos apresurados de Jeremiah detrás de mí y, al poco tiempo, su mano me dio un pequeño azote en el trasero, haciéndome chillar. Empecé a correr mientras él me perseguía, desvistiéndose por el camino. Miré hacia atrás y me reí al ver cómo forcejeaba con los botones de su camisa mientras tropezaba tras de mí.

—No veo que tú te estés quitando nada de ropa —me gritó al detenerse para desabrochar el último botón.

Miré hacia atrás y le dediqué una sonrisa de complicidad antes de quitarme el vestido de punto gris por la cabeza. Su mirada se oscureció mientras me observaba. Se quitó la camisa blanca de botones, tirándola al suelo y aumentando el rastro de nuestra ropa. Me detuve justo delante de la puerta del dormitorio para contemplarlo bien. Estaba prácticamente desnudo, a excepción de los calzoncillos que colgaban justo debajo de la marcada V de su abdomen. Tragué saliva con fuerza, anticipando lo que vendría a continuación.

Se acercó a mí hasta quedar a escasos centímetros. Seguía siendo capaz de dejarme sin aliento solo con esa mirada en sus ojos azul gélido. Deslizó sus manos por mis costados; sus yemas eran como besos de pluma apoderándose de cada parte de mí. Se inclinó y me besó con la misma ligereza en la boca antes de agarrarme las caderas con fuerza y alzarme en vilo. Mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura mientras me llevaba a la cama.

Me recostó y me hundí en el mullido edredón. Mientras permanecía de pie sobre mí, se bajó los calzoncillos, revelando su gloriosa longitud ya lista para mí. Mis ojos bajaron hacia allí antes de encontrarse de nuevo con los suyos. El labio se le contrajo hacia arriba mientras se cernía sobre mí, con los dedos deslizándose bajo mi tanga de encaje y bajándola lentamente por mis piernas. Estiré los brazos hacia atrás y me desabroché el sujetador, eliminando un obstáculo más entre nosotros.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, haciéndome remover bajo su mirada. Se bajó sobre mí, abriéndome las piernas con la rodilla. Accedí de buen grado, dando la bienvenida a su erección mientras

rozaba mis muslos. Me acerqué y lo atraje para darle un beso, hundiendo mi lengua en su boca, desesperada por saborearlo. Él gruñó, enviando una vibración a través de mí justo cuando su punta me rozó. Deseosa ya de tenerlo, ajusté las caderas y él se deslizó dentro lentamente.

Solté un gemido entrecortado mientras mis manos recorrían sus brazos llenos de músculos mientras se sostenía sobre mí, empujando suavemente en mi interior. Nuestras bocas se movían al mismo ritmo; en cada embestida nos respirábamos más profundamente. Mis manos se desplazaron a su espalda, mis dedos se clavaron en su piel húmeda, pidiendo más.

Él me lo dio. Moviéndose más rápido. Con más desesperación.

Envolví mis piernas alrededor de su zona lumbar, dándole más acceso, y él lo aprovechó. Un gruñido bajo recorrió su cuerpo mientras agarraba el edredón a ambos lados de mi cabeza, empujando con más fuerza dentro de mí. Más profundo. Me aparté de nuestro beso para observarlo. La forma en que su boca se entreabría ligeramente a medida que su respiración se volvía pesada. La forma en que sus ojos observaban nuestra unión antes de encontrarse con los míos, con un tono de azul más intenso.

Mi respiración se aceleró y pronto pude sentir cómo él se liberaba. Alcé las caderas, frotándome contra él para aprovechar hasta la última gota y me perdí en la sensación. Solté un grito gutural antes de desplomarme de nuevo sobre la cama. Se quedó encima de mí un momento, mientras yo aún saboreaba la sensación de tenerlo dentro, antes de dejarse caer a un lado. Nos quedamos allí mirando al techo, intentando recuperar el aliento.

Justo en ese momento, oí los llantos de Ayah que venían del pasillo. Suspiré pesadamente, intentando recomponerme.

—Al menos ha esperado a que termináramos —dijo Jeremiah soltando una risita.

—Y vaya si hemos terminado —dije mordisqueando su labio inferior con los dientes antes de salir de la cama. Me estaba poniendo la bata para ir a buscar a nuestra hija cuando mi teléfono sonó en la mesita de noche. Miré la pantalla. Era Gabriella.

—Yo iré por ella —dijo Jeremiah, mirando mi teléfono. Se levantó de la cama y caminó rápidamente hacia el armario para vestirse.

—Gracias —dije, viéndolo irse.

Cogí el teléfono y respondí. —¿Diga?

—Oye… —dijo Gabriella. Al instante supe que algo iba mal. Solo le hizo falta una palabra para que me diera cuenta.

—¿Qué pasa? —Mi voz bajó de tono.

—Sadie —dijo ella con voz quebrada—. Ha pasado algo. Yo… creo que estoy en problemas.